
3 1761 09545004 5

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.



OBRAS

DEL LIC.

ALFONSO M. MALDONADO

TOMO III

CUENTOS Y NARRACIONES

II

MEXICO

IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.
1910.

UN VIAJE A LA BAJA CALIFORNIA



CAPITULO I.

TRES AMIGOS

En uno de los gabinetes de la antigua casa de Magloire, en la ciudad de Puebla, estaban tres jóvenes sentados alrededor de una mesa en la que se había servido una comida, que terminaba en aquellos momentos. El mozo sirvió el café, llenó de champagne las copas y se retiró, dejando solos á los tres comensales.

El de más edad, tendría unos veinticinco años; se llamaba Manuel Muñoz y acababa de recibirse de abogado. De color moreno, de pelo negro y ligeramente rizado, ojos del mismo color, de mirada en la que se revelaban al propio tiempo la inteligencia, la energía y la bondad, había en toda la figura de aquel joven un sello tal de distinción, que desde luego prevenía en su favor. De un talento poco

común y teniendo gran amor al estudio, Manuel había sido uno de los más aprovechados alumnos del Colegio del Estado, y tenía vastos conocimientos no solamente en la ciencia del derecho, sino en otros muchos ramos del saber humano.

El que lo seguía en edad era Julio Berruecos; de veintidós años, blanco, rubio, de maneras distinguidas y manos aristocráticas; alegre, con esa alegría de buen tono que no necesita para mostrarse que la impulse el alcohol, ni se manifiesta jamás con "calambours" de rojo color; era también abogado recibido casi al mismo tiempo que su compañero. Aunque menos inteligente é instruído que Manuel, había sido un buen estudiante, y sus maestros le auguraban un éxito completo en la carrera del foro, al cual éxito mucho contribuirían seguramente la interesante figura del joven y su esmerada educación.

El tercero, el de menos edad, pues rayaba apenas en los veintiún años, tenía por nombre Alfredo Centeno; era de color rosado y grandes ojos garzos; tan bien educado como sus compañeros, se distinguía de ellos por su modestia, que, á veces, se acercaba á la timidez. Era inocente como un niño y leal y honrado como un caballero. Todos sus compañeros de colegio lo apreciaban en alto grado, pero Manuel y Julio, que conocían más á

fondo las cualidades de Alfredo, sentían por él más que el aprecio de verdaderos amigos, el cariño de afectuosos hermanos.

Los tres jóvenes eran huérfanos y ricos, aunque en distinta proporción. Manuel, hijo único de un notable abogado, había recibido por herencia unos veinte mil pesos, fincados én casas; Julio era dueño de dos buenas haciendas que le administraba un tío suyo, que lo había educado y que lo quería como si fuera su propio hijo. Por fin, Alfredo poseía unos cinco mil pesos que le había dejado su padre al morir, y que había colocado en un Banco la persona que había servido de tutor al joven.

Los tres amigos se habían educado juntos en los mismos colegios, aunque no siguieron la misma carrera, pues mientras los dos primeros habían estudiado leyes, Alfredo se había dedicado al comercio, aprendiendo la contabilidad en todos sus ramos, las matemáticas, las leyes mercantiles y los principales idiomas europeos.

El tío de Julio vivía en la ciudad de México, pero había querido que su sobrino se educara en Puebla, por parecerle esta ciudad más á propósito que la capital para que los jóvenes se dediquen al estudio sin los innumerables tropiezos á que

están expuestos en el bullicio de las grandes ciudades.

La comida de los tres jóvenes tenía por objeto celebrar las recepciones de Manuel y de Julio, y despedirse de éste, que al siguiente día marchaba para México, donde iba á radicarse.

La conversación había sido muy animada, y en el momento en que el mozo se retiraba del gabinete, decía Manuel:

—Ha llegado por fin el día en que nos vamos á separar definitivamente de Julio. ¡Sabe Dios hasta cuándo y en qué condiciones volvamos á reunirnos! ¡Sabe Dios si pasen años antes de que renovemos este convite!

—Eso no,—dijo impetuosamente Julio,—si ustedes no pueden ir á México porque se lo impidan sus ocupaciones, ó por cualquier otro motivo, yo vendré, y ni el tiempo ni la distancia podrán enfriar nuestra amistad.

—Ya lo creo que no,—dijo Alfredo;—esta amistad que nació en nosotros desde que siendo niños nos reunimos por la primera vez en el Colegio Católico; este cariño, alimentado por tantos años por la comunidad de nuestras penas y nuestras alegrías, que no ha sido interrumpido jamás ni por esos ligeros disgustos tan comunes entre los estudiantes, resistirá la prueba de la ausencia.

—Julio y yo,—agregó Manuel,—vamos á entrar desde luego en la vida activa de los negocios judiciales; tú, Alfredo, escogiste, ó más bien dicho, escogió para tí la persona que te ha servido de tutor, una carrera menos activa y accidentada, pero que te tendrá ocupado todo el día; ya no podremos reunirnos sino muy de tarde en tarde; pero, como han dicho ustedes muy bien, esto no influirá para nada en nuestra amistad, siempre seremos los tres estudiantes inseparables, y el día en que alguno de nosotros tenga necesidad de los servicios de los demás, estaremos prontos para ayudarlo en cuanto sea posible.

—¡Estaremos dispuestos!—dijeron á una voz Alfredo y Julio.

—¿Tienes ya colocación?—preguntó Julio dirigiéndose á Alfredo.

—Sí; mi tutor, al darme cuenta de lo poco que me dejó mi padre, me dijo que había solicitado para mí una colocación en la casa del señor Don Juan Liñeiro, me dió para él una carta y me recomendó que me presentara en el escritorio de ese señor, mañana mismo, que es primer día del mes.

—¿Y qué clase de persona es ese señor Liñeiro?

—No lo sé, no lo conozco ni de vista

—De suerte que no sabes ni cuánto te va á pagar ni en qué te ocupará?

—No sé nada.

—Quiera Dios,—dijo entonces Manuel,—que nuestro pobre Alfredo no vaya á caer en manos de quien no sepa apreciar sus servicios.

—Avísame si no estás contento en la casa de ese señor, y yo te buscaré en México un buen empleo, que no me faltará manera de conseguirlo, contando con las buenas relaciones de mi tío.

—Dichosos ustedes,—dijo Alfredo con amargura.—Tú, Julio, tienes un tío que ha hecho contigo las veces de padre; Manuel tuvo el consuelo de ver morir á los suyos; pero yo, ni siquiera los conocí; mi madre murió al darme á luz, y dos años después falleció mi padre. Mi tutor fué muy bueno conmigo, le debo profundo agradecimiento, pero siempre he estado alejado de él, y entre nosotros no ha habido más que favores á mí por su parte, sin demostraciones de cariño, sin ningún cambio de afectos. Por eso he reconcentrado en ustedes la ternura de mi alma.

—Que nosotros pagamos con la nuestra,—dijo Manuel.

—¿Vas por fin á trabajar tú solo como habías pensado, ó aceptas las propuestas que te hizo Don Pedro para que despa-

charas con él en su estudio?—preguntó Julio á Manuel.

—He resuelto hacer la experiencia de trabajar por mi sola cuenta; como no tengo necesidad de la profesión para vivir, puedo esperar pacientemente á formarme una clientela poco á poco. Las dos piezas de mi habitación de estudiante, que están muy bien situadas, me servirán de despacho la primera, y de recámara la segunda, y seguiré comiendo en el restaurant, como siempre.

—Con los recursos que tienes ya podías poner una casa más en forma.

—¿Para qué la quiero por ahora? No tengo relaciones más que con gentes de negocios; mis únicos visitantes son ustedes y ahora que tú te vas, solamente Alfredo se reunirá conmigo por las noches, después de que concluya su trabajo.

—Supongo,—siguió diciendo Julio,—que á las seis de la mañana, hora en que sale el tren directo para México, me irán ustedes á despedir á la estación.

—Seguramente,—dijo Manuel;—yo no tengo ocupación á esa hora, y entiendo que Alfredo no irá á presentarse en la casa donde va á trabajar, hasta las ocho ó nueve de la mañana.

—Iremos á tu casa por tí,—dijo Alfredo.

—Si no fuera por tu ocupación de ma-

ñana,—observó Julio,—me irían á dejar hasta Apizaco, nos desayunábamos juntos allí y se volvían ustedes en el tren de medio día.

—Desgraciadamente no puedo yo acompañarlos; que vaya Manuel contigo.

—No,—dijo este último,—no prolonguemos más la despedida; te dejaremos en la estación mañana á las seis.

Quedó así convenido, y así lo hicieron al día siguiente. A las ocho de la misma mañana, Alfredo se presentó en la casa de Don Juan Liñeiro y ocupó desde luego una plaza en el escritorio, disfrutando desde el primer día un buen sueldo.



CAPITULO II.

ANTECEDENTES.

Era Don Juan Liñeiro un acaudalado propietario que, habitualmente residía en la ciudad de Puebla, en una amplia y cómoda casa, de las pocas que aún quedan con el tipo de las solariegas españolas; de extenso patio enlosado, con dobles corredores en sus cuatro lados, sostenidos por airosos arcos y delgadas columnas de piedra; piezas con grandes puertas, altas de techo y macizos muros; casas en las que todo respiraba desahogo y alegría, en las que no consentían inquilinos, aun cuando la familia del propietario no ocupara todo el local; en las que cada corredor era un verdadero bosque de flores en perpétua primavera que embalsamaban el ambiente, á la par que regalaban los oídos los diferentes trinos de los zent-

zontles, los jilgueros y los dulces clarines de la selva aprisionados en elegantes jaulas pendientes del envigado de cedro que cubría los corredores; casas, en fin, de anchos y extensos balcones con barandales de fierro de caprichosas formas, de fachada con almenas y ostentando en ella cornisas y arabescos en los que entraban por igual rojos ladrillos y azulejos de brillantes colores.

En una de esas casas vivía Don Juan cuando sus negocios no lo llamaban á una hacienda pulquera que tenía en el Estado de Tlaxcala, ó á la capital de la República, en la que poseía varias fincas urbanas.

Hombre ya entrado en años, era el Don Juan, aunque todavía no se le pudiera llamar viejo; de carácter adusto, poco ó nada comunicativo; de morigeradas, casi austeras costumbres; intransigente con sus iguales y algún tanto duro con sus inferiores; se le apreciaba generalmente por su intachable honradez pero no se le tenía afecto; aun las mismas personas que recibían beneficios de Don Juan, si bien los agradecían, no tomaba parte el cariño en ese sentimiento de simple gratitud.

Vivía Don Juan sin más compañía que la de su esposa, Doña Francisca Robles, que no había tenido hijos, aunque estaba todavía en edad de tenerlos. Frisaba Do-

ña Francisca en los treinta y cinco años; era una señora de exuberantes formas, de color rosado, ojos azules y pelo rubio; un si es no es perezosa, muy metódica, acostumbrada á la buena vida, y que había visto deslizarse los años de su existencia sin gozar intensas alegrías ni sufrir grandes pesares. Por consejo de sus padres se había casado con Don Juan, como pudo haberlo hecho con cualquiera otro, y era un modelo de buenas esposas, entre otras razones, por falta de ocasión para no serlo; por lo demás, repartía sus afecciones y sus cariños, casi por partes iguales, entre su esposo Don Juan, y "Adonis," el perrito poblano que la acompañaba á todas partes, que ladraba furiosamente á todos cuantos entraban en la casa, que estaba siempre limpio y perfumado, rasurado de medio cuerpo para hacer lucir el color rosa de su piel, y con el que entretenía sus prolongados ocios Doña Francisca, introduciendo entre los blancos y sedosos rizos del perro su no menos blanca mano cuajada de anillos con brillantes. Tal vez observando atentamente á Doña Francisca, se hubiera podido sorprender, aunque muy de tarde en tarde, alguno que otro fugaz destello de animación en sus apacibles ojos, destello de energía en estado latente.

En el despacho situado en la parte ba-

ja de la casa, pasaba Don Juan la mayor parte del día, trabajando en unión de Don Pascual Viveros, tenedor de libros, antiguo empleado de la casa, y de tres escribientes; todos tenían muy buenos sueldos; pero á ninguno se le disimulaba la más ligera falta, que las más de las veces era castigada con la destitución.

Don Pascual Viveros, el tenedor de libros, era como de cuarenta años, enjuto de carnes, de color cetrino, escaso de barba, de ojos negros y de mirada profunda y escrutadora cuando se fijaba directamente en alguna persona, lo que raras veces acontecía, porque Viveros ocultaba el brillo de su mirada bajando la vista, acaso por la costumbre adquirida en tantos años de fijarla en los gruesos libros de contabilidad; era hombre de carácter irascible y de pasiones vehementes, pero estaba acostumbrado á dominarse á tal grado, que cuantos le conocían aseguraban que era un santo varón incapaz de tener ira, "ni aun casi movimiento de ella."

Hacía ya un año que Alfredo estaba empleado en la casa de Don Juan Liñeiro, y se había captado por completo la estimación de los otros escribientes y la de su principal, á la que Alfredo se había hecho acreedor por su intachable honradez, unida á una inteligencia poco común,

sólida instrucción y conducta privada irreprensible.

No veía Viveros con buenos ojos á Alfredo; le escocía que le tuviera Don Juan ligeras consideraciones, de las que no había visto gozar á nadie el tenedor de libros en los quince años que llevaba de estar en la casa; que ni él mismo se hubiera atrevido á esperar, y eso que era el único hombre á quien solía consultar Don Juan algunas veces sus asuntos privados, por lo que estaba perfectamente al tanto de cuanto en la casa pasaba. Sobre todo, temía que aquel joven lo suplantara en el puesto de tenedor de libros y factotum del escritorio.

Frecuentemente iba Don Juan de visita á la casa de un íntimo amigo y compadre suyo, Don Pantaleón Cisneros, Coronel retirado, muy buen sujeto en el fondo, pero de genio vivo y arrebatado, que se encolerizaba fácilmente, pronto en el obrar y de pasiones fuertes que no sabía contener en sus primeros ímpetus. Don Juan tenía el privilegio de calmar los arrebatos del Coronel, y lo hacía entrar en razón, gracias al ascendiente que sobre su compadre había adquirido de tiempo atrás el calmoso y frío Don Juan Liñeiro.

El Coronel estaba casado con una hermosa joven, hija de un oficial subalterno

que había muerto en acción de guerra defendiendo á Cisneros, quien hubiera perecido sin la eficaz ayuda y la abnegación del oficial; no pudiendo pagar á éste el importante servicio que le había prestado, se propuso proteger á su familia, que estaba reducida á una niña que se llamaba Filomena; de pronto la puso en un colegio, y más tarde se casó con ella.

Don Pantaleón amaba tiernamente á su mujer, y ésta le correspondía con respetuosa ternura; aquel hubiera sido un matrimonio feliz, si no se hubiera interpuesto entre los dos esposos el monstruo de los celos, que se apoderó del ánimo del Coronel, á pesar de que su esposa no daba para ello el más ligero motivo. Desde que al impulsivo Don Pantaleón se le ocurrió que no era posible que lo amara su esposa, dada la diferencia en años que entre ellos había, era lo común verlo taciturno, inquieto y colérico; su casa solía ser teatro de escenas desagradables, que comenzaban por indirectas del marido, alusiones más ó menos claras á la inconstancia de las mujeres, á su poco juicio y á lo mucho que se pagan de las exterioridades, quejas, reprensiones y arrebatos coléricos, que Filomena contestaba, al principio, con protestas de cariño, y al fin con amargas lágrimas. Cada día se acentuaba más el mal vivir de aquel matrimo-

nio, hasta el grado de que Filomena llegó á temer por su vida, y comenzó á pensar sériamente en separarse de su esposo.

Cuando por acaso llegaba Don Juan á la casa en los momentos en que estallaba la cólera del Coronel, hacía ver á éste que no tenía razón, le reprendía sus violencias y la calma renacía por lo pronto en aquel hogar que antes había sido tan dichoso.

Rarísimas veces visitaba Doña Francisca á Filomena, no obstante que, en compañía de Don Juan, había apadrinado el matrimonio del Coronel; pero éste llevaba á su esposa á la casa de sus padrinos. invariablemente, el primer domingo de cada mes.

Viveros, el tenedor de libros, conocía perfectamente á Don Pantaleón y á su esposa, y los trataba con la deferencia que merecían personas tan allegadas y amigas de Don Juan; pero esa deferencia respetuosa, no era parte á vencer la antipatía que por el tenedor de libros sentía el Coronel, antipatía que no se cuidaba de disimular, y que la pagaba Viveros con un odio tanto más vivo cuanto más reconcentrado tenía que estar para que no se diera á conocer.

Desde tiempo atrás, se había formado Viveros el propósito de ser rico por cual-

quier medio, y el que como más fácil se le había ocurrido era el de convertirse en apoderado general de Doña Francisca cuando faltara Don Juan, que era natural que muriera antes que Viveros, por ser de mucha más edad que éste; entretanto, tenía asegurada en la casa una posición desahogada, que le permitía vivir con toda clase de comodidades, y hasta ahorrar una regular cantidad de dinero. La realización del proyecto de Viveros era, en su concepto, segura, supuesta la completa ignorancia de Doña Francisca en todo lo relativo á los negocios de su esposo, en contraposición con el conocimiento que de ellos tenía el tenedor de libros; hasta llegó á pasar por su imaginación la idea de que, á la muerte de Don Juan, pudiera casarse con la viuda, y esta idea, que al principio le pareció una locura, fué poco á poco apoderándose de su mente, hasta parecerle la cosa más natural y factible; desde entonces procuró captarse la voluntad de Doña Francisca halagando su vanidad y no perdiendo ocasión de hacerle conocer que le eran familiares todos los negocios de Don Juan. La predilección que éste tenía por el dependiente Alfredo Centeno, daba mucho en que pensar á Viveros, pues aunque estaba seguro de que no había en esa predilección ningún motivo oculto, temía, como antes he-

mos dicho, que aquel dependiente que tanta inteligencia demostraba y tan buena educacion tenía, llegara á ser el hombre de confianza de Don Juan y usurpara el puesto que Viveros se había creado á costa de tantos años de trabajo; esto hacía que buscara la ocasión de perjudicar á Alfredo, la que no tardó en presentarse.

En una de las veces en que Don Juan había ido á la hacienda, casos en los cuales se quedaba Viveros como jefe del escritorio, pidió licencia Alfredo para dejar de concurrir al despacho una tarde, por tener que asistir á su amigo Manuel, que estaba enfermo de cierta gravedad; estas licencias nunca las negaba Don Juan, pero en aquella vez vió el tenedor de libros que se le presentaba una oportunidad de molestar de alguna manera á Alfredo, y le negó el permiso. Concurrió Alfredo puntualmente al despacho, y hasta la noche de aquel día pudo ir á ver á su amigo, á quien encontró sumamente grave y sin tener quien lo asistiera. Veló á la cabecera del enfermo toda la noche, y al día siguiente esperó la llegada del médico, y cuando éste vió á Manuel, recomendó que se le diera cada cuarto de hora la medicina que le recetó, advirtiendo que de la puntualidad en darla y del cuidado que con el enfermo se tuviera, dependía

su salvación; no pudo, en consecuencia, Alfredo, dejar solo á su amigo en todo aquel día; al siguiente se repitió lo mismo, y hasta el tercero pudo Alfredo confiar el cuidado de su ya convaleciente amigo, á los criados.

Entretanto, había vuelto Don Juan de la hacienda, y lo primero que hizo Viveros fué darle parte de que Alfredo se había separado de la casa desobedeciendo el mandato expreso de concurrir puntualmente, para dar término á un balance que se estaba haciendo. Don Juan dió orden de que al presentarse Alfredo se le dijera que quedaba separado de la casa, pero advirtió á Viveros que lo hiciera pasar al despacho particular para hablar con él, pues la orden de separación se daba únicamente para conservar la disciplina entre los empleados, y no para hacerla efectiva, porque estaba seguro de que el joven dependiente había tenido serios motivos para faltar. Pero como esto no entraba en los planes de Viveros, se propuso estorbar que Alfredo hablara con Don Juan, y así quedara definitivamente separado del escritorio.

Cuando Alfredo volvió á la casa de Don Juan, estaba sólo Viveros en el despacho, y le comunicó únicamente la primera parte de la orden de Don Juan.

—Yo no sé que mal negocio haría el

señor Don Juan en la hacienda,—dijo á Alfredo,—el caso es que ha vuelto de muy mal humor; yo pude advertirlo desde luego, porque quise hablarle en favor de usted, y, lo que nunca había hecho, me reprendió agriamente diciéndome que siempre que él falta de la casa hay en ella desórdenes.

—Don Juan es exigente, pero es también justo, y si le manifiesto los motivos que me obligaron á faltar, estoy seguro de que no insistirá en su resolución.

—Yo creo lo mismo que usted, pero es necesario aprovechar una oportunidad, pues hablarle desde luego no haría más que empeorar la situación; no tenga usted cuidado, yo estaré observando y le avisaré cuando sea prudente que vea á Don Juan.

—Muchas gracias, señor Viveros, por el interés que manifiesta usted tener por mí; le suplico no deje de avisarme luego que juzgue oportuno que me presente en el despacho.

—Hasta que le avise á usted no venga por el escritorio, no sea que esto disguste á Don Juan.

—Así lo haré.

Viveros dijo á Don Juan delante de los otros empleados, que había estado allí Alfredo, y que al indicarle que pasara al despacho particular, no había querido ha-

cerlo. Luego refirió á los empleados que Alfredo se había desatado en injurias y hasta había proferido amenazas contra Don Juan, especie que repitió después varias veces, cada una de ellas con mayor exageración, á cuantas personas conocían á Alfredo como dependiente de la casa y se informaban del motivo de su separación.

Alfredo, entretanto, se dedicó á la asistencia de su amigo Manuel, y aunque sintió haber perdido el empleo que tenía en la casa de Don Juan, por la injusticia con que se le había tratado, no le preocupó esa pérdida, porque tenía recursos para vivir sin empleo durante algún tiempo, y era seguro que pronto encontraría colocación conveniente.

Tres días después de que Alfredo estuvo en el escritorio, fué el Coronel Cisneros á ver á Don Juan y le dijo:

—Te participo que salgo mañana para México con Filomena, que no viene personalmente á despedirse, porque está muy ocupada arreglando lo necesario para el viaje.

—¿Van ustedes de paseo?

—No, probablemente dilataremos por allá tres ó cuatro meses.

—¿Y á qué se debe tan repentina determinación?

—Un amigo mío me escribe llamándome para proponerme un buen negocio; no sé de qué se trata, pero me asegura en su carta que con poco trabajo y no mucho dinero, se puede ganar bastante.

—Ten cuidado y no vayas á emprender un mal negocio.

—En todo caso te consultaré antes de comprometerme.

—¿Vas á quitar la casa de aquí?

—No, porque, como te dije, creo que solamente estaremos por México tres ó cuatro meses.

—Entonces, nos veremos muy pronto por allá, pues yo pienso ir á la capital la semana que entra.

—Podías ir con nosotros adelantando unos cuantos días tu viaje.

—No es posible, tengo varias cosas que arreglar aquí, antes. ¿En qué tren te vas?

—En el Interoceánico, que sale á media noche.

—Probablemente ya no nos veremos aquí, porque no me ha de ser posible ir á tu casa esta tarde.

—Pero nos veremos en México. Te dejo, porque tengo todavía que despedirme de otras muchas personas, pasando antes á dar parte de nuestro viaje á mi comadre.

—Sube, Francisca está allá arriba.

Se despidieron los dos amigos y Don Juan entró en su despacho particular, pues la anterior conversación la había tenido delante de Viveros y de los escribientes.



CAPITULO III.

UN CRIMEN MISTERIOSO.

Al día siguiente de los acontecimientos que acabamos de narrar, estaba la sociedad de Puebla muy alarmada por una grave noticia que ya corría de boca en boca: A las ocho de la noche del día anterior, noche obscura y tempestuosa, había sido asesinado en una de las calles céntricas de la ciudad el señor Don Juan Liñeiro.

Corrían varias versiones respecto del escandaloso suceso; pero en la tarde de ese día, ya casi podía asegurarse que el asesino estaba en poder de la justicia. En efecto, la policía nocturna, que ocurrió oprtunamente al lugar del crimen, encontró junto al cadáver de Don Juan á Alfredo Centeno, con la ropa ensangrentada; nadie más estaba en la calle en esos

momentos; se le aprehendió y fué consignado al Juez de lo Criminal en turno.

Alfredo negaba enérgicamente ser el autor del crimen y refería lo siguiente: Iba de la casa de su amigo Manuel, á la suya, preocupado con lo que pocos días antes le había sucedido en el despacho de Don Juan, y sin fijarse en las gentes que pudieran andar por la calle, cuando de pronto vió acercarse, en dirección contraria á la que él seguía, á un hombre que llevaba á una mujer del brazo; á ninguno conoció, apenas tuvo tiempo de verlos, pues casi inmediatamente, otro hombre, de quien ni las señas podía dar, por la violencia con que esto aconteció, alcanzó á los primeros, ó se desprendió de alguna puerta cercana, y disparó sobre el hombre que acompañaba á la mujer un tiro de pistola que lo privó instantáneamente de la vida. La mujer dió un grito (que nadie había oído) y desapareció, lo mismo que el asesino. Alfredo agregaba que se acercó al hombre caído para auxiliarlo, y en esos momentos se había llenado la ropa de sangre, y hasta entonces conoció que el muerto era su antiguo principal, Don Juan Liñeiro.

Lo inverosímil de esta explicación, por las circunstancias de que nadie vió á la mujer ni al supuesto asesino, de que jamás Don Juan andaba en la calle acom-

pañado de mujeres, de que las costumbres del occiso eran intachables y nunca había tenido aventuras amorosas; el no tener Don Juan enemigos de ninguna especie, y, más que todo, el haber declarado Viveros y otras personas que Alfredo acababa de ser despachado por su "mala conducta," decían, de la casa de Don Juan, y el asegurar que había proferido insultos y hasta terribles amenazas contra éste, convencían á todos de que Alfredo había sido el asesino.

No obstante la creencia general sobre la culpabilidad de Alfredo, la causa no podía concluirse en unos cuantos días, tanto por las muchas declaraciones que había que tomar, cuanto porque el Juez, que conocía personalmente á Alfredo, daba largas al asunto con la esperanza, muy remota por cierto, de que nuevos datos salvaran al acusado, á quien el Juez, en su fuero interno, no creía culpable.

Entretanto, había sanado completamente Manuel, y con frecuencia visitaba en la cárcel á su amigo Alfredo, de quien era defensor; excusado es decir que Manuel estaba plenamente convencido de la inocencia de su amigo. Frecuentemente hablaban los dos del asesinato de Don Juan. procurando encontrar al verdadero culpable, única manera de hacer patente la inocencia de Alfredo; por más que discurrían.

no llegaba hasta ellos el menor rayo de luz que pudiera alumbrarles en sus investigaciones, y mientras tanto, la instrucción de la causa avanzaba, y parecía indudable que su resultado sería la condenación de Alfredo; esto lo veía claramente Manuel, como perito que era en asuntos de derecho.

—Tu inocencia de nada servirá por sí sola si no conseguimos demostrarla,—decía Manuel á su amigo en una de sus visitas;—aun cuando yo mismo fuera el Juez, yo, que tengo la evidencia de que no eres el autor del crimen, tendría que fallar en tu contra, con los datos que existen en el próceso.

—Pero eso es una iniquidad; eso es para hacerle perder á uno la fe en la justicia.

—Los jueces tienen que fallar según las constancias de la causa, y no conforme á su criterio personal; y hay que convenir en que las pruebas que existen en tu contra son abrumadoras.

—¿De suerte que hasta tú abrigas, por lo menos, duda sobre si yo habré sido el asesino?

—Acabo de decirte que creo firmemente en tu inocencia; la defenderé á todo trance, pero no debo ocultarte la gravedad de tu situación.

—¿Será posible que el asesino haya

desaparecido sin dejar la más ligera huella?

—Confío en encontrarlo; es más, tengo la seguridad de que daremos con él, pero desgraciadamente nos va á faltar tiempo; no es posible demorar la conclusión del proceso, sobre todo, cuando no tenemos el más ligero indicio que nos guíe. El asesino parecerá, te lo aseguro, porque absolutamente todos los criminales dejan un hilo pendiente por el que se les llega á descubrir cuando en ello se tiene empeño; pero entretanto, te condenarán, y una vez pronunciada la sentencia, será muy difícil anularla por medio de la casación extraordinaria (recurso que dan las leyes del Estado de Puebla) que únicamente se puede intentar en muy determinadas circunstancias; ya no se estará en el período de instrucción de la causa, y pudiera suceder que de nada nos sirviera encontrar al verdadero culpable.

—¿Qué hacer entonces?

—Hay un medio, uno solo, muy aventurado, y sobre el que he estado meditando mucho, porque, de fracasar, empeoraría tu situación.

—¿Qué medio es ese? Cualquiera que sea se debe intentar, porque todo es preferible á esperar inactivo la deshonra de una condena cuando se tiene la conciencia de no merecerla.

—Ese medio es la fuga.

—¿Pero no ves que eso es tanto como confesarme culpable?

—Es cierto; de pronto, aun realizada con felicidad, la fuga te perjudica, pero es la única manera de suspender la secuela de la causa. Yo no puedo, estando solo, encontrar al verdadero culpable, necesito que me ayudes, y eso no puedes hacerlo desde la prisión; estando libre, nos dedicaremos los dos á esa tarea, con mayores probabilidades de éxito, porque podemos hacer con calma nuestras investigaciones. No te ocultaré que si no puede realizarse la fuga una vez intentada, ó eres reaprehendido antes de que consigamos nuestro objeto, es absolutamente segura tu condenación.

—¿Y tú crees que pueda realizarse la fuga?

—Es difícil, pero no me parece imposible.

—¿Qué hay que hacer para ello?

—Si aceptas el medio, déjalo á mi cuidado y yo te avisaré lo que tengas que hacer cuando llegue el momento de obrar.

—Desde que tú crees que no es posible hacer patente mi inocencia, y que huyendo hay una esperanza, por remota que sea, de salvar mi honra y evitarme una

injusta y terrible pena, estoy dispuesto á intentar la fuga.

—Creo que es lo que debemos hacer. Desde hoy me encargo de prepararlo todo, y cuando sea hora, te avisaré.

—Obra con entera libertad y ten la seguridad de que haré lo que tú me indiques.

Se despidieron los dos amigos, y desde aquel día comenzó Manuel á preparar la fuga de Alfredo; contaba para realizarla con un elemento poderoso, el dinero; era rico, tenía lo bastante para vivir con desahogo y podía disponer de la cantidad necesaria para salvar á Alfredo, su amigo íntimo, á quien apreciaba con el cariño de hermano, y á quien estaba muy agradecido por los cuidados que le había prodigado durante su enfermedad. Hasta le parecía que en parte, esos cuidados habían influído en que Alfredo se encontrara en tan apurada situación, pues lo que más le perjudicaba era el haber sido despedido del escritorio de Don Juan y las amenazas que, según había propalado Viveros, se le habían escapado al saber que era despedido.

Alfredo había siempre negado que hubiera vertido semejantes amenazas, pero en los careos con Viveros, éste, con refinada malicia y haciendo creer que defendía á Alfredo porque lo suponía incapaz

de haber llevado á la práctica sus amenazas, le había sostenido que se le escaparon, acaso, decía, en los primeros momentos de despecho.

A fuerza de astucia y haciendo crecidos gastos para comprar á los guardianes, pudo huír Alfredo y quedar escondido en la casa de unas pobres mujeres conocidas de Manuel, en las que tenía éste absoluta confianza.

Al huír Alfredo, dirigió al Juez que conocía de la causa, una carta, en la que le decía que se había fugado de la prisión con el único objeto de descubrir al asesino de Don Juan Liñeiro, y que volvería á presentarse á la justicia cuando lo hubiera encontrado, ó á sufrir las consecuencias del proceso en caso de no hallarlo.

Por consejo de Manuel, permaneció Alfredo oculto en la ciudad, sin hacer nada durante algún tiempo; pero si no obraban los dos amigos, en cambio Manuel adquiría cuantos datos le eran posibles respecto de las costumbres de Don Juan, de las amistades que tenía, del estado de sus negocios y de todo lo que pudiera darle alguna luz en el misterioso crimen de que Liñeiro había sido víctima.

Frecuentemente conferenciaban los dos amigos sobre el asunto, sin que de esas conferencias pudiera resultar ni la más li-

gera sospecha acerca de quién había sido el autor del asesinato. Casi había perdido Manuel la esperanza de llegar á un resultado satisfactorio, cuando un día, después de oír de boca de Alfredo, por la centésima vez, los pormenores del suceso, dijo á su amigo:

—De todas mis investigaciones no he podido sacar nada en limpio. Don Juan no tenía amistades, ni se le conocían enemigos, y sus costumbres eran irreprochables; se ha perdido completamente la pista de la mujer que tú dices le acompañaba y que se desvaneció como una sombra. ¿Qué señas tenía esa mujer?

—No puedo darte sobre eso, más que vagas indicaciones: era una mujer decentemente vestida, con traje de color obscuro y abrigada con un tápalo, chal ó algo así del mismo color. Todo lo que pasó esa noche fué tan imprevisto para mí, y tan violento, que no pude fijarme en las [illegible] particulares de las personas que intervinieron en el suceso; en cuanto al asesino, estaba también vestido con el traje común de la gente decente, y es lo único que te puedo decir.

—Necesitamos á todo trance conocer más á fondo las costumbres y la vida privada de Don Juan, para llegar hasta esa misteriosa mujer, que es, en mi concepto, la que tiene la clave de este asunto.

¿Quién pudiera darnos esas noticias que tanta falta nos hacen? ¿Qué amigos íntimos tenía Don Juan?

—En todo el tiempo que yo estuve en la casa, no le conocí más amigo que el Coronel Cisneros.

—Eso es lo mismo que me han dicho todos los que conocieron á Don Juan; pero, desgraciadamente, el Coronel Cisneros no está aquí, no sabemos á dónde iría con su esposa, y aunque ha dejado puesta la casa, aún no regresa. Tengo la esperanza de que vuelva en uno de estos días y nos dé noticias que nos pongan sobre las huellas del asesino.

—Tienes razón, el Coronel Cisneros conocía todos los secretos de Don Juan, si es que tenía algunos.

—Otra persona hay que tal vez sepa algo más de lo que ha querido decir, pero de la que no he podido sacar otra cosa que lo que ha dicho en sus declaraciones: el tenedor de libros de la casa de Don Juan.

—Te confieso que la conducta de Viveros ha sido para mí inexplicable. Estoy perfectamente seguro de que cuando me avisó que se me despedía del escritorio, no dije una sola palabra de queja, y mucho menos proferí amenazas contra Don Juan, y sin embargo, el tenedor de libros me ha sostenido lo contrario, y lo mismo

dijo á los dependientes desde aquel día; yo intenté hablar con Don Juan, y Viveros me lo impidió con pretexto de que estaba muy disgustado, y me dijo que no me presentara en el escritorio hasta que él me avisara.

—¿Tenía Viveros algún motivo de disgusto contigo?

—Ninguno.

—Repasa bien en tu memoria, puede ser que se te escape algún ligero incidente que le haya disgustado.

—Muchas veces he pensado en eso, y tengo la seguridad de que no existe motivo alguno para que Viveros tuviera queja de mí.

—Es extraño....! No nos queda ya más qué hacer, que esperar la vuelta del Coronel Cisneros, acaso él sepa lo que todos los demás ignoran.

—Voy ya perdiendo la esperanza de probar mi inocencia y cada día se me hace más insostenible la situación en que estoy; si esto se prolonga, me entrego de nuevo á la justicia, y suceda lo que Dios quiera.

—Con lo que harías el más solemne desatino; ten paciencia, un crimen como el de que se trata, no puede quedar envuelto en el misterio.

Cada vez que veía Alfredo á Manuel le preguntaba si había vuelto Cisneros, y

siempre recibía una respuesta negativa, hasta que un día tuvieron la siguiente conversación:

—¿Qué noticias tienes de Cisneros, ha regresado?, preguntó Alfredo.

—No, pero casualmente me encontré al criado que últimamente estaba á su servicio, y me dijo que el Coronel con su esposa, había ido á México; ese mozo llevó desde la víspera del viaje los equipajes y tomó los boletos de pasaje en el Express del Interoceánico, y, según oyó decir á Cisneros, iban á estar en la capital una temporada larga; he procurado informarme de la dirección de Cisneros en México, y en el Correo me dijeron que avisó le mandaran su correspondencia al Hotel Humboldt; voy á escribirle inmediatamente pidiéndole las noticias que necesitamos.

—No, una simple carta no puede explicar con claridad el caso, ni es probable que la contestación contenga todo lo que necesitamos saber: de las primeras contestaciones del Coronel, pueden surgir nuevas y más importantes preguntas. Lo mejor es ir personalmente á hablar con Cisneros, podré salir de esta ciudad disfrazado y tomar el tren para México en una de las estaciones cercanas.

—Me parece bien lo que indicas, pero no irás tú solo, yo te acompañaré, salien-

do dos días después que lo hayas hecho tú.

—Yo salgo mañana temprano, y al día siguiente tomo el tren en Panzacola, estación que, aunque está muy cerca de esta ciudad, se encuentra ya situada en el Estado de Tlaxcala; tomo boleto para Tepexpam, de allí voy de cualquiera manera á la Villa de Guadalupe, y entro en México en los eléctricos.

—Dos días después de que tú hayas salido de aquí, me dirijo yo á México, y nos reunimos en el Hotel del Bazar; el que llegue primero espera al otro.

—Como no puedo estar en México con mi nombre, tomaré allí el de Luis Pérez; comerciante de Pachuca.

—Toma cien pesos para los primeros gastos y yo te llevaré fondos; por mi parte, iré también provisto de dinero.

Al día siguiente salió Alfredo de Puebla á pie y disfrazado con el traje de las gentes del pueblo; afeitado el naciente bigote y sucios el rostro y las manos, pudo fácilmente burlar la vigilancia de la policía.

Tres días después se reunieron los dos amigos y Manuel se dirigió al Hotel Humboldt en busca del Coronel Cisneros; pero allí le esperaba una contrariedad: había estado realmente el Coronel, pero sólo dos días, y se había marchado. El Ad-

ministrador del Hotel informó á Manuel de que Cisneros había encargado que le mandaran su correspondencia á Guaymas al Hotel Almada.

Mientras Manuel adquiría estas noticias, Julio, que acababa de saber la llegada de su amigo, corrió á saludarlo, sorprendiéndose agradablemente de encontrar á Alfredo.

—¿Por qué no me avisaron ustedes con oportunidad su venida?—dijo Julio,—hubiera ido á esperarlos á la estación, y que los habría llevado á casa, para donde se irán inmediatamente que venga Manuel.

—No era posible avisarte, dadas las circunstancias en que hemos hecho nuestro viaje.

—Por poco me voy ahora sin verte, pues como sólo aparece en las listas de pasajeros el nombre de Manuel, y me dijeron que había salido, tentado estuve de volver á otra hora, pero afortunadamente me ocurrió esperarlo.

—Es que aquí figuro con el nombre de Luis Pérez.

—¿Por qué es eso?

—Por lo que vas á oír.

Y Alfredo contó con todos sus pormenores cuanto le había acontecido.

Más de una vez manifestó Julio su indignación contra los que ponían en du-

da la inocencia de su amigo, y cuando éste terminó su relato, dijo:

—Han hecho mal ustedes en no darme noticia de lo que pasaba, hubiera yo ido inmediatamente á Puebla y les habría ayudado en sus investigaciones; pero desde ahora, seremos tres los que trabajemos en descubrir al culpable.

—Nuestra única esperanza está cifrada en los datos que nos proporcione el Coronel Cisneros.

—Fué una desgracia que yo me hubiera ido á la hacienda en estos últimos meses; sin eso, tal vez hubiera sabido lo que pasaba, por las noticias de los periódicos, que dejé de ver en mucho tiempo.

—Más vale que no hayas participado de las penas que hemos tenido en todo este tiempo; ha habido días en que hasta Manuel desesperaba; el pobre Manuel que ha sostenido mi ánimo en la ruda prueba que estoy sufriendo!

—Razón de más para que me llamaran. En fin, ya estamos juntos los tres, y cuento con ser útil todavía.

En estos momentos llegó Manuel, y después de abrazar á Julio y enterarse de que estaba ya al tanto de los acontecimientos, refirió lo que había sabido en el Hotel.

—¿Qué les parece á ustedes que hagamos?—preguntó al terminar.

—La respuesta no es dudosa,—dijo Julio:—partir en el primer tren que salga con rumbo á Guaymas.

—Esa es también mi opinión,—dijo Manuel.

—Mañana saldré para Guaymas,—agregó Alfredo,—y desde allí escribiré á ustedes.

—¿Y nos vas á hacer la injuria de suponer que te vamos á dejar ir solo?—replicó Julio.—Iremos los tres.

—Les agradezco mucho esa buena disposición, pero no debo aceptar su ofrecimiento, porque supone un sacrificio que se imponen por mí. Tú, Manuel, comienzas tu carrera de abogado, y no es justo que pierdas un tiempo precioso.

—Sabes que nada me detiene en Puebla; si conseguimos demostrar tu inocencia, como lo espero, tu defensa me dará nombre y será un brillante triunfo en mi carrera. Estoy firmemente resuelto á no dejarte, y además, tengo tanto empeño como tú en aclarar el asunto del asesinato de Don Juan Liñeiro.

—En cuanto á mí,—agregó Julio,—quieras ó no, me tendrás de compañero de viaje.

—Gracias, amigos míos,—dijo Alfredo muy conmovido, abrazando á Julio y estrechando la mano de Manuel;—partiremos juntos.

No pudo arreglarse el viaje para el siguiente día, porque los tres amigos tuvieron que proveerse de varias cosas indispensables para el largo viaje que iban á emprender; pero tres días después, á las siete de la noche, estaban cómodamente instalados en un carro Pullman del Ferrocarril Central, y salían de México con dirección á la frontera del Norte.



CAPITULO IV.

DE MEXICO A GUAYMAS.

En el largo trayecto de México á Ciudad Juárez, no pudieron los tres amigos ver más ciudades que Aguascalientes, Zacatecas y Chihuahua, y eso, como decía Julio, á vista de viajero inglés; en cuanto á las demás ciudades que toca el ferrocarril, no se dieron cuenta de ellas, por haber pasado por sus cercanías durante la noche.

Con la esperanza de encontrar á Cisneros y de que éste les diera algunos datos que pudieran guiar las investigaciones ulteriores para descubrir al asesino de Don Juan Liñeiro, había recobrado Alfredo su buen humor, á lo que ayudaba en gran parte la seguridad relativa en que se encontraba, lo agradable que es viajar cómodamente y la conversación de sus compañeros.

—Mira una ciudad en la que me agra-

daría vivir,—decía Alfredo á Julio durante el poco tiempo que se detuvo el tren en la estación de Aguascalientes;—á juzgar por lo barato que estas gentes venden los comestibles y esa porción de trabajos femeninos, de deshilados, bordados y calados de todas clases, la vida ha de ser aquí muy poco costosa.

—Tú ves nada más un lado del cuadro, —replicó Manuel,—el revés no te agradaría tanto. Precisamente esa baratura, indica que es muy pobre en generàl la población; y si es cierto que aquí se puede vivir con poco dinero, también lo es que cuesta mucho trabajo ganarlo.

—Sin embargo,—agregó Julio,—no me negarás que la ciudad, al menos lo que desde aquí se vé, tiene un risueño aspecto; mira, hasta cuenta con tranvías eléctricos, mejora que aún no tiene la opulenta Puebla.

—Cierto, pero atendiendo el tamaño de la población, no creas que esos tranvías pasen de aquí á la plaza principal, y, como ves, los coches distan mucho de ser elegantes.

La partida del tren interrumpió en este punto la conversación.

A medio día llegaron á una de las estaciones que tienen restaurant y en la que se detenía el convoy el tiempo necesario para que comieran los pasajeros.

Aquel restaurant estaba servido por chinos, como casi todos los que se encuentran en la línea del Central. Bajaron nuestros amigos, aguijoneados por el juvenil apetito que habían desarrollado en ellos el viaje y la conversación.

Entraron en el comedor, en el que había varias mesas abundantemente provistas de viandas frías, frutas, dulces y pasteles; tomaron asiento y dijo Manuel:

—Comamos en regla, comenzando por algo caliente.

—Es lo que más se apetece en estos momentos,—agregó Julio, y llamó á uno de los mozos que circulaban entre las mesas, llevando grandes y humeantes soperas que despedían muy grato olor.

Sirvióles el chino la apetecida sopa, pero estaba tan caliente, que no la pudieron tomar sin dar antes tiempo para que se enfriara; y fué tanto el que se necesitó para conseguir el objeto, que cuando comenzaban á saborear aquel potaje, que no hacía por cierto honor á su buen aspecto, tuvieron que abandonar de prisa el comedor, porque iba á partir el tren y el conductor llamaba á los pasajeros. Al salir, pagó cada uno de los viajeros un peso al chino que estaba parado en la puerta de entrada, y que recibía el dinero sonriendo con aire picarezco.

—Total,—dijo Julio,—nos hemos que-

dado sin comer, y hemos pagado como si hubiéramos consumido cuanto había en las mesas.

—Hay que desconfiar de las sopas calientes,—observó Alfredo.

—Y de los chinos,—concluyó Julio.

Prometiéndose el desquite en el siguiente restaurant, continuaron el monótono camino.

—¡Zacatecas!—dijo Manuel cuando llegó el tren á la estación, desde donde se domina la ciudad.—Siempre he tenido deseos de conocer esta población, tan rica antiguamente, y ahora decaída en parte de su pasado esplendor.

—Es lástima que no podamos detenernos en ella algunos días!—agregó Julio.—Yo también desearía conocerla.

—A nuestra vuelta la visitaremos con calma,—dijo Alfredo,—y creo que no se necesitarán muchos días para hacerse cargo de ella, pues no me parece que sea muy grande la población.

—En sí misma, la ciudad no tiene nada que llame fuertemente la atención,—siguió diciendo Manuel,—pero ha sido teatro de muchos acontecimientos históricos. Sin hablar más que de algunos de los de mayor importancia, se pueden citar los siguientes: El 15 de Abril de 1811, el General Don Ignacio Rayón entró en Zacatecas, después de una série de combates

con los realistas, que acreditaron á Rayón como uno de los Generales más hábiles de la guerra de Independencia. El 27 de Abril de 1858, el General Zuazúa atacó y tomó esta ciudad, que defendía el General conservador Don Antonio Manero, á quien tres días después fusiló el vencedor, en unión de otros tres ó cuatro jefes prisioneros. Por cierto que, en esa vez, auxilió á los condenados a muerte el señor Presbítero Don Ignacio Castro, y notando que al tiempo de ir á sepultar los cadáveres, daba señales de vida uno de ellos, el del Comandante de escuadrón, Don Pedro Gallardo, lo escondió, lo curó y le salvó la vida. El 27 de Enero de 1867, el General imperialista Don Miguel Miramón, con aquella audacia y celeridad de movimientos que lo distinguían, avanzó desde León con una división de mil quinientos hombres, y tomó Zacatecas, en la que había establecido su Gobierno el Presidente Don Benito Juárez, quien huyó violentamente al Fresnillo; ésta fué la última vez que el Presidente de la República se retiró ante las tropas imperiales. Por último, aquí mismo, en el cerro de La Bufa, dió el General Rocha el golpe de gracia á la revolución, que amenazaba arrojar á Don Benito Juárez de la Presidencia, en los últimos años de su Gobierno.

—Casi todas las ciudades de la Repúbli-

ca tienen escritas en sus muros algunas páginas de nuestra historia, gloriosas algunas, pero sangrientas todas,—dijo Julio.

—Por fortuna, este ferrocarril que nos conduce,—siguió diciendo Manuel,—en el que viajamos tan rápida y cómodamente por donde hace cuarenta años no hubiéramos podido pasar sin grandes riesgos y muchos trabajos, y las demás vías férreas que cruzan en todos sentidos nuestro territorio, han hecho imposibles las revoluciones. Ya no volveremos á tener épocas como las que vieron nuestros padres.

El tren siguió su marcha por las áridas planicies, que se extienden sin interrupción desde Zacatecas hasta la frontera del Norte. La monotonía del paisaje influyó en el ánimo de nuestros amigos, que se entregaban á meditaciones de distinto género, mientras Julio leía un periódico.

Alfredo repasaba en su memoria los últimos sucesos que habían modificado su existencia, en tanto que Manuel pensaba en los acontecimientos históricos que habían presenciado aquellos interminables desiertos y los lejanos cerros desprovistos de vegetación que limitaban el horizonte. Por la memoria de Manuel pasaban, como por el foco de una linterna mágica, desde la marcha de Hidalgo, interrumpida por la traición de Elizondo,

y la heróica y nunca bien ponderada retirada de Rayón; hasta la penosísima marcha de nuestro ejército que, sin víveres, sin agua, sin abrigo ni medios de transporte, llegó cansado y hambriento á batirse en la Angostura, arrancando una tras otra sus formidable posiciones á los americanos, para dejarlos después dueños del campo. Desde aquella avalancha de fronterizos que por allí pasaron conducidos por Vidaurri, Aramberri y Zuazúa para ser el primer baluarte en que se apoyó la Constitución de 57 después del golpe de Estado de Comonfort, hasta la reconcentración imponente y avasalladora del ejército republicano, que hizo pedazos en Querétaro el último jirón de la bandera imperial.

Con profunda melancolía pensaba Manuel que aquel polvo sutil que se introducía en el Pullman, no obstante sus cortinas y sus dobles cristales, ahogaba en otro tiempo á nuestros pobres soldados, que no tenían ni una gota de agua con que calmar su ardiente sed. Que aquel sol que brillaba con intenso fulgor, sin una nube en el cielo que interceptara sus ardientes rayos, ni un arbusto en la llanura que convidara con su sombra, era el mismo que había torturado á nuestros heridos, que caían y eran abandonados por falta de medios para conducirlos; el mis-

mo que había quemado el cerebro de tantos como murieron de insolación en las interminables jornadas!..... Sentía una especie de vergüenza por atravesar cómodamente en un Pullman esos desiertos que recorrieron trabajosamente tantos valientes que se sacrificaron por darnos Patria los unos y libertad los otros

La voz de Julio, que acababa de leer su periódico, interrumpió las meditaciones de sus compañeros, á quienes se acercó diciéndoles:

—Abstraídos en sus reflexiones, no se han fijado ustedes en nuestros compañeros de viaje. ¿Qué les parecen?

Recorrió Manuel con la vista el carro. y contestó:

—Pocos son, y no les encuentro nada de particular.

Seis ú ocho americanos ocupaban los asientos del Pullman; cada uno de los viajeros leía el indispensable y colosal periódico, sin cuidarse para nada de lo que pasaba á su alrededor, todos ellos serios y silenciosos. Representaban al bello sexo cinco americanas, cada una de las cuales viajaba sola; cuatro de ellas de edad indefinible, de escasa, por no decir ninguna hermosura, que parecían alumnas de un colegio, por lo igual de sus trajes en hechura y color; y la otra, joven, no fea y vestida con relativa elegancia.

—Lo notable de nuestros compañeros, —dijo Alfredo,—no consiste en sus personas, sino en lo extraño que es ver viajar solas á las señoras, especialmente si,como una de nuestras compañeras, son jóvenes y bonitas; no se les puede negar á los americanos la cualidad de que saben respetar á las señoras mucho más y mejor que nosotros.

—En eso no estoy de acuerdo enteramente contigo,—replicó Julio.—No creo que cada yankee sea un cumplido caballero incapaz de cometer la más ligera falta con una señora. Creo que eso que nos parece el "sumum" del respeto y de la caballerosa galantería, es precisamente lo contrario; las señoras pueden viajar solas en los Estados Unidos, y hacer uso de una libertad extraordinaria, por el poco aprecio que las tienen los hombres. Por regla general, el americano no vé en la mujer á la graciosa, tierna y amante mitad del género humano, sino á la socia que aporta un contingente de comodidades, ó que impulsa con su capital los negocios, ó, cuando más, la aprecia como un objeto de lujo que satisface el amor propio por su notable hermosura. La educación americana es esencialmente práctica; tanto á los hombres como á las mujeres, la fiebre de los negocios les absorbe todo sentimiento de ternura; to-

dos se han educado en ese medio que les hace considerar como lo primero y principal de la vida el bienestar material, y no aprecian ni les preocupan las gracias naturales de la mujer, como ellas no se cuidan para nada de las cualidades morales del hombre. Para los americanos es la galantería un defecto imperdonable, porque le impide al hombre adelantar en sus negocios; así es que todos, por regla general, repito, ven a las mujeres con total indiferencia; y como ellas, á su vez, están acostumbradas á no inspirar pasiones, ni tienen más que la del dinero ó la de la vanidad, resulta que el soñado respeto de los hombres á las mujeres, no es más que indiferencia en los dos sexos. Entre ésta y nuestra innata galantería latina, prefiero la segunda, que, si alguna vez se extravía, es, en cambio, fuente inagotable de nobles acciones, es la que inspira los sentimientos elevados y alimenta en nuestras almas el amor á lo hermoso y á lo bueno.

—¡Hombre! me parece que juzgas muy duramente á nuestros "primos"

—Es posible que esté yo equivocado, pero esta opinión la fundo en el estudio que he hecho del carácter y costumbres de los americanos en general. No son artistas, y, por consiguiente, no pueden apreciar la belleza de la mujer; poseen

muchos objetos de arte porque cuestan caros; son capaces de comprar un mamarracho de pintura si se les pide por él una gran cantidad, y despreciarían un original de Velázquez ó de Rubens si se les diera barato; pagan espléndidamente á los cantantes famosos, porque lo son, pero se divierten mucho más con los cantos de los negros, con sus bailes ridículos ó con las pantomimas simples que se representan en sus teatros. Mira alguno de sus periódicos con ilustraciones á varias tintas, y te convencerás desde luego de la falta completa de gusto artístico que tiene el pueblo americano.

—Algo hay de verdad en lo que dice Julio,—observó Manuel,—pero hay también un poco de exageración. Sobre todo, debe tenerse en cuenta que, si las apreciaciones de Julio pueden ser exactas respecto de los habitantes de la California y Texas, descendientes de buscadores de oro y de toda clase de rudos aventureros, distan mucho de poderse aplicar con la misma generalidad á los Estados del Este, que son emporios de refinada civilización.

—Compara la manera de expresarse de los yankees, con el idioma que gramaticalmente nos enseñó aquel padre jesuíta inglés, tan sabio y tan bien educado, y tendrás que confesar que los americanos

carecen de ilustración, pues no la pueden tener los que de tal manera estropean su propio idioma.

—Es cierto que, en general, hablan muy mal el inglés y cometen muchas faltas gramaticales; pero hay también entre ellos gran número de hombres sabios y muy ilustrados.

—Sería necesario vivir algún tiempo en los Estados Unidos y viajar mucho por ellos, para formarse idea exacta del carácter y costumbres de los americanos.

Esta observación de Alfredo puso término por entonces á la conversación.

En las primeras horas de la noche se detuvo el tren en una estación que, á diferencia de las que habían pasado desde que salieron de Zacatecas, estaba muy concurrida y perfectamente alumbrada, distinguiéndose á cierta distancia la brillante luz de muchos focos eléctricos.

—Estamos en Torreón —dijo Manuel,— ciudad moderna que se ha formado en muy pocos años.

—No ha de ofrecer, por consiguiente, nada notable, á la curiosidad del viajero,— observó Julio.

—Siempre es digna de verse una ciudad que, como por encanto, se levanta de pronto en medio de un desierto.

Pasaron la noche cómodamente instalados en el Pullman, como habían pasado

la noche anterior, y al despertar al día siguiente, vieron un paisaje tan solitario, monótono y triste como el que había fatigado su vista desde que salieron de Zacatecas, hasta que, poco antes de las nueve de la mañana llegaron á una estación desde la que se veía una ciudad bastante grande.

—¿Qué población es esa que se divisa á lo lejos?—preguntó Julio.

—Chihuahua,—contestó Manuel,—basta para conocerla ver las torres de su Catedral, que se destacan sobre el azul del cielo.

—Saludemos,—dijo Julio,—el lugar en que fué sacrificado el Padre de nuestra Independencia.

Al caer la tarde del segundo día de camino, llegaron los viajeros á la línea divisoria entre México y los Estados Unidos. A la margen derecha del río Bravo está situada Ciudad Juárez, población que no tiene nada de notable vista desde el tren, pues que presenta el aspecto de un pueblo de segundo orden, como tantos otros que hay en la República.

—¿Nos detenemos en Ciudad Juárez para pasar la noche, ó atravesamos desde luego la frontera?—preguntó Alfredo.

—Lo mejor es,—dijo Manuel,—pernoctar en El Paso, por dos razones: la primera, porque así estaremos listos para

tomar mañana temprano el tren Sur Pacífico que nos ha de llevar á Benson; y la segunda, porque, triste es confesarlo, pero encontraremos muchas mayores comodidades para pasar la noche en la población americana, que en la mexicana.

—Sin embargo,—observó Julio,—no nos vendría mal conocer de cerca esta ciudad histórica.

—Nada, ó muy poco de ella veríamos en una sola noche; por lo demás, entiendo que, con excepción de dos ó tres edificios públicos, no tiene la ciudad más importancia que la de haber sido el punto extremo á que llegó Don Benito Juárez con su Ministerio durante la Intervención francesa; dos veces estuvo aquí establecido el Gobierno, y vean ustedes como, por la fuerza de las circunstancias, este remoto pueblo se convirtió, durante algún tiempo, en la capital de la República.

Durante esta conversación, el tren había avanzado y se presentaron los empleados americanos á reconocer los equipajes de los viajeros; realizaron esta molesta operación en muy poco tiempo y sin causar grandes molestias; apenas dirigieron una rápida ojeada á las petacas de los tres jóvenes, y poco después llegó el tren á la estación americana.

El Paso es una población en la que hay bastante movimiento de pasajeros y mu-

cho comercio, pero no es grande ni bonita.

Se alojaron aquella noche los tres jóvenes en el Hotel Ondorf, donde estuvieron muy bien servidos, en cuartos muy bien ajuareados y con todas las comodidades apetecibles; á las siete de la mañana siguiente, tomaron pasaje en el Sur Pacífico que debía dejarlos ese mismo día en Benson.

El ferrocarril yankee no se diferenciaba gran cosa del Central Mexicano; tenía un carro comedor muy bien servido, aunque caro, y en el que forzosamente tuvieron que comer nuestros amigos, pues en todo el día no encontraron estación en la que hubiera restaurant.

Tenía yo una idea tan exagerada de la prosperidad material de los Estados Unidos,—dijo Julio á sus amigos en la conversación de sobremesa,—que creía buenamente que en este lado del río Bravo cambiaría por completo el aspecto del territorio; esperaba encontrar á cada paso quintas de recreo, haciendas modelos, campos esmeradamente cultivados. numerosos rebaños de ganados de raza, presas de agua, y calzadas con árboles; y, vean ustedes, nada de eso hay, todo presenta el mismo desconsolador aspecto que los desiertos de Chihuahua, idéntica soledad y el propio abandono.

—Es que este territorio,—observó Manuel,—tiene menos elementos de riqueza que algunos otros; explotarlo costaría mucho trabajo y sería necesario emplear fuertes capitales, que encuentran mejor colocación en otra clase de empresas; ya le llegará á éste su turno, y entonces tendrá todo lo que ahora le echas de menos.

—¿Saben ustedes,—dijo Alfredo,—que causa una triste impresión considerar que no estamos ya en nuestra Patria, que no nos pertenece nada de lo que vemos?

—Es cierto,—contestó Manuel,—parece que está uno completamente aislado, que ha perdido de pronto amigos é intereses; se aviva indeciblemente el amor á la Patria, y en estas circunstancias, puede distinguirse muy bien la diferencia que existe entre el patriotismo y el provincialismo; éste, por intenso que sea, no sufre comparación con el primero. Estando fuera de la Patria, desaparecen los Estados, los Distritos y los pueblos, y aparece MEXICO abarcándolo todo; si oyéramos por casualidad hablar español con el acento propio de nosotros, no preguntaríamos á quien lo hablara de qué Estado ó pueblo era, sino si era mexicano, palabra mágica que suena en el oído como la música más regalada.

La llegada á Benson interrumpió la conversación, y como tenían los viajeros

que transbordarse violentamente á otro tren, y comenzaba á obscurecer, no les fué posible formarse idea de lo que era aquella población americana.

De Benson á Nogales hay un ramal de ferrocarril, tan mal servido y en tan malas condiciones como el peor de los nuestros, lo que hizo exclamar á Julio cuando en él se instaló:

—¡Qué sensación tan agradable se siente aquí!

—No sé por qué,—dijo Alfredo.

—Porque, mira, cuando nos vengan los primos con su decantado adelanto, se les puede contestar que, al menos en materia de ferrocarriles, estamos á la misma altura; estos coches de primera avergonzarían á la más desprestigiada de nuestras líneas.

En Nogales, adonde llegaron á eso de las once de la noche, volvieron á sufrir la visita de los equipajes, esta vez por los empleados mexicanos; pero de manera tan minuciosa y dilatada, que fué necesario que dejaran allí las petacas, con promesa de parte de los empleados, de que se las enviarían á Guaymas al siguiente día; no hubo más remedio que someterse, pues iba á salir el tren, y no era cosa de pasar la noche en Nogales.

Llamó mucho la atención de Alfredo la insistencia con que los empleados de

la Aduana se habían informado sobre si llevaban armas, por lo que dijo á Manuel luego que se hubieron instalado en el nuevo tren:

—¿Qué las armas pagan extraordinarios derechos, ó qué otra cosa motiva que pregunten por ellas con tan marcado interés los empleados?

—Es porque estamos en el Estado de Sonora, donde está prohibido introducir armas.

—¿Por qué?

—Porque están en guerra los indios yaquis.

—Con este motivo, comprendo que se prohiba la introducción de armas por mayor, y cuando se presuma que se les van á dar ó á vender á los yaquis; pero obligar á uno á entrar desarmado en el Estado, precisamente cuando se corre el riesgo de ser asaltado por los indios, y evitar que puedan comprar armas los ciudadanos pacíficos, me parece un contrasentido.

—Sin embargo, así es

No tardó el sueño en obligar á los tres amigos á recogerse en las camas del Pullman: cuando despertaron á las siete de la mañana, atravesaban una región cuidadosamente cultivada, en la que abundaban los plantíos de naranjos, haciendo contraste con la escasa vegetación de los ce-

rros inmediatos y de la parte no cultivada de la llanura.

—¡Bendito sea Dios que volvemos á ver campos fértiles; ya se fatigaba la vista con los desiertos, que han sido nuestro único horizonte desde Zacatecas!—dijo Julio.

—Lo que siento,—agregó Alfredo,—es no haber conocido la ciudad de Hermosillo, por la que pasamos al amanecer.

—No creas que perdiste gran cosa,—le dijo Manuel;—la capital del Estado de Sonora es una población de doce mil habitantes, de muy escasa importancia, y en la que no hay nada notable que visitar.

—Pero el Estado es bastante rico, según creo,—observó Julio.

—Sí, es uno de los más ricos de la República, aunque no esté actualmente en explotación toda su riqueza. Desde la Sierra Madre, que por el Oriente señala los límites entre Sonora y Chihuahua, hasta las costas del Golfo de California, hay una gran variedad de climas; el frío de la parte montañosa, se convierte en templado en las vertientes, y llega á ser ardiente en la costa. A los riquísimos minerales que abundan en el Estado, hay que agregar la fertilidad del suelo, que con facilidad puede aumentarse prodigiosamente por los numerosos ríos que, des-

cendiendo de la Sierra, corren por la llanura y van á perderse en las arenas de la playa.

A las diez de la mañana llegaron los viajeros á Guaymas, y, como era natural, fueron á alojarse en el Hotel Almada, el señalado por Cisneros para que se le dirigiera la correspondencia.

Allí también sufrieron una decepción: el Coronel Cisneros había estado alojado en aquel hotel, pero, según dijo el Administrador, se le proporcionó un negocio de minas en la Baja California, y había marchado para La Paz, avisando que le remitieran su correspondencia al Hotel Palacio.

Esta fué una gran contrariedad para Alfredo, que veía alejarse la única probabilidad que le quedaba, de adquirir algún dato que le pusiera sobre la pista del asesino de Don Juan Liñeiro.

—Paciencia,—le decía Manuel,—todo se reduce á unos cuantos días más; mientras no perdamos de vista al Coronel y sepamos dónde está, tenemos la seguridad de encontrarlo.

—¡Y pensar,—observó Alfredo,—que tal vez todo esto sea inútil, y el Coronel no tenga ninguna noticia interesante que comunicarnos!

—Es posible que así sea, pero aun en ese caso desgraciado, nos quedará al me-

nos la satisfacción de haber intentado todos los medios que están á nuestro alcance para descubrir la verdad.

—Vamos á informarnos de los días en que salen vapores para La Paz.

Averiguaron nuestros amigos que tendrían que esperar en Guaymas lo menos tres días para aprovechar el vapor "General Díaz," de la Compañía Naviera del Pacífico, que era el que estaba más próximo á llegar, y que salía inmediatamente para La Paz. Emplearon aquellos días de espera en conocer la población.

Guaymas no tiene nada notable. Un teatro á medio hacer, en el que ya se suelen dar funciones, por más que le falte todo el decorado y algo de construcción; un edificio de pésimo gusto, en el que está instalado el Banco Nacional; un Casino bien decorado y servido; calles sin empedrado y banquetas desiguales, esto es lo que se vé á primera vista. En cambio, el puerto, amplio y hermoso, está siempre muy concurrido y el comercio es muy activo; barcos de vela llevan á los puertos de la Baja California, situados en la costa Oriental, los efectos americanos que conduce á Guaymas el Ferrocarril, y vuelven cargados con frutas y panela; en tanto que los vapores de La Naviera descargan las mercancías europeas que dejan en Mazatlán los buques de la línea del

Kosmos, que han dado la vuelta al Cabo de Hornos.

Al día siguiente de su llegada, recibieron los tres amigos sus equipajes, que habían dejado en Nogales, sin que faltara nada en ellos.

—Hay que hacer justicia á nuestros empleados aduanales—dijo Julio,—si no son muy expeditos en la revisión de los bultos, si todo lo que hay en las petacas lo revuelven y lo dejan muy mal colocado, en cambio no se pierde ni una corbata; me parece que esto habla muy alto en favor de la honradez de aquellos señores.

—Estas ligeras molestias desaparecerán cuando se concluya el ferrocarril, que, partiendo de este puerto, llegue á Guadalajara, siguiendo en parte el litoral del Pacífico; entonces,—dijo Manuel,—ya no habrá necesidad de atravesar la frontera para venir á Guaymas.

—¿Cuándo llegaremos á ver eso? ¿O será una de las herencias que dejaremos para que disfruten de ellas nuestros biznietos?—preguntó Julio.

—Parece que en esta vez la cosa va en serio, y que ese ferrocarril se concluirá muy pronto.

—¿Y nada más que lo que hemos visto tiene de notable Guaymas?—dijo Alfredo.

—En lo material, nada más, pero este

puerto fué teatro de una de nuestras legítimas glorias nacionales.

—¿Cual?

—El 13 de Julio de 1854, el Conde Rousset de Boulbon, al frente de cuatrocientos filibusteros franceses y americanos, atacó por tierra este puerto, con el objeto de hacerse dueño de todo el Estado de Sonora. El General Don José María Yáñez defendió la población con trescientos mexicanos, despedazó á los filibusteros, que se batieron por su parte brillantemente, é hizo prisionero á su jefe, al que fusiló aquí mismo el 12 de Agosto de aquel año, después de haberlo hecho juzgar por un Consejo de Guerra. El General Yáñez provocó con esto los celos de Santa-Anna, quien llegó hasta pretender encausarlo por no haber prevenido con tiempo el ataque. El 11 de Diciempre de 1855, fué nombrado Yáñez Ministro de la Guerra, por Don Ignacio Comonfort, y murió en México después de la caída del Imperio, olvidado por todos, y en la mayor miseria. Sin el valor y la pericia de Yáñez, hubiéramos perdido, sin duda, todo el territorio de Sonora, porque nada se hubiera podido oponer á los aventureros del Conde Rousset, y en aquella época eran sumamente difíciles las comunicaciones de los Estados fronterizos con el Centro, estando, ade-

más, el Gobierno, seriamente ocupado en sofocar la revolución. En época posterior, el 4 de Septiempre de 1866, el General republicano don Angel Martínez, derrotó en Guadalupe (Estado de Sonora) al General imperialista Refugio Tánori y al Capitán francés Lamberg, que murió en la acción; el 5 del propio mes entró Martínez en Ures, que era entonces la capital del Estado, é inmediatamente después ocupó este puerto, del que habían huído Tánori y otros varios jefes, embarcándose en un pailebot; perseguidos en el mar y aprehendidos el 20 de Septiembre, fueron fusilados en esta población el 25 del mismo mes los quince prisioneros. Con esto, terminó en Sonora la dominación imperial.

Comiendo bien, aunque pagándolo muy caro y fastidiándose la mayor parte del tiempo, pasaron Alfredo y sus compañeros los tres días que dilató en llegar el esperado vapor; por fin pudieron tomar pasaje en el "General Díaz," y dirigirse á la ciudad de La Paz donde esperaban encontrar á Cisneros.



CAPITULO V.

LA BAJA CALIFORNIA.

—¿Qué puntos tocaremos antes de llegar á La Paz?—preguntó Alfredo á Manuel al salir de la bahía de Guaymas la tarde del día en que se embarcaron.

—Ya me informé con el Capitán, y me dijo que este vapor va directamente á La Paz, sin tocar ningún otro puerto; si hubiéramos esperado unos días más, podíamos haber tomado pasaje en el "Unión" ó en el "Precursor," que ambos tocan en Santa Rosalía y en Mulegé.

—Me alegro de que no hubiera sabido esto Julio porque hubiera sido capaz de hacernos perder tiempo con tal de conocer esos dos puertos, que seguramente no tienen nada de importantes.

—Siento realmente,—dijo Julio,—que no pasemos por ellos, pero no hubiera sacri-

ficado un tiempo precioso á mi deseo de conocerlos. En cambio, me voy á desquitar haciendo que Manuel nos dé algunas noticias del Territorio de la Baja California, que, hasta ahora, confieso que me había inspirado muy poco interés.

—No será mucho lo que te pueda decir, y aun de eso poco una parte la has de saber tan bien como yo.

—No lo creas, nunca fuí en el colegio de los más aplicados al estudio, y desde que tuve que encargarme del manejo de los intereses que me dejó mi padre, no sólo nada nuevo he aprendido, sino que he olvidado en gran parte lo que á fuerza de paciencia me enseñaron mis maestros.

—Comienza,—agregó Alfredo,—por decirnos de dónde le viene á la Península el extraño nombre de CALIFORNIA.

—Creen algunos que el conquistador Hernán Cortés, que se preciaba de latino, llamó al primer puerto de la Península á que arribó, CALIDA FORNAX, á causa del gran calor que allí sintió, y que él mismo, ó algún otro de los que lo acompañaban, formó de aquellas palabras el nombre de CALIFORNIA.

—De suerte que nos espera un calor sofocante,—dijo Julio.

—No lo creo, porque el clima de toda la Península es mucho más benigno que

el de todos los demás puertos de la República.

—¿Pues de dónde salió Cortés cuando fué á la California, que le pareció tan extremado el calor?

—De Acapulco, que es mucho más caliente.

—Pues dame otra etimología del nombre, porque esa, esa, francamente, no me satisface.

—Veamos qué te parece esta otra: El padre Don José Campoi, cree que el nombre de la península viene de la voz española CALA y de la latina FORNIX, que significa bóveda, porque en el cabo de San Lucas hay una ensenada que tiene en su lado Occidental una roca con un agujero en forma de bóveda, tan perfecta, dice, que parece hecha con la mano del hombre; y agrega que, al verla Hernán Cortés, llamó CALAFORNIX á ese lugar, y poco á poco tomó todo el territorio aquel nombre.

—Parece extraño que circunstancia tan baladí, sirviera para dar nombre á tan extenso territorio; aparte de la circunstancia no menos rara de haber empleado voces de dos idiomas distintos para formar una sola palabra.

—Pues no hay otra etimología, que yo sepa.

—Contentémonos entonces con el CALA FORNIX.

—A no ser que quieras llamar á la Península con el nombre que la dieron el padre Scherer, jesuíta alemán, y Mr. Fer, geólogo francés.

—¿Y qué nombre era ese?

—ISLA CAROLINA.

—Lo que ahora sería un disparate, sin que hubiera dejado de serlo en aquella época.

—Pues ese nombre se usó mucho en España en el reinado de Carlos II para designar á la California, por creerse que era una gran isla.

—Ahora cuéntanos,—dijo Alfredo,—cómo se descubrió y pobló la Baja California.

—El primer español que desembarcó en las playas de la Península, en un puerto al que dió el nombre de "Seno de la Cruz," fué Ordoño Jiménez, piloto de un barco armado por Cortés para hacer descubrimientos; atacado Jiménez por los naturales al desembarcar, pagó allí mismo con la vida el crimen que había cometido asesinando durante la travesía al Capitán del barco; el resto de la tripulación cayó en manos de Nuño de Guzmán, gran enemigo de Cortés.

Algún tiempo después de esto atravesó el Golfo el mismo Hernán Cortés, y,

el día primero de Mayo de 1536, arribó al llamado puerto de La Cruz, que probablemente es una pequeña ensenada que se conoce todavía con ese nombre y está situada á unos treinta y cinco kilómetros de La Paz en las costas del Golfo. Dejó allí Cortés parte de su gente á las órdenes del Capitán Don Francisco Ulloa, se hizo luego á la mar y descubrió el Cabo de San Lucas; regresó por Acapulco á México, á principios de 1537, y poco después hizo lo mismo Ulloa con toda la gente que había quedado en la California. Volvió Ulloa mandado por Cortés, y reconoció una parte de las costas orientales y occidentales de la Península, pero sin dejar en ella establecimiento alguno.

En 1542, Juan Rodríguez Cabrillo (portugués al servicio del Virrey de México), reconoció las costas occidentales de la California, subió hasta el grado 42 de latitud, y regresó después de un penoso viaje que duró diez meses.

Siendo Virrey de México el Conde de Monterrey, despachó, por orden de Felipe II, una expedición á la California, á las órdenes de Sebastián Viscaino, quien partió de Acapulco en 1596 y desembarcó en el puerto de La Paz, así llamado porque fueron recibidos pacíficamente los expedicionarios por los indios; construyeron varias cabañas, y una mayor, que servía

de Iglesia, pero no pudiendo subsistir, por falta de víveres, se volvieron á la Nueva España.

En 1599, volvió Viscaino á recorrer la costa occidental de la Península, sin pretender formar establecimiento alguno; y aunque en 1606, la Corte de España ordenó que se poblase algún puerto de la Baja California, para que sirviera de escala á los navíos que venían de Filipinas, nada se hizo.

—Con tanta expedición,—observó Alfredo,—á esas fechas se conocería muy bien la Península, y no me explico que siguieran creyendo que era una isla.

—Como las noticias que recogían los expedicionarios y las cartas geográficas que levantaban, se remitían á España y allí quedaban sepultadas en algún archivo, los datos que recogían unos viajeros no podían ser aprovechados por los otros; lo que dificultó en sumo grado los progresos del descubrimiento y colonización de la Baja California.

—¿Hasta cuándo comenzó á colonizarze?—preguntó Julio, que escuchaba con mucho interés el relato de Manuel.

—Voy á decírtelo dentro de un momento. En 1640, por orden del Marqués de Villena, Virrey de México, hizo otra expedición á la California el Gobernador de Sinaloa, Don Luis Celestín de Cañas, sin

otro resultado que el de confirmar las noticias que ya se tenían sobre la abundancia de perlas en los mares de la Península.

En 1648 fué á reconocer la Península el Almirante Don Pedro Portel de Casante, y regresó á México informando que todo el terreno reconocido era estéril.

En 1664 y en 1667 organizó dos expediciones el Almirante Don Bernardo Bernal de Piñadero, sin resultado alguno, pues más que á otra cosa se dedicaron los expedicionarios á recoger perlas en las costas.

Por falta de víveres fracasó en el año siguiente de 1668 la expedición del Capitán Francisco Lucenilla

En 1677, por orden de Carlos II, se verificó la expedición del Almirante Don Isidro Otondo y Antillón; éste llevó á tres jesuítas, reconoció algo del interior del territorio, estuvo en él tres años, y al fin volvieron todos á México sin haber fundado ninguna Colonia.

Por último, el 19 de Octubre de 1697, tomaron posesión de la Península á nombre del Rey, los padres jesuítas José María de Salvatierra y Eusebio Kino. (El verdadero nombre del padre Kino era Kiihn). De entonces data la conquista y

colonización de la Baja California, pues ya no se abandonó más el territorio. (1)

Los jesuítas establecieron misiones, pasando mil penalidades por la falta de víveres y medios de comunicación; por la escasez de gente que quisiera radicarse en las misiones; por la codicia de los que arribaban á la Península, que se dedica-

(1) La licencia que concedió el Virrey, conde de Moctezuma á los padres jesuitas para que entraran en California, decía así:

"Don Joseph Sarmiento Valladares, Caballero de Santtiago, Conde de moctezuma y de tula Visconde de Ilucan Señor de monterrozano de la Peza del Consejo de Su Majestad Su Virrey lugar theniente gouernador y Capitan general de Esta nua. Spaña y Precidente de la Real Audiencia de ella & Hauiendo Vistto el memorial Pesentado. Por el Reuerendo Padre Provincial de la Sagrada Religión de la Compañia de Jesus y la cartta del Reuerendisimo Padre Gral. Tyrzo Gonzaless en que aprueba con las Recomendaciones y Satisfaccion que de ella consta la persona de los Padres Juan Maria de Saluatierra y Evseuio francisco Quino para la Reduccion de los gentiles de las Californias, que segun los informes del Tribunal de la Conttaduria mayor de quentas y oficiales Reales de Esta cortte para el apresto y fabrica de tres Vajeles Sueldos y pago de la gentte de mar y guerra y otros socorros que se executtaron en la antecedente para la Empreza y Conuersion de los gentiles del Rno. de la California se gastaron de la Real hazienda doscienttos y Veinte y cinco mil y cuatrocientos pesos sin hauerse Podido lograr el efecto de conseguirla: y que al hauerse mandado suspender Por enttonces esta Conquista en Cum-

ban á la explotación de la perla extorsionando á los naturales; y más que todo, por la poca ó ninguna seguridad que ofrecían las misiones situadas á largas distancias unas de otras y sin fuerza para repeler las agresiones de los indígenas, quienes llegaron algunas veces al extremo de sacrificar á varios religiosos.

---

plimiento de la Real Zedula de Veintte y dos de Dizieme. del año Pasado de ochenta y cinco fue por considerarse de mayor grauedad el Reparo a la necesidad de la defenza del Reyno de la Viscaya por la subleuacion general de los indios de la Taraumara (sic) Y hauiendose de acudir a esta con pronto remedio era necesario conciderable gasto de la Real hazienda que no seria Vien diuertirle en los que causara la nueba Conquista de Californias sinque se ofreciesse otra Razon de dudar para sobresserse en ella que el referido gasto y ocacion que dio motiuo y de que paresse se dedusse que la mentte y Real disposicion no prohiuio absolutamente que se hubiesse de conttinuar la reduccion y Conquista de California, sino que por aquella caussa que se habia ofrecido se suspendiefse por entonces: teniendo Presente lo expreso en dicha Real Zedula y Reconociendo assimismo Por diferentes cartas Ynstrumentos y Ynformes que el fervoroso Zelo y Yndustria de los Referidos Padres, por si solos, y sin otra ayuda an logrado la reduccion y abptismo demas de cinco mil infieless que estan Perseuerantes en nuestra sancta fee en algunas Poblaciones y lugares de minas y con ancia y anhelo de que Bueluan estos missmos Religos. para Administrarles los Sanctos Sacramentos y demas exercicios de Docttrina, Para continuar los reducidos y Por medio de ellos Atraer otros a este gre-

Los jesuítas tuvieron á su cargo las misiones hasta que fueron expulsados de los dominios españoles en el reinado de Carlos III. La expulsión se verificó en la Nueva España el 25 de Junio de 1767, y en la California á fines de Noviembre del mismo año; pero los padres no salieron de

---

mio, y atendiendo tambien aquela Referida entrada y Reduccion a de ser a costa de las limosnas que el Zelo y christiandad de Algunas Personas an ofrecido Conttribuir, para tan Sancto y alto ffin, y que el de su Magestad a sido lograr se prosiga semejante empresa y que Caussara graue excrupulo el desamparar tantas Almas como piden el Baptismo en dicha Conuersion, Por todo lo referido, a parecido Preciso a mi obligacion por xptiano Basallo y Criado de su Magestad conceder, como concedo por haora y en el Ynterin que con Vista de estta determinacion se sirve Resoluer lo que fuere de su Mayor agrado. Por el Presente consedo la lizencia que piden a los dhos. Padres Juan Maria de Saluatierra y Evseuio francisco Quino de la Compañia de Jesus para la entrada á las Provincias de Californias y que puedan Reducir á los Gentiles de ellass al Gremio de nuestra sancta fee Catholica; con calidad de que sin orden de su Magestad no sea de poder librar ni gastar cossa Alguna de su Rl Hazienda en esta conquista Por ser condiciónn expresa de su Allanamiento. Y de esta Permisión; y porque es Justto se atienda a la seguridad de sus Perzonas y las demas que las siguieren y Preuenir las Contingencias y accidenttes que puedan sobreuenir de Subleuación de los Gentiles y otros que en Aquellos Parajes y distancias Pretendan Por ottros motiuos ffaltarles al Res-

la Península por falta de medios de transporte, hasta el 3 de Febrero de 1768.

Al verificarse la expulsión, había en California quince sacerdotes y un hermano, repartidos en catorce misiones; y es de notar la coincidencia de que quince sacerdotes y un hermano murieron en la California durante los setenta años que es-

---

pectto les cancedo assimismo a dhos Padres puedan lleuar la gente de armas y Soldados que pudieren Pagar y municionar a su costa, con cauo de entera satisfaccion, experiencia y chistiandad (sic) que eligieren Pudiéndole Remouer siempre que faltare a su obligacion. Dandome quentta del que nombraren para su aprouacion, y en caso de Remouerle Para expedir las ordenes que tubiere por Conuenienttes en el seruicio de su Magestad; y assi al cauo como á los soldados que militaren deuajo de Su Mano Porque puedan gustosos aserlo en materia tan del agrado y seruicio de Ambas Magestades y entrar en la tierra adentro Para la Conquistta y Reduccion de los Ynfieles les concedo todos los fueros Preheminencias y esepciones que gozan todos los demas Cauos superiores militares y soldados de los Campos y exercitos Reales, y que estos seruicios se Reputen y Tengan por hechos en Guerra Viua en la conformidad que su Magestad lo Tiene declarado con los que siruen en los precidios del Reino del Parral y en los demas del Rno. y Conquisttas que sean executado en el, y en el Interin tamuien que su Magestad determina lo que ffuere de su Real Voluntad. Y consedo assimismo a dichos Padres lizenzia y facultad para que se puedan enarbolar Banderas y hazer leuas siempre que para ello fuere necesario con las mismas Calidades, y de que todo lo que se conquistare a de ser

tuvieron los jesuítas al frente de las misiones.

—¿Qué suerte corrieron éstas después de la expulsión de los jesuítas?

—De pronto se encargaron de ellas los padres franciscanos de San Fernando de México, bajo la dirección del padre Fray

---

en nombre de su Magestad; y para que assi la Gentte que fuere, como la demas que se pudiere agregar y Conseguir para esta Reduccion, se conserue y mantenga en paz y quietud con la buena correspondencia Vrbanidad y Respeccto a dichos Religiosos les consedo Puedan nombrar en nombre de su Magestad Personas que Administren Justicia y a quienes obedescan sus ordenes deuajo de las penas que impucieren y que Puedan executarlas en los inouedientes dandome quentta de lo de todo fuere Resultando y Progrezos que mediante el xptiano Zelo de dichos religiosos espero an de lograrse en el seruicio de Dios y Agrado del Rey Nuestro Señor de quien Pueden Prometterse les dará las Gracias que yo pueda Repettir en su Real nombre; y se sacara testimonio para dar quentta a su Magestad: Mexico seis de ffebrero de mil seissientos y nouenta y siete años.—*Don Joseph Sarmiento.*—Por mandato de su Exa.—*Francisco de Morales.*—Asentado.''—"V. E. consede lizenzia a los Padres Juan Maria Saluatierra y Evseuio franco. quino de la Compañía de Jesus para la entrada en las Prouincias de Californias y que puedan reducir a los Gentiles de ellas en la forma y con las Calidades Preuenidas en este despacho."

La Real Audiencia de la Nueva Galicia, concedió el pase el 27 de Febrero del mismo año.

El original de la licencia se encuentra en el archivo general de la Nación.

Junípero Serra, hasta que en 1774 recibieron las misiones los padres dominicos, en virtud de contrato celebrado con los fernandios y aprobado por el Virrey; entonces Fray Junípero Serra pasó á fundar las misiones de la Alta ó Nueva California, como en aquel tiempo se la llamaba.

—¿A qué raza pertenecían los antiguos pobladores de la Península?

—A varias tribus de indios, que nada tenían de común con las otras razas del Anáhuac. Del Cabo San Lucas al grado 26, estaban establecidos los Pericués; en el centro hasta el grado 29, sobre poco más ó menos, los Guaicuras; y en la parte septentrional los Cochimiés. Todas estas tribus eran en extremo ignorantes, perezosas, miserables y cobardes en general; sólo así se explica el establecimiento de las misiones de los jesuítas, apoyadas únicamente por unos cuantos soldados, tan pocos, que no había más de dos ó tres en cada misión, estando éstas separadas entre sí por largas distancias.

—Es raro que no hubiera sido colonizada la California hasta fines del siglo XVII, siendo el Territorio tan rico en perlas,—dijo Alfredo.

—Sobre todo,—hizo notar Manuel,—cuando ofrecía la Península una magnífica estación para los navíos que venían de

Filipinas. Y no crean ustedes que el Gobierno español desconocía las ventajas de la colonización, la mejor prueba de ello son las reiteradas órdenes dadas á los Virreyes de México para que se organizaran expediciones; pero todas éstas tropezaron con los graves inconvenientes de la esterilidad del terreno y la falta de agua; fué necesaria la constancia y gran fuerza de voluntad del padre Salvatierra y de los demás jesuítas, para llegar á formar las misiones que sirvieron de núcleo á la actual población.

—¿Pero qué realmente hay tanta escasez de agua en la Baja California?

—Tanta que, aun en aquel tiempo, en que era más abundante que en la actualidad, no pudieron establecerse más que catorce misiones, y por eso también estaban todas ellas tan separadas unas de otras.

—Tal vez en el centro del Territorio se encuentren depósitos de agua.

—Pudiera ser, no obstante, que los jesuítas llegaron á atravesar la Península, de Oriente á Poniente, á costa de privaciones y sacrificios, sin encontrar agua bastante para fertilizar el terreno; pero acaso se encuentre por otros puntos distintos de los explorados. La cordillera que atraviesa la Península en el sentido

de su longitud, se divide en dos grandes ramales, á poco de entrar en el Territorio, hasta descender gradualmente y perderse en las aguas del Pacífico. En los valles que se forman entre esas dos cordilleras y en las mesetas de las montañas, es posible que haya depósitos de agua en forma de pequeños lagos, tal vez allí se encuentren oásis de verdura y luzca sus galas la espléndida vegetación de nuestros climas cálidos. Pudiera ser también que en esos inexplorados valles estén refugiados los últimos descendientes de las tribus indígenas, que desaparecieron de la Península casi sin dejar huellas de su paso, pues la raza mestiza que existe en la California es muy escasa y formada más bien por los yaquis de Sonora, que por los primitivos pobladores.

—Tentado estoy de hacer la exploración,—dijo Julio.—Figúrate qué honra la de unir mi nombre á los de tantos viajeros ilustres; y eso sin tener que hacer realmente un dilatado y penoso viaje, ya que dentro de nuestra misma casa, como quien dice, ha hecho la casualidad que tengamos lo que otros exploradores van á buscar muy lejos. Aun suponiendo qué la naturaleza haya negado á los valles de que hablas el lujoso adorno vegetal, es incalculable el número de preciosidades

geológicas que han de estar escondidas entre las rocas de esas montañas.

—Calmará mucho tu entusiasmo la consideración de que es muy posible que en vez de lo que te finge la fantasía, encontraras probablemente arenosos desiertos sin gota de agua, peñascos desnudos de vegetación, y un clima ardiente que agotaría primero tus fuerzas y al fin tu vida, si no la perdías antes en los sombríos precipicios que han abierto las convulsiones volcánicas que dieron ser á las cordilleras y á toda la Península.

—Danos una idea, aunque sea muy ligera, del terreno y del clima de la Baja California,—dijo Alfredo.

—El terreno es quebrado, árido y pedregoso, en lo general; falta en él agua, y está cubierto de plantas espinosas, de peñascos y de arena. El aire es caliente y seco, y forma á veces torbellinos que arrancan árboles y destruyen casas; llueve muy pocas veces, y no hay en el Territorio ningún río, pues no merecen tal nombre los pequeños arroyos de Mulegé, San José del Cabo y alguno que otro más.

Desde el Cabo San Lucas hasta los 24 grados, no es muy quebrado el terreno, pero de allí en adelante es ya muy sensible la elevación de las dos cordilleras

que recorren la Península en toda su extensión; en la cordillera de la parte Oriental, á los 27 y medio grados, hay un volcán llamado "De la, Vírgenes," que fué descubierto en 1746; no se tiene memoria de que haya hecho erupción, pero como no ha sido reconocido científicamente y de vez en cuando se suelen sentir ligeros temblores de tierra en la parte Sur de la Península, no sería extraño que ese volcán entrara próximamente en un período de actividad, tanto más cuanto que toda la Baja California es de formación volcánica, y existen claros indicios de que se elevó del fondo del mar en una época relativamente reciente: así lo dan á entender las capas horizontales de conchas marinas y ostras que se han encontrado en los terrenos arcillosos del centro del Territorio, y lo confirma el gran número de islas que lo rodea.

Como productos naturales, no se encuentra más que trigo, de muy buena calidad, en la región septentrional, y algo de maíz, de mala clase, en el centro y la parte Sur; caña de azúcar, en poca cantidad, por la falta de agua, en la zona caliente; muy buenas uvas y otras varias clases de frutas, entre ellas los dátiles, que son riquísimos.

La flora es muy escasa, pero en los jar-

dines particulares se pueden cultivar todas las plantas propias de las tierras templadas y calientes.

En cuanto á la fauna, está representada especialmente por los gatos monteses, los leopardos y los venados, que bajan hasta las vertientes de las cordilleras; las liebres y conejos, de los que hay muchos en las planicies, y una especie de liebres negras que se encuentran en la isla de Espíritu Santo, á la entrada de la bahía de La Paz; hay también gran número de zorras, tejones, ardillas y otros animales de ese género. En las costas occidentales abundan las nutrias, pero han matado tantas, que comienzan á escasear.

De animales dañinos, únicamente hay la víbora de cascabel y el zorrillo; y por lo que hace á los insectos, solamente los mosquitos son temibles, más por las molestias que por el daño que causan; se les halla únicamente en las costas orientales, y hasta el paralelo 28 en las occidentales.

El clima es templado en el Distrito Norte, y caliente en el Sur, sano en lo general, y solamente en Mulegé y en San José del Cabo se suelen dar casos de paludismo.

—Por lo que acabas de decirnos, se comprende que la Baja California sería un Paraíso si la fecundaran las lluvias, ó

tuviera ríos caudalosos que la bañaran con sus aguas.

—Realmente sería, en ese caso, una de las más hermosas regiones de la República; aun tal como es, el clima de la parte septentrional es uno de los más sanos y agradables que se conocen.

—¿Y está muy poblada la Península?

—Esa gran extensión de terreno, que mide aproximadamente 320 leguas de largo por 56 en su parte más ancha, apenas cuenta con una población de treinta mil habitantes.

—La Paz, hacia donde nos dirigimos, ¿es la capital del Territorio?

—Como tal se la considera, por ser la población de mayor importancia; pero realmente hay dos capitales con un Jefe Político en cada una de ellas, La Paz en la región austral, y la Ensenada en la septentrional.

—¿Cuántos habitantes tienen esas dos capitales?

—En La Paz habrá unos cinco mil, y no llegan á dos mil los que tiene la Ensenada.

—¿Y dices que son las poblaciones de mayor importancia?

—La Paz sí; por lo que hace á la Ensenada, la supera en población Mulegé y Santa Rosalía, especialmente esta última.

por los muchos operarios que ocupa la negociación minera "El Boleo," una de las más productivas de la República.

—¿Qué clase de minas son esas?

—De cobre; pero dejemos por ahora la minería, de la que después hablaremos, y diré á ustedes antes, que la primitiva capital de la Baja California fué Loreto, puerto situado en el golfo de Cortés, sobre el paralelo 26; allí establecieron los jesuítas su primera misión, que fué el centro de todas las demás, y allí estuvo por mucho tiempo la capital de la Península, hasta que, en 1829, comenzaron á emigrar los habitantes de Loreto para Comondú y otras poblaciones de menor importancia; una inundación que hubo en el año siguiente de 1830, determinó la translación de la capital al puerto de La Paz, que no era en aquel tiempo más que una especie de ranchería que había comenzado á poblarse por el año de 1811, en el que se le concedió al soldado Juan José Espinosa, en premio de sus servicios, un sitio para que se estableciera. En 1823, se concedieron solares á otros vecinos, y así, al transladarse á ese punto la capital del Territorio, había en La Paz unos cuatrocientos habitantes. El primero de Enero de 1888 fué dividido el Territorio en dos Distritos independien-

tes entre sí, y quedaron erigidas las dos capitales de que antes hablé á ustedes.

—Según recuerdo haber leído, no sé dónde,—dijo Alfredo,—los jesuítas establecieron una misión que se llamaba La Paz; ¿está la capital en el mismo sitio en que estuvo la misión?

—La actual ciudad de La Paz no está situada en el lugar que ocupó la misión; ésta se encontraba á cuatro kilómetros hacia el Sureste, en un punto llamado "Arroyo del Palo;" como los jesuítas buscaban para establecer sus misiones los lugares en que había agua, es de suponer que la tuviera en aquel tiempo el arroyo, que está actualmente seco.

—¿De dónde,—preguntó Julio,—has adquirido noticias tan minuciosas?

—Me las dió un sujeto de quien me hice amigo en uno de mis viajes á México; era persona muy instruída, natural de la Baja California, y ahora tendremos oportunidad de rectificar, siquiera en parte, esas noticias.

—Tiempo es ya de que nos digas algo de la minería y demás recursos con que cuenta la Baja California.

—Hora es ya de que nos vayamos á acostar, que tiempo de sobra tenemos para estudiar el Territorio.

—Dices bien, son ya las once de la noche.

—¿Cuándo llegaremos á La Paz?

—Mañana en la mañana.

—Pues á dormir.

Se retiraron á sus camarotes los tres amigos, y no tardaron en dormirse, arrullados por el suave murmullo de las olas, y el no menos suave balanceo del buque.



CAPITULO VI.

LA CIUDAD DE LA PAZ, MULEGE Y SANTA ROSALIA.

A las once de la mañana del siguiente día, anclaba el "General Díaz" en la bahía de La Paz, á unos trescientos metros del muelle.

La ciudad, vista desde la cubierta del vapor, presenta un aspecto muy agradable. Grupos de casas rodeadas de árboles descendían en suave pendiente hasta perderse entre las palmeras, que formaban verdaderos bosques á uno y otro lado del extenso muelle: llamaba la atención no descubrir ninguna torre de iglesia, pero en cambio se veían sobresalir por todas partes numerosos molinos de viento, pintados casi todos de blanco, formando alegre contraste con el azul intenso del cielo y el verde obscuro de los

árboles; en la bahía estaban anclados otros dos vapores y numerosos pailebots y balandras, que se mecían sobre sus anclas, á impulso de la marea ascendente Varios botes se disponían á acercarse al vapor, para conducir á los pasajeros á tierra, y grandes "pangos" se aprestaban para hacer la descarga de las mercancías.

—¿Por qué dilatan tanto en venir los botes?—preguntó Julio.

—Porque esperan que venga primero la falúa con el médico encargado de hacer la visita de sanidad—contestó Manuel.

—No comprendo qué objeto pueda tener esa visita en un vapor que viene de puerto mexicano, en el que no hay epidemia alguna.

—Tienes razón en considerar inútil esa formalidad; bastaría con que un empleado del puerto viera si el buque traía patente limpia.

—Supongo que ya viene la visita,—dijo Alfredo al ver desprenderse del muelle una falúa con bandera amarilla en la popa.

—Sí,—dijo Manuel,—muy pronto podremos desembarcar, vamos á traer nuestras petacas de mano.

No dilató mucho la visita, y media ho-

ra más tarde, pisaban nuestros amigos por primera vez el Territorio de la Baja California.

—¿Qué hoteles hay aquí?—preguntó Manuel á un cargador que se ofreció á conducir las petacas.

—Hay dos, señor: el de Don Pedro, que está aquí junto al muelle, y el de Doña Angelita, que está un poco más allá.

—¿Cuál es el mejor?

—Pues el de Don Pedro, pero es muy caro.

—Acuérdate que en el Hotel Palacio es donde está el Coronel Cisneros.

—¿Cuál es el Hotel Palacio?

—Pues creo que es el de Don Pedro.

—Vamos allá.

La primera casa al salir del muelle era efectivamente el hotel de Don Pedro y tenía el nombre de "Hotel Palacio." En él se instalaron los tres jóvenes, y desde luego se informó Alfredo de si estaba allí el Coronel Cisneros. El dueño del hotel le contestó que ese señor había estado en La Paz, con objeto, según dijo, de negociar en minas; que había estado alojado en el hotel, pero que, no habiendo podido hacer ningún negocio, había salido pocos días antes para la Ensenada, en virtud de que un pasajero del "Curacao" le dijo que allí le sería más fácil invertir su

dinero. Y hasta enseñó á Alfredo una tarjeta del Coronel Cisneros, en la que éste encargaba que se le mandara su correspondencia á la Ensenada, dirigida al hotel "Bay View."

—¿Y cuándo salen buques para la Ensenada?—preguntó Alfredo.

—Para allá no tenemos comunicación más que por el "Curacao," que acaba de salir hace unos cinco días.

—¿Cuándo vuelve á salir?

—Hasta dentro de un mes.

—¿No hay manera de ir á la Ensenada. hasta entonces?

—Ninguna.

—¿No podrá fletarse un barco?

—Sólo un barco de vela, y el viaje así es muy dilatado; ninguno había de querer ir si no pagándole muy caro, y tal vez llegaba antes el "Curacao" que el barco que saliera ahora.

—No hay más que tener paciencia,—dijo Julio;—así como así, no nos viene mal tener tiempo para conocer la ciudad de La Paz y sus alrededores.

—Pero ya es mucho perseguirme la desgracia.—insistió Alfredo,—venimos desde el otro extremo de la República buscando á este señor, siguiendo de cerca sus pasos, y no podemos darle alcance! Si no fuera para mí de vital interés el en-

contrarle, aquí dejaba las cosas de tal tamaño y me volvía por donde vine.

—Ten calma,—le dijo Manuel,—ya ves que él mismo se encarga de indicarnos el camino que lleva, y hasta los hoteles en que se ha de alojar. Mientras no perdamos la pista, como te he dicho otras veces, no hay que desesperar. ¡Adelante!

Por más razones que se le dieron á Alfredo, no era fácil que de pronto se calmara el disgusto que le había causado el no encontrar á Cisneros; pero como aquello no tenía remedio tuvo al fin que resignarse, y hasta llegó á parecerle agradable la prolongación del viaje hasta la Ensenada, cuando sus amigos le pintaron con vivos colores las bellezas de aquel paseo por el litoral del Pacífico.

—Vamos á visitar la ciudad,—dijo alegremente Julio.

—Pero no desde luego,—objetó el prudente Manuel;—no dilata en hacerse sentir el calor en toda su fuerza, y se convertiría nuestro paseo en una molestísima caminata; esperemos á la tarde, que al fin tenemos tiempo de sobra y no hay muchas cosas notables que ver aquí.

La ciudad de La Paz, capital de los Partidos Sur y Centro de la Baja California, es una población que cuenta con seis mil habitantes y que no se parece á

las de su misma importancia que se encuentran en los demás Estados de la República. Si lo muy ancho y lo muy bien alineado de la mayor parte de sus calles, le da el aspecto de una ciudad moderna; lo bajo y mal construído de casi todos sus edificios, lo incómodo, en general, de sus casas, la falta de empedrados, la escasez de alumbrado y lo angosto y tortuoso de sus vías públicas en la parte baja de la ciudad, la hacen aparecer con el tipo de los antiguos pueblos de último orden que se encuentran diseminados en las extensas llanuras de la Mesa Central.

Se buscan los árboles que desde la bahía dan á la ciudad un risueño aspecto, y no se les encuentra, porque están en la playa, en el interior de las casas ó en huertas alejadas del centro.

El tipo general de las casas de habitación es: un pasadizo de entrada, dos ó tres piezas á los lados, y un gran corredor cubierto, sombreado generalmente por enredaderas ó emparrados, y una cocina á cierta distancia de la habitación; en una que otra casa suele haber vidrieras, la mayoría carece de ellas, y las suplen con persianas ó trasparentes formados con delgadas varillas de madera. Hay sin embargo, casas elegantemente construídas y lujosamente ajuareadas, como las de los señores González, Ruffo y otras

habitaciones de las principales familias de la población.

La "Casa de Gobiernc," donde están la Prefectura Política, el Tribunal Superior, la Procuraduría de Justicia, el Juzgado de primera Instancia y algunas otras oficinas, tiene el mismo aspecto de las "Casas Consistoriales" de los pueblos.

El templo católico, único que hay en la ciudad, es de una sola nave, cubierta con bóveda de madera, sobre la que descansa el techo de tejamanil americano; carece de torres, y por más que los padres de las Misiones Apostólicas que lo tienen á su cargo, hayan tomado sumo empeño en adornarlo, no le han podido quitar los defectos inherentes á su construcción. La Baja California, que antiguamente dependía en lo religioso del Obispado de Sonora, actualmente está sometida de una manera directa á la Sede Romana, y administrada por los padres de las Misiones Apostólicas.

El carácter de la gente es, en general, dulce, afable y perezoso; hay pocos ebrios y menos pendencieros. Pueblo sin aspiraciones, sin conocimiento siquiera de lo que son las comodidades de la vida, que no ha disfrutado jamás de las ventajas de la civilización; pueblo que está aislado del resto de la República, con la que no puede comunicarse por tierra, y que

vive miserablemente paseando su indolencia sobre las ricas vetas de metales preciosos que forman el subsuelo de la Península.

Se notá una gran miseria entre la gente pobre de La Paz, haciendo contraste con muchas familias ricas, hasta millonarias algunas de ellas. No obstante esa miseria, no hay en la ciudad casa de empeño, ni mendigos; lo primero, acaso porque las gentes no tienen que empeñar, y lo segundo, porque no hay quien dé limosna.

Todas las mujeres, sin distinción de clases, pasean por la plaza las noches de los jueves y domingos, oyendo una malísima música que allí da serenata; van bien vestidas y regularmente adornadas, con la sola diferencia de que unas gastan ricas telas de seda y finísimos encajes, mientras que las otras van gradualmente descendiendo hasta el modestísimo percal y los listones de poco precio; pero á primera vista pueden confundirse las señoritas con las criadas de la casa.

Llama de pronto la atención, que las señoras y señoritas no usen sombreros, ni chales, ni otra cosa alguna de las que se estilan en las ciudades para salir á la calle, sino que van á paseo ó á visita tal y como están en el interior de las casas;

únicamente para ir á la iglesia se cubren la cabeza.

Probablemente por la falta de contacto con las poblaciones más adelantadas, se nota en La Paz, muy poco, casi ningún gusto artístico.

La instrucción pública está en el mismo pésimo estado en que se encuentra en todos los lugares apartados de los grandes centros. No hay buenos profesores, y apenas sí se da á los niños una muy escasa instrucción elemental, pues aunque de nombre se sigue en las escuelas públicas el complicado programa oficial de enseñanza, realmente sólo aprenden los niños á leer y mal escribir; algunos, los privilegiados, llegan á conocer automáticamente los números quebrados, y aun suelen engolfarse en el complicado laberinto de las últimas operaciones aritméticas, suma perfección de la enseñanza que se les imparte, y que no tardan en olvidar en fuerza de que no la han entendido. La única escuela que merece tal nombre, es la católica, que han establecido últimamente los Misioneros Apostólicos.

Esta deficiencia de la enseñanza dará más tarde sus amargos frutos, y llevará como de la mano á la rica Península á formar parte de la Unión Americana. En efecto, todos los que tienen posibilidad

para hacerlo, mandan á sus hijos á los colegios de los Estados Unidos, porque no hay manera de que se eduquen en su patria; esos muchachos adquieren allí las relaciones de la juventud, que son las más duraderas y las que más influyen en el carácter y tendencias del individuo; adquieren también las costumbres americanas, olvidan lo poco que sabían de su propio idioma y aprenden en cambio el inglés; y cuando ya hechos hombres, vuelven á su patria, tienen forzosamente que hacer comparaciones tristísimas por el estado de atraso en que la encuentran; tienen que suspirar por aquella otra civilización que vieron en su niñez y de la que gozaron en su juventud, y serán los primeros en desear, en proponer y en llevar á cabo la anexión de la Baja California á los Estados Unidos. Y como esos jóvenes de ahora han de ser los que dirijan á este pueblo indolente, con suma facilidad realizarán sus deseos.

Y no se crea que los Estados Unidos hacen poco caso de la Baja California; siempre han tenido puesta la mira sobre ella, y una de las pruebas que tienen de adueñarse la Península, es el hecho siguiente: Durante la invasión de 1847, hubo en California, como en otras muchas partes de la República, patriotas que se levantaron en armas para combatir con

tra el enemigo extranjero; pero hubo también en la Península infames traidores que vendieron á sus hermanos y los entregaron á los americanos; desde entonces, el Gobierno de los Estados Unidos paga una pensión á las familias de aquellos traidores que se quedaron viviendo entre nosotros con el título de mexicanos, del que gozan sus descendientes; actualmente, hay una familia en La Paz que recibe ese oro vergonzoso, y otras en varios puntos de la Península. Esto demuestra que los Estados Unidos quieren tener siempre quienes, en un momento dado, les ayuden á tomar. de grado ó por fuerza, posesión de la Baja California, que les ha de ser, no sólo útil, sino necesaria, en el caso de una guerra con el Japón.

A la entrada de la bahía de La Paz, tienen los americanos una estación carbonera para sus buques de guerra, concesión que les hizo nuestro Gobierno y de la que todavía disfrutan; concesión que nos ha de acarrear serios compromisos si estalla una guerra marítima en el Pacífico entre nuestros vecinos del Norte y alguna otra Potencia; aun sin eso, duele ver que los buques de guerra americanos entren como en su propia casa en Pichilingue, que así se llama el lugar en que están situadas las carboneras.

La ciudad de La Paz no tiene, verdaderamente comercio, pues que éste se limita á los efectos que se consumen en la población y en un corto radio fuera de ella, y no produce más que frutas, de las que se exporta una pequeña cantidad para los puertos de Sonora y Sinaloa. En cuanto á la industria, está limitada á una fábrica de botones de concha, bastante bien montada, aunque muy en pequeño, pues no ocupa arriba de ochenta operarios, pero en la que se fabrican botones de todas clases con igual perfección que sus similares extranjeros. Una poca de protección por parte del Gobierno, haría que esa fábrica se convirtiera en una fuente de riqueza para la ciudad de La Paz; la concesión de introducir libre de derechos el papel esmaltado en que se fijan los botones, y el gravar la exportación de la concha perla, serían, entre otros, medios eficaces para favorecer esa industria. También es de notarse una Tenería, que produce en regular escala pieles curtidas, muy estimadas aun en el extranjero.

La vida en la ciudad de La Paz, es cara y muy incómoda, no por el clima, que aunque caliente, no lo es tanto que se haga molesto, pues casi todas las noches, durante el verano, corre un viento fresco muy agradable; sino porque se carece de la mayor parte de las comodidades que

son comunes y corrientes en el interior de la República y en las poblaciones importantes. Así, por ejemplo, no hay luz eléctrica, no hay legumbres más que en el invierno, no hay hielo más que una corta temporada del año; no hay baños públicos, ni los tienen más que algunas casas de la gente rica; no hay lugares propios para baños de mar; el pescado es casi todo insípido ó de mal sabor, y faltan mil cosas indispensables para hacer cómoda la vida. En cambio, no hay humedad ni por consiguiente paludismo; el tifo no se conoce, y la pulmonía no es de ese clima.

A la hora de comer tocó en suerte á nuestros amigos que estuviera allí casualmente el Jefe Político, persona muy bien educada, muy instruída, y con quien no tardaron los viajeros en trabar conversación.

—¿Van ustedes á permanecer mucho tiempo aquí?—preguntó el jefe.

—Hasta que regrese el "Curacao,"—contestó Julio.

—Hemos venido de México,—agregó Manuel,—en busca del Coronel Don Pantaleón Cisneros, con quien tenemos un negocio muy importante que tratar; nos dicen que se fué para la Ensenada y vamos á alcanzarlo.

—Conocí á ese señor, que estuvo aquí

un poco de tiempo tratando de hacer negocios de minas, lo que actualmente es difícil.

—Ya que tuvimos la desgracia de no encontrarlo, y no hay manera de transladarnos violentamente á la Ensenada, aprovecharemos el tiempo en conocer esta ciudad y lo más que podamos del territorio.

—Es digno de conocerse, y desgraciadamente no se tiene idea en el resto de la República de la importancia y riqueza de la Baja California. Yo la conozco muy bien porque llevo varios años de habitar en ella; primero en el Partido Norte y después en éste.

—El tiempo de que nosotros podemos disponer, no nos permite visitar, como quisiéramos, las principales poblaciones del Territorio, por lo que desearíamos que usted tuviera la bondad de darnos algunas noticias y datos, para no volvernos á México tan ignorantes como hemos venido.

—Con mucho gusto diré á ustedes todo cuanto sepa y les parezca de algún interés.

—Tendremos la honra de visitar á usted en el tiempo en que sus ocupaciones le permitan recibirnos.

—Estoy á las órdenes de ustedes desde las cinco de la tarde en adelante.

—Muchísimas gracias.

Por la tarde tomaron los jóvenes un carruaje que los paseó por toda la ciudad, y á las cinco se dirigieron á la habitación del Jefe Político, quien los recibió muy amablemente.

—¿Qué les há parecido á ustedes lo que han visto de la ciudad?—les preguntó.

—Es más grande de lo que parece á primera vista, y tiene algunos buenos edificios, como el Palacio Municipal, el hospital, el cuartel de la infantería y algunas casas particulares.

—El Palacio Municipal no está concluído todavía, y á un lado de ese edificio verían ustedes el teatro que se está construyendo, que no va á ser una obra notable, pero que llenará un vacío que hay en la ciudad.

—Vimos el teatro en construcción, que nos pareció estar ya muy adelantado.

—Es tanto más notable ese adelanto, cuanto que la obra se emprendió hace muy poco tiempo, y sin contar con más recursos que los donativos voluntarios de los vecinos. Si ustedes quieren venir mañana á las once, iremos á visitar el hospital, establecimiento que se debe al señor General Bonifacio Topete, que fué Jefe Político de este Partido.

—¿Y lleva su nombre el hospital?

—No señor, se llama "El Hospital Salvatierra," en honor del padre jesuíta Don José María Salvatierra, á quien se debe la colonización de la Península.

—¿Existe algún retrato del padre Salvatierra?

—Hay uno en el Ayuntamiento, pero no respondo á ustedes de su autenticidad.

Al día siguiente estuvieron los tres amigos muy puntuales á la cita que les había dado el Jefe, y fueron con él á visitar el Hospital.

Encontraron un edificio amplio, aunque de un solo piso, muy bien ventilado, muy limpio, y con departamentos convenientemente separados, uno de ellos destinado á los dementes, vacío á la sazón. Daba risueño aspecto al Hospital un extenso y bien cultivado jardín, y un ancho corredor adornado con macetas y flores.

No había muchos asilados: dos heridos de poca gravedad ocupaban una sala, y tres ó cuatro tuberculosos estaban en otra; esto era todo lo que había, de suerte que la encargada de dirigir el establecimiento, tenía poco quehacer, y lo mismo las enfermeras y los mozos de servicio.

El médico del Hospital les hizo los honores de la casa, y les dió, con extremada

amabilidad, cuantas noticias y datos le pidieron.

—¿Es cierto, como he oído decir, que la tuberculosis se desarrolla aquí de una manera alarmante?—preguntó Manuel al Doctor.

—Es la enfermedad que da, en efecto, el mayor contingente de mortalidad en los adultos; pero no puede decirse que se propague aquí en mayor escala, relativamente, que en México y en otras ciudades de la República, y eso que, la muy escasa y mala alimentación de la gente, pobre, la predispone para contraerla.

—Pues á nosotros nos habían dicho,—observó Julio,—que la mayor parte de los habitantes de La Paz adolecían de tuberculosis, en mayor ó menor grado.

—Ese es un error muy común y que han contribuído á esparcir algunas personas que toman datos estadísticos á su modo. Varias veces me han preguntado á cuántos enfermos de tuberculosis he asistido en el año, y yo he dicho que de quince á veinte; la misma pregunta han hecho á los otros cuatro médicos que hay en la ciudad, y han dado la misma contestación; de lo que han deducido que hay constantemente de ochenta á cien enfermos, siendo así que los mismos quince ó veinte que yo he asistido durante

unos días, son los que han visto después mis compañeros.

—¿Pues á qué número está reducida la mortalidad por la tuberculosis?

—A doce ó quince enfermos al año, tanto en el Hospital como fuera de él.

—¿Sanan algunos?

—Sanan todos los que se atienden debidamente al principio de la enfermedad, y yo tengo plena certeza de haber curado radicalmente, con inyecciones de tuberculina, á dos enfermos, en quienes estaba muy avanzado el mal.

—¿Cree usted que esas inyecciones sean en todo caso un remedio seguro?

—No puedo afirmarlo, porque sólo he podido observar esos dos casos.

Se despidieron del amable y entendido Doctor, y fueron luego á visitar la cárcel, que encontraron en idénticas condiciones de aseo, aunque sin el risueño jardín ni el fresco corredor.

Cuando salieron de la cárcel dijo Manuel al Jefe:

—El único defecto que le encuentro á la cárcel es que me parece tiene pocas condiciones de seguridad, y si no fácil, es por lo menos posible escalar los muros y que algún preso se fugue.

—Es cierto, y ese defecto no es fácil de subsanar, por haberse cometido el error de no aislar el edificio; pero tene-

mos la gran ventaja de que, si es posible huír de la cárcel, no lo es salir del Territorio, y cuando alguno se fuga, es aprehendido inmediatamente; esto lo saben muy bien los presos, y prefieren extinguir sus condenas y gozar de la libertad preparatoria, mejor que pasar serios trabajos para ser reaprehendidos á los pocos días.

—¿Esta es la única, ó, mejor dicho, la principal prisión del territorio?

—No señor, hay en la Ensenada otra cárcel en mejores condiciones que ésta, y acaba de ser construída otra en Mulegé, que bien pudiera considerarse como una pequeña Penitenciaría, pues reune cuantas condiciones esenciales se requieren para darla este nombre; el Gobierno Federal ministró los fondos necesarios para construírla, y ya está en servicio.

—¿Qué distancia hay de aquí á Mulegé?

—Tenemos por mar, única vía aceptable, de aquí á Loreto, ciento veinte millas; setenta de Loreto á Mulegé, y treinta de allí á Santa Rosalía.

—Nos han dicho que Mulegé es una bonita población.

—Y no han engañado á ustedes. Lo material del pueblo no presenta nada notable; pero como hay allí agua corriente, los alrededores están llenos de huertas

muy fértiles que dan un risueño aspecto á la población y que producen una gran cantidad de fruta, especialmente higos y dátiles, que son los más apreciados del territorio, y que se exportan para Guaymas, Mazatlán y otros puntos de la costa de Sinaloa; hay también en Mulegé uvas en abundancia, y muy buenas aceitunas. La población está situada á tres millas del mar, entre dos cerros que forman un pequeño valle por el que corre un arroyo que desemboca en el golfo y surte de agua á los dos mil habitantes con que cuenta Mulegé. Desgraciadamente, á pesar de que en todo el litoral del golfo hay gran número de bahías y ensenadas, entre otras la extensa bahía de "La Concepción," que mide veinticinco millas en su mayor anchura, Mulegé no tiene abrigo para los buques de regular tamaño; no cuenta más que con una ensenada de poco fondo y de menos extensión, defendida de los vientos del Noroeste por el cerro del Sombrero; así es que los pocos vapores que tocan allí, anclan fuera de la ensenada.

—¿El puerto de Loreto ha conservado algo de su antigua importancia?

—No señor, está reducido á un pueblo insignificante, y únicamente tocan allí los barcos chicos que llevan mercancías para surtir las poblaciones de Comondú y de-

más pueblecillos de ese rumbo. Está situada la antigua capital del Territorio al pie de la sierra de "La Giganta," y aún se ven las ruinas de su iglesia, que fué destruída por un terremoto; tiene una ensenada, "Palo Paciencia," en la que pueden anclar buques de diez á doce pies de calado, y á ocho millas al Sur de Loreto, se encuentra el magnífico puerto natural llamado "Puerto Escondido." Santa Rosalía, en cambio, tiene excepcional importancia, por la negociación "El Boleo," organizada en 1885.

—¿Qué clase de minas tiene esa Compañía?

—Minas de cobre. Pero es una negociación en extremo floreciente. La explota una Compañía francesa que reparte á sus accionistas pingües dividendos cada año; acaso sea la negociación minera más productiva de la República, no tanto por el mineral que extrae ni por su cantidad, sino por lo perfectamente organizada que está su administración y por lo inagotable de sus minas.

—¿Qué tanto producirá anualmente?

—Deducidos sus gastos, que son muy fuertes, pues sólo la raya de sus operarios importa más de dos millones de pesos al año, reparte de doce á quince millones anualmente á los accionistas. En esa Compañía no tienen ustedes un em-

pleado superior que no sea un perito de primer orden en su ramo; hasta los tres médicos que están á su servicio son siempre notabilidades científicas. Está administrada la negociación con tal tino y prudencia, que, teniendo riquísimas vetas de metal, no se trabajan éstas cuando el cobre está á precio subido, sino que se reservan para cuando baja el precio del metal, á fin de compensar esa diferencia con la abundancia de producción; así tiene la seguridad de que no bajarán sus dividendos. Sólo las tiendas de raya que tiene la Compañía en la población y en los Grupos, le dejan más de un millón de pesos de utilidad al año; es dueña de todas las casas de Santa Rosalía, y tiene monopolizada la venta del pan, de la carne y hasta de las legumbres, pues posee un rancho donde las cultiva, y en el que cría, en grande escala, aves de corral, con la particularidad de que todas son blancas.

—¿Cuántos trabajadores ocupa la Compañía?

—Actualmente tiene poco más de tres mil, repartidos en tres Grupos: el Grupo Soledad, el Grupo Purgatorio y el Grupo Providencia: el primero dista unos diez kilómetros de Santa Rosalía; poco menos el segundo, y el más cercano es el

tercero; todos ellos se comunican entre sí por galerías subterráneas, y de cada uno de ellos parte una línea férrea que los liga con Santa Rosalía, á la que á todas horas del día y de la noche están llegando trenes arrastrados por poderosas locomotoras. En cada uno de los Grupos hay un amplio edificio destinado á escuela, y casas para los operarios, en calles perfectamente alineadas; las escuelas que sostiene la Compañía tienen todos los útiles necesarios para la enseñanza, y están servidas por profesores muy bien retribuídos. En el Grupo Soledad está la oficina central de los ingenieros, además de las que tienen separadamente los que dirigen cada Grupo; excusado es decir que en esa oficina se encuentran el gran plano general de la negociación y los especiales de cada una de las minas, planos que se están reformando diariamente, á proporción que se abren nuevas galerías ó se hacen nuevas excavaciones; diariamente se sacan copias de todos estos planos y se remiten á París. En Santa Rosalía están todos los talleres, los hornos, de fundición, la Dirección general y la maravillosa planta eléctrica que reparte luz y movimiento á todo el mineral, á las potentes bombas que surten de agua potable á Santa Rosalía y á todos los Gru-

pos, y á las que llevan el aire á los hornos de fundición. Esta planta eléctrica desarrolla una potencia, según recuerdo, de cuarenta y dos mil volts; y la he llamado maravillosa por lo perfectamente acabado de sus poderosas máquinas, lo elegante de su instalación, y el orden admirable y la limpieza exquisita que reina en ese departamento. Dos máquinas trabajan en producir la potencia eléctrica, y otras dos, iguales á las primeras, están siempre listas para substituir á éstas en caso (remotísimo) de algún ligero trastorno. Hay en ese departamento un empleado que está destinado exclusivamente á regular la potencia que desarrollan las máquinas, para que no sea más ni menos de la necesaria; á este efecto, tiene allí mismo á la vista unos aparatos que señalan la cantidad de fuerza que está tomando cada Grupo, y la que emplean las bombas, la luz y los demás servicios.

—¿Qué aspecto presenta la población de Santa Rosalía?

—Muy triste á primera vista, por la falta completa de vegetación. La mayor parte de las casas que forman el pueblo están situadas en una angosta cañada al nivel de la playa, pero en las alturas, á uno y otro lado, hay también habitaciones; á la izquierda están el hospital, la

botica y las casas de los empleados superiores de la Compañía; en la altura de la derecha habitan el Administrador de la Aduana Marítima, algunos otros empleados y unos cuantos vecinos; en la misma altura están colocadas las torres del telégrafo sin hilos que comunica Santa Rosalía con Guaymas, á través del golfo. Las calles del pueblo son anchas y tiradas á cordel; hay dos hoteles, una iglesia católica, un teatro, una sola cantina y varios establecimientos mercantiles, de los cuales el mejor es la tienda de la Compañía, abundantemente surtida de cuanto puede necesitarse. Como no había en Santa Rosalía ni una mala ensenada que sirviera de abrigo á los barcos, ha hecho la Compañía un puerto artificial perfectamente seguro, en el que casi siempre hay anclados dos ó tres vapores franceses de diez á doce mil toneladas, y muchos barcos veleros de todo tamaños.

—No me explico,—dijo Julio,—que siendo tan rico en minas el Territorio, esté tan poco poblado.

—Se explicará usted eso, si considera que la falta de agua impide el desarrollo de la agricultura, lo que hace que la vida sea muy cara, porque la escasez de vías de comunicación y el aislamiento en que está la Península, la sujetan á recibir de

fuera, con mucho recargo en el precio, los artículos de primera necesidad; esa misma falta de comunicaciones fáciles, origina que no haya en la Baja California, población flotante de importancia.

—Pero la escasez de agua no ha de ser tanta que no pueda suplirse de alguna manera la falta de ríos ó estanques naturales.

—Acaso formando grandes presas en lugares á propósito, se pudiera obtener agua para regar, pero el costo de tales obras sería muy crecido.

—¿Por qué no se abren pozos artesianos?

—Porque los pocos agricultores que hay en esta parte del Territorio, son pobres, y no están en el caso de hacer gastos, que tal vez no les dieran resultado satisfactorio.

—¿Nada más minas de cobre hay en este Distrito?

—También hay minas de plata y metales con ley de oro; de las primeras, la principal negociación es la que explota la Compañía del Progreso en el mineral del Triunfo; pero por circunstancias especiales, esa Compañía no obtiene todas las ventajas que podría tener, pues no es dueña de las minas, sino que las tiene á censo enfitéutico, y no está en sus inte-

reses hacerlas producir en grande escala, probablemente para quedarse con ellas á bajo precio.

—Desearíamos conocer algo relativo al buceo de perlas, que debe ser aquí uno de los principales negocios.

—Lo es efectivamente, y lo explotan en grande dos Compañías; una es "La Mangara" y la otra es la "Compañía Perlífera;" la primera es de mayor importancia; es una Compañía inglesa que tiene la concesión de pesca y buceo desde el golfo de California hasta la frontera de Guatemala; la otra está limitada á las islas del Espíritu Santo, San José, y Cerralvo, y á una pequeña parte del litoral. El Gerente de esta última Compañía es amigo mío, y estoy seguro de que dará á ustedes, mucho mejor que yo, cuantos datos le pidan, y les enseñará cuanto haya que ver respecto del buceo; voy á dar á ustedes una tarjeta para el señor Gerente.

—Mucho agradeceremos á usted este favor.

El Jefe Político dió la tarjeta ofrecida, y los tres jóvenes se despidieron del caballeroso funcionario, al que no dejaron de hacer otras visitas durante el tiempo que permanecieron en La Paz.



CAPITULO VII.

EL BUCEO DE PERLAS.

Por no estar en la ciudad el Gerente de la "Compañía Perlífera," no pudieron verlo de pronto los tres amigos; pero luego que supieron que estaba de vuelta, se apresuraron á visitarlo.

Era el Gerente un caballero de origen francés, pero nacido y naturalizado en México, que los recibió muy bien, y que al enterarse de la tarjeta del Jefe Político, les dijo:

—Estoy á la disposición de ustedes para todo aquello en que les pueda servir.

—Nuestro objeto,—dijo Manuel,—después de tener la honra de conocer á usted, y la satisfacción de ponernos á sus órdenes, es suplicarle nos dé algunos datos sobre el buceo de perlas.

—Con mucho gusto diré á ustedes cuanto se me alcanza sobre ese negocio;

y para que mejor puedan hacerse cargo de cómo se practica entre nosotros el buceo, y del sistema que hemos empleado para criar y propagar la concha perla, me permito invitarlos á comer conmigo, mañana, en la isla del Espíritu Santo.

—Aceptamos con mucho gusto tan galante ofrecimiento.

—Espero á ustedes aquí, á las seis de la mañana.

—Seremos puntuales á la cita.

Siguió por algún tiempo la conversación sobre asuntos indiferentes, hasta que los tres amigos se separaron del Gerente, despidiéndose hasta el otro día.

Cuando á la hora citada llegaron á la casa del Gerente de la "Compañía Perlífera," ya los esperaba éste, y todos juntos se dirigieron al muelle, donde se embarcaron en un bote que los llevó á bordo de un buquecito de vapor que estaba anclado á poca distancia y que los transladó muy cómodamente á la isla.

Durante la travesía, dijo Manuel al Gerente:

—¿Qué extensión tiene la isla que vamos á visitar?

—Cuatro millas de largo por dos de ancho, sobre poco más ó menos.

—¿Tienen ustedes en ella alguna otra explotación, además de la concha perla?

—No señor; ni siquiera está explorado todo el interior de la isla, de la que solamente podemos asegurar que tiene algunos manantiales de agua potable y algunas vetas minerales.

—El señor Jefe Político nos dijo que además de esta isla, tienen ustedes otras dos .

—Sí señor; la de San José y la de Cerralvo; la primera, que dista de La Paz cuarenta millas rumbo al Noroeste, es la más extensa, pues mide veintiuna millas de largo por diez de ancho, tiene también agua, y hay en ella árboles y pastos; la isla de Cerralvo es acaso la más fértil, tiene diez y ocho millas de largo por ocho de ancho, y dista de La Paz treinta y cinco millas al Este. Ninguna de estas islas está habitada más que por los que vigilan los criaderos de perla; pero es de advertir que no somos dueños de las islas; únicamente tenemos la concesión para la pesca y el buceo en sus aguas. Las islas de San José y Cerralvo son de propiedad particular, y la del Espíritu Santo, es de la Nación.

Al desembarcar en la isla se encontraron los tres amigos con diques, canales y estanques artificiales, hechos á todo costo para instalar convenientemente los criaderos de la concha perla; el dique, con

sus correspondientes compuertas, separa del mar libre una especie de grande estanque ó estero en el que se deja entrar á voluntad el agua y salir en parte con las mareas, estableciendo así una corriente que baña las muchas partes en que están distribuídos los criaderos, separados unos de otros por gruesos muros de piedra. En una gran extensión, dentro de la ensenada, pero fuera del dique, se ha puesto al mar, que en aquella parte no tiene arriba de tres metros de agua, por término medio, un piso de piedra en el que están los aparatos especiales que contienen las conchas madres y las crías, que á su tiempo pasan á los criaderos y más tarde se llevan al mar libre.

En aquellos momentos estaban los trabajadores ocupados en desprender de las ramas y piedras que había dentro de los aparatos (especie de grandes jaulas cuadrilongas con enrejado de alambre) las crías, para pasarlas á los criaderos, y el Gerente dió á nuestros amigos las siguientes explicaciones:

—Como ustedes ven, en el centro de cada una de estas jaulas, hay otra mucho más pequeña, en la que se depositan seis pares de conchas de ambos sexos, para que formen la cría.

—¿Cómo se distinguen las hembras de los machos?—preguntó Julio.

—No es posible conocer el sexo, más que sacando la concha del agua en cierto tiempo, y abriéndola; entonces, con el microscopio, se ven los huevos, pero se pierde esa cría, y la concha no produce hasta el año siguiente. Nosotros ponemos seis pares de conchas como padres, con la seguridad de que entre ellas se encuentran siempre los dos sexos. Durante el verano, pero no en época fija, sueltan las conchas madres los huevos, en proporción de unos doscientos mil cada una; á los seis meses están las crías lo bastante desarrolladas para sacarlas, como ustedes ven, de las incubadoras, y ponerlas en los estanques, de donde, á su vez, hay que pasarlas más tarde al mar libre.

—Y, ¿se compensan los gastos que esto origina, con el aumento del producto?

—Para que mejor se hagan ustedes cargo de esto, les diré que: aun dando á la pesca clandestina mucha mayor importancia de la que en realidad tiene, no llega á medio millón el número de conchas que se extraen al año, con sólo el producto natural, en toda la Baja California, mientras que, en nuestros aparatos, hemos podido obtener en este año, que es el primero en que funcionan, más de cua-

tro millones de crías, de las que no se perderá, seguramente, más de un cinco por ciento, gracias al cuidado que con las crías tenemos, y á que hemos preparado convenientemente el fondo donde se han de acabar de desarrollar las conchas.

Después de haber inspeccionado los trabajos, volvieron los excursionistas á embarcarse en el vaporcito y se dirigieron á un pailebot de la misma Compañía, que estaba anclado cerca de la costa, mandado por un hermano del Gerente, que era quien mandaba también la flotilla de barcos que estaban buceando. En el pailebot les esperaba una suculenta comida, y el curioso espectáculo de la matanza de las ostras.

Llegaron los buzos, entregaron las ostras pescadas, recibió cada uno el diez por ciento de las que llevaba, y procedieron inmediatamente á matar las que les pertenecían, bajo la inspección de un capataz y del hermano del Gerente.

—¿Por qué matan desde luego sus ostras?—preguntó Manuel.

—Porque aunque tienen la propiedad de ellas y de las perlas que produzcan, es con la obligación de venderlas á la Compañía; de esta manera se pone un obstáculo al robo, porque sólo nosotros y los que tienen alguna concesión, posee-

mos perlas, y por otra parte, se evita que los buzos las vendan á bajo precio, desacreditando la mercancía.

—¿Han podido ustedes evitar la pesca clandestina?

—Nosotros sí, porque lo limitado de nuestra concesión nos permite ejercer una activa y eficaz vigilancia; pero "La Mangara" no puede evitar el buceo clandestino, casi no hay barco chico que no tenga una ó dos escafandras, con pretexto de que las necesita para limpiar el casco, siendo así que únicamente las emplea en la pesca de la concha perla.

—¿Cuál es el promedio de perlas de regular valor que produce la concha?

—Una perla por cada cinco ó seis mil ostras.

—¡Tan poco así!

—¿Cómo puede ser entonces buen negocio el que hace la Compañía?—preguntó Julio.

—Porque con el valor de la concha se hacen todos los gastos, y aún queda alguna utilidad, de suerte que toda la perla que se encuentra, significa una ganancia para la Compañía.

—¿Y qué precio tienen aquí las perlas?

—Varía mucho, según la forma, el tamaño, el color, etc.

—¿Cuáles son las perlas más apreciadas?

—Las blancas de color mate con ligero tinte rosado, las irisadas, y las de color de acero con reflejos azules.

—¿Hay perlas que alcanzan precios subidos?

—No es extraño encontrar perlas que valgan de tres á cuatro mil pesos; con relativa frecuencia se hallan de quinientos á mil pesos de valor, y se cuenta, aunque yo no las he visto, que se han encontrado aquí perlas que se vendieron en veinte y veinticinco mil pesos.

—Yo compré ayer,—dijo Julio,—unas veinte perlitas chicas, pero perfectamente redondas y de color rosado.

—Esas son, sin duda, perlas de concha nácar.

—¿Y qué valor tienen?

—Valen poco, no obstante que son casi siempre de forma regular y de muy bonito color, pero tienen el grave inconveniente de que el tiempo las destruye.

—Ya me parecía á mí que no tendrían mucho valor, cuando compré en quince pesos las veinte perlitas.

—Pagó usted por ellas el precio justo. Tengan ustedes mucho cuidado con los vendedores de perlas, porque es muy fácil tomar por buena una falsa, ó pagar

mucho más de lo que valen. Hay también unos que se llaman "Topos" y que son excrecencias que suelen tener las conchas, que presentan por un lado el mismo aspecto de la perla, y que, bien montadas, figuran con propiedad una hermosa perla; entre esos "Topos" hay algunos que tienen valor, no se forman como la perla, dentro del cuerpo del animal, sino entre éste y la concha, probablemente por alguna piedrecilla ú otro estorbo semejante, que no puede arrojar el animal, y que sirve de núcleo al "Topo."

—Veo,—dijo Manuel,—que tienen ustedes ocupada mucha gente en la explotación de la perla, ¿son caros los jornales?

—Varían entre cincuenta centavos y un peso al día; los buzos ganan un peso y el diez por ciento de las ostras que sacan; muchos de ellos han tenido la suerte de encontrar por su cuenta perlas que les hemos comprado en quinientos y más pesos.

—¿Es peligroso el buceo?

—No; porque tenemos mucho cuidado en que estén en muy buen estado los aparatos de pesca y sean inteligentes y de toda confianza los cabos de vida.

—¿Quiénes son los cabos de vida?—preguntó Alfredo.

—Los que desde el barco á que perte-

nece el buzo, están encargados de introducir el aire en las escafandras en la proporción y cantidad necesarias, según las señales que hace el buzo.

—¿A qué profundidad bajan los buzos?

—Generalmente, á quince ó veinte metros de profundidad.

—¿Esa es la zona en que vive la concha perla?

—La concha perla vive y se desarrolla desde los dos á los cuarenta metros de profundidad y se la encuentra hasta los sesenta metros, pero flaca y enfermiza; por consiguiente, de los quince á los veinte metros es el término medio, y donde se encuentra con más abundancia; pero los buzos pueden bajar, y bajan muchas veces, hasta los cuarenta metros.

—¿A los cuántos años está completamente desarrollada la concha perla?

—A los tres años.

—¿Qué tanto tiempo pueden estar los buzos, sin peligro, dentro del mar?

—Hasta cuatro horas, pero generalmente suben cada hora, más que por otra causa, por fumar.

—¿No suelen atacar á los buzos los tiburones?

—Aunque hay por estos mares muchos y muy grandes tiburones y bufeos, no son

temibles para los buzos, quienes están seguros de no ser atacados, porque las escafandras infunden mucho temor á los tiburones; el único animal de que hay que cuidarse, es la mantarraya, pero es muy raro encontrar una tan grande que sea capaz de atacar á los buzos. Algunos de éstos suelen sufrir accidentes, por las imprudencias que cometen; hace poco tiempo se nos murió uno, porque estando á una profundidad de cuarenta metros, subió violentamente á la superficie, lo que está severamente prohibido.

—He oído decir,—observó Alfredo,—que las concesiones dadas por el Gobierno general para el buceo de la perla, han traído la miseria á La Paz; ¿qué hay de cierto en eso?

—Es verdad que el buceo libre proporcionaba recursos á los que se dedicaban á ese ejercicio; pero hay que tener en cuenta que era muy reducido el número de buzos que había, los cuales no eran, por cierto, los que más se aprovechaban de aquella situación, sino los que les compraban las perlas á bajo precio; por otra parte, la pesca se hacía sin regla ni concierto, lo que hubiera dado por resultado que llegara á perderse la concha perla, como se ha perdido ya en las inmediaciones de La Paz; y por último, las Compa-

ñias explotadoras que hay actualmente, ocupan á un gran número de personas, á las que pagan muy buenos salarios, que antes no ganaban.

—¿Ha desaparecido el peligro de que se agoten las madre-perlas?

—En general, sí; porque se observa que, en el mismo lugar, hay tres ostras por cada dos que allí se mataron en el año anterior, con nuestro sistema de cría y propagación de la concha perla; esa proporción aumentará de una manera incalculable.

Era ya hora de regresar á La Paz; el Gerente y nuestros amigos se transbordaron al "París," que así se llamaba el vaporcito que los condujo á la isla, y regresaron á la ciudad, admirando el hermosísimo espectáculo que les ofrecía el crepúsculo vespertino.

Los siguientes días, hasta la llegada del "Curacao," los emplearon en visitar las huertas de los alrededores de La Paz, la Tenería y la fábrica de botones de concha. Allí vieron Alfredo y sus compañeros, gran cantidad de carey, que se aprovecha también en la fabricación de botones para mancuernas, y el dueño de la fábrica les enseñó varias tortugas de carey, perfectamente disecadas, de las que

hay muchas y de todos tamaños en La Paz.

Antes de abandonar la ciudad, tuvieron ocasión nuestros amigos de probar el riquísimo "vino del país," vino enteramente puro y mucho más agradable al paladar, que cualquiera de los vinos generosos que se toman en México. Los cosecheros venden ese vino á razón de quince á diez y ocho pesos barril de cien botellas.

Todavía el ilustrado Jefe Político dió á los tres jóvenes varias noticias importantes, y entre otras cosas, les habló de las inagotables salinas de la Isla del Carmen, que producen una fabulosa cantidad de sal de la mejor calidad, y que, últimamente, han sido vendidas á una poderosa Compañía inglesa.



CAPITULO VIII.

DE LA PAZ A LA ENSENADA.

Llegó por fin el esperado vapor, pero aún tuvo Alfredo, que era naturalmente el más impaciente, que esperar otros cuatro días, pues el "Curacao" iba para Guaymas, y de allí regresaría para dirigirse á San Francisco, tocando en la Ensenada; era inútil embarcarse desde luego para volver después á La Paz.—Pero como todo tiene término en el mundo, lo tuvo la espera de nuestros amigos, y, con muy fundadas esperanzas de que iba á concluir su peregrinación, tomaron pasaje en el "Curacao," vapor americano de unas mil toneladas, muy limpio, muy bien servido y con todas las comodidades que se pueden apetecer y pedir á un buque que hace la travesía entre San Francisco, los puertos de la Baja California, Guaymas y el litoral de Sinaloa.

MALDONADO.—9

El vapor llevaba muchos pasajeros de primera clase para los puertos de su itinerario, pero no obstante esto, los tres amigos quedaron perfectamente instalados, y no tardaron en trabar amistad con los demás pasajeros, especialmente Julio, que tocaba muy bien el piano y cantaba con una hermosa voz de barítono; Manuel se hizo amigo del Capitán, y hasta Alfredo, que no podía menos de sentir renacer y aumentar sus temores de no encontrar al Coronel Cisneros, á medida que se iba acercando al último punto de la República en que podía estar, daba tregua á sus preocupaciones para celebrar la chispeante conversación de Julio, ó adquirir interesantes datos con las explicaciones que daba el Capitán á Manuel.

De La Paz, se dirigió el "Curacao" á Topolobampo, en la costa de Sinaloa, travesía que se hizo en unas diez y seis horas.

El puerto de Topolobampo sería uno de los mejores del Golfo de California, si se pudiera limpiar el canal de la barra que obstruye la entrada del puerto; tal vez esto se haga cuando esté en explotación el Ferrocarril de Guaymas á Guadalajara. La población del puerto es completamente insignificante, y aunque el vapor atracó al pequeño muelle, ni Manuel ni sus

amigos se resolvieron á desembarcar para recorrer las chozas que veían desde la cubierta del vapor.

Con la marea de la tarde salió el "Curacao" de Topolobampo para Altata, otro puerto de Sinaloa que tiene comunicación directa con Culiacán, capital del Estado, por una línea férrea. Grandes bancos de arena que se extienden á larga distancia, dificultan la entrada en el puerto, al que llegaron al día siguiente de haber salido de Topolobampo.

No pasa de ser Altata un pueblo de último orden, pero su comercio tiene cierta importancia, gracias al Ferrocarril de Culiacán.

Todo el día permaneció anclado el vapor, y, como en Topolobampo, aprovechó la marea de la tarde para salir rumbo á Mazatlán.

—Vamos á conocer,—dijo Manuel á sus compañeros al salir de Altata,—uno de los puertos más importantes del Pacífico, importancia que no le quitará Salina Cruz, antes bien, contribuirá á aumentársela.

—¿Cuándo llegaremos á Mazatlán?—preguntó Alfredo.

—Me dijo el Capitán que estaremos allá en las primeras horas de la mañana.

—¿Y dilataremos mucho en el puerto?—preguntó Julio.

—La mayor parte del día.

—Entonces, tendremos tiempo para visitar la población.

—Seguramente, y aprovecharemos la oportunidad de conocerla.

Muy temprano al otro día, estaban ya nuestros amigos sobre cubierta, disfrutando del risueño aspecto que presenta desde el mar el puerto y la población de Mazatlán. Había varios vapores anclados, muchos barcos de vela de todos tamaños y algunos remolcadores de vapor que hacían el servicio de carga y descarga de los buques.

Pasada la visita de sanidad y de la Aduana, una multitud de botes rodeó al "Curacao," ofreciendo sus servicios para llevar á tierra á los pasajeros; ocuparon un bote los tres amigos, y no tardaron en desembarcar en el muelle é internarse en las estrechas calles de la ciudad.

El puerto de Mazatlán es actualmente, como había dicho Manuel, el de mayor importancia, exceptuando á Salina Cruz. Deja algo qué desear en cuanto á seguridad para los buques, y si no se arregla convenientemente el puerto, perderá mucho de su importancia cuando estén concluídos los ferrocarriles de Guaymas y Co-

lima á Guadalajara; entonces Manzanillo será la principal arteria que lleve al interior de la República y á los Estados de Sonora y Sinaloa los efectos del Asia, de ese comercio japonés que dentro de unos cuantos años quitará una gran parte de su mercado en México al comercio norteamericano, que no podrá, en muchos efectos, sostener la competencia en calidad y precio con la industria japonesa.

En Mazatlán está radicada la Compañía Naviera del Pacífico, negociación nacional que cuenta con una flota de nueve vapores que hacen el tráfico en todos los puertos de la costa, desde San José del Cabo hasta Salina Cruz; esta Compañía, la más poderosa que hasta la fecha tenemos, ha puesto los fundamentos de nuestra marina mercante, no dilatará en extender sus líneas hasta la América del Sur, y acaso sea dentro de poco tiempo la primera línea de vapores mexicanos que lleve nuestro pabellón mercante á los lejanos puertos de la China y el Japón.

La ciudad de Mazatlán no tiene nada notable; el principal edificio con que cuenta es la Catedral, iglesia amplia y regularmente decorada, pero que no pasa de ser de cuarto ó quinto orden, comparada

con las Catedrales de Puebla, Guadalajara ó Morelia.

Cansados los tres amigos de recorrer calles tortuosas, estrechas y mal empedradas, entraron en el primer restaurant que encontraron, y ya instalados con relativa comodidad y apagada la sed con la muy buena cerveza que produce la fábrica establecida en Mazatlán, dijo Julio:

—¡Saben ustedes que se necesita hacer un esfuerzo de buena voluntad para llamar á este pueblo "La Perla del Pacífico," como por aquí le dicen!

—No tiene, realmente, nada que justifique ese nombre, agregó Alfredo.

—No cometamos la injusticia de juzgar á las poblaciones por un paseo de dos ó tres horas,—rectificó Manuel.—Es cierto que lo que á primera vista se observa en Mazatlán no pasa de ser lo mismo que se encuentra en cualquiera de las Cabeceras de Distrito en los Estados del centro de la República; pero puede muy bien tener bellezas que no se conozcan en un simple paseo por el centro de la ciudad; acaso sus alrededores sean muy pintorescos; no conocemos sus centros de reunión, ni el carácter de sus habitantes. ni otras mil cosas que, aparte de las construcciones materiales, hacen que una po-

blación sea más ó menos agradable y la vida en ella más ó menos cómoda. Por otra parte, no hemos tenido tiempo para visitar la cervecería, que, según me han dicho, está muy bien montada, ni la fundición, que es bastante notable en su género.

—También hay que advertir,—siguió diciendo Julio,—que yo esperaba encontrar una población recién construída en su mayor parte, y con edificios, si no precisamente elegantes, por lo menos de gusto moderno; y en vez de eso me encuentro con una población vieja y mal construída; esto, como tú comprenderás, es para desilusionar á cualquiera.

—¿Y de dónde habías tú sacado semejantes ideas?—preguntó Alfredo.—Mazatlán no es una población tan moderna que tuvieras razón para esperar esos primores.

—Sí que la tenía,—insistió Julio,—ustedes recordarán que hace unos cuantos años invadió á este puerto la peste bubónica; que se dijo entonces que casi se había tenido que destruír la población quemando las casas para evitar la propagación de la peste, y que toda la República se apresuró á mandar recursos para volver á levantar la ciudad; era natural esperar que la mayor parte de los

edificios serían siquiera nuevos, ya que no lujosos, no obstante que las fuertes cantidades con que todos contribuímos, daban derecho á esperar ese lujo.

—No sabemos,—dijo el prudente Manuel,—en lo que se invirtió aquel dinero, y hay que suponer que más bien sirvió para socorrer á las víctimas de la epidemia.

—¿A cuáles de ellas?—insistió Julio.—¿A los muertos? Entiendo que ni necesitaban los socorros, ni siquiera costaba gran cosa enterrar á los que sucumbían. Y, por lo que hace á los vivos.... Tienes razón, ellos creo que fueron los que se aprovecharon de nuestro dinero.

—Ya es hora de volver al vapor,—dijo Manuel cortando la conversación;—tomemos el último vaso de cerveza, y ¡á bordo!

Media hora después estaban nuevamente embarcados, y, al caer la tarde, levaba anclas el "Curacao" y continuaba su ruta con dirección á San José del Cabo.

—Vamos á atravesar esta vez el golfo por su parte más ancha,—dijo Manuel.

—De suerte,—observó Julio,—que podemos considerarnos en pleno Océano.

—Casi, casi.

—Parece que el tiempo se pone malo, —hizo notar Alfredo.

—No será difícil que tengamos una mala noche.

—¿Habrá borrasca?—preguntó Julio.

—No tanto, pero tal vez sea un poco molesto el balanceo del buque, pues por poca que sea la marejada, las olas cogen de través al vapor; afortunadamente, ninguno de nosotros se marea, y todo se reducirá á una poca de molestia.

En efecto, aún no cerraba la noche, cuando gruesas olas comenzaron á batir los costados del vapor, y casi todos los pasajeros se fueron retirando á sus respectivos camarotes; el Capitán se acercó al grupo de los tres amigos y Julio le preguntó:

—¿Hay algún peligro si arrecia el viento?

—No; en este tiempo no tenemos "chubascos," como llaman por aquí á los fuertes temporales que alguna vez suelen desencadenarse en esta parte del Pacífico. Aun esos temporales, que solamente se presentan en el invierno y que suelen tener bastante intensidad, no llegarían á comprometer la seguridad de un buque como el "Curacao," en una travesía tan corta como la que tenemos que hacer para llegar á las costas de la California.

—¿Por qué están desplegando esas velas?—preguntó Alfredo, al ver que á proa y á popa del vapor, izaban dos grandes velas triangulares.—¿Qué sirven para ayudar al vapor en su marcha?

—No,—contestó el Capitán,—esas velas tienen por objeto moderar los balanceos del buque, al que sirven de sostén, apoyándolo en el mismo viento.

—¿A qué hora llegaremos mañana á San José?

—Entre ocho y nueve de la mañana.

—¿Y permaneceremos allí mucho tiempo?

—Casi todo el día, porque tengo mucha carga de cascalote que recoger para llevarla á la Ensenada.

—Pues con permiso de usted, vamos á acostarnos para estar listos mañana á buena hora.

La mañana siguiente amaneció hermosísima: el mar estaba completamente tranquilo; en el horizonte se dibujaban. sobre el azul del cielo, las montañas de la Península, y en suaves ondulaciones, descendían hasta la costa campos cubiertos de cañas y palmeras; en el fondo del paisaje, hacia la izquierda, rompían la espesa cortina de verdura las blancas casas del pueblo de San José. No había muelle, y para desembarcar era necesario hacer-

lo en una playa de arena bastante alejada de la población; el desembarque no ofrecía peligro, pero sí causaba molestias á los pasajeros, porque en aquella playa arenosa reventaban las olas constantemente, así es que los tres amigos no se libraron de un ligero baño al saltar á tierra. Un carruajillo los condujo al pueblo, que encontraron muy pintoresco, con sus calles irregulares, sombreadas por árboles frutales, y sus casas rodeadas de jardines.

En poco tiempo recorrieron toda la pequeña población, y regresaron al vapor, desde el que estuvieron mirando conducir, con mucho trabajo, por falta de medios adecuados, y cargar en el vapor, gran cantidad de cascalote, corteza de palo blanco que sirve para curtir pieles, y de la cual corteza surte San José del Cabo á las tenerías de La Paz y la Ensenada.

La fruta y la caña de azúcar, convertida en panela, son, además del cascalote, los únicos recursos con que cuenta San José del Cabo, población que últimamente ha adquirido cierta importancia por estar situada en ella una estación de telégrafo sin hilos, que se comunica con la costa de Sinaloa por medio de otra estación establecida en Mazatlán. Como de San José del Cabo parte otra línea tele-

gráfica común para las poblaciones de Todos Santos, El Triunfo y La Paz, resulta que toda la parte Sur de la Baja California está unida por telégrafo con el resto del mundo.

—Esta noche,—dijo Manuel, doblaremos el Cabo San Lucas, punto extremo de la Península, á los 22 grados 50 minutos de latitud boreal, y mañana en la tarde conoceremos el hermoso puerto de Bahía Magdalena.

—¿Qué tiene de notable?—preguntó Julio.

—Yo no podré decirte más sino que es un magnífico puerto; pero esta noche, en nuestra conversación de sobremesa con el Capitán, le pediremos datos sobre Bahía Magdalena.

Después de la comida, cuando ya el vapor había salido de San José y el Capitán podía distraerse con la conversación de los tres amigos, le pidió Manuel que le diera algunos datos sobre el puerto al que arribarían al día siguiente.

—Bahía Magdalena,—dijo el Capitán,—es el puerto más seguro y más amplio de toda la costa mexicana del Pacífico, incluso Acapulco. Se entra en la bahía por un canal que mide dos y media millas de ancho, con diez ó doce brazas de profundidad, y en el que no hay arrecifes ni ba-

jos peligrosos. La Bahía tiene quince millas de largo por doce de ancho; por el Noroeste se prolonga por una série de lagunas ó esteros que se extienden á más de cincuenta millas, y por los que pueden navegar buques de regular tamaño. Por el Sudeste, se enlaza la Bahía por medio de un profundo canal, con la Bahía de las Almejas, y enfrente de la entrada del puerto está situada la isla de Santa Margarita. En Bahía Magdalena, puede maniobrar cómodamente una escuadra de guerra.

—Es lástima,—observó Julio,—que tan extensa y hermosa Bahía no nos sirva para nada.

—La falta de población en el territorio, lo poco explotadas que están sus riquezas, y la casi total carencia de vías de comunicación, hacen que Bahía Magdalena sea un puerto solitario,—dijo Manuel.

—No siempre está así,—continuó diciendo el Capitán,—vienen á ella con frecuencia buques de guerra americanos, á hacer escala y ejercicios de tiro al blanco.

Subieron los tres amigos y el Capitán á la cubierta del vapor. La noche estaba muy serena, no había luna, pero las estrellas brillaban con intenso fulgor, y una ligera brisa, impregnada de sales marinas, refrescaba la atmósfera.

—Vean qué hermoso espectáculo,—dijo Alfredo, enseñando á sus compañeros la estela que dejaba el buque al surcar las tranquilas aguas.—Parece que vamos navegando en un lago de plata líquida.

—¡Qué cosa tan curiosa!—exclamó Julio.—¿Qué es lo que produce esa fosforescencia del mar?

—Unos animalillos microscópicos, los noctilucos, que tienen una substancia luminosa llamada fotógeno. ¿No es así, Capitán?—dijo Manuel.

—Así es, en efecto, y este curioso fenómeno se produce muy frecuentemente durante las noches cálidas de los trópicos.

—Hay en el mar,—siguió diciendo Manuel,—muchos animales luminosos, entre ellos lo son casi todos los cefalópodos.

Después de admirar por algún tiempo las bellezas de aquella apacible noche, se despidieron los tres amigos del Capitán, y se retiraron á sus camarotes. El resto de la travesía hasta Bahía Magdalena, á donde llegaron al otro día al caer la tarde, se hizo sin incidente alguno.

En una isla arenosa, de la que es propietaria una Compañía americana formada con el objeto de explotar la cría de ganados, está situada la población de Bahía Magdalena. El pueblo, si tal nombre

merece aquel grupo de casas, no cuenta más que con ciento veinte habitantes, incluyendo en ellos á los empleados públicos, pues hay allí un Juez de Paz, Correo, Auxiliar Municipal y una Sección Aduanera. La vida en Bahía Magdalena es muy molesta y difícil, porque no se cuenta con más recursos que los que proporciona el "Curacao" en sus viajes mensuales; se carece de carne, de leche y hasta de agua, pues tiene que llevarse ésta de tierra firme, atravesando casi toda la Bahía; es tanta la escasez del precioso líquido, que la mayor parte de la gente que allí vive, hace el café para el desayuno, con agua del mar: excusado es decir el gusto que tendrá semejante brebaje. Si alguna vez llegare á tener aquel hermoso puerto el tráfico á que está llamado, por su posición geográfica y condiciones naturales, tendrá que transladarse la población á la costa de la tierra firme.

Muy poco tiempo permaneció el vapor en la bahía, pues no tenía que tomar carga, y únicamente dejó, para el consumo de la escasa población, algunos efectos que llevaba de Mazatlán. No se tomaron nuestros amigos el trabajo de desembarcar, sino que se estuvieron divirtiendo con ver la facilidad con que los marineros pescaron, en muy poco tiempo, una

gran cantidad de peces de varias clases, que se veían revolotear á millares por los costados del barco. Hablando de esto con el Capitán, les dijo:

—Siempre nos proveemos aquí de pescado para la cocina del vapor, tanto por la facilidad que hay para pescar, como por lo muy fino de las especies que pueblan esta bahía.

—¿Y no hay aquí ostiones?—preguntó Julio,—porque me ha llamado mucho la atención no encontrarlos en La Paz, cuando los hay exquisitos en Guaymas, y vi muchos en Altata.

—No señor, el ostión no se encuentra en las costas de la Baja California; en cambio, desde Bahía Magdalena hasta la Ensenada, hay gran cantidad de abulones, especie de ostras univalvas, más grandes que los ostiones, tanto ó más sabrosos que éstos, y que producen las conchas más hermosas y de más variados y brillantes colores que se conocen.

—Consuélate de la falta de ostiones con la perspectiva de comer mañana uno de esos hermosos peces que hemos visto pescar,—dijo Manuel.

—También creo que nos obsequiará el cocinero con un plato de pulpos,—agregó el Capitán.

—¿Qué cosa es eso?—preguntó Alfredo.

—Unos moluscos cefalópodos que tienen los pies en la cabeza,—dijo Manuel,—y que, además, poseen dos corazones.

—Con tu explicación me he quedado tan á obscuras como antes, respecto á lo que puedan ser los pulpos.

—¿Has comido calamares?

—Sí.

—Pues el pulpo es un calamar mucho más grande que los que venden en latas.

—¿Y no habrá para completar el banquete de mañana un platillo de abulones?—preguntó Julio.

—Desgraciadamente, no,—contestó el Capitán,—pero en la Ensenada podrá usted regalarse con ellos.

—¿Se exporta la concha de abulón?—preguntó Manuel.

—Sí señor, en grandes cantidades, que se envían á los Estados Unidos; y forma también un ramo de explotación la carne seca de los abulones, que pierde mucho de las buenas cualidades que tiene fresca, pero de la que hacen mucho consumo los chinos.

—¿No produce perlas el abulón?—dijo Alfredo.

—Suele producir perlas imperfectas, que no tienen más que un lado de su su-

perficie aperlado, pero hay algunas de tan buen oriente y de tan bellos colores en ese lado, que adquieren un valor bastante crecido, relativamente.

—¿Y hay en estas costas concha perla?

—No señor, en ningún punto de la costa occidental de la Baja California se encuentran, ni la concha perla, ni la concha nácar.

—De manera que este lado de la costa es mucho menos productivo que el lado oriental.

—Algo menos, porque tiene, en vez del buceo de perlas, la pesca de la ballena y de la nutria.

—¡Cuánto me agradaría ver una ballena!—dijo Julio.

—Es muy posible que realice usted ese deseo, pues casi no hay viaje en el que no veamos algunas ballenas.

En efecto, al día siguiente, entre el Cabo San Lázaro y Punta Abrojos, pudieron contemplar nuestros amigos durante un cuarto de hora, el espectáculo de tres ballenas que jugueteaban á flor de agua, lo bastante cerca del vapor para poderlas ver cuando en sus monstruosos saltos sacaban fuera del mar casi todo el cuerpo, y para hacerse cargo de la altura á que elevaban los dos chorros de agua ó va-

por que despedían de cuando en cuando.

—El mar está lleno de encantos,—decía Julio á sus amigos,—encantos de que no tienen idea las gentes que no han hecho la expedición que hacemos nosotros.

—¿Por qué hemos de tener nosotros solos este privilegio de conocer los encantos del mar? Me parece que han disfrutado de él, y siguen disfrutando, todos cuantos se han embarcado con rumbo á Europa,—dijo Alfredo.

—Te equivocas: En primer lugar, no es lo mismo el Atlántico que el Pacífico; éste, el grande Océano, es el mar por excelencia; mar que baña con sus aguas, por una parte, las costas de la libre América, y por la otra las de la tenebrosa Siberia, las de la impenetrable China, las de Australia y las del Japón; el mar de los grandes archipiélagos y de las innumerables islas.... Y luego, no es lo mismo caminar en transatlánticos llenos de gente y por un mar cubierto de embarcaciones, que ir, como vamos nosotros, solos, en medio de la inmensidad; aquí, y en estas condiciones, es como se hace el hombre cargo de su pequeñez material y de la grandeza de su inteligencia, que le permite surcar el tan temible mar. Aquí es donde se aprecian debidamente

esos encantos que pasan desapercibidos para los que hacen la travesía entre las insubstanciales conversaciones de una multitud de pasajeros, las fiestas de á bordo, y tal vez hasta de las intrigas que se desarrollan entre tanta gente. Sólo éste mar Pacífico puede presentar esos diversos matices de sus aguas; ya ven ustedes, á ratos navegamos sobre una superficie de color azul intenso en el que resalta maravillosamente la blanca espuma que forman, al chocar entre sí, las encontradas olas; otras veces, las aguas están teñidas de ese color indefinible que con razón se llama verde-mar, y que tan bien se presta para reflejar, en infinita variedad de matices, la luz de los crepúsculos; por último, aun en las noches, cuando la falta del sol hace morir los colores, viene la luna á iluminar la inmensa superficie de las aguas, prestándolas nuevos encantos con los rayos de su apacible luz.

—Mira la medalla por el reverso,—dijo Manuel,—y figúrate este mismo mar ahora tan quieto, enfurecido al azote del huracán; no cabe duda que el espectáculo será hermosísimo para verse desde la playa, pero terriblemente espantoso para los que desafían sus iras en una embarcación

que, por grande que sea, resulta un átomo imperceptible en medio del Océano.

—No sé,—contestó Julio,—cuál será la impresión que en mi ánimo produzca la tempestad; acaso el temor se sobreponga en mí á todo otro sentimiento, y me impida gozar del espectáculo; por ahora no quiero ver el mar más que bajo el único aspecto que se nos ha presentado, tranquilo, ó ligeramente agitado por el viento.

—Quiera Dios que durante la travesía no lo veamos de otro modo,—dijo Alfredo.

—Puedo asegurar á ustedes que no tendremos mal tiempo,—observó el Capitán.

—Pues con esa seguridad, puedes seguir cantando las bellezas del mar.

—Ahora no nos han acompañado las gaviotas, como en los días pasados,—siguió diciendo Julio.

—Es que ahora vamos mucho más alejados de la costa,—dijo el Capitán.

—Sin embargo,—agregó Alfredo,—acabo de ver volar un pájaro, aunque de tamaño más chico que las gaviotas.

—No puede ser, porque, si bien hay muchas especies de tan potente vuelo que se las encuentra á grandes distancias de

las costas, ya hubiéramos notado su presencia.

—Vea usted, acaba de volar otro pájaro á nuestra izquierda

—Ya lo ví,—dijo el Capitán,—pero eso no es un pájaro, sino un pez.

—¿Cómo así?

—Es un pez volador del género de los dactilópetros, que, generalmente, no se acercan á las costas, pero se les encuentra en alta mar, donde son muy comunes.

Día y medio después, sin accidente alguno, llegaron nuestros amigos á la Ensenada; se despidieron muy cordialmente del Capitán del "Curacao" y desembarcaron, después de haber pasado la visita de sanidad.



CAPITULO IX.

LA ENSENADA.

Vista la población desde la cubierta del vapor, presenta muy risueño aspecto, que no pierde cuando se recorren sus calles; pero el desembarco es molesto, porque constantemente están rompiendo las olas en la playa y el muelle es muy chico, de suerte que, cuando el mar está un poco agitado, no es raro que las olas revienten en la misma escala del muelle, bañando á los pasajeros.

A diferencia de los puertos de Guaymas, La Paz y Mazatlán, que están siempre llenos de embarcaciones de todos tamaños, en la Ensenada no se ve barco alguno, parece aquello una playa desierta.

La población está reducida á poco menos de dos mil habitantes, pero de pronto parece que tiene mucho más, dada la

extensión de terreno que ocupa el caserío, extensión que se debe á que la mayor parte de las casas están aisladas unas de otras, y rodeadas de jardines.

La población de la Ensenada es muy distinta de las que existen en el interior de la República; es de formación muy reciente, que data del año de 1881; las casas son, en su mayor parte, de madera, y de estilo americano; es decir, de muy buen aspecto, con pocas piezas, todas ellas chicas y empapeladas ó estucadas; (lujo desconocido en el resto de la Baja California) las recámaras, independientes unas de otras, están situadas en el segundo piso, y el comedor, sala y despacho, en el primero, lo mismo que la cocina, despensa, etc. Tiene la población luz eléctrica, y agua en abundancia, aunque de mala clase.

Difícilmente se encontrará en la República otro clima tan agradable y tan sano como el de la Ensenada, clima templado y siempre igual: allí no hay invierno ni verano con cambios bruscos de temperatura, ni animales dañinos, ni moscos, ni enfermedades endémicas, y, si lloviera con regularidad, nada sería comparable á la fertilidad de aquel suelo; pero, desgraciadamente, llueve tan poco, que hay años en los que no cae una sola gota de agua,

y como no hay ríos, ni presas, ni sistema alguno de regadío, la agricultura es, en esos años, sumamente pobre. En cambio, el Partido Norte de la Baja California es muy rico en minas de oro; los gambucinos llevan frecuentemente á la Ensenada botellitas con polvo de oro, que venden á determinadas personas, y aun es mayor la cantidad que van á vender á los Estados Unidos, pasando la línea de la frontera por Tijuana.

La vida es muy cara en la Ensenada, porque la mayor parte de los artículos de primera necesidad tiene que ser importada, especialmente cuando, por no haber llovido bastante, se agotan los cereales y la harina; por lo demás, cuanto se puede apetecer se tiene, aunque á precios elevados, porque en unas cuantas horas se lleva de San Diego, puerto americano de mucha importancia, que está en comunicación constante con la Ensenada por medio de los vapores de la Compañía, del desarrollo y colonización de la Baja California. Esta misma Compañía tiene una línea telegráfica que une á la Ensenada con el pueblo de San Quintín, y otra que la pone en comunicación con San Diego, de suerte que la Ensenada puede mandar telegramas á toda la República por medio de las líneas americanas.

Todavía más caros que los artículos de primera necesidad, son los servicios personales; no se encuentra un hombre que sirva, sea en el trabajo que fuere, por menos de dos ó tres pesos diarios; la servidumbre está allí representada por los chinos, de los que hay muchos, aunque no tantos como en Guaymas, y algunos bastante ricos. A las seis de la mañana se presenta el chino en la casa en que sirve, prepara el desayuno y se va, para volver á las once; en una hora dispone la comida y se retira, para regresar á las seis de la tarde; permanece en la casa hasta las ocho de la noche, sin que haya poder humano que lo obligue á estar más tiempo, y se hace pagar veinticinco ó treinta pesos al mes, además de la comida. Los chinos son muy trabajadores, pues el tiempo que no están en la casa en que sirven, lo aprovechan, durante el día, en trabajar como zapateros ó sastres, y por la noche, en aprender á hablar inglés ó español. Son muy económicos y muy limpios, tienen una asombrosa facultad de asimilación, de suerte que aprenden rápidamente cuanto se les enseña, y su mayor ambición es pasar á los Estados Unidos, porque allí pueden ganar más. Los chinos son un gran recurso en la Ensenada, porque sin ellos no habría servi-

dumbre, ni hortelanos, ni lavanderos, ni se tendrían otros muchos servicios que ellos hacen.

Es característica en la Ensenada, la completa seguridad que allí se disfruta. Los jardines están cercados con débiles rejillas de madera, y tienen constantemente abiertas las puertas de entrada; abiertas se conservan también las puertas de las casas; en ninguna ventana hay reja, y fuera del edificio de la casa, quedan frecuentemente sillas, cojines y otros objetos que pudiera tomar el primer transeunte, sin que jamás se dé un caso de robo. La vagancia es también desconocida en la Ensenada; allí todo el mundo trabaja, no se ven ébrios en las calles, ni mendigos, ni hay montepíos.

Las costumbres de los habitantes de la Ensenada tienen algo de las costumbres americanas, aunque, por fortuna, no han tomado de nuetsros "primos" su "respeto" á las mujeres; todavía en la Ensenada, los matrimonios se hacen por amor, todavía los hombres son galantes, y recatadas las mujeres; todavía hay hogar y amor á la familia.

Las señoras y señoritas se visten con elegancia, generalmente de colores claros, y usan sombreros de palma del país, artística y sencillamente adornados, que

cambian por sombreros de forma francesa en los días de fiesta. Hasta la gente más pobre está siempre bien vestida, y no se vé ningún hombre sin zapatos, pantalón y saco ó blusa, ni á mujer alguna con rebozo.

Los matrimonios religiosos se celebrán en el templo católico en las tardes ó en las noches, y la novia nó lleva el tradicional, costoso é inútil vestido blanco, sino un elegante vestido de calle, y sombrero.

Son muy afectas las señoras y señoritas á montar á caballo: las americanas montan como hombres, con trajes especiales para ello, pero nuestras compatriotas no han seguido, afortunadamente, esa antiestética costumbre que hace perder á la mujer una parte de sus encantos.

Lo primero que hicieron los tres amigos al desembarcar, fué dirigirse al hotel Bay View; allí les esperaba una nueva contrariedad. El Coronel Don Pantaleón Cisneros se había alojado en aquel hotel, allí estaba su equipaje, allí se le guardaba su correspondencia; pero había salido con una expedición que iba á recoger pieles y carne de ganado cabrío en la isla de Guadalupe.

—¿Cuándo salió esa expedición?—pre-

guntó Manuel al Administrador del hotel.

—Hará unos ocho días.

—¿Y no sabe usted cuánto tiempo dilatará?

—Probablemente, dos ó tres meses, porque tienen que secar las pieles, preparar la carne, arreglar el cargamento y llevarlo á vender á los Estados Unidos.

—Armémonos de paciencia,—dijo Julio,—y esperemos aquí al Coronel.

—Vamos más bien á la isla,—dijo Alfredo,—no sea que se le ocurra no volver por aquí, sino regresar á México por los Estados Unidos.

—No es probable,—observó Manuel,—porque tiene aquí su equipaje y su correspondencia; pero si la isla de Guadalupe no está muy lejos y hay facilidad de ir á ella, vale más, como dice Alfredo, emprender desde luego el viaje, con la seguridad de encontrar al Coronel.

—¿Qué distancia hay de aquí á la isla?—preguntó Alfredo.

—No lo sé.

—¿Hay barcos que hagan la travesía?

—No señor, tiene que fletarse uno exprofeso para hacer el viaje.

—¿Quién podrá informarnos respecto de éste?

—Vean ustedes al Gerente de la Compañía ó al Piloto mayor.

—Hoy mismo nos ocuparemos de esto, —dijo Manuel:—por lo pronto, nos instalaremos aquí, y á la tarde iremos á visitar al Jefe Político, para quien me dieron una carta en La Paz; él nos podrá instruir mejor que nadie sobre lo que debemos hacer.

Pasaron nuestros amigos el resto de la mañana en asearse, y después de comer, salieron á dar una vuelta por la población, mientras se hacía hora oportuna de visitar al Jefe Político.

Los edificios, salvo lo pintoresco de sus variadas y caprichosas formas, no tenían nada de notable, pero la abundancia de árboles y flores en los jardines, daba á las calles un aspecto muy agradable. Por fin, á eso de las seis de la tarde, se dirigieron á la casa del Jefe Político, á quien encontraron en su despacho, donde los recibió muy afablemente

Presentóle Manuel la carta que llevaba y, después de leerla, dijo el Jefe:

—Según me indican en esta carta, vienen ustedes en busca de una persona á quien les interesa mucho ver; estoy á las órdenes de ustedes para todo aquello en que les pueda ser útil, y tendré sumo pla-

cer en que mi buena voluntad se traduzca en hechos positivos.

—Muchas gracias, señor, procuraremos no abusar de sus buenas disposiciones.

—¿Han encontrado ya á la persona que buscan?

—No señor, nos informó el Administrador del hotel en que estaba alojado, que salió hace unos ocho días con rumbo á la isla de Guadalupe, y pensamos irle á ver allí; para esto esperamos que usted nos haga el favor de darnos los informes é indicaciones necesarias.

—No conozco la isla, pero sí podré decir á ustedes que para ir á ella necesitan fletar un barco, porque no hay comunicaciones regulares con la isla, ni toca en ella alguno de los vapores que navegan por estos rumbos.

—¿A quién podremos acudir para fletar un barco?

—El único que puede estar disponible para hacer el viaje, es el pailebot "Consuelo," del que es propietario Don Simón Pérez. Actualmente no está aquí el pailebot, pero debe llegar en uno de estos días.

—¿Dónde vive el señor Pérez?

—Si ustedes quieren verlo hoy mismo, haré que los acompañe á la casa de Pérez uno de mis asistentes.

—Mucho agradeceremos á usted ese favor.

—Como ustedes no conocen esta población, mañana les enviaré á uno de los empleados de la Jefatura, para que les enseñe lo poco que hay que ver en el pueblo.

—De nuevo damos á usted las gracias, y, con su permiso, nos retiramos para ir cuanto antes en busca del señor Pérez.

Se despidieron los tres jóvenes del Jefe Político y no tardaron en llegar, guiados por el asistente, á la casa de Pérez, á quien encontraron en el despacho de su almacén.

—¿En qué puedo servir á ustedes, señores?—les preguntó después de que hubieron tomado todos asiento.

—Tenemos necesidad de ir á la isla de Guadalupe, y el señor Jefe Político nos indicó que usted era la única persona que podía fletarnos un barco para hacer la travesía,—dijo Manuel.

—Tengo realmente un pailebot, que puede hacer ese viaje, pero no está aquí, lo despaché para San Quintín, con carga, y volverá dentro de tres ó cuatro días.

—Si para entonces nos lo puede usted fletar, esperaremos su vuelta.

—¿Van ustedes á traer ó á llevar carga?

—No señor, vamos con el único objeto de ver á una persona que está en la isla, y regresaremos luego que hayamos hablado con ella.

—Pongamos dos días de ida, dos de vuelta, y tres de estancia en la isla,—dijo Pérez como hablando consigo mismo;—les fletaré á ustedes el pailebot para un viaje de ida y vuelta á la isla de Guadalupe, con estancia en ella, de tres días.

—¿En dos dice usted que puede hacerse la travesía?

—Sí, y aun en menos tiempo, pero bueno es que lleven ustedes víveres para doce ó quince días, por si sufren algún retraso.

Arreglaron las condiciones del flete, y convinieron en que saldrían de la Ensenada al día siguiente del en que llegara de San Quintín el pailebot.

—¿Qué haremos durante estos tres días?—preguntó Alfredo al salir de la casa de Pérez.

—Aceptar el ofrecimiento del Jefe Político,—contestó Julio,—y pasear y conocer la población.

—Creo que tiene muy poco que verle.

—Por poco que sea,—agregó Manuel,—bastará para entretenernos los tres ó cuatro días que debemos permanecer aquí.

A las nueve de la mañana del siguiente

día, se presentó en el hotel un joven empleado de la Jefatura Política, y se puso á las órdenes de los tres amigos.

—Sentimos mucho,—le dijo Julio,—causar á usted la molestia de que nos acompañe, pero solamente una persona de la población puede dárnosla á conocer en los pocos días que vamos á permanecer en ella.

—Para mí no es molesto acompañar á ustedes, y me complace sobremanera serles útil para algo; siento únicamente que no haya aquí nada digno de llamar la atención.

Ocuparon la mañana en recorrer las calles, en las que les llamaron la atención varias casas, unas por la hermosura de sus jardines, y otras por lo gracioso de su construcción; conocieron la iglesia del culto católico, muy chica, proporcionada al escaso número de habitantes de la población, pero muy alegre y aseada; visitaron las escuelas, que hallaron poco menos mal servidas que las de La Paz; fueron á la cárcel, que está anexa al cuartel de la infantería, edificio sólidamente construído que presta las seguridades necesarias para su objeto; y vieron los amplios almacenes de la Aduana Marítima y las oficinas de la misma Aduana, situada ésta en la parte baja

de un edificio de tres pisos, construído con ladrillo.

—Este edificio es bastante amplio y cómodo,—dijo Julio,—se conoce que el Gobierno ha tenido empeño en que la Aduana esté bien instalada.

—Este edificio,—dijo el escribiente que los acompañaba,—no es del Gobierno, es de un particular á quien se le paga una renta por la parte baja que ocupa la Aduana.

—¿Pues qué no tiene aquí el Gobierno edificios propios?

—No señor, todas las oficinas ocupan casas particulares, por las que paga renta el Gobierno; únicamente la cárcel es un edificio público. Hace algunos años contrató el Gobierno la construcción de un edificio para Aduana, que es ese que ven ustedes á un lado,—y señaló otro edificio, también de ladrillo, con dos pisos, y de muy buen aspecto.—Ese edificio costó cerca de cuarenta mil pesos, pero fué tan mal construído, que no ha servido para su objeto, y, según dicen quienes de eso entienden, el día menos pensado se viene abajo.

—¿Y no hay aquí hospital?

—No señor.

—Ya que tanto hemos molestado á us-

ted,—dijo Manuel,—háganos el favor de comer con nosotros.

—Con mucho gusto.

Por la tarde volvieron á salir de paseo nuestros amigos.

—Ahora,—les dijo su acompañante,—veremos los establecimientos mercantiles.

A donde primero los llevó fué á un edificio aislado, situado á orillas de la población, y que estaba tan solitario como sus alrededores. Llamó á una puerta y salió á recibirlos un hombre que parecía ser el conserje de aquel abandonado edificio, en el que estaba instalada la maquinaria completa de una fábrica de hilados y tejidos de lana, toda ella moderna, en buen estado y lista para trabajar.

—¿Qué no trabaja esta fábrica?—preguntó Julio.

—No señor, hace algunos años que no trabaja.

—¿Por qué?

—Ya se lo diré á usted cuando acabemos de verla.

—¿Pero ha trabajado alguna vez?

—Sí, y con muy buenos resultados.

—¡Qué sensación tan desagradable se siente al ver esta silenciosa fábrica!—observó Alfredo.—Se apodera del ánimo profunda melancolía, como la que se sien-

te al ver un cadáver, aunque no se haya conocido á la persona cuando vivía.

Al salir del edificio, dijo Julio al escribiente:

—Explíquenos usted el por qué no trabaja ya esta fábrica.

—Esta fábrica tenía una concesión del Gobierno para introducir, libre de derechos, la materia prima, que no la hay en el Territorio; hacía magníficos casimires, tan buenos como los franceses, y los vendía mucho más baratos; esto alarmó á otras fábricas del país, y tanto hicieron los fabricantes, y de tan buenas influencias se valieron, que consiguieron al fin que el Gobierno revocara la concesión, sin la cual era imposible la competencia con las fábricas del interior de la República, por los gastos de transporte de las mercancías de su punto de producción, á los lugares de venta. Se clausuró la fábrica, se perjudicó notablemente la Compañía, que gastó un capital en montarla, muchos operarios quedaron sin trabajo, y la gente sigue vistiéndose con casimires malos y caros.

—Pero se beneficiaron tres ó cuatro grandes Compañías,—observó Julio, y esto es siempre una compensación.

Al regresar de la fábrica, visitaron el molino de harina, que la produce muy

buena, no solamente por lo bien montado que está dicho molino, sino por la excelente clase de los trigos que se cosechan en el Partido Norte de la Baja California.

Estuvieron después en varias tiendas, y les llamó la atención que hubiera en ellas toda clase de efectos, desde la más fina sedería hasta los más burdos y corrientes efectos de abarrotes, mercería, ferretería, etc.

—Mañana,—les dijo el dependiente de la Jefatura,—no podré acompañar á ustedes, porque llega el vapor "San Denis" y tenemos mucho qué hacer; por otra parte, han visto ustedes todo cuanto hay que ver en la población.

—Sentimos mucho privarnos de su amable compañía, pero no es cosa que por nosotros desatienda sus ocupaciones. ¿A qué hora llega el vapor?

—A las siete de la mañana.

—¿Suele traer muchos pasajeros?

—Generalmente vienen unos diez ó quince, la mayor parte americanos, que están aquí unas cuantas horas y se vuelven á San Diego.

Se despidieron los tres jóvenes del que les había servido de guía, y á la mañana siguiente fueron al muelle á ver llegar el vapor, que no condujo en esta vez más

que tres pasajeros que se alojaron en el mismo hotel en que estaban Manuel y sus compañeros, quienes no tardaron en relacionarse con uno de los recién llegados.

Era este señor un abogado radicado en Los Angeles, ciudadano por nacimiento, de los Estados Unidos, pero hijo de padres que habían sido mexicanos; hablaba perfectamente bien el castellano, tenía un apellido netamente español, el tipo de las altas clases sociales de México, era muy instruído y perfectamente educado.

Largamente conversaron nuestros amigos con el abogado, y quedaron sumamente prendados de su buen trato y sólida instrucción.

A las ocho de la noche se despidieron de él, después de acompañarlo y dejarlo embarcado en el vapor.

—Supongo,—dijo Alfredo á Julio al regresar al hotel,—que nuestra conversación con el señor Licenciado V.... habrá modificado en gran parte tus ideas respecto de los yankees.

—No puedo de pronto expresarte las variadas sensaciones que me ha producido el oír nuestro idioma hablado con tanta propiedad por una persona de nuestra raza, con apellido español, bigote y

ojos negros, muy instruída y muy bien educada, y pensar que esa persona es un ciudadano de los Estados Unidos. Lo que puedo decirte es que, al oírle decir "mi Gobierno," refiriéndose al americano, sentí una impresión muy desagradable. Cuando hablaba de sus antepasados mexicanos y nos decía, sin duda por halagarnos, que estimaba mucho á México y que deseaba conocer la capital de la República, yo pensaba en que aquella inteligencia se había perdido para nosotros, que todas aquellas buenas cualidades estaban al servicio de nuestros "primos;" y crecía mi indignación al considerar que no solamente nos quitaron una gran parte de nuestro territorio, sino que extendieron su rapiña hasta llevarse á nuestros hermanos y engalanarse con sus inteligencias.

—Eso demuestra,—dijo Alfredo,—que saben apreciar el talento ¿Crees tú que el señor V.... ocuparía entre nosotros el puesto elevado que tiene en los Estados Unidos?

—Acaso aquí fuera más apreciada su inteligencia.

—Dejemos las cosas tales como son, —dijo Manuel,—no está en nuestro poder el arreglarlas á nuestro gusto, y felicitémonos de que la raza latina sepa

tomar el lugar que la corresponde, aun en ese pueblo americano tan exclusivista y (¿por qué no decirlo?) que tanto afecta despreciarnos.

—Si ese desprecio,—observó Alfredo,—proviene de que se juzguen superiores á nosotros por razón de raza, es tan ridículo que se debe pagar en la misma moneda; si se funda en que los Estados Unidos son un pueblo más fuerte, más numeroso y más adelantado que el nuestro, sírvanos de emulación ese desprecio y esperemos pacientemente la época en que comience la decadencia de los americanos, que no puede tardar, mientras que para nosotros asoma ya en el Oriente la aurora de nuestra grandeza.

En los días siguientes, vieron los tres jóvenes la instalación de las bombas que, movidas por vapor, extraen de un pozo el agua que surte á la población y la elevan á un depósito situado á conveniente altura, para de allí repartirla por cañerías de fierro á todas las casas del pueblo. Ese mismo vapor sirve para mover los dinamos de la luz eléctrica.

Asistieron también á una kermesse, que se verificó en "El Parque," jardín público de poca extensión pero bien cultivado. La fiesta comenzó en la tarde y terminó á las doce de la noche. Lo que más llamó

la atención de nuestros amigos, no fué la franca alegría, ni el perfecto orden que allí reinaron, ni la elegancia y belleza de las jóvenes que servían los "puestos," sino que, en lugar conveniente, había un salón de baile al que todos entraban, pero en el que cada caballero tenía que pagar una cuota por cada una de las piezas que bailaba. No fué, por cierto, el salón de baile, el que reunió menor cantidad en la bulliciosa fiesta.

El pailebot "Consuelo" llegó antes de lo que se esperaba, así es que muy pronto pudieron nuestros amigos dejar la Ensenada. Cuando el dueño del hotel supo que se iban á embarcar para encontrar al Coronel Cisneros, les dijo:

—Ya que van ustedes á ver á ese señor, háganme el favor de llevarle estos periódicos y esta carta que han venido para él.

Y les entregó, con un gran número de periódicos atrasados, una carta, con este sobreescrito: "Señor Don Juan Limeño. —Puebla." Constaba en la cubierta de la carta que no se había encontrado á la persona á quien iba dirigida, y se devolvía al remitente. La cubierta tenía el timbre del hotel Humboldt, y en la parte de atrás, un sello que decía: "Pantaleón Cisneros." Así había llegado la carta de-

vuelta de Puebla á la Ensenada, gracias á las indicaciones que iba dejando el Coronel en los hoteles que ocupaba, para que le remitieran su correspondencia.

Tomó la carta Manuel y ofreció al dueño del hotel entregarla á Don Pantaleón.

Con un buen viento de popa y desplegadas todas sus velas, salió de la Ensenada el pailebot en que iban nuestros amigos.

El Capitán les dejó galantemente su cámara, en la que se acomodaron tres angostas camas, y él ocupó un improvisado camarote en el departamento de los marineros.

La tripulación se componía del Capitán, el Piloto, el cocinero y seis marineros. El barco estaba bien construído, ofrecía bastantes condiciones de seguridad, y su velámen se componía de la vela mayor, la de trinquete, la trinquetilla, dos foques, "la escandalosa" y la de estay, así es que podía aprovechar perfectamente el viento, por ligero que fuera. Llevaba víveres suficientes para dos semanas y, junto al palo mayor, dos grandes barricas de agua dulce.

La navegación comenzó bajo los mejores auspicios.



CAPITULO X.

LA ISLA DE GUADALUPE.

La isla de Guadalupe está situada en la costa Occidental de la Baja California, entre los paralelos 28°, 51′, y 29°, 12′ de latitud Norte; y los 118°, 16′ 30″, y los 118°, 23′ 30″ de longitud Oeste del meridiano de Greenwich; á unas doscientas millas al Sur, 28°, Oeste, de la Ensenada. Mide treinta y siete kilómetros de Norte á Sur, por trece kilómetros de Este á Oeste en su mayor anchura, y tiene cuatrocientos ochenta y un kilómetros de superficie, aproximadamente. Está deshabitada, y lo acantilado de sus costas hace que no tenga más que cuatro malos fondeaderos, malos por falta de abrigo contra los vientos, y porque se tiene que anclar muy cerca de la costa brava.

La isla es propiedad de la Nación, y la

tiene arrendada el señor Don Sebastián Camacho, para explotar el ganado cabrío que hay en la isla, con obligación de mejorar la raza y aumentar el número de cabezas, que se calculaba en unas cincuenta mil cuando celebró el arrendamiento el señor Camacho. Desgraciadamente, lejos de aumentar y mejorar la raza, se ha ido agotando el ganado cabrío, por no haber quien cuide de él, y ser muy frecuente que ocurran barcos americanos á surtirse de pieles clandestinamente, para irlas á vender á San Diego ó á Los Angeles. (1)

El señor Camacho suele dar permiso para que maten cabras, con ciertas condiciones y mediante cortas cantidades que le pagan los contratistas; con una de esas expediciones había ido el Coronel Cisneros.

Sin contratiempo en la navegación, llegaron los tres amigos al término de su viaje.

---

(1) Cuando el que esto escribe visitó la isla de Guadalupe en 1906, los peritos que lo acompañaron calcularon en diez mil el número de cabezas, pero como de entonces á la fecha han continuado las depredaciones de nuestros *Primos* y nadie cuida de la isla, ese número ha de haber disminuido notablemente, y ahora (1908) quedarán solamente de cuatro á cinco mil cabezas.

El aspecto general de la isla es por demás sombrío á la llegada; rocas volcánicas cortadas á pico formando un murallón de mil á mil quinientos pies de altura, sin vegetación y con el color ceniciento propio de su origen, impiden que la vista abarque más de un pequeño espacio; en las alturas se distinguen algunos grupos aislados de árboles.

Al acercarse á la isla, tal parece que aquella inmensa mole que se levanta perpendicularmente sobre el mar, va á sepultar bajo su enorme peso á la embarcación que, por una ilusión de óptica, parece estar inmóvil, al mismo tiempo que sobre ella se precipita aquella amenazadora montaña.

La penosa impresión que produjo de pronto á los viajeros lo agreste del paisaje, desapareció al llegar al fondeadero, en el que descubrieron, sobre una diminuta playa de arena, una casa de adobe de dos pisos, y una angosta cañada que permitía penetrar en lo interior de la isla.

—¿Alguno de los marineros,—preguntó Manuel al Capitán,—conoce la isla, y puede servirnos de guía?

—Andrés Ortiz ha venido varias veces, y puede prestar á ustedes ese servicio.

—Déle usted orden de que nos acompañe, si es que no lo necesita á bordo.

—Una vez anclado el barco, no necesito de toda la gente.

Desembarcaron los tres jóvenes, acompañados del marinero Andrés, no sin haber sufrido un regular baño al atracar á la costa, donde se rompían en espuma las olas de la marea ascendente, y se encontraron completamente deshabitada la casa que se veía en la playa.

—¿Qué no estarán ya aquí los expedicionarios con quienes vino el Coronel Cisneros?—preguntó Alfredo.

—Aquí han de estar,—contestó Andrés,—lo que sucede es que la matanza de las cabras se hace arriba, en los aguajes, y allí se prepara la carne, por eso no hay aquí nadie.

—Pues vamos á la parte alta.

Tomaron un ligero refrigerio en la abandonada y ruinosa casa, y emprendieron la subida, que no podía hacerse más que por una estrecha y pendiente vereda que bordeaba el cráter de un volcán apagado que existía en el fondo de la cañada que desembocaba en la playa por donde habían arribado á la isla.

Manuel recogió al paso abundantes ejemplares de piedras minerales.

—¿Qué minerales son esos?—preguntó Julio.

—No lo sé, mis conocimientos en mi-

neralogía son muy escasos, parecen ser fierro y cobre; pero ni estoy seguro de esto, ni sería extraño que hubiera oro en la isla, ya que lo hay con abundancia en todo el Partido Norte de la Baja California, y la formación de esta isla reconoce el mismo origen y tiene los mismos elementos constitutivos que lo demás de la Península.

La subida era en extremo fatigosa, pero al fin la dominaron los expedicionarios y se encontraron en una extensa meseta cubierta de riquísimo pasto; la avena silvestre tenía en algunos parajes más de dos metros de altura, y el guía recomendó á los jóvenes que no se separaran, porque era muy fácil extraviarse en aquellos apretados campos de avena. De cuando en cuando, ligeros claros dejaban que el guía rectificara la dirección, y así llegaron al campamento de los ganaderos con quienes había ido Cisneros.

Al lado de un aguaje, como de veinticinco metros de radio, sombreado por grupos de árboles, había varias chozas, y en ellas estaban instalados los compañeros de Cisneros. Grandes pirámides de huesos denunciaban las sucesivas matanzas que allí se habían verificado en diversas y frecuentes expediciones. A cierta distancia estaban unos ganaderos salan-

do carne, y otros de entre ellos se ocupaban en preparar las pieles de los animales sacrificados; parecía que les faltaba todavía bastante tiempo para completar el cargamento, pues nada indicaba que estuvieran próximos á partir.

Para hacer más cómoda y violenta la matanza, habia una gran cerca de alambre en forma de embudo, que desembocaba en el aguaje; hácia allí encaminaban las cabras, que entraban fácilmente al cebo del agua, y una vez dentro, las mataban á su antojo, sin perdonar á las crías ni á las primales.

Nuestros amigos se dirigieron al que parecía jefe de los ganaderos, y Manuel le preguntó por el Coronel Cisneros.

—Llegan ustedes, contestó el interpelado,—muy á tiempo para nosotros, aunque tarde, si es que pretendían hablar con Don Pantaleón.

—¿Ya no está aquí?—preguntó Alfredo.

—Está, pero de manera que no podrán ustedes hablarle.—Ayer en la tarde murió repentinamente, y ustedes podrán dar fe de su fallecimiento, pues aún no hemos enterrado el cadáver; al mismo tiempo, si ustedes conocían á ese señor, deben conocer también á su familia, y

podrán llevarle los objetos de su propiedad, que ha dejado aquí.

El desconsuelo, más que eso, la desesperación, se pintó en el semblante de Alfredo, que veía desaparecer la última esperanza que le quedaba, de aclarar el misterio del asesinato de Don Juan Liñeiro. De iguales sentimientos participaban sus dos amigos, Manuel y Julio.

—Vámonos,—dijo Alfredo,—nada tenemos ya qué hacer aquí.

—Espera,—dijo Manuel,—cumplamos los últimos deberes con el cadáver del Coronel, y después regresaremos.

En una de las chozas de que antes hablamos, estaba tendido el cadáver del Coronel Don Pantaleón Cisneros; nuestros amigos lo contemplaron llenos de profunda tristeza; allí estaba aquel hombre que habían ido á buscar desde tan lejos; aquel cadáver se llevaba tal vez á la tumba el secreto de la muerte de Don Juan Liñeiro, y con aquel cadáver desaparecía la última esperanza que tenía Alfredo de hacer brillar su inocencia. Después de tantos trabajos y sacrificios, la muerte les hacía la burla sangrienta de presentarles un cadáver mudo, que no podía darles las noticias que de tan lejos habían ido á buscar.

El Capitán de los ganaderos rogó á

nuestros amigos que firmaran una acta identificando el cadáver de Cisneros; una vez hecho esto, y cuando se disponían á volver á la costa, les dijo el Capitán:

—Ustedes que conocen á la familia de ese señor, me harán favor de llevar á su casa los objetos de su propiedad que ha dejado aquí, pues nosotros dilataremos todavía un mes en salir de la isla; hasta entonces vendrán por nosotros los barcos que tenemos contratados, y no volveremos á la Ensenada, sino que nos iremos para Los Angeles.

—Procuraremos entregar fielmente á la familia del Coronel esos objetos.

Recibió Manuel varios papeles, un reloj de oro, algunas otras alhajas, una cartera con billetes de Banco y doscientos pesos en varias clases de moneda.

En esto pasó el tiempo, y no era ya posible regresar á la costa hasta el día siguiente en la mañana; tuvieron los tres jóvenes que aceptar la hospitalidad que les ofreció el Capitán de los ganaderos.

Alfredo estaba de tal manera abatido con el último fracaso, que en el resto del día y en toda la noche siguiente no habló una sola palabra: Julio se entretuvo en ver las operaciones que hacían para preparar la carne, y Manuel procuró adqui-

rir noticias sobre la isla hablando con el Capitán.

—¿Hay suficiente agua en la isla para abrevar el ganado?—preguntó Manuel.

—Sí señor, al menos en esta meseta central, que es la única que está explorada por los ganaderos; los extremos Norte y Sur, no sabemos si tienen agua, aunque es probable que allí también se encuentre.

—¿Hay algunas corrientes en la isla?

—No señor, en ninguna parte de la isla hay agua corriente, pues aunque he dicho á usted que no hemos explorado la parte alta, si hubiera corrientes, irían á desembocar al mar y serían ya conocidas.

—¿Pues qué clase de agua hay?

—Aguajes como el que usted ha visto aquí; debo advertir que éste es el más grande, todos los demás no pasan de ser charcos que no llegan á tener arriba de dos metros de circunferencia.

—Pero tales aguajes deben de agotarse en tiempo de secas

—Nunca se agotan, porque están alimentados por las filtraciones de las montañas vecinas, filtraciones muy abundantes, porque constantemente está cubierta la parte alta de la isla de espesas nieblas, que mantienen la humedad.

—¿Qué otra clase de animales hay en la isla?

—Ningunos; aquí no se encuentran más que cabras, pájaros tan mansos que bajan á comer junto á nosotros las migajas del pan, y unos seis burros, que aprovecha todo el que viene aquí, para transportar á la playa los productos de la matanza.

—Con pastos tan abundantes y de tan buena calidad como los que hay aquí, podría haber mucho ganado de diferentes clases.

—Sí señor, esta isla se presta admirablemente para la cría de ganado; tiene la ventaja de que el clima es sano y hermosísimo, y no hay ningún animal dañino, ni siquiera mosquitos, que son tan comunes y molestos en nuestras costas. Aunque la Agricultura podría dar muy buenos resultados, porque limpiando y agrandando los numerosos aguajes que hay, se obtendría bastante cantidad de agua para regar las tierras, que ya de suyo tienen bastante humedad, como lo comprueba la lozanía de los pastos.

—Es una lástima que no se haya pensado en colonizar esta isla.

—Podría con facilidad formarse aquí población floreciente, pero esto no lo puede hacer un particular; acaso más

tarde el Gobierno forme una Colonia, y ojalá esto sea antes de que los americanos maten la última cabra que quede en la isla.

—¿Cree usted que lleguen á agotarse las cabras, no obstante las muchas que hay?

—Por las señales que puede usted mismo ver, advertirá que los que vienen á hacer matanzas, no se cuidan de conservar las crías ni las primales, sino que matan indistintamente á cuanto animal entra en el corral; y es tanto más odiosa la manera de hacer esa matanza, cuanto que de las crías no aprovechan ni la piel, como se ve por el gran número de crías muertas que dejan abandonadas.

—¿Pero qué nadie absolutamente, cuida de la isla?

—Nadie; el arrendatario, que probablemente creyó hacer un brillante negocio, pronto se convenció de que lo es para quien personalmente lo atienda, pero no para un millonario que no puede hacer esto; así es que ha abandonado la isla. El Gobierno no tiene buques en estos mares; la Aduana de la Ensenada no puede disponer más que de una pequeña falúa para llevar á sus empleados á bordo de los vapores que llegan al puerto, y ni siquiera está la isla en el derrotero

de los buques que hacen la travesía á San Francisco ó a San Diego; de manera que impunemente vienen cuando quieren los barcos contrabandistas á llevarse cuanto ganado quieren, seguros de que por nadie serán molestados, como no lo son muchos barcos americanos que se emplean en robar el guano de nuestras islas, ó se ocupan de traficar con los habitantes de la costa, cambiándoles objetos americanos de contrabando por pieles de nutria.

—¿Sabe usted cuánto paga el arrendatario por la isla?

—Seiscientos pesos anuales.

—¿Y no obstante lo módico del precio, cree usted que no le tiene cuenta el negocio?

—Creo que pierde poco menos de los seiscientos pesos, porque son muy pocos los que, como yo, le pagamos por venir á matar ganado; le aseguro á usted que no venimos dos al año legalmente autorizados, y pasan de seis las expediciones que salen de Estados Unidos.

Otros muchos datos dió á Manuel su interlocutor; cenaron con los ganaderos, y al otro día regresaron á la costa y se embarcaron nuevamente en el "Consuelo," para regresar á la Ensenada.



CAPITULO XI.

NUEVOS DATOS.

Nada era capaz de distraer á Alfredo de sus dolorosos pensamientos; por más esfuerzos que hicieron Manuel y Julio, no pudieron conseguir que se reanimara el desgraciado joven, que veía desaparecer para siempre la esperanza que hasta entonces lo había sostenido. Veía truncada su vida al comenzar su juventud; para él no existía ya el porvenir, ni podía aspirar á disfrutar los goces legítimos de una honrada existencia.

—No te dejes dominar por la pena,—le decía Julio,—eres joven y tienes delante de tí largos años para vencer en esta lucha que ha empezado para tí bajo tan malos auspicios; no pierdas la energía ni te dejes vencer por la desgracia.

—¿Y qué quieres que haga en estas

circunstancias? No me falta valor, y seguiría luchando si esa lucha me hiciera entrever el más ténue rayo de luz en las tinieblas que me rodean; pero si todo ha muerto para mí, si no hay manera de justificar mi inocencia, ¿qué me resta que hacer?

—Yo te aconsejaría,—dijo Manuel,—que te establecieras con nombre supuesto, en cualquiera ciudad del interior, mientras Julio y yo, que nunca te abandonaremos, seguimos buscando el medio de probar tu inocencia; nosotros sabemos perfectamente que no eres culpable, y consagraremos todas nuestras energías en hacer triunfar la verdad y la justicia.

—No,—dijo Alfredo,—estoy resuelto á arrostrar mi mala suerte; no huiré más, iré directamente á Puebla á cumplir lo que ofrecí al Juez cuando huí de la cárcel; me presentaré para decirle: "Aquí estoy, no me ha sido posible traer la prueba de mi inocencia, pero vengo á cumplir el ofrecimiento que hice á la justicia." Sé que seré condenado, pero al menos no pasaré una vida de constante inquietud temiendo ser aprehendido á cada instante, no tendré que ocultar mi nombre, y tal vez haya corazones que me compadezcan y que hasta me hagan la

justicia de creerme inocente al ver que he vuelto á entregarme á mi Juez.

—Dejemos para más tarde y cuando estemos con mayor calma, el resolver sobre tan importante cuestión,—dijo Manuel,—por ahora, vamos á descansar.

El regreso á la Ensenada se hizo en medio de la mayor tristeza, á lo que contribuyó en gran parte lo malo del tiempo. Desde que salió el pailebot del fondeadero, comenzó á nublarse el sol y á soplar un fuerte viento; poco á poco fué arreciando éste, de manera que la navegación se hizo difícil y hasta peligrosa, peligro del que nuestros amigos no se dieron cuenta exacta por estar encerrados en la cámara, entregados á sus tristes pensamientos. Hubo un momento en que Julio subió á cubierta, pero tuvo que bajar prontamente, porque no era posible resistir la fuerza del viento; sin embargo, aquel instante bastó para que se hiciera cargo del espectáculo que ofrecía el mar; era cuando el viento soplaba con más fuerza, y cuando el Capitán y los marineros dudaban ya de poder dominar la comprometida situación. Vió Julio negros abismos que en un instante se formaban y desaparecían, y montañas líquidas que amenazaban sepultar el barco al desplomarse sobre él; oyó el silbido extraño

del huracán que, al destrozar las velas, arrancaba sonidos musicales á la crugiente arboladura y la ya inútil jarcia, y se hizo cargo de los lívidos semblantes de los marineros y del sereno continente del Capitán, que ordenaba las maniobras. Bajó Julio y no quiso alarmar á sus compañeros refiriéndoles lo que había visto; ellos estaban abismados en sus reflexiones y no hacían caso de los terribles balanceos del barco.

Poco á poco fué calmando el viento, y el pailebot pudo seguir su derrotero, ayudado por un viento fresco de popa que le hizo recobrar el tiempo perdido por el huracán.

Después de dos días de navegación, á las seis de la tarde llegaron los tres amigos á la Ensenada y se encontraron en el hotel rendidos de cansancio material y fatigados moralmente, con especialidad Alfredo, que, sin tomar alimento, entró á su habitación, recomendando que hasta el día siguiente no le hablaran.

Después de cenar, dijo Julio á Manuel:

—Creo que, si no ponemos remedio eficaz, nuestro pobre Alfredo se nos enferma gravemente; el golpe que ha recibido con la muerte de Cisneros le ha causado una impresión tan fuerte que di-

fícilmente la soporta, no obstante su robusta naturaleza.

—Tiene razón el pobre muchacho; con la muerte de Cisneros desaparece la única esperanza que había de descubrir algo del misterio que envuelve el asesinato de Don Juan Liñeiro.

—¿Pero qué no habrá otra manera de probar la inocencia de nuestro amigo?

—Ninguna; todas las presunciones, y presunciones vehementísimas, están en su contra; no encuentro manera de salvarlo.

—De suerte que lo mismo hubiera sucedido si, viviendo Cisneros, no hubiera podido dar algún dato que nos pusiera sobre las huellas del verdadero asesino.

—Sabes,—dijo Julio, después de un rato de silencio,—sabes que sería bueno examinar los papeles de Cisneros, puede ser que en ellos se encuentre algo de lo que buscamos.

—Ya me había ocurrido, pero no he querido hacerlo, porque esos papeles no nos pertenecen.

—Pero si no lo hacemos por curiosidad, sino por tratarse de la honra y tal vez de la vida de un inocente.

—Aun así, no me creo autorizado para imponerme de papeles que no me pertenecen. Al llegar á Puebla, me informaré de la residencia actual de la esposa de

Cisneros, á ella entregaré estos papeles y la suplicaré me diga si hay en ellos algo que pueda servir á nuestros fines.

—¿Qué has hecho de los papeles?

—Aquí los tengo.

Al decir esto, sacó Manuel de la bolsa del sobretodo un rollo de papeles atados con una cinta negra.

Julio tomó el paquete, lo examinó por todos lados y, antes de que Manuel pudiera impedirlo, desató la cinta y comenzó á leer los papeles.

—Yo no tengo tus escrúpulos,—dijo,—para mí, antes que todo está nuestro pobre amigo.

Lo primero que llamó la atención de Julio fué un sobre sin dirección, cuidadosamente pegado. Rompió la cubierta y sacó una carta sin firma, escrita en máquina y que decía textualmente:—"Señor Don Pantaleón Cisneros.—Presente.—La estimación que le tengo me obliga á decirle que su esposa sostiene unas relaciones ilícitas; por los fragmentos de una carta que en ésta incluyo, se convencerá usted de la verdad de mi afirmación.—Un amigo leal."

Dentro de aquel anónimo había unos fragmentos medio quemados, escritos con letra de mujer, y en los que se leían claramente las siguientes frases:—"Abril 16

de 19.... (la fecha del asesinato de Don Juan Liñeiro).... Esta noche saldré de casa á las.... espéreme en la calle..... en la casa de..... le daré explicaciones.... Su...."

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó Julio.

—Veamos los demás papeles,—dijo Manuel,—ya que comenzaste

Los otros papeles eran cartas de negocios y algunas empezadas á escribir por el Coronel; las examinaron rápidamente y no encontraron en ellas nada que les pareciera de importancia.

—Ya ves,—dijo Manuel,—desconsolado por lo infructuoso de las pesquisas,—que de nada nos ha servido violar los papeles del Coronel.

—Creo por el contrario,—dijo Julio,—que vamos á ponernos sobre la pista del verdadero asesino de Don Juan Liñeiro.

—No nos hagamos ilusiones; hasta ahora lo único que aparece es que la esposa de Cisneros le era infiel y que el Coronel lo supo; esto explica el por qué no la trajo consigo, pero nada más.

—No sólo eso. Don Juan y el Coronel eran íntimos amigos, según me has dicho, lo probable es que el segundo consultara el caso con el primero, y que no pudiendo demorar su viaje, ni queriendo

ya traer á su mujer, le encomendara á Don Juan que velara por su honor; es probable también que hasta haya arreglado que se quedara la esposa de Cisneros en la casa de Don Juan, y éste acudiera á sacar de su casa á la esposa del Coronel antes de que llegara el amante; tal vez éste los encontró y fué el que mató á Don Juan. Así se explica la desaparición de la mujer que lo acompañaba y que huyó probablemente con el asesino.

Manuel se quedó meditando un rato y al fin dijo:

—¿Cómo explicas entonces que el Coronel se haya venido tranquilamente después del asesinato de su amigo, y la fuga de su mujer?

—Porque el Coronel se fué á dormir al Pullman del Interoceánico antes de los sucesos, y probablemente se ha muerto sin saber lo que pasó.

—Tu explicación es verosímil; puede ser que así realmente hayan pasado los hechos; mañana daremos parte á Alfredo de nuestras conjeturas, y decidiremos entre los tres lo que convenga hacer.

Volvió á guardar Manuel cuidadosamente los papeles, y ya más animados con la esperanza de aclarar el misterio, se retiraron á descansar.

A la mañana siguiente, Julio fué muy

temprano á despertar á Alfredo, lo que no era necesario, pues el joven no había dormido sino á cortos intervalos, y sin ocupar el lecho.

—¡Albricias!—le dijo Julio,—estamos sobre la pista del verdadero asesino.

—¿Cómo es eso?—preguntó Alfredo, levantándose apresuradamente.

Julio refirió á Alfredo lo que habían encontrado entre los papeles de Don Pantaleón, y las suposiciones que habían hecho; cuando concluyó su relato, dijo Alfredo:

—Esto reanima mis esperanzas; realmente, por el camino que indicas, puede llegar á averiguarse la verdad. Si á tiempo hubiéramos sabido esto, habríamos buscado á la esposa de Don Pantaleón en México, en la casa de su tía.

—¿Tú conoces esa casa?

—Sí, porque Don Pantaleón solía mandarle dinero por conducto de Don Juan, y yo puse varias veces el sobre de las cartas con la dirección.

Reunidos más tarde los tres amigos, siguieron discutiendo el caso, y á cada momento les parecía más probable llegar á conseguir el objeto que se habían propuesto.

Convinieron en regresar á México cuanto antes, y como el "Curacao," úni-

co vapor que los podía llevar á Guaymas, dilataba varios días todavía en pasar por la Ensenada, resolvieron regresar á México por la vía de los Estados Unidos, lo que les proporcionaba, además, las ventajas de que el viaje se hiciera con mayor violencia y con muchos menores gastos. Tomaron pasaje en el vapor "San Denis," para el puerto de San Diego, á donde llegaron á la mañana siguiente; de allí se fueron á Los Angeles, por ferrocarril, y cinco días después llegaron á México.

Lo primero que hicieron los jóvenes fué dirigirse á la calle de.... número... donde habitaba la tía de la esposa de Cisneros.

—Aquí,—dijo Alfredo cuando les hubo enseñado la casa,—no puedo entrar yo, porque si está ahí la esposa de Cisneros, me conocerá, lo que no es conveniente.

—Espéranos en aquel café que está en la esquina,—le dijo Manuel.

—Así lo hicieron: á la casa entraron Manuel y Julio, llamaron á la puerta de la vivienda que les indicó la portera, y salió á recibirlos una señora como de sesenta años.

—Señora,—le dijo Manuel cuando hubieron tomado asiento,—venimos directa-

mente de la Baja California, donde tuvimos el sentimiento de ser testigos de la muerte del señor Coronel Don Pantaleón Cisneros; traemos un encargo para la señora su esposa, y como nos han indicado que usted podría decirnos dónde se encuentra esa señora, venimos á molestar á usted en busca de esa noticia.

—Agradezco á ustedes mucho, en nombre de mi sobrina, la molestia que por ella se han tomado; siento sobremanera la muerte de Don Pantaleón, de quien no sabía que estuviera tan lejos, y más siento no poder dar á ustedes noticias de mi sobrina, porque no sé dónde estará, si es que ha salido de Puebla, donde estaba radicado el Coronel; hace ya un año, sobre poco más ó menos, que no me han escrito.

—¿Podrá usted indicarnos si la señora esposa de Don Pantaleón tiene otros parientes que nos puedan dar noticias de ella?

—No tiene más parientes que yo, y en cuanto á Cisneros, no le he conocido nunca parientes, ni más amigo, que el señor Don Juan Liñeiro, de Puebla, á quien hace también mucho tiempo que no he visto.

—¿A quién pudiéramos dirigirnos pa-

ra adquirir noticias de la señora sobrina de usted?

—Ella tenía una amiga de su juventud, casada con un señor Jiménez, comerciante que vive en el pueblo de Chietla, del Estado de Puebla; tal vez se haya quedado con esa amiga mientras se ausentó el Coronel.

—Mucho agradecemos á usted esa noticia, que tal vez nos permita encontrar á la persona que buscamos.

Se despidieron Manuel y Julio de la tía, se reunieron con Alfredo, y el primero dijo:

—Vámonos al hotel, allí discutiremos la situación y resolveremos lo que deba hacerse.

Siguieron la indicación hecha por Manuel, y cuando estuvieron en su cuarto, seguros de no ser oídos, volvió á tomar éste la palabra, y dijo:

—Si es exacta la suposición de Julio, y todo hace presumir que lo sea, el asesino de Don Juan Liñeiro fué el amante desconocido de la esposa del Coronel, y en tal caso, es seguro que no la encontraremos en Chietla, pues lo probable es que haya seguido á su amante.

—¡Quién sabe!—agregó Alfredo,—á estas horas ya la ha de haber abandonado el amante, y no pudiendo volver á la

casa de su esposo, todas las probabilidades son de que se encuentre con esa amiga de quien ha hablado á ustedes la tía.

—Tienes razón,—siguió diciendo Manuel,—en Chietla es donde debemos buscar á la esposa del Coronel.

—Ante todo,—observó Julio,—¿crees que los papeles de Don Pantaleón sean bastantes para establecer la inocencia de Alfredo?

—No; pueden establecer la duda en quien acepte como buenas nuestras explicaciones, pero no bastan para fundar una sentencia absolutoria.

—Lo mismo creo yo, y en ese caso, es necesario á todo trance encontrar á la viuda de Cisneros.

—A todo trance.

—Pues no hay más que ir á Chietla,—dijo Alfredo.

—Y si no se le encuentra allí,—agregó Julio,—iremos á buscarla en otra parte.

—Como estas pesquisas hay que hacerlas en el Estado de Puebla,—dijo Manuel,—y allí no puede ir Alfredo, lo que hay que hacer es que éste se quede aquí, donde creo que no corre riesgo, y nosotros iremos á buscar á la viuda.

Mucho trabajo costó que Alfredo aceptara este arreglo; fué necesario que se le impusieran Manuel y Julio, haciendo

uso el primero del ascendiente que sobre Alfredo tenía.

Una vez adoptado el camino propuesto por Manuel, dijo Alfredo:

—Dame los papeles que tenía el Coronel, es necesario examinarlos de nuevo, y con toda atención.

—Tómalos,—dijo Manuel, sacando de su cartera los papeles recogidos en la isla.

—No conozco la letra de la viuda del Coronel, así es que no puedo decir nada respecto de los fragmentos de la carta, pero en el anónimo hay una cosa que me llama extraordinariamente la atención, y en la que de pronto no me fijé cuando lo ví en la Ensenada.

—¿Qué es ello?—preguntó Manuel.

—Mira: está escrito con una máquina que no tiene la letra eñe, letra que en la palabra "Señor" está representada por una ene; á la máquina con que esto se escribió, le falta totalmente la letra o, que, como ven ustedes, está puesta á mano; y por fin, en esa máquina está rota la parte de abajo de la letra e; pues bien, en el despacho de Don Juan Liñeiro hay una máquina de escribir que no se usaba, por tener esos defectos: esa máquina estaba en el despacho particular y nadie la manejaba.

—¿Crees tú, entonces, que Don Juan puso el anónimo á Cisneros?—preguntó Manuel.

—Tal vez sí,—interrumpió Julio,—nada tendría eso de particular.

—No,—dijo Alfredo, después de un rato de meditación,—me repugna suponer eso; el carácter noble de Don Juan se oponía resueltamente al uso cobarde del anónimo.

—Entonces, lo puso alguno de los dependientes.

—Ninguno de ellos tenía acceso al despacho privado de Don Juan: los únicos que entrábamos allí éramos el tenedor de libros y yo.

—Ningún interés tiene averiguar quién redactó el anónimo,—dijo Julio.

—Te equivocas,—replicó Manuel,—tiene, y mucho, porque el que envió el anónimo sabía, seguramente, quién era el amante, ó, por lo menos, podría dar alguna luz sobre esto, explicando cómo llegaron á sus manos los fragmentos de la carta escrita por la viuda del Coronel.

—Pero es el caso que, muerto Don Juan Liñeiro, que parece fué el autor del anónimo, tenemos que prescindir de ese dato.

—Repito á ustedes,—insistió Alfredo,—

que tengo la seguridad de que el anónimo no procede de Don Juan.

—En tal caso,—observó Manuel,—como tampoco fuiste tú, hay que deducir que quien lo hizo fué Viveros, el tenedor de libros.

—Para llegar á esta conclusión,—replicó Julio,—hay que examinar primero y poner en claro estas dos cuestiones:—Primera, ¿es seguro que el anónimo fué escrito en el despacho de Don Juan?—Segunda, en caso afirmativo, ¿no pudo haber sido escrito por otra persona que no fuera el mismo Don Juan ó el tenedor de libros?

—En cuanto á la primera pregunta,—contestó Alfredo,—no es enteramente imposible que el anónimo hubiera sido escrito en otra parte que no fuera el despacho de Don Juan; pero lo más probable es que allí se escribió, porque sería una rara casualidad que hubiera otra máquina que tuviera exactamente los mismos defectos que la del despacho.

—Bien, damos por resuelta en este sentido la primera cuestión, y pasemos á la segunda pregunta.

—En cuanto á eso, puedo asegurar que nadie entraba en el despacho, más que el tenedor de libros y yo; los demás dependientes ni siquiera sabían que exis-

tiera esa máquina; es más, ninguno de ellos sabía escribir en máquina, ni había otra en el escritorio.

—Pero no encuentro en todo esto el móvil que pudiera haber guiado á Viveros para escribir el anónimo,—observó Manuel;—que no lo hizo por amistad á Don Pantaleón, es seguro, porque no eran amigos, según creo.

—No solo no eran amigos, sino que el Coronel veía con cierta prevención á Viveros,—dijo Alfredo.

—En tal caso, puede ser que el anónimo haya sido escrito por Viveros con objeto de dar un disgusto al Coronel.

—De cualquier manera que haya sido, resulta que Viveros conoce al asesino, ó al menos puede guiarnos en nuestras investigaciones,—dijo Julio.

—No,—replicó Alfredo,—porque si eso pudiera ser, no habría tratado Viveros de acriminarme mintiendo al declarar que yo había proferido amenazas contra Don Juan; las declaraciones de Viveros han sido las que más me han perjudicado.

—¿No sería el mismo Viveros el asesino?

—Nada hay que pueda hacerlo presumir. El seguramente no era el amante, porque no habría mandado el anónimo, ni tenía interés en que muriera Don Juan.

—Me ocurre una idea,—dijo Julio.—¿No sería el mismo Don Juan el amante de la esposa del Coronel y éste lo mató? Así se explicarían muy bien las cosas: Viveros encontró en el despacho los fragmentos de la carta, allí mismo escribió el anónimo, con el fin que ustedes quieran y que ahora no nos podemos explicar, lo recibió el Coronel y, ciego por los celos, mató á Don Juan.

—Tu explicación,—dijo Manuel,—es verosímil, y con ella aparece claro casi todo lo que el caso tiene de obscuro, hasta el no haber declarado Viveros la verdad, tanto por no aparecer como el cobarde autor de un anónimo, cuanto por la responsabilidad indirecta que le resultaba en la muerte de Don Juan, y lo odioso de haber denunciado á su patrón, á quien tantos favores y consideraciones debía.

—La suposición de Julio es absurda,—replicó Alfredo;—Don Juan era un hombre de costumbres irreprochables, incapaz de tener una querida, y menos de hacer traición á su íntimo amigo el Coronel. Por otra parte, entre los papeles que recogió Manuel en la isla de Guadalupe, hay uno que es el principio de una carta comenzada á escribir por el Coronel á Don Juan; esa carta tiene la fecha

de la víspera del día en que murió el Coronel, según recuerdo, y esa carta demuestra, primero, que Cisneros ignoraba la muerte de Don Juan, y segundo, que seguía siendo tan amigo suyo como antes.

—Veamos esa carta, en la que no nos habíamos fijado.

Era el principio de una carta escrita de puño y letra del Coronel, y en la que se leía lo siguiente:

"Isla de Guadalupe, Marzo 15 de 19... —Señor Don Juan Liñeiro.—Puebla.—Mi muy querido compadre y amigo:—Aunque no he recibido contestación á las varias cartas que te he escrito, voy á darte cuenta de mis últimos proyectos...."

—Ya ven ustedes,—continuó diciendo Alfredo,—que no es aceptable la última suposición de Julio.

—De todo esto resulta,—agregó Manuel,—que es absolutamente indispensable encontrar á la mujer de Cisneros.

—Pues á Chietla cuanto antes,—dijo Julio.



CAPITULO XII.

EN EL QUE SE DESCUBRE LA VERDAD DEL CASO.

Tres días después de esta conversación, salía Manuel para Chietla, dejando en México á Julio y á Alfredo; el primero había querido ir con Manuel, pero al fin se decidió á quedarse para acompañar á Alfredo, de quien temían sus amigos que no tuviera paciencia y pretendiera unírseles en Chietla. Quedaron convenidos en que Manuel escribiría á Julio dándole noticias de todo cuanto hiciera.

Al pasar Manuel por Puebla tuvo una conferencia con el Juez que conocía de la causa instruída con motivo del asesinato de Don Juan Liñeiro, y, sin decirle que sabía dónde estaba Alfredo, le refirió lo que había hecho en compañía de Julio para descubrir al asesino, y le enseñó el

anónimo y los fragmentos de carta encontrados entre los papeles del Coronel Cisneros.

El Juez se interesó vivamente en el asunto y animó á Manuel á seguir practicando las pesquisas que había emprendido.

—Yo, por mi parte,—dijo el Juez,—vigilaré á Viveros, que ha seguido manejando los negocios de Don Juan, y que, según parece, está para casarse con la viuda.

Esta noticia dió mucho en qué pensar á Manuel, pero nada dijo, y al siguiente día salió para Chietla en el Ferrocarril Interoceánico.

La Villa de Chietla, Cabecera de Municipalidad en el Distrito de Chiautla, está situada al Sur de Puebla, en plena tierra caliente: la población es chica y no tiene nada que llame la atención, pero está rodeada de hermosísimas huertas que producen toda clase de frutos de los climas cálidos, especialmente mameyes y exquisito café; abunda el agua, y á las orillas de la población, entre ésta y la estación del Ferrocarril, corre un río, fácilmente vadeable en tiempo de secas, pero muy caudaloso cuando las lluvias aumentan sus aguas; las gentes de á pie pasan el río por un puente rústico colgante.

Manuel fué á alojarse al Curato, que estaba servido por un su antiguo condiscípulo, que lo recibió muy bien, y que al saber que iba al pueblo á ver á una persona que vivía con la familia de Jiménez, le dijo:

—Conozco muy bien á Don Luis Jiménez, uno de los principales comerciantes de aquí; vive en una de las casas de la plaza, debajo del portal, y mañana te llevaré á verlo.

—¿No sabes si vive con la familia una señora que debe haber venido de Puebla hace cosa de un año?

—Te diré que yo no llevo más de seis meses de servir este Curato, y no podré darte razón de si antes vino ó no alguna persona á vivir con la familia, la que se compone de Don Luis, su esposa Doña Mariquita, joven todavía, un hijo que está en Puebla estudiando, dos hijas jóvenes, y una hermana de Doña Mariquita, más joven que ella, que sale muy raras veces y que se llama, según he oído decir, Josefita.

Algo contrariaron á Manuel estas noticias, pero se propuso averiguar al día siguiente si estaba ó había estado allí la viuda de Cisneros.

Salió Manuel por la noche á respirar aire fresco y á recorrer la población. Na-

da notable vió en ella, y ya se retiraba para el Curato, cuando al pasar por la plaza vió en un portalillo instalada una lotería de figuras. Buen rato estuvo Manuel allí divirtiéndose con los nombres que el dueño de la lotería daba á las distintas figuras que iban saliendo: algunos de aquellos nombres eran por demás ingeniosos, y resultaba en extremo pintoresco el cuadro que presentaba la rifa, mal alumbrada por dos lámparas, rodeadas las mesas de gente del pueblo que cuchicheaba, reía y comentaba los nombres de las figuras; y el dueño de la rifa, personaje importante, que sobresalía en aquella reunión por su traje, compuesto de pantalón y chaqueta, ambas piezas viejas, rotas, sucias y mal hechas, pero que así y todo representaban el lujo en medio de los concurrentes que no lucían más que calzones de manta, camisas de la misma tela, huaraches y sombreros de palma. Había también mujeres en la reunión, algunas bastante bonitas, pero todas con ese color pálido propio de las tierras calientes, y muchas de ellas con las horribles manchas del mal del pinto, muy común ya en Chietla.

A buena hora se retiró Manuel de aquella diversión característica del pueblo de Chietla, en el que no falta ningu-

na noche del año, y al día siguiente, á las diez de la mañana, lo llevó el Cura á la casa de Don Luis Jiménez.

Era este señor un hombre como de cuarenta años, de fisonomía vulgar pero bondadosa, aunque no exenta de la malicia propia de las gentes que no han salido nunca de su pueblo y creen tener mucha experiencia de la vida.

Jiménez recibió muy bien á Manuel, gracias á la recomendación del señor Cura, pero cuando entraron en materia y preguntó Manuel por la esposa de Cisneros, Jiménez le dijo que no conocía á esa señora, ni sabía dónde estaba.

Por la manera de contestar de Jiménez, y la sorpresa que no pudo disimular al oír la pregunta de Manuel, comprendió éste que la esposa de Cisneros estaba allí, ó, por lo menos, que sabía Jiménez dónde vivía.

—Siento mucho,—dijo Manuel,—no encontrar á esa señora, porque traigo para ella varios papeles importantes que dejó su marido al morir en la isla de Guadalupe. Una tía de la señora me indicó que ustedes podrían darme noticias del paradero de la viuda de Cisneros, y por eso he venido á molestarlos; no me queda más recurso que poner avisos en los periódicos.

De pronto pareció que Jiménez se resolvía á dar las noticias que se le pedían, pero aunque balbuceó algunas frases ininteligibles, terminó insistiendo en que no conocía á la señora en cuestión.

Se retiró Manuel de la casa, vivamente contrariado, pero sin desistir de su propósito, y con la esperanza de hacer hablar á Jiménez.

Cuando á medio día se reunió con su amigo el Cura, había ya tomado una resolución; concluída la comida, dijo á su amigo:

—El negocio que me ha traído aquí es de la mayor importancia; se trata de salvar á un inocente, contra quien hay vehementes sospechas de que ha cometido un delito; la única persona que puede dar alguna luz respecto de quién sea el verdadero culpable, es una persona que fué esposa del Coronel Don Pantaleón Cisneros y que, según mis noticias, vive en esta población en la casa de Jiménez; pero este señor se niega á darme informes de la persona que busco. y sólo por medio de tu influencia podré alcanzar mi objeto.

—A ver, hombre, á ver, cuéntame el caso y veremos si te puedo servir en algo.

Manuel refirió minuciosamente toda la

historia de Alfredo; cuando concluyó, le dijo su amigo el Cura:

—Realmente, el caso es comprometido, porque si esa señora fué la causa más ó menos directa de la muerte de Don Juan, se ha de negar á decir una palabra sobre esto; por otra parte, si el amante fué el asesino, no creas que quiera descubrirlo; y por último, á ser cierto lo del amante, no comprendo qué vino á hacer aquí esa señora, cuando nada la impedía seguir sus malos instintos.

—En este asunto no podemos hacer más que conjeturas, nada sabemos de cierto; lo esencial es descubrir á la esposa de Cisneros, porque estoy seguro de que ella nos dará la clave del enigma.

—Te ofrecí ayudarte y lo cumpliré. Deja esto á mi cargo; yo veré á Jiménez y trataré de convencerlo, dado caso de que esté aquí esa señora que tú dices, pero no es cosa de hacerlo hoy mismo, necesitamos tiempo y oportunidad, ten paciencia; entretanto, aprovecha el tiempo paseando por estos rumbos, en los que hay mucho digno de verse; desde luego, puedes ir á pasar unos días á la Hacienda de Atencingo, donde está de Administrador otro de nuestros compañeros de colegio, que tendrá mucho gusto al verte.

—Pero te ruego que procures hacer cuanto antes las investigaciones, porque urge que salgamos lo más pronto posible de la situación en que estamos.

—Dame quince días de plazo.

—Quiera Dios que en ellos consigamos nuestro objeto.

—¿Me autorizas para referir la historia que me has contado?

—Obra como mejor te parezca.

Algunos días después fué el Cura á visitar á Jiménez, y tanto y tan bien le habló, que consiguió al fin que le confesara que aquella cuñada suya que habitaba en la casa con el nombre de Josefita, era Filomena, la viuda del Coronel Cisneros, antigua amiga de la esposa de Jiménez, que había ido á refugiarse á la casa de éste, huyendo de muy serios disgustos que había tenido con su esposo.

El Cura manifestó á Jiménez que había muerto el Coronel Cisneros, y para probarlo, le enseñó copia del acta que habían levantado en la isla de Guadalupe y que había llevado Manuel: le dijo que, supuesta la muerte de su esposo, no tenía nada que temer la viuda; podía darse á conocer y hablar con el que la llevaba los objetos que se habían recogido al morir Cisneros.

—Déjeme usted la copia del acta, yo

hablaré á la viuda y procuraré convencerla.

—Está bien, volveré dentro de algunos días á saber la resolución.

Cuando Manuel supo que la viuda del Coronel estaba en la casa de Jiménez, no dudó ya del éxito de su viaje.—Tarde ó temprano,—se dijo,—lograré hablar con ella y me dará las noticias que necesitamos.

Jiménez cumplió su palabra, pero la viuda de Cisneros se negó absolutamente á tener una conferencia con el que creía enviado de su marido.

—Diga usted á ese señor,—dijo á Jiménez, que, si se trata de intereses, renuncio á ellos, y en cuanto á los papeles que dice tenía mi marido, nada tengo que ver con ellos.

Cuando Manuel recibió esta contestación, resolvió escribir á la viuda, y así lo hizo, diciéndole en su carta que no insistiría en verla, si ella por su parte le daba algunos datos acerca del asesinato de Don Juan Liñeiro; la refería la acusación que pesaba sobre Alfredo, todos los pasos que había dado para descubrir la verdad de los hechos, y, sin mencionar el anónimo ni los fragmentos de la carta que conservaba Cisneros, la decía que tanto el finado Coronel como ella, por la

mucha amistad que habían tenido con Don Juan, eran los únicos que estaban en condición de saber, ó al menos de presumir, quién había sido el asesino de Liñeiro.

La carta de Manuel no tuvo contestación.

—Me parece,—le dijo el Cura,—que tendrás que pasarte sin las noticias que pudiera darte la viuda.

—Yo podría obligarla á que compareciera ante el Juez de la causa, pero si se obstina en no hablar, de nada me servirá dar ese paso. Voy á intentar hablarla por sorpresa.

—Eso es muy difícil, porque desde que supo que había aquí una persona que pretendía hablarla, no ha vuelto á salir ni á misa.

—Si Don Luis Jiménez está de mi parte, no es la cosa tan difícil como parece.

Volvió Manuel á ver á Jiménez, á quien logró interesar en su favor, asegurándole que ningún perjuicio podía resultar á la viuda, de tener una conferencia con él.

—Lo más que puedo hacer,—dijo Jiménez,—es presentar á usted con mi familia, como Agente viajero comercial y que, con ese pretexto, venga usted cinco ó seis veces á mi casa, y hablamos de ne-

gocios, hasta que, establecida una poca de confianza, lo invite un día á comer; entonces procuraré que se quede usted solo con Filomena.

Así quedó arreglado y así lo hicieron: por supuesto que en los primeros días no salió á la sala la viuda de Cisneros, á quien se había dicho que la persona empeñada en hablar con ella se había ausentado de la población. Algunos días más de los que se habían propuesto tuvieron que transcurrir para que la viuda adquiriera confianza y saliera á la sala de la casa cuando estaba de visita el supuesto Agente, y, por fin, llegó la vez en que, después de comer, salieron á tomar café al jardín, y allí encontró Jiménez la oportunidad que buscaba; quedaron solos la viuda y Manuel, y entonces éste la dijo:

—Señora, no es una vana curiosidad la que me ha hecho desear ardientemente hablar con usted; se trata de la honra, acaso de la vida de un amigo, de un hermano mío, y la única manera de salvarlo es que usted me diga si conoce ó sospecha quién fué el asesino de Don Juan Liñeiro.

Al oír estas palabras, se levantó la viuda intensamente pálida, y dijo á Manuel:

—Señor, es una infamia lo que conmigo se ha hecho: no quiero hablar con us-

ted ni con nadie, de semejante asunto, que no me interesa; nada sé, y, por consiguiente, nada puedo decir.

—En nombre de un desgraciado joven acusado de ser el autor del homicidio, suplico á usted que me diga lo que sepa.

Filomena tuvo un momento de vacilación; pero se repuso y dijo resueltamente:

—Nada sé.

—Me obliga usted á recurrir al Juez para que le tome una declaración que no quiere darme.

—Ante el Juez diré lo mismo: que nada sé.

Exasperado Manuel siguió diciendo:

—¿Quién era, señora, en aquella época el amante de usted?

Roja de ira, y brotando de sus hermosos ojos lágrimas de indignación, exclamó.

—¡Desgraciada de mí, que tengo que oír semejante insulto sin poder arrancar la lengua al que me lo hace, y sin tener á nadie que me defienda!

Y rompió á llorar amargamente.

Hondamente conmovido Manuel, y arrepentido de su ligereza:

—Perdón, señora,—dijo,—retiro mis palabras.

—¡Perdón, y con pedirlo, y con retirar

sus palabras tengo que darme por satisfecha! ¿Y cree usted que con eso basta, cuando le queda en el alma la villana duda....? ¿Quién es el infame que se ha atrevido á mancillar mi honra?

Ante aquella indignación y los merecidos reproches de la viuda, no atendió Manuel á otra cosa que á sincerarse, y sin pensar en lo que hacía,

—No soy yo el autor de esa villanía, —dijo, sacando el anónimo y los fragmentos de la carta que había guardado el Coronel;—vea usted quién fué el autor, si es que puede usted presumir quién escribió este anónimo, encontrado entre los papeles que guardaba el Coronel Cisneros.

—¡Mi letra....! ¡Mi carta....!—exclamó Filomena al ver los papeles que la entregaba Manuel.—Ahora lo comprendo todo.

Al decir esto, dejó caer los papeles, que recogió Manuel, y continuó sollozando. Cuando se hubo serenado un poco dijo á Manuel:

—Ruego á usted que me deje sola por ahora.

—¿Me permitirá usted volver á verla?

—Sí, pero le suplico que espere unos días.

—Traeré á usted los papeles y objetos que tenía el Coronel.

—Lo autorizo á usted para que los revise y me evite ver todos aquellos que se relacionen con el odioso anónimo.

—Adiós, señora, aseguro á usted que ni una sombra de duda abrigo respecto de su honra.

—Muchas gracias.

Salió Manuel de la casa, sin haber adelantado gran cosa, pero con la seguridad de volver á ver á la viuda del Coronel, y con la esperanza de que en una segunda entrevista descubriría lo que buscaba.

Al referir á su amigo el Cura la conversación que había tenido con Filomena, éste le dijo:

—Creo que esa pobre señora ha sido víctima de una calumnia

—Lo mismo creo yo,—dijo Manuel,—pero me parece que de uno ú otro modo, está ligada con el asesinato de Don Juan, y sabe de este crimen lo bastante para que podamos salrvar á mi amigo.

—Como se resuelva á hablar....

—Creo que ya está en disposición de hacerlo.

—¿Qué otros papeles tienes del Coronel?

—Estos,—y sacó Manuel los que había recogido en la isla.

—Nada de importante hay en ellos,—dijo el Cura, después de revisarlos.

—Espera,—dijo Manuel,—aún me queda una carta escrita por Cisneros á un señor Limeño, y que le fué devuelta por el Correo.

—¿Y qué dice esa carta?

—No lo sé, porque no quise violar la correspondencia abriéndola.

—Pero ahora que la misma viuda te ha autorizado para hacerlo, ya puedes ver su contenido.

—No ha de tener nada interesante, tal vez ni haya escrito esta carta el Coronel, pues, como desde luego se ve, el sobre no es de su letra.

—Véamosla, sin embargo.

Abrió Manuel la carta y leyó lo siguiente, escrito de puño y letra del Coronel Cisneros:

—"México, Mayo.... de 19....—Señor Don Juan Liñeiro.—Puebla.—Mi muy querido compadre y amigo."

—Pero el sobre de esta carta no es para Don Juan Liñeiro, sino para Don Juan Limeño,—dijo Manuel.

—Eso quiere decir que al dictar la dirección al escribiente que puso el sobre, el amanuense no se fijó bien en el nombre y lo equivocó; á esto se debe, sin du-

da, que la carta no haya llegado á su destino, y podamos leerla. Continúa.

—"Tengo tan trastornadas mis ideas, que no sé por dónde empezar. La víspera de mi llegada á esta capital, después que estuve en tu casa, tuve con mi ingrata esposa un disgusto muy serio, por haberla sorprendido en el balcón á tiempo que un mequetrefe, que sin duda me vió llegar, atravesó violentamente la calle, desprendiéndose del zaguán de la casa; tuve, como es natural, una escena muy desagradable con mi esposa, tal vez hasta me excedí algo, y terminé manifestándola mi firme resolución de llevarla á un lugar donde no la fuera posible continuar en su escandalosa conducta, donde estuviera vigilada por persona de mi confianza, y donde no pudiera ver á nadie más que á mí. Al comenzar la noche de ese día, recibí en la calle un anónimo al que iban unidos los fragmentos de una carta escrita por mi esposa, en la que decía á su amante que esa misma noche se fugaría con él. Como tú comprenderás, en el acto me dirigí á la casa para evitar que se consumara mi deshonra, cuando al pasar por la calle de..... ví á Filomena del brazo con su amante; no tuve tiempo de conocer á éste, pues al verlos, me cegó la cólera, saqué inmediatamente

la pistola, y disparé sobre el seductor, á quien maté probablemente, pues cayó desplomado en el acto; mi mujer huyó no sé por dónde, pues yo también me separé violentamente de aquel lugar para evitar que me aprehendieran, y me fuí á dormir en el Pullman del Interoceánico, sin volver á mi casa, porque desde en la tarde tenía allí mi equipaje y los boletos en la bolsa.—No sé qué ha sido de mi mujer, ni quiero saberlo, pero te encargo que tomes informes de quién era el amante, y me digas si murió ó no; yo voy á salir para Guaymas, y no sé si permaneceré allí, pero puedes contestarme á este hotel, y de aquí me remitirán las cartas á donde esté.—En la Notaría del señor X, donde está tu testamento, he depositado los papeles que me encargaste.—Tu cariñoso y desgraciado compadre y viejo amigo.—Pantaleón Cisneros."

Al terminar la lectura dijo Manuel:

—Este documento salva á Alfredo y explica el asesinato y el por qué la viuda de Cisneros no pudo huír con su amante y tuvo que venir á refugiarse con la familia de Jiménez; así se explica también la repugnancia de esa señora para hablar de aquellos sucesos.

—Pero, hombre, ¡quién lo había de creer de ese señor Don Juan, tan amigo

del Coronel, y de esa señora, que parece tan buena!

—No sé qué pensar de todo esto,—dijo Manuel, al cabo de un rato,—no puedo resolverme á creer culpable á la viuda de Cisneros; volveré á verla y procuraré aclarar este misterio.

Ocho días después volvió Manuel á la casa de Jiménez, y solicitó hablar á la viuda, consintió ésta en recibirlo, y tuvieron la siguiente conversación

—Tengo, señora, la evidencia de que usted presenció el asesinato de Don Juan Liñeiro; me consta también que usted sabe quién fué el homicida, y, por más que sea muy doloroso para usted hablar de aquellos acontecimientos, es absolutamente necesario que me los refiera usted, para que al hacer las gestiones que darán por resultado poner en claro la inocencia de mi amigo, no comprometa el buen nombre de otras personas.

—Me llama la atención que se crea usted tan bien informado como dice; no comprendo cómo pueda usted haber adquirido los datos que supone tener.

—Quiero ser enteramente franco con usted: entre los papeles pertenecientes al Coronel que tenía yo en mi poder, estaba esta carta, que no me atrevía á abrir, hasta que usted me autorizó para hacer-

lo; vea usted lo que en ella se dice, y conocerá de qué manera he venido á enterarme de aquellos acontecimientos.

Entregó Manuel la carta escrita por el Coronel á Don Juan Liñeiro, la leyó atentamente la viuda y dijo, devolviéndola á Manuel:

—Es cierto que presencié el asesinato de Don Juan Liñeiro y supe quién había sido el homicida; estaba resuelta á no decir una palabra sobre esto, aun después de la muerte del Coronel, por no denunciar al que fué mi esposo; pero ya que él mismo se confiesa en ese documento autor del homicidio, y no es su calumniada viuda la que levanta el velo que cubría esos acontecimientos, voy á referir á usted la verdad de los hechos: Nunca, ni por un momento, tuve relaciones amorosas con Don Juan Liñeiro ni con nadie. Mi matrimonio con Cisneros hubiera sido enteramente feliz, sin los infundados celos de mi marido, que, no sé por qué se aumentaron á tal grado en los últimos meses de nuestro matrimonio, que muy frecuentemente ocasionaban entre nosotros escenas violentas por su parte y dolorosísimas para mí, porque no encontraba manera de probarle mi inocencia. Muchas ocasiones ocurrí á Don Juan, á quien mi esposo apreciaba

mucho y era el único que conseguía convencerlo, y, gracias á su intervención, gozábamos algunos días de tranquilidad. No sé por qué determinó mi esposo que nos fuéramos á México, aunque sin quitar la casa que teníamos en Puebla; la víspera del viaje fué mi esposo á despedirse de Don Juan, y, cuando á medio día volvió á casa, tuvo un serio disgusto conmigo, ocasionado por los celos, y fué tanta su exaltación y tales sus amenazas, que tuve miedo, y entonces escribí á Don Juan la carta de la cual son los fragmentos que usted conoce, y que decía, poco más ó menos, que á las siete de la noche, hora en que sabía yo que no estaría en la casa Cisneros, saldría, me reuniría con Don Juan en la calle, y en su casa le explicaría el motivo de aquello, que no era otro que mi firme resolución de separarme de mi marido, por temor de que el día menos pensado hiciera efectivas sus amenazas de muerte en mi persona; y no quise que fuera Don Juan á mi casa, sino salir yo sola, porque temí que si le hablaba en mi casa, me obligara á no separarme de Cisneros, mientras que estando ya en la de Don Juan, me parecía que estaba consumada la separación. Lo demás que pasó, lo adivinará usted fácilmente; nos encontró mi marido, y, sin

conocer á Don Juan, disparó sobre él; yo huí violentamente y vine á refugiarme con la única amiga que tenía. Esta es la historia de aquellos funestos acontecimientos, historia que, repito á usted, no hubiera jamás revelado, si una extraña casualidad no hubiera hecho que el mismo Cisneros se confesara autor del homicidio.

—No basta, señora, que me refiera usted esa historia; es necesario que del mismo modo la declare usted ante la justicia, que en este momento persigue á un inocente como autor del homicidio de Don Juan.

—Lo que usted me pide es un sacrificio.

—Es una necesidad social, un sacrificio en aras de la justicia, hasta una reparación al honor de usted, puesto en duda con motivo de esos acontecimientos y de estos documentos, que yo tengo la imprescindible obligación de poner en manos del Juez.

—¿No puede absolutamente salvarse el amigo de usted, sin que la justicia conozca esos documentos?

—Es de todo punto imposible; mi amigo fué aprehendido junto al cadáver de Don Juan, manchado con la sangre de éste y teniendo en su contra la terrible

presunción de haber sido despedido pocos días antes del escritorio de Liñeiro, á lo que se agrega que ha habido personas que digan mentircsamente que mi amigo profirió amenazas de muerte contra Don Juan.

—Si es así, proceda usted como lo crea conveniente, y yo diré todo lo que sé sobre el asunto.

—Gracias, señora, es usted una noble y valiente mujer. Después de salvar á mi amigo, me queda otra misión que desempeñar, la de descubrir al cobarde autor del anónimo que ha sido la causa de tantas desgracias.



CAPITULO XIII.

EL TESTAMENTO DE DON JUAN LIÑEIRO.

Manuel se había limitado en sus cartas á Alfredo y á Julio á decirles que todo iba bien y que tenía muy fundadas esperanzas de conseguir cumplidamente el objeto que lo había llevado á Chietla, pero ningún pormenor les dió de sus gestiones. Después de su última entrevista con la viuda de Cisneros, avisó por telégrafo á Julio que, con muy buenas noticias, salía para la capital de la República al día siguiente. No quiso detenerse en Puebla ni avistarse con el Juez de la causa, sino que siguió directamente hasta México, donde era esperado impacientemente por sus amigos

Cuando hubo relatado por extenso cuanto le había pasado en Chietla, y les

enseñó la carta de Cisneros á Don Juan Liñeiro, dijo Alfredo:

—¡Mañana mismo á Puebla, á presentarme al Juez!

—Esa es mi opinión,—agregó Manuel.

—Y yo, que he acompañado á ustedes en los trabajos, justo es que participe del triunfo; ¡vamos á Puebla!—dijo Julio.

—Sin embargo,—observó Manuel, después de un momento de reflexión,—tal vez no convenga que vaya desde luego Alfredo, porque lo natural es que la policía lo aprehenda al llegar antes de que tenga tiempo de presentarse al Juez; me parece mejor que yo me adelante, que manifieste al Juez las pruebas que hemos reunido y le avise el día en que se ha de presentar Alfredo, para que haga que la policía no lo aprehenda

—Eso me parece muy cuerdo,—dijo Julio,—nosotros esperaremos aquí hasta que, por telégrafo, nos avises que podemos ir.

Alfredo estuvo también conforme: en consecuencia, Manuel marchó para Puebla, y á los tres días avisó que podía ir Alfredo.

Los trámites de la causa fueron desde aquel momento sumamente breves; con los documentos presentados y la declaración de la viuda de Cisneros, quedó per-

fectamente probada la inocencia de Alfredo, y respecto de él terminó el proceso por falta de méritos para formular acusación en su contra.

Mientras se verificaban estos últimos acontecimientos, la viuda de Don Juan Liñeiro había contraído segundas nupcias con Don Pascual Viveros, el antiguo Tenedor de libros.

Todo el mundo aprobó este enlace; Don Pascual era un hombre muy bien reputado, que desde la muerte de Don Juan se había encargado de la dirección de los negocios de la casa, con un celo y una honradez á toda prueba.

Como no se había encontrado testamento alguno de Don Juan, se habían seguido los trámites de un intestado, muy lentamente, porque á nadie importaba concluírlo con premura, supuesto que no había quien disputara á la viuda su carácter de única heredera.

Dado el modo de ser de Doña Francisca, la viuda de Don Juan, no era de extrañar que al terminar el luto hubiera consentido en contraer un nuevo enlace, y vivía en su segundo matrimonio tan tranquila y feliz como lo había sido en el primero, rodeada de las mismas comodidades y de las mismas consideraciones por parte de su marido, que muchas le

guardaba Viveros; con el propio lujo á que estaba habituada y la idéntica ignorancia de todo cuanto pasaba fuera de su casa. Había sentido la muerte de Don Juan, más que por otra causa, porque aquel funesto acontecimiento trastornaba su género de vida y la privaba del apoyo material y moral de su esposo; pero aquel sentimiento se calmó muy pronto, contribuyendo mucho á ello el cuidado que tuvo el Tenedor de libros en que los negocios de la casa siguieran su marcha regular, sin que se hiciera sentir demasiado la falta de Don Juan.

Viveros, á su vez, se convirtió de pronto en el más celoso y honrado Administrador, y después de su matrimonio con Doña Francisca, en un importante personaje, debido al muy fuerte y saneado capital de que había llegado á ser dueño por su casamiento con la riquísima viuda.

Pero, como en la carta escrita por Cisneros á Don Juan, se hablaba de un testamento, se recogió éste con los demás documentos depositados en la Notaría, se abrió el testamento y se vió que en él se instituía por único y universal heredero de la cuantiosa fortuna de Don Juan, á un sobrino de éste, que no era otro, que Alfredo Centeno, como lo comprobaban los documentos que tenía en su

poder el Notario; á Doña Francisca dejaba Don Juan en su testamento una espléndida renta vitalicia, pero con la condición de que si contraía segundas nupcias, esa renta quedaría reducida á mil pesos anuales; y como toda la fortuna de Don Juan era adquirida antes de su matrimonio, no había gananciales, y Doña Francisca quedaba reducida á una escasa renta y á lo que su esposo pudiera ganar colocándose de dependiente en alguna casa de comercio.

Viveros, á nombre de su esposa, pretendió anular el testamento, y llegó hasta hacer malévolas alusiones al proceso seguido contra Alfredo y á denigrar á éste en alto grado; pero como estaba en regla, no tuvieron más remedio que entregar á Alfredo los bienes.

—Yo no puedo consentir,—decía Alfredo á sus amigos Manuel y Julio,—que la viuda de mi tío Don Juan viva sin el lujo á que está acostumbrada, y voy á dar órdenes de que se le pague íntegra la renta que la dejó mi tío.

—Harás muy bien,—dijo Julio.

—Yo también apruebo tu determinación,—dijo á su vez Manuel,—pero no hagas eso inmediatamente, espera que se pase un poco de tiempo.

—¿Para qué?

—Para que véamos cómo toma Viveros la situación.

—Pero no comprendo qué ventajas podamos sacar con satisfacer esa curiosidad.

—Yo tengo mi idea; no te pido más que un plazo de cuatro meses.

—Concedido, pero solamente por esos cuatro meses.

—Estoy seguro de no necesitar más. También quiero que pongas á mi disposición la máquina descompuesta con la que, probablemente, fué escrito el anónimo que recibió el Coronel Cisneros.

—Está á tu disposición, como todo lo que hay en esta casa.

—Mañana mandaré por la máquina.

—Y cuenta con nosotros para descubrir al autor del anónimo,—dijo Julio.

—Ya sabes que para todo estamos unidos.

—O mucho me engaño, ó no vamos á tardar mucho tiempo en descubrir por completo el misterio de la muerte de Don Juan Liñeiro.

Cuando Doña Francisca tuvo que dejar la elegante casa en que había vivido con Don Juan, para ir á ocupar un modesto departamento que había arrendado Viveros, no se dió de pronto cuenta de la situación; pero cuando comenzó á ex-

perimentar aquella vida, si no de miseria, sí de privaciones, cuando tuvo que hacer ella misma lo que estaba acostumbrada á que le hicieran sus criados, y cuando con la pérdida del dinero coincidió la de los respetos y deferencias que la tenía Viveros, y éste se manifestó tal cual era, exigente, iracundo, de mal carácter y peor educación, entonces comprendió Doña Francisca el hondo abismo en que había caído.

La aristocrática dama no podía avenirse á vivir al lado de aquel hombre ordinario; y menos mal si hubiera estado enamorada de él, acaso el amor la hubiera hecho soportable la situación, y llevadera aquella vida; pero se había casado con Viveros, más que por otra cosa, por tener quien dirigiera los negocios de la casa, casi por tener otra persona más que la sirviera. Como era natural, en semejante estado de cosas, muy pronto comenzaron los disgustos entre los esposos, disgustos que fueron aumentando en intensidad cada día, hasta llegar al extremo de que, perdido todo respeto, se atreviera Viveros á maltratar de obra á Doña Francisca. La pobre señora, que tenía latente el heroísmo propio de todas las mujeres mexicanas, tomó valientemente el partido de sufrir á su desalma-

do marido sin exhalar una queja y procurando evitar todas las ocasiones de que se entregara á sus arrebatos de cólera; pero nada era suficiente para detener los malos instintos de Viveros, una vez que éstos se habían desbordado, y Doña Francisca siguió siendo víctima de las injurias y malos tratamientos de su marido.

Manuel estaba perfectamente al tanto de cuanto pasaba en la casa de Viveros, y veía con marcada satisfacción el giro que tomaban los acontecimientos en aquella casa.

A los tres meses de haber sido puesto Alfredo en posesión de sus bienes, llegó una noche Viveros á su casa, más sombrío que de costumbre, y con señales harto claras de haberse excedido en la bebida.

—¡Francisca!—gritó al entrar.

—Aquí estoy,—contestó la señora.—¿Qué quieres?

—Ven acá,—y la condujo á la pieza que les servía de recámara.

Una vez allí, comenzó Viveros á pasearse, y al cabo de un rato, dijo á su mujer:

—Es necesario que termine cuanto antes esta situación; necesito dinero, y tú vas á proporcionármelo.

—No sé cómo pueda hacerlo.

—¡Ah! ¿No sabes? Pues yo sí sé. Mañana mismo vas á ver á tu dichoso sobrino, al que nos robó los bienes de tu primer marido, y le pides dinero, que no te negará por canalla que sea; con dos ó tres mil pesos que te dé por lo pronto, saldré del paso, y después veremos cuánto más le puedes sacar.

—Haré todo cuanto quieras, menos ir á pedir limosna á Alfredo.

—Harás lo que yo te mande.

—¿Cómo he de ir á pedirle dinero cuando tú sabes muy bien que ni una sola vez lo he visto desde que dejó de ser dependiente de Juan?

—Pues tú ves lo que haces, pero mañana en la mañana he de tener ese dinero.

—Pues búscalo por otra parte; yo no te lo puedo proporcionar.

—Le cuentas que estamos casi en la miseria, que yo no he podido conseguir colocación; le hablas de su tío, de lo mucho que tú querías al "Alfredito" cuando era dependiente; y puedes hasta decirle que yo te he amenazado con darte una paliza si no me consigues el dinero; verás cómo se enternece y le sacas los pesos.

—Te digo que haré cuanto quieras menos esa indignidad. No quiero que los

extraños se enteren de lo que desgraciadamente pasa entre nosotros.

—¡Irá usted, señora, porque yo lo mando!

—¡No iré!

—¡No me quemes la sangre, porque te cuesta caro!

—Puedes hacer lo que gustes conmigo, pero no me obligarás á hacer eso que quieres.

—¿Crees que me casé contigo por tu linda cara? Me casé porque eras rica y ya estaba yo harto de trabajar para otros y quería disfrutar de la vida; y ya que me engañaste haciéndome creer que tenías dinero, ahora me lo proporcionas ó verás lo que te pasa.

—Yo no te dije que era rica; tú sabías mejor que nadie que todo el dinero era de mi marido. Si te cegó la codicia y te equivocaste en tus cálculos, no ha sido mía la culpa.

Exasperado Viveros por la resistencia de su esposa, se entregó á uno de sus actos de salvajismo y la golpeó rudamente diciéndola al mismo tiempo:

—¡Toma para que aprendas á obedecerme!

—Eres infame y cobarde,—le dijo Doña Francisca,—pero no podrás nunca ha-

cer que rebaje mi dignidad yendo á pedir limosna para mantener tus vicios.

—¡Tu dignidad!.... La perdiste desde el día en que consentiste en ser mi esposa; por cierto que si yo he sabido lo que me iba á pasar, no me tomo tanto trabajo en conquistarte.

—No fué mucho, por cierto, lo que tuviste que hacer para engañarme.

—¿Te parece poco haber soportado por tanto tiempo las impertinencias de tu hipócrita marido?

—Ten siquiera el pudor de no calumniar al hombre á quien debiste tantos favores.

—¿Crees que lo calumnio llamándolo hipócrita? Pues sábete que el Don Juan te engañaba miserablemente y era el amante de la esposa del Coronel Cisneros, de su íntimo amigo.

—¡Mientes!

—Pregunta quién fué el asesino de tu primer marido; pregúntaselo al Juez que tiene esa causa, aunque probablemente no te lo dirá, porque han guardado mucha reserva sobre eso; pero pregúntamelo á mí, que fuí el que sorprendió la carta en que citaba á tu marido la esposa de Cisneros, y el que se la mandó, abriéndole con esto los ojos.

—¡Tú has hecho eso! ¡Tú cometiste

esa infamia! ¡Y después de haber armado la mano que mató á mi marido, tuviste el cinismo de casarte con la viuda!.... ¡Tu revelación ha roto el lazo que nos unía.... Apártate; yo no puedo vivir, no viviré más con el verdadero asesino de mi marido!

—¡Já, já! ¡Y crees que te voy á dejar salir de aquí! Después de lo que te he dicho, ahora que ya no es posible que vayas á pedir dinero á Alfredo, no saldrás más de esta casa. Buen cuidado tendré para que no vayas á publicar lo que nadie sabe.

Al decir esto derribó en tierra á Doña Francisca, dándola un fuerte empellón, y salió de la estancia, cerrando la puerta por la parte de afuera.

Desde aquel día, el mismo Viveros llevaba á Doña Francisca los alimentos, la sacaba á dar una vuelta por la casa y la volvía á dejar encerrada, no sin maltratarla cruelmente. Pero cinco ó seis días después entró en un estado de embriaguez tan completo, que se quedó aletargado y Doña Francisca aprovechó aquella oportunidad para huír.

—¿A dónde iré, Dios mío?—se decía la pobre señora cuando se encontró en la calle.—¿A dónde iré que pueda librarme de ese hombre?

Vagó por las calles de la ciudad sin saber qué hacer; instintivamente llegó á su antigua casa, y al verla se dijo:

—Este es mi único refugio; el sobrino de Juan no se negará á darme asilo, á defenderme y á ayudarme para conseguir la separación completa de mi marido.

Entró en la casa á la sazón que estaban en ella reunidos Alfredo, Julio y Manuel; avisaron al primero que lo buscaba una señora, y salió á la sala.

No pudo de pronto conocer á Doña Francisca, tal estaba de descompuesto su semblante; cuando la reconoció, tuvo el presentimiento de lo mucho que había sufrido, pues Manuel nada había dicho á sus amigos de lo que pasaba en la casa de Viveros.

—Tía,—la dijo,—y permítame usted que así la llame, ¿qué le ha pasado á usted que está tan demacrada? ¿Tiene usted penas? ¿Por qué no ha ocurrido á mí, que estoy dispuesto á favorecerla en cuanto pueda?

—Hoy ocurro á usted, obligada por la necesidad y el desamparo en que me encuentro, para pedirle un asilo....

No pudo continuar Doña Francisca y prorrumpió en sollozos.

Cuando se hubo calmado un tanto, gra-

cias especialmente á las cariñosas frases de Alfredo, éste la dijo:

—Hábleme usted con entera franqueza, y verá cómo hacemos que terminen todas sus penas.

Roja de vergüenza Doña Francisca, y haciendo un gran esfuerzo para vencer su natural rubor, refirió á Alfredo que Viveros la trataba tan mal que no era ya posible que siguiera viviendo con él; que la había amenazado de muerte y que la había tenido encerrada en la casa hasta aquel día, en que pudo escapar sin que la viera; le dijo que su objeto era entablar el divorcio, y que ocurría á él para que la ayudara en este asunto. Nada dijo á Alfredo de las revelaciones que la había hecho Viveros sobre la participación que éste tuvo en la desgraciada muerte de Don Juan Liñeiro.

—Esta casa y todo cuanto tengo, están desde ahora á la disposición de usted; aquí estará enteramente segura, pues su marido no se atreverá á venir á molestarla; y como están aquí la antigua ama de llaves y algunos de los criados viejos de mi tío Juan, la primera servirá á usted de compañera, y los segundos la seguirán sirviendo como antes. En cuanto al divorcio que usted pretende, puede servirla mi amigo el Lic Manuel Muñoz,

que está casualmente en estos momentos aquí; si usted quiere, lo llamaré para que hablen sobre el negocio

—Mucho se lo agradeceé á usted, pues me urge que cuanto antes se termine este asunto.

Llamó Alfredo á Manuel y lo dejó solo con Doña Francisca, para que ésta pudiera con entera libertad hablar al abogado.

Manuel consiguió, aunque con algún trabajo, que Doña Francisca le refiriera exactamente todo cuanto le había pasado con su marido y cuanto éste la había dicho respecto del anónimo que recibió el Coronel Cisneros. Cuando terminó el relato, dijo Manuel:

—Hoy mismo promoveré el divorcio, por sevicia, tanto en los tribunales comunes como en los eclesiásticos, y yo garantizo á usted que quedará definitivamente separada de ese hombre.

Efectivamente, promovió Manuel la demanda, y, durante el término de prueba, fué á ver á Viveros y le dijo:

—Va usted á confesar que son ciertos los hechos en que se funda nuestra demanda de divorcio, en el concepto de que si no lo hace, tendrá que habérselas con la justicia, por haber sido el autor del

anónimo que ocasionó el asesinato de Don Juan Liñeiro.

Quedó Viveros pensativo por un corto rato, y al cabo dijo:

—Me niego absolutamente á lo que usted propone, y para que no insista, le diré que aunque comprendo que mi esposa ha cometido la.... indiscreción de referir á usted cierta conversación que tuve con ella, entre su dicho y mi negativa, no habrá Juez que se atreva á condenarme.

—Es que no solamente existe contra usted el dicho de la señora viuda de Don Juan. En la precipitación con que escribió usted el anónimo, se olvidó de que hacía uso de una máquina de escribir que, por sus defectos especiales, era muy fácil que se reconociera su escritura; el anónimo está en poder de la justicia, y yo tengo la máquina con que se escribió, y la prueba de que dicha máquina no salió del despacho privado de Don Juan antes de que éste muriera Por otra parte, tengo también las declaraciones de los dependientes del escritorio, que aseguran que aquel día no entró nadie más que usted en el despacho de Liñeiro. Usted comprenderá que ya con estos datos hay bastante para proceder en su contra.

—Pero es que yo no me figuré ni por

un momento que el Coronel llegara al extremo á que llegó; lo que yo pretendía únicamente era provocar con un escándalo la división entre Don Juan y su esposa, para mis ulteriores fines.

—Pero la justicia no puede, en este caso, tener en cuenta las intenciones; y como la muerte de Don Juan á nadie más que á usted aprovechaba, por las interesadas miras que tenía usted, y que realizó, respecto de la viuda, juzgará á usted, y muy acertadamente, por los resultados de su acción.

—Si yo me presto á lo que usted me propone, ahora que no tengo colocación, ni me es fácil obtenerla, quedaré privado de mis únicos recursos, que consisten en la pensión de mi mujer.

—Para acabar de convencer á usted, y excediéndome acaso en las instrucciones que tengo recibidas, le diré, que si acepta lo que le propongo, se le entregará íntegra y por toda su vida la pensión que se le pagaba á su esposa, con la única condición de que se establezca usted en México ó en alguna población lejana.

—¿Y quién me garantiza el cumplimiento de esa promesa?

—Tendrá usted que conformarse con sólo mi palabra, que es la palabra de un hombre honrado.

Acabó Viveros por aceptar las condiciones impuestas por Manuel, y poco después quedó decretado el divorcio por sevicia.

Doña Francisca siguió viviendo como dueña en su antigua casa sin que nada le faltara, gracias á la generosidad de Alfredo.

Viveros, entregado á la ociosidad y á los vicios, fomentados con la pensión que le fué religiosamente pagada, murió en México al cabo de un año.

Manuel, Alfredo y Julio, siguieron unidos por los lazos de una sincera amistad, que se perpetuó en las familias que después formaron.

FIN

VALENTINA



Al Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros.

En la sala de una elegante casa de la ciudad de México, se encontraban la señora Guadalupe Salazar de Quiroz y su preciosa hija Magdalena; la primera, respetable y bondadosa matrona, que unía á los restos de una notable hermosura y á la elegancia de su porte, un claro talento y un corazón abierto siempre á los buenos sentimientos; y la segunda, una joven de diez y ocho años, viva, graciosa, perfectamente educada, en lo moral, por su señora madre, y socialmente por los mejores profesores de la capital.

La señora dejó á un lado el bordado en que se ocupaba, y dirigiéndose al piano, en el que su hija tocaba una rapsodia de Liszt, la interrumpió diciendo:

—Sabes, Magdalena, que comienzo á sentirme inquieta por la tardanza de tu

padre; son ya más de las diez, y el tren de Puebla llega á las nueve y media.

—Pero, mamá, ¿qué menos de una hora á tres cuartos han de dilatar en bajar del tren, colocar en el coche lo que traigan suelto y llegar hasta aquí? Eso sin contar con que los trenes no son muy exactos en sus horas de llegada. Yo creo que no hay motivo de alarma.

—Siento no haber ido á la estación; pero estaba la mañana tan fría, que temí me hiciera mal el aire, por la bronquitis que acabo de pasar.

—¿Y es seguro que viene con papá mi prima Valentina?

—Sí; mi hermana Dolores me escribió diciendo que nos la enviaría con tu padre á pasar con nosotros la temporada de invierno; yo quería que viniera también mi pobre hermana, á quien hace mucho tiempo que no veo y que, según me dice en sus cartas, está bastante enferma; pero rehusa salir de Puebla y mucho ha sido conseguir que nos mande á Valentina; tal vez así la comprometamos á venir más tarde.

—Yo deseo mucho ver á mi prima; todos dicen que es muy buena, y muy simpática.

—Cuantos la conocen hacen de ella mil elogios, no sólo por su hermosura, sino

por su fina educación y su bondadoso carácter; espero que será para tí una buena compañera, y que, al volver á Puebla, llevará de nosotros los más gratos recuerdos.

—Y ¿por qué no se viene á vivir á México mi tía Lola? Tú me has dicho que no tiene más parientes que nosotros, y que mi tío Luis la dejó al morir un capital bastante para que pueda establecerse aquí.

Desde el año de 65, en que fué á Puebla con su marido, se quedaron allí; luego, la mayor parte de sus intereses consiste en casas que compró Luis en aquella ciudad, donde murió hará unos quince años; y, desde entonces, por más que tu padre y yo hemos pretendido traerla con nosotros, no ha querido volver.... Pero oigo entrar el coche, ya están aquí!

Salieron madre é hija violentamente al corredor, á tiempo que llegaban los esperados viajeros.

Después de los cariñosos abrazos y besos de bienvenida, dijo el padre de Magdalena:

—Ya tenemos aquí á la bellísima Valentina; estoy encantado con ella.

—Muchas gracias, tío, por el inmerecido buen concepto que tiene usted de

mí; yo haré cuanto pueda por no desmentirlo; pero me temo que mi tía y mi prima van á juzgarme con menos parcialidad y á descubrir muy pronto los muchísimos defectos que tengo.

—Ven otra vez á mis brazos, hija mía, —dijo Doña Guadalupe;—tú me recuerdas á mi hermana Lola cuando tenía tu edad, por más que seas mucho más hermosa que ella lo era. Aquí todos te conocemos por las buenas referencias que tenemos de tí, y todos te queremos como mereces. Entra, hija; entra á tu casa, que has de estar fatigada; descansa un poco y luego te llevará Magdalena á las habitaciones que tenemos preparadas para tí.

Las dos jóvenes entraron en la espaciosa y elegante sala, después de haber dejado Valentina en el recibidor su abrigo de viaje y su sombrero; se sentaron juntas en un sofá, tomaron también asiento los padres de Magdalena, y Doña Guadalupe reanudó la conversación diciendo:

—Ante todo, dime ¿cómo está Lola?

—La pobre de mamá sigue padeciendo con su enfermedad del estómago; los médicos consiguen aliviarla por un poco de tiempo; pero vuelve otra vez á enfermarse, y así pasa la vida con esas alternativas. Ahora está bien y tengo esperan-

zas de que su alivio sea duradero, pues así lo asegura el médico que últimamente la ha estado asistiendo; sin embargo, yo no quería dejarla, á pesar de los grandes deseos que tenía de venir, pero ella me obligó exigiendo que acompañara á mi tío, y yo accedí para rogar á ustedes que insistan en que mamá venga también; necesita distraerse, lo que no es posible en Puebla, porque sus amistades se reducen á cuatro ó cinco señoras ancianas que suelen ir por las tardes á tomar chocolate y á contarla sus penas y sus achaques, y no consigo que salga de la casa más que á misa á la iglesia de La Compañía.

—De suerte, que tú también te pasarás una vida de las más tristes,—dijo Magdalena.

—No tanto, porque siempre estoy ocupada en el arreglo de la casa, en mis estudios de piano, en pintar, bordar ó hacer flores, y de cuando en cuando salgo con alguna de mis amigas á pasear en coche ó á pie; mi vida sería muy feliz si mamá estuviera buena.

—¡Cuánto ha cambiado Lola! Era de un carácter sumamente alegre.

—Desde que murió papá no ha vuelto á concurrir á ninguna diversión; se dedicó á educarme, quiso que tuviera yo

toda clase de maestros, y aunque ella no se divierta, procura que yo tenga amigas de mi edad, que las reuna en casa, y que frecuente la buena sociedad, acompañada de la señora Berta, el aya francesa que está en casa desde que era yo muy niña y que ha sido mi maestra de idiomas.

—Aquí procuraremos que no extrañes á tus amigas ni tus diversiones de Puebla, y ya verás cómo al fin conseguimos que Lola venga, olvide sus penas y vuelva á ser la misma que antes era.

—¡Dios lo haga!

—Ven,—dijo Magdalena,—te voy á enseñar la casa. A la tarde iremos á la Reforma y en la noche al teatro; supongo que no estarás tan cansada del viaje, que no quieras salir hoy.

—No, por cierto; el viaje es sumamente cómodo y no dura más de cuatro horas, que se pasan agradablemente contemplando las bellezas del camino, que son muchas para las que, como yo, no han salido nunca de la ciudad.

—Vayan, hijas, yo las espero aquí.... ¿Tú vas á salir?—preguntó á su marido Doña Guadalupe.

—Sí, tengo que ir al Banco; pero antes voy á mi cuarto á lavarme y á cambiar de traje.

—No se te olvide que comemos á la

una; te recomiendo que seas puntual, como lo eres siempre.

—Pierde cuidado; no es mucho lo que ahora tengo que hacer, y estaré aquí más temprano que de costumbre.

Las dos jóvenes se levantaron y salieron de la sala.

* * *

—Mira,—decía Magdalena á su prima, enseñándola un saloncito en el que había un escritorio de caoba, un costurero, un estante con libros, un caballete con el boceto de un paisaje, y algunos muebles, todo lleno de luz, que penetraba á raudales por dos grandes balcones,—este es mi gabinete de trabajo, que se comunica por aquella puerta lateral con mi recámara y mi vestidor; esa otra puerta de enfrente da paso á otras dos piezas iguales á las mías, y son las que hemos arreglado para tí, de ese modo estaremos siempre juntas y trabajaremos en común, pues excusado es decirte que nada hay aquí que no sea tuyo.

—¡Qué buenas son ustedes, y cuánto les agradezco lo que hacen por mí!

—Nada de esto vale la pena; lo esencial es que tú estés contenta. Cuéntame cómo es Puebla; me han dicho que es

muy bonita, y tengo muchos deseos de conocerla.

—Es realmente una hermosa ciudad, que tiene muy buenos edificios, y en la que nada falta para la comodidad de la vida; pero lo que más me agrada en ella, es el puro azul de su cielo y los bellísimos celajes de sus crepúsculos al ocultarse el sol tras del Popocatepetl. ¡Si vieras qué encantadoras son allí las tardes de primavera! Cuando comienzan las lluvias, se extiende por toda la ciudad el aroma de las flores que la rodean, y tienen un encanto particular los paseos por las noches, en el jardín de la plaza.

—Aquí también tenemos paseos muy agradables, ya verás. Pero olvidaba que has de querer quitarte el polvo del camino; ven, vamos á tu recámara y te ayudaré á vestir.

Comenzó para Valentina una vida nueva por demás agradable; sin abandonar sus estudios de música y pintura, sin dejar de ocuparse con su prima en las labores propias de su sexo, le quedaba tiempo sobrado para concurrir á los paseos, á los teatros y á las reuniones de los círculos aristocráticos que frecuentaban sus tíos.

En todas partes llamó la atención la hermosura de Valentina, y muy pronto

se hicieron notables su talento y sólida instrucción. Tocaba el piano con especial delicadeza, y cantaba con suma dulzura. Más hacían resaltar su mérito la sencillez de su trato y esos efluvios de inexplicable efecto que se desprenden de las jóvenes inocentes y virtuosas.

Y era sólida en verdad la virtud de Valentina; no consistía únicamente en la abstención del mal, fácil relativamente cuando se tiene la dicha de pertenecer á una familia honrada y buena por principios, sino que ejercitaba las virtudes por amor al bien. Era religiosa sin afectación; evitaba escrupulosamente todo lo que pudiera herir los sentimientos ó la delicadeza de las personas con quienes trataba, procurando siempre que desapareciera su personalidad, para hacer resaltar los méritos ajenos, y se privaba no sólo de lo supérfluo, sino algunas veces hasta de lo necesario, cuando se trataba de socorrer á los desgraciados.

Muy pronto tuvo Valentina un círculo de admiradores, pero sin que ninguno se atreviera á insinuarse, pues á todos retraía de hacerlo el digno continente de la joven.

A quien más impresión causaron la belleza y virtudes de Valentina, fué á Raymundo Mendoza, abogado recién recibi-

do, hijo único de una rica familia de Guadalajara. Conoció á Valentina en el teatro, se informó de quién era aquella hermosa señorita, y puso todo empeño en relacionarse con la familia de sus tíos, lo que no le fué difícil, gracias á la buena posición social de Raymundo, y á la moralidad de sus costumbres.

Valentina, por su parte, no fué tampoco indiferente al talento y buenas cualidades del joven; poco á poco, y sin notarlo, fué interesándose por él, así es que cuando Raymundo se determinó á hablarla y á pedirle permiso para solicitar su mano, no encontró resistencia por parte de Valentina, aunque todavía ésta no estuviera verdaderamente enamorada de su pretendiente.

Se propuso la joven participar á su madre de las pretensiones de Raymundo, mientras éste podía arreglar su viaje á Puebla para solicitar formalmente la mano de su pretendida, pero fué dejando pasar el tiempo, con la seguridad de que ningún obstáculo habría para llevar á feliz término aquellas relaciones. Mientras tanto, el trato frecuente con Raymundo dió á conocer á Valentina todas las buenas cualidades del joven, y lo que empezó por ser una sencilla simpatía, no tardó en convertirse en verdadero amor,

puro, sincero, indestructible. Valentina comprendió que aquella pasión sería la primera y única de su vida, y que en el amor de Raymundo estaba cifrada su dicha. Algunas veces se reprochaba el haber entregado su corazón sin consultar con su madre, pero al mismo tiempo se disculpaba de esta omisión al considerar que Raymundo poseía todas las buenas cualidades apetecibles, y que no había razón para temer que surgiera algún obstáculo para entorpecer el matrimonio. Por otra parte, desde el principio de sus relaciones, el mismo Raymundo había manifestado á Valentina que iría cuanto antes á Puebla á recabar el consentimiento de la madre de la joven, lo que no había hecho porque graves y urgentes ocupaciones, que conocía Valentina, se lo habían impedido. En cuanto á la familia de Raymundo, no había dificultad, pues habiendo muerto sus padres, era completamente libre.

Para los tíos de Valentina no habían pasado desapercibidos los amores de su sobrina, y se alegraban de ellos, porque les eran conocidos los antecedentes y conducta irreprochable del pretendiente; se les ocurrió también escribir respecto de esto á la madre de Valentina, pero sabían que muy pronto iría á verla Raymundo,

y para entonces dejaron el recomendarlo eficazmente.

* * *

Tres meses hacía que Valentina vivía en México con sus tíos, cuando recibió Doña Guadalupe una carta de su hermana, en la que le decía que su enfermedad se había agravado y quería que volviera cuanto antes Valentina. Esta dispuso su viaje inmediatamente, sin tener tiempo más que para dar la noticia por escrito á Raymundo y decirle que lo esperaba en Puebla luego que pudiera desprenderse de los negocios que lo retenían en la capital.

Al llegar á su casa, Valentina encontró á su madre algún tanto mejorada, pero no fuera de peligro, y se dedicó á cuidarla con toda la ternura de una buena hija que tiene por su madre el más profundo cariño. Ni aun entonces se resolvió á hablarla de sus amores, por no parecerle, y con razón, que debía hacerlo mientras la señora estuviera en aquel estado de gravedad.

Pasaron quince días: durante ellos recibió Valentina varias cartas de Raymundo, y en la última la decía que antes de un mes tendría la inmensa satisfacción

de ir á Puebla, esperando que ya no volverían á separarse.

El gozo que esta noticia proporcionó á Valentina no tardó en desaparecer, por haberse acentuado de nuevo la gravedad de su madre, y en esta vez, con caracteres muy alarmantes. Los médicos desesperaron de aliviar á la enferma y ésta recibió los auxilios de la religión, preparándose cristianamente para la muerte. Valentina estaba profundamente afectada; un intenso dolor la desgarraba el corazón; nada la consolaba; pero se sobreponía á sus crueles sufrimientos para atender á la enferma, de la que no se separaba ni un momento, haciendo esfuerzos sobrehumanos para ocultarle el torrente de lágrimas que pugnaba por desbordarse de sus ojos.

Una noche, la enferma llamó á su hija.

—Aquí estoy mamá; ¿qué quieres?— y se arrodilló junto á la cabecera del lecho para estar más cerca de su madre, y que ésta no se fatigara esforzando la voz para hablar.

—¿Quién más está con nosotras?

—Nadie, á mí me toca velar esta noche.

—Como velas en todas. Bien me he dado cuenta de que no descansas ni un momento. Dios te premiará, hija mía, lo

que estás haciendo con tu pobre madre; Dios te bendecirá, como te bendigo yo todos los días!.... Ven, tengo que hablarte.

Doña Dolores tomó entre sus descarnadas manos una de Valentina, la atrajo hacia sí, le besó trabajosamente la frente y continuó diciendo:

—Para morir tranquila, voy á pedirte un gran sacrificio.... niégamelo si no tienes valor para cumplirla.... no te lo exijo, te ruego únicamente que lo hagas, si es posible, para tranquilizar mi conciencia....

—Yo estoy dispuesta á hacer todo cuanto tú quieras; todo para mí es fácil y sencillo si te puede proporcionar algún consuelo.

—Oyeme y luego resolverás: Tu padre era Coronel, y aunque perteneció siempre al partido conservador, se separó del servicio por no reconocer la Intervención Francesa; tenía bastantes bienes de fortuna cuando nos casamos, y para evitar compromisos con sus compañeros de armas, resolvió que nos viniéramos á radicar á esta ciudad. Vivíamos aquí enteramente tranquilos y felices; estabas tú para nacer, cuando las tropas de Porfirio Díaz vinieron á sitiar la ciudad, el año de 67, lo que á nosotros nos preocupó

muy poco, supuesto que tu padre no tomaba parte en los acontecimientos políticos de aquella época. Desgraciadamente era conocida su calidad de militar, y en la mañana del 2 de Abril, después de la toma de la Plaza, entró en nuestra casa un grupo de soldados y se llevó á tu padre, llenándolo de improperios; yo quise seguir á aquellos hombres, pero uno de ellos me rechazó bruscamente, diciendo: "¡Atrás! ¡Las mujeres nos estorban, no fusilamos más que á los hombres!".... Caí desvanecida y cuando me levanté habían desaparecido todos.... Pregunté para dónde habían ido y una mujer me dijo que se habían llevado á tu padre para el Carmen, donde estaban fusilando á los prisioneros..... Loca, de terror, sin más consuelo que el de Dios, me arrodillé ante una imagen de la Santa Virgen de los Dolores y la ofrecí que la consagraría la vida de mi hijo que estaba para nacer, si salvaba la vida de tu padre.... En la noche de aquel terrible día, recibí un recado escrito por tu padre, en el que me decía que se había salvado milagrosamente, y que dentro de ocho días fuera yo á reunirme con él en la hacienda de uno de sus amigos.... La salvación de tu padre fué, en efecto, milagrosa, según él mismo me la refirió después. Junto

con Trujeque y otros varios, lo iban á fusilar en la calle que está á la izquierda del antiguo panteón del Carmen; ya estaban parados en sus respectivos lugares los que iban á morir, y frente á ellos los que debían dispararles, cuando una de las víctimas pidió que le llevaran un sacerdote para confesarse; entre la gente que presenciaba el sangriento espectáculo hubo algunos que apoyaran la petición y otros que la rechazaran; el Oficial que mandaba el pelotón de soldados vacilaba sobre lo que debía hacer, cuando vió atravesar por la plazuela inmediata á un jefe á caballo; el Oficial mandó preguntar á su superior qué hacía, lo que produjo un movimiento entre los espectadores y que la atención se distrajera para conocer el resultado de la pregunta; tu padre aprovechó aquel momento y huyó de entre los soldados, perdiéndose en medio de los concurrentes, que en su mayoría le facilitaron la fuga. A favor del tumulto pudo escapar y esconderse entre las ruinas que en aquella época había entre el Carmen y Santa Inés; allí permaneció todo el día, y en la noche pudo alejarse de la ciudad, refugiándose en un rancho inmediato, desde donde se apresuró á enviarme la noticia de su sal-

vación.... (1). Naciste tú y no tardé mucho en comprender la ligereza con que había yo procedido al disponer sin tu consentimiento, de tu porvenir y de tu vida; esta consideración amargó la mía, especialmente después de la muerte de tu padre.... Un sacerdote me conmutó el voto que hice y me impuso en cambio la obligación de no asistir jamás á ninguna diversión; desde entonces me dediqué á educarte y quise que adquirieras todos los conocimientos propios de tu clase para que algún día brillaras en la sociedad, de la que ya no estarías excluída.... Pero ahora, mi Valentina, que estoy tocando las puertas de la eternidad, temo presentarme ante Dios sin haber cumplido mi voto.... ¿Qué le diré cuando me pregunte qué hice de mi hija, que le estaba consagrada desde antes de nacer, que era suya en cambio de la vida de tu padre, que me concedió?.... Tú solamente puedes volver la paz á mi espíritu atribulado, si me ofreces dejar el mundo y consagrarte al servicio de Dios....

Valentina sollozaba amargamente, hun-

---

(1) Este episodio de la fuga, es rigurosamente histórico; aún vive la persona que se salvó aquel día de esa manera; yo la conozco, y ha ocupado después varios empleos públicos de importancia.

dida su cabeza en los almohadones de la cama. Al comprender lo que exigía su madre, se le representó con extraordinaria viveza su juventud perdida para todos los goces de la existencia; su amor á Raymundo, que era necesario arrancar de su alma, por más que se llevara entre sus profundas raíces los restos de su corazón despedazado. Todo lo vió y estuvo vacilando ante tamaño sacrificio. Levantó al cielo sus hermosos ojos, velados por las lágrimas, y al bajarlos, vió fijos en su semblante los de su moribunda madre, vió retratada en ellos la intensa aflicción de aquella madre que tanto la amaba; vió la súplica ansiosa, tierna y humilde; sintió la presión de aquellas manos que habían acariciado y bendecido tantas veces su cabeza infantil, y ya no vaciló. Desaparecieron las huellas del llanto, se iluminó su mirada con una expresión de infinita dulzura, se transfiguró con la aureola del sacrificio, y dijo á su madre:

—¿No es más que eso, madre mía, lo que te hace sufrir? Reposa tranquila; ya sea que Dios te llame, ó quiera hacerme el beneficio de conservar tu vida, yo te aseguro solemnemente que desde hoy rompo todos los lazos que me unen al el mundo; desde hoy me consagro á Dios

y desde este momento queda cumplido el voto que redimió la vida de mi padre.

Lágrimas de agradecimiento y de ternura rodaron por las mejillas de la enferma.

—Ven, mi Valentina, acércame tu frente, quiero besarla, quiero bendecirte por última vez.... Dios premiará tu sacrificio..... Ya puedo morir enteramente tranquila.

* * *

Tres días después murió la madre de Valentina; ésta, luego que estuvo inhumado el cadáver, escribió llamando á su tío, le dió poder amplísimo para que arreglara todo lo concerniente á la testamentaría, y comenzó á prepararse para cumplir debidamente la promesa que habia hecho.

No llamó de pronto la atención el absoluto retraimiento de Valentina, ni su resistencia á volver á la casa de sus tíos, quienes la hicieron para ello muchas instancias. Raymundo le había escrito muchas cartas sin obtener contestación, lo que el joven atribuía al estado de doloroso abatimiento en que naturalmente estaba Valentina después de la muerte de su madre; y aunque ya estaba Raymundo en posibilidad de ir á Puebla, no quiso.

por delicadeza, presentarse hasta después de pasado algún tiempo, pues sobradamente conocía que su matrimonio no se podía verificar desde luego.

Lo que más temía Valentina era la presencia de Raymundo, no por suponer que pudiera hacerla vacilar, ni menos retraerla de su determinación; estaba segura de sí misma; pero creía que una entrevista sería para los dos muy dolorosa. Secretamente dió todos los pasos necesarios para ingresar en las "Hermanas de la Caridad," para lo cual era indispensable ir á Europa. Casualmente se preparaba una peregrinación á Roma, y Valentina resolvió aprovechar esa oportunidad; pensaba que de ese modo nadie extrañaría su viaje, y una vez allí, comunicaría á sus tíos la determinación que había tomado, y les encargaría se la participaran á Raymundo.

Aun después de haber hecho á su madre la promesa de qúe cumpliría su voto, tuvo Valentina que sostener una terrible lucha consigo misma. Se rebelaba su naturaleza contra aquel sacrificio que mataba todas las ilusiones de su vida.

Yo no hice el voto,—se decía,—ni mi madre pudo legítimamente hacerlo sin contar con mi voluntad; no estoy obligada á cumplirlo. Por otra parte, á tiempo

le fué conmutado á mi madre ese voto, que desde aquel momento quedó sin valor. Es cierto que yo la ofrecí cumplirlo, pero esa promesa me fué arrancada por las circunstancias; no pude ser enteramente libre. Yo hice bien en prometer, para que mi madre muriera tranquila; una vez conseguido ese objeto, estoy desligada.

Y prestaba mayor fuerza á estas razones, el recuerdo de Raymundo y el porvenir de dicha que la esperaba.

Pero cuando su ánimo vacilaba y estaba á punto de ceder, consideraciones de otro género sostenían su resolución.

Cuando Dios salvó milagrosamente la vida de mi padre, pensaba, aceptó el voto de mi madre tal como ella lo hizo en aquellos momentos, y lo aceptó para que lo cumpliera quien debía cumplirlo, es decir, yo; vine al mundo destinada á eso, y sería contrariar la voluntad de Dios querer eludir el cumplimiento de la promesa hecha por mi madre. Si á ella se le conmutó el voto, á mí no, ni esa conmutación me dejó libre; la mejor prueba es que así lo comprendió mi madre en los momentos de morir, cuando se ve todo con mayor claridad, y no pudo morir tranquila hasta que supo que se cumpliría su promesa en los términos en que

la hizo, y como yo la ratifiqué en aquellos momentos supremos Si yo hubiera cumplido mis deberes de buena hija, si hubiera consultado con mi madre antes de corresponder al amor de Raymundo, no sufriría lo que ahora estoy sufriendo por la pérdida de ese amor; entonces mi madre me habría hablado de su voto, y yo, que no tenía ligas de ninguna especie con el mundo, lo hubiera cumplido con todo gusto; mientras que ahora por culpa mía, tengo que destrozarme el corazón y que hacer partícipe á Raymundo de mi desdicha.... ¡Yo cumpliré tu voto, madre mía! ¡Pídele á Dios que me dé fuerzas para soportar el sacrificio!

Dos días faltaban para que saliera la peregrinación de la que Valentina formaba parte; sus tíos sabían que iba en ella, y no le hicieron sobre esto objeción alguna, porque consideraron que sería el mejor medio para distraer su dolor, y que volvería de Europa consolada y tranquila; pero Raymundo no quiso que partiera Valentina sin verla antes, y con ese objeto fué violentamente á Puebla. Nadie lo conocía en la ciudad, y debido al natural trastorno que había en la casa, por la próxima partida de Valentina, pudo llegar hasta la sala en que estaba la joven.

El sencillo vestido de luto realzaba la

belleza de Valentina, á la que prestaba mayor encanto la palidez de su rostro y la mística dulzura que la rodeaba. Al ver á Raymundo, una ola de sangre coloreó las mejillas de la joven, que se tornaron momentos después intensamente pálidas. No pudo evitar un movimiento involuntario que la impelía á precipitarse en los brazos de Raymundo, y se levantó del sillón en que estaba sentada, pero en el acto volvió á caer en él haciendo inauditos esfuerzos para serenarse.

Raymundo se adelantó hasta donde la joven estaba, la tomó una mano que estrechó entre las suyas, y sentándose á su lado la dijo:

—¿Es cierto, Valentina, que te vas con la peregrinación? Me lo han dicho en la casa de tus tíos y no he querido creerlo hasta que tú me lo dijeras; pero no has contestado á mis cartas, y he venido para verte, para consolarte en tu justo dolor y suplicarte que no te vayas...... ¿Es cierto ese viaje?

—Sí, Raymundo, me voy y no te lo quería decir para evitarte ese sufrimiento, que sería mucho menor si sabías que había partido cuando yo estuviera muy lejos. Siento que hayas venido y tengamos que pasar los dos por la amargura de esta despedida.

—Aun es tiempo de que prescindas del viaje; yo te lo ruego. ¿Qué haré sin verte durante meses enteros? Y luego los peligros de la navegación, la enorme distancia que nos va á separar y la dificultad de las comunicaciones! Si me fuera posible, iría contigo, pero no puedo ahora alejarme de México. Por nuestro amor, por la memoria de tu madre, te ruego que no insistas en irte.

—Es absolutamente necesario para mí este viaje; nada; ni tu amor, ni tus súplicas, son capaces de impedirlo.

—Pero, al fin, ya que es indispensable tu partida, esta ausencia no se prolongará más de cuatro ó seis meses; ofréceme que al volver nos uniremos para siempre, ya que desgraciadamente has perdido á la única persona á quien debíamos pedir su consentimiento; ofréceme esto y sufriré resignado esta ausencia, consolándome con la esperanza de nuestra próxima dicha. Yo no trato de disuadirte de este viaje que servirá para que se calme tu dolor; pero, mi Valentina, dime que me amas y que á tu vuelta serás mi esposa.

—No puedo mentir ni engañarte. Es ya imposible la realización de nuestras esperanzas; esa dicha que nos habíamos

prometido, fué un sueño. No puedo ofrecerte lo que me pides.

—¿Qué estás diciendo?.... Lo que es un sueño, un horroroso sueño, es lo que acabo de oír.... ¡Si no lo creo, si me están engañando mis sentidos, si las palabras que han llegado á mis oídos no son las que tú has pronunciado!..... ¡Por Dios, Valentina, no prolongues un momento más esta situación, ó me vuelvo loco!

—Cálmate, Raymundo. ¿No ves que si tú temes perder el juicio, yo en cambio he tenido que comprimir mi corazón, que estrujarlo dentro del pecho, que hacerlo pedazos para arrancarle tu amor?.... y ¡ay! todavía no puedo.... Mis fuerzas están agotadas, mis ojos secos porque ya no tienen llanto; y aun soy una mala hija que la mayor parte de esas lágrimas que han surcado mis mejillas, han sido derramadas por la pérdida de tu amor y no por la de mi madre!.... ¡Ay! hasta me parece que he llegado á olvidarte, madre mía, para no pensar más que en mi desgraciado amor!.... Pero no; te veo, mi madre adorada, veo tu rostro agonizante, veo la inmensa amargura con que me pediste este sacrificio; no temas que deje de cumplirlo....!

La excitación de Valentina había lle-

gado al último grado. Comprimidos sus sentimientos por algún tiempo, estallaron en esta entrevista; no pudo hablar más, los sollozos ahogaron de pronto su voz, y durante algún tiempo no pudo darse cuenta de lo que estaba pasando.

Entretanto, Raymundo comprendió que algo muy grave había acontecido, que se interponía entre Valentina y él; sintió como que lo envolvía una densísima sombra; como si se estuviera despeñando en un tenebroso abismo sin fin; no podía figurarse la naturaleza de aquel obstáculo; pero instintivamente conoció que era infranqueable. La enérgica naturaleza del joven se revelaba contra la irremediable pérdida de su amor; pretendía luchar, y no sabía contra quién ó contra qué; una ola de indecible amargura inundó todo su sér, y no obstante lo inmenso de su dolor, éste le parecía pequeño y mezquino, comparado con el de Valentina, con el de aquella débil y hermosísima joven que aparecía heróica y sublime en medio de su debilidad.

Hizo Raymundo un poderoso esfuerzo para no abandonarse á la desesperación; quiso aparecer tranquilo para no provocar una nueva crisis, y consiguió dominarse.

—Dime, Valentina,—dijo cuando la jo-

ven se hubo calmado un tanto,—dime qué ha motivado este cambio, no en tus sentimientos, sino en tu conducta. Ya ves, estoy sereno, puedo oírlo todo, y tengo el derecho de saberlo, porque se trata de la felicidad de mi vida, que necesito defender á todo trance. Mi amor no es un sentimiento pasajero que el tiempo ó la distancia puedan borrar, es una pasión que inunda todo mi sér, que se ha identificado con mi existencia y que no saldrá de mi corazón sino con mi último suspiro. ¿Qué puede haber que se oponga á la realización de mi dicha, de nuestra dicha, porque estoy seguro de que tú me amas tanto como yo á tí? Dímelo, Valentina; acaso los obstáculos que se presentan puedan vencerse y yo los venceré.

—Es imposible, Raymundo; por eso no quería yo verte, por evitarnos á los dos esta inútil y amarguísima entrevista. Estoy ligada con un voto que no puedo dejar de cumplir.

—Pero los votos se conmutan.... Yo iré á Roma, yo alcanzaré esa conmutación y volveré á unirme contigo.

—No puede ser.... Aunque me fuera conmutado ese voto, lo cumpliría, porque fué el precio de la vida de mi padre y de la tranquilidad y acaso de la salvación de mi pobre madre.

—Tu escrupulosa conciencia te hace ver imposible lo que no lo es; todo esto es efecto de la tensión nerviosa en que estás por la desgraciada muerte de tu madre. Vuelve en tí, reflexiona con calma y verás que aun es posible nuestra dicha.

—He reflexionado mucho antes de resolverme; más bien dicho, he sostenido una terrible lucha para afirmar lo que resolví en el lecho de muerte de mi madre. Nada me hará cambiar. Oye las circunstancias en que hice el voto que nos separa.

Valentina refirió todos los pormenores de la escena que ya conocemos; cuando terminó, Raymundo hizo todavía inauditos esfuerzos para disuadirla, pero todo fué en vano.

—No prolonguemos más este tormento,—dijo por último Valentina.—Adiós, Raymundo; te dí todo mi amor; te he amado con toda la ternura de mi alma, y sólo Dios ha podido separarme de ti en este mundo, pero confío en que volveremos á vernos purificados por el sufrimiento, en la presencia de este mismo Dios que hoy nos separa.

—¡Adiós, mi Valentina, mi único amor!..... ¡Adiós, felicidad de mi vida!....

El llanto ahogó la voz de Raymundo; se cubrió el rostro con las manos, y cuando abrió de nuevo los ojos, se encontró solo en la sala; Valentina había desaparecido.

Salió Raymundo de aquella casa en tal estado de trastorno mental, que nunca pudo recordar lo que había hecho en aquel día; recorrió como un idiota las calles de la ciudad, sin sentir cansancio ni debilidad; sus facultades intelectuales, sus necesidades naturales y sus fuerzas físicas habían quedado como suspensas, ó más bien, subordinadas al terrible sufrimiento moral que le producía la pérdida de Valentina; á todo se había sobrepuesto aquel dolor, sin consuelo ni esperanza de remedio. Por fin, muy entrada ya la noche, volvió instintivamente al hotel en que estaba alojado, y allí, en la soledad de aquel cuarto, que remedaba la soledad de todo su sér, pasó el resto de la noche y todo el día siguiente.

Al separarse, casi huyendo, Valentina de Raymundo, se dirigió á la recámara en que había muerto su madre, se arrodilló en un reclinatorio delante de la imagen de la Santa Virgen de los Dolores, la misma que había recibido el voto que iba á cumplir, y levantando hacia ella los ojos enrojecidos por el llanto, dijo:

—¡Señora, Madre mía! perdóname estas lágrimas que sin querer se escapan de mis ojos; son las últimas que derramo por lo que creí que sería mi felicidad; es la última debilidad de mi mundano corazón!.... Aquí, á tus pies, dejo para siempre todo cuanto me ligaba con los años pasados; aquí renazco á una vida nueva que llenarás Tú con tu santo amor. No quiero conservar ni el recuerdo de lo pasado. Mándame el olvido.... Pero si esto no debe ser, si quieres que siga yo padeciendo, dame fuerzas y resignación. Tú, Madre de los desamparados; Tú, que tanto sufriste; Tú, cuyo nombre santo me enseñó á pronunciar mi madre, por quien hago este sacrificio; Tú, á quien jamás se acude en vano recíbeme por tu sierva y dame valor y manda la paz á mi corazón....

Poco á poco comenzó á llenarse el alma de Valentina, primero de una dulce melancolía, de resignación y calma, después. Pasó todo aquel día haciendo los últimos preparativos para el viaje, y cuando llegó la hora de partir, habían desaparecido de sus ojos las huellas del llanto.

* * *

A las once de la mañana salió de Puebla el tren especial que conducía á los

peregrinos que debían embarcarse al día siguiente en Veracruz.

Fuera de la estación, oculto entre unos árboles, estaba Raymundo á la orilla de la línea férrea. Cuando comenzó á moverse el tren, se arrodilló, bajó los ojos llenos de lágrimas y no tuvo el triste valor de ver pasar el convoy que se llevaba á Valentina; apenas había pasado, cuando se levantó para no ver más que los últimos carros que se perdían en una de las curvas del camino. Mucho tiempo permaneció con la mirada fija en el lugar por donde había desaparecido el tren; luego regresó á la estación y allí permaneció hasta el medio día, para tomar á esa hora el tren que lo condujo á México.

* * *

Valentina ingresó en las "Hermanas de la Caridad;" entre estas santas y heroicas mujeres, fué un modelo de virtud y abnegación durante los tres años que aún vivió; al cabo de ellos murió de una fiebre maligna que adquirió por contagio en un hospital.

Raymundo, fiel á la memoria de Valentina, vivió todavía muchos años; su corazón quedó cerrado para el amor y lleno siempre con el de Valentina. Ni los triun-

fos que obtuvo en la carrera del foro, ni los honores que le proporcionaron su honradez y su ciencia, pudieron nunca borrar el sello de melancólica resignación impreso en su semblante.

FIN

JULIAN

BOCETO DE NOVELA



Atlixco, Septiembre de 19....

Mi querido Carlos:

Una carta que acabo de recibir de mi amigo Pedro Robles, invitándome á pasar con él una temporada en su hacienda de "La Retama," ha venido á sorprenderme agradablemente en el retiro en que vivo hace tanto tiempo. Tú sabes cuánto cariño siento por Pedro, pues aunque no lo conoces personalmente, muchas veces te he hablado de él; ni la distancia ni los años que hemos dejado de vernos, han entibiado la amistad que nació, no al calor del hogar como la tuya, sino entre el frío de los obscuros y desmantelados dormitorios del colegio Seminario. Pedro sigue siendo para mí el amigo querido de la infancia estudiosa, como tú, Carlos, lo eres de esa misma

dichosa edad que se deslizaba juguetona y feliz durante las vacaciones.

¡Figúrate si habré recibido con intenso placer la carta que me proporciona la satisfacción de volver á ver á Pedro y pasar algunos días en su compañía!

Desde que se fué á vivir á México no lo he vuelto á ver, y, ¡hace ya de eso tantos años!....

Te confieso que esta mi alegría no está del todo exenta de ciertas sombras que en algo la obscurecen, y son, por una parte, el temor de que la familia de Pedro no sienta por mí el mismo cariño que mi amigo; ¡vamos! "que no le caiga yo bien;" y, por otra parte, que la cortedad de mi genio, mi ignorancia de los usos de la alta sociedad cortesana; mis maneras, más que provincianas, burdas; mi desaliño natural y mis trajes cortados á la moda de esta tierra, que, de seguro, es la moda que formó las delicias de los lechuguinos de la capital hace veinte años, todo esto me haga representar un papel por demás desairado entre los amigos de Pedro que vendrán con él de México. Tú que conoces mi carácter retraído y mi poco trato social, te harás cargo de lo cohibido que voy á estar entre personas de una sociedad que no conozco y de la que tengo casi olvidados los usos y cos-

tumbres. Aunque sea una puerilidad, te confieso que tengo miedo de hacer un papel ridículo, lo que, de seguro, me va a suceder, aunque no sea más que por mi empeño en evitarlo.

Ya me parece oir lo que me dirás sobre esto: que es indigno de un hombre serio y formal hacer alto en esas menudencias; que las prendas del alma y no las que engalanan el cuerpo, son las que se deben procurar y las que merecen la estimación de las personas honradas, etc., etc. Sí, todo eso me lo sé de memoria y me lo digo yo mismo, hasta cometiendo el vanidoso pecado de figurarme que poseo algunas de esas dotes del alma; pero mi presunción no llega al grado de creer que ellas son tantas y tan buenas que suplan, siquiera en algo, lo mucho que me falta, no ya para brillar en sociedad, sino para pasar en ella desapercibido como uno de tantos que no se distinguen por nada bueno ni malo. En fin, allá veremos lo que resulta, y de ello estarás al tanto, pues nada me hará suspender nuestra correspondencia.

Este paseo en algo perjudicará á nuestros estudios y experimentos de química; pues, como tú comprenderás, si bien puedo llevar á la hacienda algunos libros, no podré transportar el laboratorio; en cam-

bio, me propongo enriquecer mis colecciones de botánica, y hasta me figuro ya en posesión de algún raro ejemplar, no clasificado, al que daremos nombre, que pasará unido con el nuestro á las generaciones futuras.

El viaje lo haré en los primeros días de la semana entrante; de manera que, en la hacienda de "La Retama" fecharé, probablemente, mi próxima carta; en ella te daré pormenores respecto de la familia de Pedro, de sus invitados y de todo lo que se relacione con los que tú llamarás sin duda necios, y yo fundados temores que el viaje me inspira.

No sé por qué se posesiona de mí un vago sentimiento de tristeza al concluír esta carta; me parece como que mi vida va á sufrir un cambio radical, como que voy á perder para siempre la dulce tranquilidad que ahora disfruto y á entrar en una nueva faz de mi existencia. Pero, mira tú, éstos sí que son vanos temores que seguramente reconocen por causa la tensión nerviosa que se siente cuando va uno á dejar por algún tiempo sus habituales ocupaciones y á entrar en un género de vida desconocido; mucho influye también en el estado de mi ánimo el deseo de abrazar á Pedro, y la alegría que me causa el sólo pensamiento de volver

á verlo, que también el gozo engendra una dulce melancolía, especialmente en las personas que, como yo, ven deslizarse las horas de su existencia con monótona tranquilidad, que no conocen los pesares, ni han sentido grandes alegrías, y han dejado á sus pasiones, si las tienen, dormir en el fondo de su alma.

Adiós, Carlos, hasta que pueda fechar mis cartas en la hacienda de "La Retama."

JULIAN.

"La Retama," Septiembre de 19....

Mi querido Carlos:

Héme aquí ya en la temida cuanto deseada finca de mi amigo Pedro. Comenzaré por decirte, para calmar tu curiosa inquietud, que hasta ahora, y hace ya ocho días que llegué, no he sufrido la menor contrariedad, y comienzan á disiparse los temores de que te hablaba en mi anterior carta; todavía de vez en cuando me asaltan, especialmente en presencia de las señoras que acompañan á la familia de Pedro, y que son, como las hijas de éste,

elegantes, alegres, instruídas y perfectamente educadas.

De mi viaje nada te diré, porque de sobra sabes que los ferrocarriles, al acortar las distancias, han suprimido esos mil episodios que hacían á las veces tan agradables los viajes, y en otras los convertían en inagotable fuente de dramáticos recuerdos. Yo vine prosaicamente instalado en un coche de primera, sin que descarrilamiento, choque ó cosa parecida llegara á interrumpir la monotonía que reina como señora absoluta en los caminos de fierro.

Llegué sin novedad á la estación H., que dista cinco kilómetros de esta finca, y allí me esperaba un mozo con un ligero carruaje que en media hora me transladó hasta aquí.

Antes de presentarte á Pedro y demás personas que lo acompañan, quiero hacerte la descripción de la casa para que te familiarices con ella y puedas, mentalmente, acompañarme en mis excursiones y paseos.

La casa de la hacienda está situada en el fondo de una angosta cañada que luce la exuberante vegetación de nuestras tierras calientes; se llega al edificio por un camino sombreado por tamarindos, manglares y gran número de árboles de

distintas especies que no pude identificar al paso del ligero carruaje que me conducía. La casa es de dos pisos con grandes puertas y ventanas, defendidas de los ardientes rayos del sol por tupidas enredaderas y cortinas de género blanco y rojo. En la parte baja están la sala principal, el comedor, el saloncito para fumar, el billar, la biblioteca, el costurero de las señoras, el despacho de Pedro y las oficinas de los criados, y ocupan la parte alta las recámaras, todas con salida á tres amplios corredores con arcos de piedra. Mi habitación se compone de dos piezas, ambas con balcón al hermoso jardín que se extiende á un lado del edificio; y como Pedro conoce mis gustos y costumbres, ha mandado poner en una de las piezas un escritorio y un estante con libros: estoy, como ves, muy bien instalado.

Me acompañan en esta ala del edificio, dos hijos de Pedro, un primo de ellos, el Capellán, un Coronel, resto glorioso de nuestras pasadas luchas intestinas, y otros dos jóvenes Ingenieros, amigos de la familia.

A las nueve de la mañana nos reunimos en el comedor, para tomar un ligero almuerzo; se come á las dos de la tarde y cenamos á las ocho de la noche; des-

pués nos dirigimos al salón y se pasa la velada hasta las once entre la música, el ajedrez, la conversación, la lectura y algún tanto el baile.

Ya que estás al tanto de estos pormenores, tiempo es de que trabes conocimiento con los habitantes de esta "confortable" mansión.

Pedro, mi buen amigo, es un hombre como de cincuenta años, alto, robusto, blanco de color, con bigote y piocha entrecanos; de carácter franco y alegre, de finísimos modales y de irreprochables costumbres. Su esposa se llama Mercedes, y habré hecho su elogio si te digo que es digna de ser la compañera de mi amigo. El Capellán es un hombre muy instruído y virtuoso; creo que dentro de pocos días seremos muy buenos amigos. El Coronel es un carácter original, mezcla de severidad é indulgencia, de orgullo y humildad, de picarezca malicia y columbina inocencia. En cuanto á los hijos de Pedro, el primo y los dos amigos, no he podido hacerme cargo de sus caracteres, porque en estos días han estado ausentes, la mayor parte del tiempo ocupados en cazar, ejercicio al que son, según parece, muy aficionados.

El sexo que llamamos "bello," con la propia razón que las mujeres pueden lla-

mar "hermoso" al nuestro, está bien y abundantemente representado: además de la esposa de mi amigo Pedro, hay que contar á las dos hijas de éste, que responden á los nombres de Leonor y Consuelo; á una señora ya entrada en años que se llama Rita, y á dos señoritas que, si mal no recuerdo, se llaman respectivamente, Luz y Teresa; éstas y las hijas de Pedro, son muy jóvenes, agraciadas y hasta hermosas, si bien yo no soy voto en esta materia, por el retraimiento en que siempre he vivido. Con excepción de las extrictamente necesarias entre personas de buena educación, no he tenido con ellas, ni espero tener, otras relaciones.

Procuro evitar las reuniones que, generalmente, se tienen en el jardín después de comer, y, alejándome un poco de la casa, me pierdo durante una hora, poco más ó menos, entre las frescas y silenciosas callejuelas que forman los cafetales; nunca me falta un asiento rústico que me proporciona la comodidad bastante para leer, durante el tiempo que allí estoy, alguno de los muy buenos libros en que abunda la biblioteca de la casa.

Ya ves que no te olvido y, como siempre, seguiré escribiéndote con regulari-

dad, por más que mis cartas carezcan de interés por la temporal suspensión de nuestros estudios favoritos.

JULIAN.

"La Retama," Septiembre de 19....

Señorita Matilde G.

Mi buena y querida Matilde G.:
Perdóname que haya dejado pasar tanto tiempo sin escribirte Los días se deslizan en esta preciosa finca entre fiestas, paseos y excursiones por los alrededores. Yo no tenía idea de lo que es en realidad esta vegetación de la tierra caliente, ¡si vieras qué infinita variedad de árboles, frutas y flores! Las plantas que cultivamos con tanto trabajo en nuestros invernaderos y nos llenan de alegría cuando producen alguna que otra flor, crecen aquí en el campo á la intemperie, y se cubren de flores en todo tiempo; los arbustitos que adornan nuestros corredores y antesalas en macetas de porcelana, son aquí grandes árboles; y tú, que tienes pasión por los helechos y las begonias estarías encantada y no te cansarías

de admirar el número y el tamaño de esas plantas.

Todavía no visitamos á ninguna de las familias que viven en las haciendas inmediatas á ésta, de suerte que no tengo ningún nuevo "conocimiento," y por lo mismo no te podré decir nada de las costumbres de esta tierra, ni del "trato" de las personas, pues al único que conozco hasta ahora de este rumbo, es un señor Don Julián, que se reunió aquí con nosotros; vino de Atlixco, donde parece que vive, y es un amigo á quien Don Pedro aprecia mucho. Es un señor como de cuarenta años, muy serio y nada comunicativo, como que salvo los indispensables saludos, no nos ha dirigido una sola palabra. Te diré que su presencia como que me estorba, y no porque su figura sea desagradable ó bruscos sus modales; al contrario, su persona no carece de distinción, aunque algo la deslucen sus vestidos de corte provinciano, sino porque ni toma parte en nuestras diversiones, ni puede una tener conversación con tan serio personaje. Por lo demás, el Capellán, el bueno del Coronel, los hermanos de las muchachas y sus bulliciosos amigos, están todos encantados con Don Julián, y más que todos, por supuesto, Don Pedro, con quien se pasa largas horas ju-

gando ajedrez y hablando de agricultura, economía rural y otra porción de cosas que nosotras no entendemos; el Capellán no se cansa de ponerlo como ejemplo de moralidad, y aun creo que tiene empeño en conquistarlo para el sacerdocio, pues hablan frecuentemente de Teología ó alguna cosa parecida, según las muchas palabras latinas que se les suelen oír. ¡Figúrate si el Coronel dejará á sol ni á sombra á Don Julián cuando éste le ha hablado de batallas y encuentros, y de lo que en tal parte hizo ó dejó de hacer un General, y de por qué derrotaron á tal otro, y sabe al dedillo con todos sus pormenores aquella famosa batalla en la que ganó su grado el Coronel! Don Julián, según dicen los hermanos de las muchachas y sus amigos, habla varios idiomas, tira muy bien con toda clase de armas, conoce perfectamente los secretos de la caza y les han sido muy útiles sus consejos; hasta dicen que su conversación es muy amena. ¡Lástima que no participemos nosotras de ese tesoro, acaso porque el señor Don Julián no nos cree dignas de su atención!

Se me ha escapado en mi carta, sin querer, y contra mi costumbre, una poca de esa murmuración con la que tú y yo estamos tan reñidas; pero me has exigi-

do una crónica minuciosa y que te dé cuenta de mis impresiones y de las apreciaciones que haga en este mundo desconocido para las que siempre hemos vivido en México, y si te debo hablar de las personas con quienes tenga algunas relaciones, forzoso será que te diga claramente lo que de ellas piense.

La casa de la hacienda es muy amplia y cómoda, y está adornada con ese lujo sencillo que revela desde luego el refinado buen gusto de Don Pedro, quien ha tenido la galantería de mandar que se nos arreglara en la parte alta un verdadero estudio de pintor, en el que encontramos al llegar todo lo necesario para entregarnos, Luz y yo, á nuestra distracción favorita; en el salón hay un magnífico piano Chickering y una escogida colección de piezas de música, entre las que he visto varias de las que tú y yo tocamos á cuatro manos. No extrañamos nada de lo que constituye el "confort" y la elegancia de nuestras casas de México, y es una delicia tener esta vida de sibaritas en medio de cafetales, tamarindos, mameyes y chirimoyos, entre cortinas de madreselva y bajo la sombra de anchos platanares. Yo estoy muy contenta, y lo único que me apena es que la enfermedad de tu pobre tía te haya im-

pedido acompañarnos; saluda de mi parte á la buena señora y dale uno de los muchos besos que te envía tu amiga.

TERESA.

"La Retama," Septiembre de 19....

Mi querido Carlos:

Ya que deseas saber hasta lo más trivial de mis relaciones con la familia y los huéspedes de Pedro, voy á referirte una conversación en la que, contra mi propósito, tomé parte.

Con motivo de un asesinato cometido en la "calpanería" de la hacienda, fué aprehendida como sospechosa la mujer del occiso. El Coronel sostenía que ella, por celos, había dado muerte al marido.

—Quién sabe,—dijo el Capellán,—es raro encontrar aún en nuestro pueblo bajo, por desgracia tan poco ilustrado, mujeres criminales; la pobreza algunas veces, y en otras las instigaciones del hombre suelen llevarlas hasta el delito, pero casi nunca cometen crímenes tan odiosos como el que ha llevado á la cárcel á esa pobre mujer.

—Sin embargo,—dijo Pedro,—en las

mujeres predominan los signos que se han querido señalar como propios de los delincuentes; aunque me apresuro á decir, en desagravio de las señoras presentes, que yo no creo en la existencia de semejantes signos característicos del delincuente.

—¿Y se puede saber,—preguntó su esposa,—cuáles son esos signos con los que tan bondadosamente nos engalanan los señores sabios?

—El tener el cráneo menos voluminoso y el cerebro menos pesado que los hombres; el ser la mujer más frecuentemente zurda ó ambidextra; tener los músculos más débiles que el hombre; ser imberbe, y otros muchos, que no quiero repetir por no dejar mal parada la proverbial galantería de nuestro sexo.

—Siempre había yo creído que una barba inculta, una gran fuerza muscular, y, en suma, la fealdad del rostro, eran el patrimonio y las señales distintivas del criminal.

—Sí, señora,—se apresuró á decir uno de los jóvenes mexicanos,—y por eso seguramente se dice que el tipo del criminal es el hombre primitivo, el salvaje.

—¿Qué dices tú de esto, Julián?

A interpelación tan directa tuve que

contestar, tomando parte en la conversación.

—Yo creo,—dije,—que el hombre primitivo no era un salvaje; yo me figuro á los padres del género humano como el prototipo de la belleza y de la bondad, y creo que la mujer, como aseguran los naturalistas, ha conservado con mayor pureza los rasgos característicos de nuestros primeros padres. En la mujer, pero en la plenitud de su deslumbradora belleza, en la mujer viva, apasionada, graciosa y buena, es en donde se encuentra el tipo de la humanidad primitiva, y no en el rapaz ladrón ni en el feroz asesino.

—¡Bravo, señor Don Julián!—dijo el Coronel,—ha hecho usted una brillante apología de las mujeres, y sospecho que, á poco andar, sería usted capaz de convertirme en partidario del matrimonio.

—Es, en realidad,—agregó el Capellán,—el mejor estado para los que no tienen vocación para el sacerdocio, ó la sólida virtud que requiere el celibato.

—¡Zape!—replicó el Coronel,—y lo digo sin ofender á las señoras,—el matrimonio está bueno para los jóvenes que, faltos de experiencia, toman un número de esa lotería en la que hay un millón de probabilidades para perder, en contra de una sola para ganar.

—¡Por Dios, Coronel, y qué mala opinión tiene usted de nuestro pobre é inofensivo sexo!—dijo Doña Rita.

—¿Inofensivo ha dicho usted? ¡Oh!, si todas las mujeres fueran como ustedes, se podría escoger esposa á ojos cerrados! Desgraciadamente, como ha dicho no sé quién, ninguna mujer se parece exactamente á otra, y tratándose de ellas no hay reglas generales, sino únicamente excepciones; y es tan difícil conocer á las mujeres antes de tratarlas con intimidad, que el pobre pretendiente se lleva las más de las veces, el más solemne chasco.

—¿Qué dices tú de esto, Julián, tú que hace un momento defendías al bello sexo? Parece que no va tan descaminado el Coronel; al menos es opinión general que la mayor parte de las mujeres tienen, por dón especial de la naturaleza, desarrollado en alto grado, el arte de ocultar lo que sienten, por lo que es punto menos que imposible descubrir los secretos que están sepultados en el misterioso abismo de su corazón.

—Yo creo, por el contrario, que ni hay tal disimulo, ni existe tampoco ese insondable y misterioso abismo.—¿Cómo ha de haber adquirido la astucia que supone el disimulo, la pobre joven que ha pasado su niñez en el regazo de la madre; que

no conoce del mundo más que la parte risueña y tranquila del hogar doméstico? No es por cierto entre las caricias de los padres ni en los juegos de la niñez, ni siquiera en los albores de la juventud, sino en el pleno medio día de nuestra vida, cuando adquirimos esa triste experiencia que conduce al disimulo. Se necesita toda la amarga hiel del desengaño, todo el dolor que se siente al irse arrancando una tras otra las ilusiones de la juventud, que se marchiten al calor de las pasiones las flores de la inocencia, para que se pierda el tesoro de candor y de nobles sentimientos que todos tenemos en lo más íntimo del alma. Si alguna vez la mujer oculta sus sentimientos, no lo hace por malicia, sino como esconde sus esbeltas formas la tímida gacela, como se oculta la violeta entre el follaje, como la sensitiva cierra sus hojas para que nadie las toque.

—Mil gracias, Don Julián, en nombre de todo nuestro calumniado sexo; y después de tan elocuente defensa, no permito,—dijo la esposa de Pedro,—que se hable más sobre el asunto, para que la victoria quede por nosotras.

Estas palabras pusieron término á la conversación, no sin que las señoras me hubieran repetido las gracias por lo que

dije, que, como tú ves, nó valía la pena. Mi vanidad quedó satisfecha, y ¿lo creerás? lo que más me halagó fué la tímida, pero expresiva mirada de una de las señoritas amigas de la familia, que nada me dijo, pero que me vió de tan expresiva manera, que pude muy bien leer en aquella intensa mirada de sus negros ojos, que me daba las gracias por mi defensa y que la sorprendía encontrar en mí sentimientos distintos de los que abriga la generalidad de los hombres.

Esta conversación ha modificado algún tanto mis relaciones con las señoras; ya no estoy tan alejado de ellas; me han obligado algunas veces á tocar el piano; por galantería han aplaudido mi vieja música, y hasta han tenido la condescendencia de hacerme algunas preguntas sobre la química y fingir que se interesan en mis estudios de botánica; pero no obstante, esto, no he perdido aún "el pelo de la dehesa," y sigo siendo el mismo torpe provinciano que tú conoces y que te envía en esta carta un cariñoso recuerdo.

JULIAN.

"La Retama," Septiembre de 19....

Matilde mía:

Las frecuentes lluvias han interrumpido nuestros paseos, obligándonos á pasar dentro de la casa la mayor parte de las tardes; en cambio, las mañanas son de lo más frescas y agradables; el campo, de suyo tan hermoso, parece que adquiere nueva vida, los pájaros están más alegres y las flores más brillantes.

Nuestra involuntaria reclusión ha sido causa de que Don Julián se acerque poco á nosotras y empecemos á conocerle mejor. La otra tarde, á propósito de una discusión entre el Capellán y el Coronel, en la que éste no trataba de la mejor manera á nuestro sexo, intervino Don Julián, casi obligado por Don Pedro, tomó á su cargo nuestra defensa, y dijo tantas y tan buenas cosas, que todas estábamos pendientes de sus palabras; yo no pude menos que admirar su elocuencia, y he modificado en gran parte la opinión que había formado respecto de él; es, en realidad, un hombre muy instruído y de una conversación muy agradable cuando deja á un lado su timidez, que ésta debe ser y no el desdén á nuestro sexo, como creí al principio, la causa del poco ó ningún aprecio que de nosotras hacía.

Aunque su conversación es, la mayor parte de las veces, sobre asuntos científicos, sabe poner éstos al alcance de nuestras inteligencias, nos interesa con sus explicaciones y nos instruye sin usar de términos técnicos, ni del estilo ampuloso y pedante que tienen, por lo regular, los que pasan por sabios. Hemos descubierto también que es un buen músico; su escuela de piano acaso sea un poco antigua, pero toca de un modo tan sencillo y tan dulce, que se conoce desde los primeros compases que tiene un delicado gusto artístico; la mayor parte de las piezas que le hemos oído son composiciones suyas ó de la escuela alemana, especialmente de Mozart.

Probablemente, estos días lluviosos pasarán pronto, y se volverán á organizar cacerías, cabalgatas, días de campo y visitas á las fincas cercanas. Don Pedro ha dicho que antes de regresar á México estaremos unos días en Atlixco, población que todas tenemos muchos deseos de conocer, entre otras cosas, por los elogios que hace de ella Don Julián.

Ya ves que tengo, por ahora, muy poco qué contarte, y es seguro que pasará toda la temporada de nuestro paseo sin ninguno de los incidentes que se complacía en fingir tu romántica imaginación.

Todos nos hemos alegrado mucho del alivio que nos dices ha tenido tu tía, y confiamos en que muy pronto estará completamente restablecida. ¡Ojalá que pudieran ustedes venir á Atlixco para cuando nosotras estemos allá! Así tendríamos el gusto de verte más pronto.

Recibe de todos los más afectuosos recuerdos, con un beso de tu amiga.

TERESA.

"La Retama," Octubre de 19....

Mi querido Carlos:

Extrañas, y con razón, que no te haya escrito en más de un mes, y achacas mi prolongado silencio á que me he dejado seducir por fiestas y paseos que me hacen perder la memoria y borran el recuerdo del amigo. ¡Cuán lejos estás de la verdad, y cómo vas á arrepentirte de esos tus malos juicios al saber el motivo de mi forzado silencio! Sábete que he estado enfermo, y hasta de cierta gravedad. Pero esto merece referirse tomando las cosas desde sus principios.

Había llovido en la mañana y se tenían temores fundados de que continuara la lluvia por la tarde, lo que impidió que saliera yo á mi paseo favorito por los vecinos cafetales; pero habiéndose compuesto la tarde, me invitó Pedro á jugar ajedrez y nos dirigimos á uno de los kioskos del jardín, en el que ya estaban las señoras; comenzábamos el juego cuando al volver casualmente la vista á un lado, advertí que una de las señoritas, que estaba inclinada sobre una mesa rústica dando los últimos toques á una acuarela, tenía sobre la espalda un coralillo que balanceaba su diminuta cabeza, pronto ya á lanzarse sobre el blanco cuello de la joven, quien, con el menor movimiento, podía precipitar el ataque de la terrible víbora. Instintivamente, y sin reflexionar en lo que hacía, me acerqué rápidamente y quise afianzar al reptil cerca de la cabeza para evitar que me pudiera hacer daño; pero la precipitación con que obré me hizo perder el tino, y antes de estrangular al venenoso animal, no pude evitar que me mordiera repetidas veces. Afortunadamente, sus primeras mordidas fueron á la manga de mi saco, y sólo una de las últimas me llegó al antebrazo, lo que hizo que la ampolleta del veneno estuviera casi completamente vacía al pe-

netrar en mi cuerpo los colmillos del animal, por lo que fué mucho menos peligrosa la herida, pues, como tú sabes, las víboras dilatan bastante tiempo en secretar nuevamente la substancia venenosa. Esto no obstante, estuve, como ya te dije, gravemente enfermo; la fiebre me molestó mucho, y todavía más los agudos dolores del brazo; pero en cambió, he tenido la dulce satisfacción de conocer hasta dónde llega el cariño que me tienen toda la familia de Pedro y sus huéspedes. ¡Qué de atenciones, cuidados y finezas han tenido todos conmigo! ¡especialmente la señorita que estuvo en riesgo de ser mordida por la víbora! Casualmente esa señorita, que ahora ya sé que se llama Teresa, es la misma que me dió las gracias, muda pero elocuentemente, por mi defensa de las mujeres. Ahora casi no se ha separado de mi lado durante mi enfermedad, y me cuentan que veló dos noches á la cabecera de mi lecho en tanto que me tuvo aletargado la fiebre. Cuando la he dado las gracias por tanta bondad, bajó primero los ojos, ruborizada, y luego los levantó, fijando su mirada en la mía, con expresión de candorosa ternura.

—Usted me salvó la vida,—dijo,—por mi causa ha estado usted enfermo. ¿Qué menos podía hacer por mi salvador, que

cuidarlo durante su enfermedad, como lo han hecho todos los de la casa?

No sé qué respondí á esto; alguna frase banal, porque en aquellos momentos no se me ocurrió más que un ardiente deseo de volverme á enfermar para disfrutar por más tiempo de esas cariñosas atenciones que yo no he conocido hasta ahora y que son tan distintas de los servicios que me prestan mis criados.

En estos días, en los que, por deferencia á mí, se ha verificado la tertulia en mi habitación, he llegado no solamente á perder mi natural temor á las mujeres, sino á desear su compañía, y lo que es más, á buscar las ocasiones de estar cerca de las señoras, especialmente de Teresita, no porque sea la más hermosa, ni la más instruída, ni la mejor educada, que todas tienen por igual esos méritos, sino porque me inspira más confianza, y porque naturalmente tengo más que agradecerle á quien mayor empeño tuvo por mi salud.

Parece que mi carácter serio y acaso algo melancólico, está en consonancia con su candorosa timidez; creo que nos estimamos como dos viejos amigos y que uno y otra sentiremos por igual que llegue el momento de la separación.

Como todavía me siento un poco débil,

termino aquí esta carta, deseándote todo género de felicidades.

Tu amigo,

JULIAN.

"La Retama," Octubre de 19....

Mi inolvidable Matilde:

Muy poco ha faltado para que en vez de esta carta recibieras la esquela de mi defunción. No te alarmes, pues aunque he corrido un grave riesgo, ni estoy ni he estado enferma.

El caso fué que una tarde estábamos en el jardín, y una víbora de la peor especie, un coralillo, me subía por la espalda, sin que yo lo notara; afortunadamente, estaba con nosotros Don Julián, vió al animal y, sin pensar en que podía costarle la vida, cogió al venenoso reptil y lo mató, azotándolo contra el suelo, pero no pudo evitar que le mordiera el brazo, por lo que ha estado muy gravemente enfermo. Yo no me dí cuenta desde luego de lo que había pasado, lo que me evitó el consiguiente susto, pero ya tú comprenderás la angustia que habré tenido por la enfermedad de Don Julián,

especialmente en los dos días en que la fiebre le hizo perder la cabeza y llegamos á temer muy seriamente por su vida; fué necesario velar á su cabecera, y yo, que aunque inocentemente era la causa de su enfermedad, velé esas dos noches, acompañada de Mercedes, Doña Rita y Luz, y he creído que cumplía un deber de gratitud acompañando y atendiendo al enfermo. El pobre, que no da importancia alguna á lo que hizo por mí, se muestra muy agradecido por mis cuidados y la mutua confianza que se ha establecido entre nosotros con este motivo, hace que de día en día aprecie más á Don Julián; su conversación es tan agradable que todas las demás me parecen, si no insulsas, por lo menos faltas de interés, y si vieras qué alma tan noble, tan sencilla y tan buena tiene! Con razón lo aprecian todos y todos lo buscan!

Con motivo de la enfermedad de Don Julián, vino á verlo el criado á quien dejó cuidando la casa en Atlixco; es un viejo que se llama José y le dice á su amo "el niño," porque está á su servicio desde que Don Julián era muy joven; se pasó llorando los dos días que duró la gravedad del enfermo; nos ha contado que en otra vez estuvo también muy grave de una conmoción cerebral que sufrió por

salvar á un anciano, á quien estuvo á punto de desepedazar un tren, y que son muchísimas las familias pobres que han salido de la miseria con los auxilios de su amo, sin que sepan á quién deben los favores que reciben.

En nuestros paseos por el jardín, nos explica Don Julián las propiedades de las plantas; otras veces nos habla de los fenómenos de la naturaleza, de astronomía y de otras muchas cosas que nos ilustran al mismo tiempo que nos distraen, por la forma interesante que sabe dar á sus explicaciones.

Una tarde que estaba yo pintando un paisaje, no podía dar el colorido propio para representar los hermosísimos y brillantes tonos de luz que esmaltan las nubes en los crepúsculos; pero llegó casualmente Don Julián, por instancias mías tomó la paleta y al poco rato, el paisaje que estaba yo pintando se convirtió en una obra maestra. A nuestros entusiastas y merecidos elogios, contestó Don Julián:

—No soy yo el autor del cuadro, sino la señorita Teresa; yo no he hecho otra cosa más que dar algunos toques, para hacer resaltar más lo que tan perfectamente había ella concebido y ejecutado.

Y lo que él llamaba "toques" era el

cambio completo de aquel cielo que no supe pintar. Cuando nos veamos, te enseñaré el precioso cuadrito, que guardo como un tesoro, lo mismo que algunas acuarelas que ha tenido la bondad de pintar en mi álbum.

De un día para otro, esperan en "Flor del Bosque" á la familia Linares; tendremos personas conocidas con quienes tratar, y se inaugurará una nueva série de paseos y diversiones. ¡Cuánto siento que tú no nos acompañes! pero por lejos que estés de mi vista, no lo estás del corazón de tu amiga.

TERESA.

"La Retama," Noviembre de 19....

Mi querido Carlos:

Ya estoy completamente sano y he vuelto á seguir mi género de vida acostumbrado, con la diferencia de que mis lecturas en los cafetales se han convertido en paseos con Teresita por el jardín. Siento que no conozcas á esta señorita; reune á su notable hermosura, una instrucción poco común, un juicio recto,

una sólida virtud y la bondad y la inocencia de un niño.

—¡Qué planta tan rara es la sensitiva!—me decía ayer al examinar una de las muchas de esa especie que hay en el jardín,—parece estar dotada realmente de sensibilidad.

—No solamente en la sensitiva se advierte esa particularidad que tanto llama la atención de usted; también se nota en las flores de la ruda, del agracejo y de algunas especies de nopal; los tallos de la euforbia se contraen cuando se les hiere, y están dotados del movimiento espontáneo las hojuelas del Hedysarum Gyrans. Por otra parte, no sería extraño que las plantas tuvieran sensibilidad, al menos en pequeñísimo grado, ya que, en otros muchos puntos, se acercan y hasta se confunden los reinos animal y vegetal.

—¿Cómo así? Siempre me ha parecido que entre las plantas y los animales había tantas y tan notables diferencias, que no era posible confundirlos.

—En lo general esas diferencias son bastante marcadas, pero no lo son menos los puntos de contacto. Por ejemplo: se puede decir que las plantas respiran, si se las sumerge por algún tiempo en un gas puro, que no sea ácido carbónico ú oxígeno, perecen asfixiadas; se nutren

como los animales, con la sola diferencia de que mientras éstos se alimentan en general del centro, que es el estómago, á la circunferencia, las plantas absorben las substancias alimenticias por las raíces y las hojas, ó, lo que es lo mismo, se alimentan de las extremidades al centro; en eso sin duda se fundaba Aristóteles para decir que los vegetales eran animales vueltos al revés. Hay animales que parecen vegetales, como las esponjas; y vegetales que se confunden con los animales, como las confervas.

—Si es así, cada flor que cortamos produce á la planta una sensación dolorosa.

—Tal vez sí.

—Entonces no volveré á cortarlas, por temor de causar un dolor inútil.

—No tanto, señorita, porque ni es seguro que sientan ese dolor, y, en todo caso, se hace un beneficio á las plantas con la poda de las flores.

Las lluvias han sido aquí tan abundantes en los días pasados, que llegó á desbordarse el río, con cuyas aguas se riega esta finca; á Pedro causó esto algunos perjuicios, aunque no de importancia, pero al dueño de un ranchito cercano le destruyó completamente las sementeras y hasta la casa de habitación. ¡Pobres gentes! Mientras el marido y el mayor de

sus hijos hacían inútiles esfuerzos para salvar, al menos, una pequeña parte de su siembra de maíz, la mujer y tres niños, casi desnudos, vagaban por el campo, sin tener donde refugiarse; cuando Pedro lo supo mandó traerlos, y aquí todos á porfía se han esmerado en prodigarles consuelos y recursos; las señoras se han hecho cargo de vestir á los niños, y Pedro ha prestado al ranchero, sin interés y con largo plazo, todo lo necesario para reponer sus pérdidas.

En los momentos de la inundación, Pedro con sus hijos, sus amigos y el primo, fueron con la cuadrilla á reforzar las estacadas y bordes del río. Al tener noticia de que peligraba el ranchito vecino, montamos á caballo el Coronel y yo, únicos hombres útiles que habíamos quedado en la hacienda, y nos dirigimos al lugar del suceso; al llegar, el pobre ranchero acababa de lanzarse al río, para ayudar á su hijo, que había sido arrebatado por la corriente, y estaban ya los dos á punto de perecer, cuando el Coronel se arrojó también al agua y pudo salvarlos, aunque con gran trabajo y á costa de algunas contusiones que sufrió. Cuando yo ví á los tres luchar trabajosamente con las aguas, no tuve más remedio que acudir en su socorro, lo que me hizo recordar

aquellos lejanos tiempos en que ganaba los premios de natación y atravesaba, por simple juego, las aguas del Atoyac en sus mayores crecientes.

—Estúpido ranchero!—me decía el Coronel al volver.—¿A quién se le ocurre meterse en el río cuando viene crecido? Y luego para ayudar á un muchacho que bien pudo pasársela solo. Estas gentes no tienen idea del peligro y lo arrostran de la manera más tonta.

—Pero, Coronel,—le contesté riendo,—permítame decirle que, si llama estupidez al hecho de que un padre quiera salvar á su hijo, ¿qué nombre dará usted á su generosa acción de arrojarse al agua por salvar á los dos?

—Diré que soy aun más estúpido que ellos y no volveré á hacerlo.

—Mientras no se presente la ocasión,—agregué.

Y no solamente salvó al ranchero el Coronel, sino que le dió una buena cantidad de dinero, creyendo que yo no lo notaba.

Al regresar á la finca fuimos objeto de una verdadera ovación. Para el Coronel fueron merecidos los elogios, no para mí, que no hice otra cosa más que prestar una ligera ayuda, sin riesgo para mi per-

sona; así y todo, á los dos nos colmaron de alabanzas.

La bondad de las señoras ha establecido entre nosotros una mútua confianza que me hace aun más agradable la estancia en esta finca, en la que permaneceremos hasta fines del próximo mes de Diciembre, ó hasta principios de Enero, pues aunque la temporada debía concluir en este mes, no quiere Pedro volver á México hasta que deje terminadas, ó al menos muy adelantadas, las obras que ha emprendido para evitar que vuelva á desbordarse el rio. Esto me servirá para practicar algo la ingeniería, que he abandonado por mucho tiempo.

No dejes de decirme si has conseguido eliminar los aceites esenciales que contiene el alcohol extraído del jugo del Izote, y mándame por express los libros que te pido en la lista que acompaño á esta carta.

Tu amigo.

JULIAN.

"La Retama," Noviembre de 19....

Mi maliciosa y querida Matilde:

Búrlate cuanto quieras de mí, pero no tienes razón. Dices que al leer mis cartas vas sospechando que estoy enamorada ó á punto de enamorarme de Don Julián, y das vuelo á tu imaginación, y te figuras que me caso, que se hacen fiestas reales y qué sé yo cuantas cosas más que están muy lejos de suceder. Es cierto que aprecio mucho á Don Julián, pero entre él y yo no hay, ni puede haber, más que respetuosa amistad por mi parte, y deferente condescendencia por la suya. Que en mis cartas te hable yo de él, es natural, por ser la única persona extraña con quien hasta ahora tratamos aquí, y ser tan poco lo que tengo que contarte fuera de lo que se relaciona con nuestra vida íntima; de manera que, mientras esto no cambie, ó suprimo mis cartas, ó tengo que hablarte en ellas de Don Julián, y como ni tú ni yo queremos lo primero, resígnate á lo segundo, permitiéndote yo, por mi parte, que hagas cuantos comentarios quieras, de los que juntas nos reiremos cuando vuelva á México.

Ahora, poco tengo que hablarte de Julián (así le decimos ya todos), porque lo han tomado por entero Don Pedro y los

muchachos, que han inventado levantar un nuevo plano de la finca y componer los bordes del río, aprovechando la oportunidad de haber venido con nosotros Juan Ortiz y Salvador Jiménez que, como tú sabes, acaban de recibirse de Ingenieros; pero, según parece, Julián sabe mucho más que ellos, pues nada hacen sin consultarle, y él es quien realmente dirige todo.

A propósito del río: se desbordó en días pasados, haciendo mil destrozos en los ranchos inmediatos, y el pobre Coronel por poco se ahoga, por salvar á unos que se llevaba la corriente; pero, afortunadamente, estaba allí Julián y, ya se sabe, en su compañía nada malo puede suceder; se arrojó al agua y salvó al Coronel, á un ranchero y á su hijo. Como de costumbre, dijo que él nada había hecho, que el Coronel era quien había salvado á los otros, y que él no hizo más que prestarle un auxilio, pero el Coronel nos contó cómo había sucedido el caso y los grandes riesgos que todos corrieron.

Cuando supo Don Pedro lo que había pasado, nos dijo:

—"No me llama esto la atención; Julián hace los mayores sacrificios y ejecuta los actos más abnegados, sin darles importancia alguna. Desde que estába-

mos en el colegio era así; él moderaba nuestras pasiones juveniles, intervenía en nuestros disturbios de estudiantes y, aunque era de los más jóvenes, todos lo queríamos, por su carácter afable y complaciente; llegó á imponerse á todos nosotros por su valor sereno, su recto juicio y su bondad nunca desmentida. Aún recuerdo con ternura una vez en que estuvo á punto de ser expulsado del colegio por un pequeño robo que le habían hecho á uno de los catedráticos; el culpable era un muchacho que constantemente molestaba á Julián, sobre quien de pronto recayeron las sospechas; el pobre Julián no hacía más que llorar de vergüenza y asegurar que no era el ladrón. Por fin, ya estábamos todos reunidos en el rectoral para presenciar la vergonzosa expulsión, cuando el verdadero culpable se denunció, conmovido porque Julián lo había visto cometer el robo y no había dicho una palabra en su contra. —¿Por qué no decías quién era el culpable?—le preguntó el Rector.—Porque me daba lástima la viejecita que lo viene á ver, y prefería que me expulsaran á mí y no á su nieto, que no tiene padres; los míos no habían de creer que yo era ladrón. Gracias á Julián no fué expulsado el culpable, que estaba en el colegio por

gracia, que todavía vive y que es ahora un ejemplar sacerdote. Rasgos por el mismo estilo podría referir muchísimos de Julián."

Ya tú verás si tengo razón para estimarlo. En nuestras excursiones me siento enteramente segura si está cerca de mí, y estoy ya tan acostumbrada á tratarlo, que cuando por casualidad no está en nuestras reuniones de las noches, me parece que falta en ellas algo esencial, lo que depende especialmente de que toca muy bien á primera vista y es el único con quien puedo tocar á cuatro manos algunas de las piezas que me encontré aquí; si tú estuvieras con nosotros, no me haría falta Julián.

Interrumpo mi carta porque acaban de llegar visitas.—Adiós, mi Matilde, recibe un cariñoso beso de tu amiga.

TERESA.

"La Retama," Diciembre de 19....

Mi querido Carlos:

Dejo por un poco de tiempo el compás y los cálculos matemáticos; no quiero fastidiarte por ahora con mis consultas científicas, y dando tregua á los asuntos

serios, te contaré algo de mi vida íntima en estos últimos días.

Cuando el tiempo está bueno hacemos algunas excursiones á caballo, con las señoras, y hemos visitado varias veces á una familia conocida de la de Pedro, que vino también de México á la hacienda de "Flor del Bosque." Nada de particular tendrían estas visitas, ni de ellas te hablaría, si no fuera porque un joven que se llama Ernesto y es hijo del dueño de la finca, parece qué pretende á Teresita, lo que sería una desgracia para ella si llegara á casarse, pues el tal joven tiene un carácter altanero y violento, unido á una lastimosa ignorancia. ¿Qué porvenir espera á Teresita con semejante marido, á ella que es tan instruída, tan candorosa y pura, de tan brillante y fina educación? Me desazona y preocupa en gran manera que pueda corresponder á las pretensiones de Ernesto, quien, según dicen, es un buen partido, por su riqueza. Pienso algunas veces que esto en nada me interesa, que dentro de muy poco tiempo dejaré de ver á Teresita, y es probable, seguro más bien, que no vuelva á tener noticias suyas; pero á pesar de esto, deseo para ella todo el bien posible, como se desea para una persona á quien se aprecia.

Parece que á Ernesto le soy también

antipático, pues no pierde oportunidad de molestarme indirectamente. La última vez que fuimos á su hacienda, creyendo que no sé montar á caballo, porque uso siempre uno muy manso de Pedro, hizo que el Mayordomo tomara mi caballo y se adelantara con los mozos que llevaban la comida á la orilla del río, donde íbamos á pasar un día de campo, y mandó que ensillaran para mí un potro alazán de gran alzada, pajarero, mañoso y que difícilmente se dejaba montar. Ya estaban en el patio las señoras y todos dispuestos, sólo yo faltaba, cuando llegó un mozo con el caballo; al ver que se encabritaba, que no dejaba tomar el estribo y que los mozos sonreían maliciosamente, y al oír que Ernesto mandaba, en son de compasiva burla, que llevaran una mula, por ser aquél un caballo demasiado brioso para mí, se sublevó el amor propio que no creía yo tener, olvidé mi circunspección habitual, y ¡cosa increíble y que me tiene todavía avergonzado! quise lucir mi destreza delante de las señoras. Por fortuna no he perdido mi agilidad ni mis conocimientos de equitación y, sin tocar el estribo, salté sobre la silla. Caro pudo haberme costado este alarde, porque, sorprendido el caballo, volvió á encabritarse, saliendo después á escape; al

ver que no obedecía al freno, lo dejé correr, y aun lo castigué con el látigo, hasta que llegamos cerca del río, en un lugar donde la corriente va encajonada entre dos rocas cortadas á pico; allí tiré fuertemente de las riendas y logré contener al animal, que volvió á la hacienda caracoleando, pero ya dócil, como todo caballo que reconoce la superioridad del jinete que lo monta. Pedro, los demás y hasta el mismo Ernesto, que estaba asombrado de que hubiera yo podido dominar al potro, se empeñaban en que tomara yo otro caballo, pero yo no quise y anduve todo el día en el alazán.

En la tarde hubo un baile, en el que ya supondrás que no tomé parte.

—¿Por qué no baila usted. Es que no le gusta el baile? me preguntó la madre de Ernesto.

—No sé bailar, señora; pero me agrada ver á las parejas seguir con sus caprichosos movimientos el compás de la música reflejando en los semblantes el placer que las anima. En el campo aumentan la belleza de la fiesta el follaje de los árboles, el verde césped que sirve de alfombra, el suave aroma de las flores y los brillantes colores de la luz crepuscular; parece que la naturaleza toma también parte en la general alegría. De noche, en

un salón, el cuadro es diferente, acaso menos bello, pero no destituido de encantos; la luz artificial tiene colores que sólo ella produce, las joyas adquieren mayor brillo y hasta la hermosura propia de la mujer, como que se aquilata con el ambiente cálido y perfumado y se aumenta con la elegancia de los trajes.

—Es muy raro que encontrando en el baile tanto atractivo, no tome usted parte en él.

—Mi juventud, señora, la pasé en el colegio haciendo la triste vida de los internos y yendo durante las vacaciones á la hacienda de mi familia; no tuve tiempo de aprender más que un poco de las ciencias á que me he dedicado. Y luego, en la edad madura, ya no era propio que aprendiera el baile.

—Sin embargo, me ha dicho Mercedes que conoce usted la música y que dibuja muy bien.

—Esas son artes propias de la vida solitaria que llevo en Atlixco.

En este punto de la conversación llegó á sentarse junto á nosotros Teresita, que acababa de bailar el primer vals con Ernesto. (Incansable bailarín.)

La señora al verme acompañado, se separó de nosotros para atender á la esposa de Pedro, y Teresita me dijo:

—Esta tarde me parece que alguna cosa le preocupa;—noto en usted como una sombra de tristeza. O es que se siente usted indispuesto por el mal rato que le dió el caballo esta mañana? Todos sufrimos momentos de verdadera angustia, que se aumentaba con la imposibilidad de acudir en su socorro; pero Ernesto dijo que seguir al caballo serviría tan sólo para azuzarlo y que corriera más.

—Así era en efecto. No niego á usted que algún temor me causó la carrera del caballo, sobre todo por no conocer el terreno por donde me llevaba, pero no fué tanto que me tenga indispuesto, y, por otra parte, nada tengo que me preocupe ó me cause tristeza, lo que estaría fuera de su lugar en una reunión tan animada y alegre.

—No para todos es tan alegre como usted se figura; yo no estoy enteramente bien esta tarde, y aunque no he podido excusarme de bailar, no he tenido tampoco ningún placer en hacerlo.

—¿La ha fatigado á usted el paseo y se siente cansada?

—No; verdaderamente no tengo cansancio natural; pero no sé por qué la música, que tanto me agrada, ahora me produce un vaga impresión de tedio, y veré

con mucho gusto llegar el momento en que regresemos á la hacienda.

—Si no está usted cansada, me atrevo á proponerla un corto paseo por la orilla del río, eso la distraerá y disipará completamente el ligero malestar que siente.

—Tiene usted razón, vamos.

Tomó el brazo que la ofrecí y nos encaminamos al río, que á muy poca distancia del lugar en que estábamos, corría mansamente, bañando con sus aguas la exuberante vegetación de sus orillas.

La tarde estaba hermosísima. El sol se iba acercando á su ocaso y las nubes tomaban de la luz los más brillantes y variados colores, que se iban desvaneciendo en medias tintas hasta perderse en el azul intenso del lejano horizonte. Por entre las flores rojas de las buganvilias y los copos blancos de los algodoneros, revoloteaba un mundo de canoras aves que trinaban melodiosamente. El ligero viento que mecía las palmas, llevaba hasta nosotros las frescas emanaciones de las aguas del río y el delicado aroma de los chirimoyos y de las gigantescas magnolias.

Teresita y yo paseamos largo rato envueltos en aquel ambiente saturado de perfumes, de luz y de colores; suspendimos toda conversación, temerosos de que

con nuestras palabras se rompiera el encanto de aquella apasible tarde, y por fin, volvimos á reunirnos con nuestros compañeros cuando se acercaba la hora de regresar á la hacienda. Nunca se borrará de mi memoria el recuerdo de aquella tarde!....

Estoy resuelto á volver cuanto antes á mi casita de Atlixco; en aquel silencioso retiro guardaré cuidadosamente los recuerdos de estos hermosos días, y al reconstruírlos en mi memoria, un rayo de felicidad alegrará mi solitaria vida.

Adiós, mi querido Carlos.

Tu amigo.

JULIAN.

"La Retama," Diciembre de 19....

Mi buena Matilde:

Está ya en "Flor del Bosque" la familia Linares, y con este motivo los paseos y las fiestas se han sucedido sin interrupción, al grado de que algunas veces me siento fatigada por tanto movimiento.

Será porque me estaba acostumbrando á la vida quieta y tranquila, pero lo cier-

to es que extraño mucho nuestros solitario paseos por el jardín y nuestras tertulias familiares, que ahora se han convertido en días de campo, bulliciosas reuniones y bailes.

No deja también de contrariarme la presencia de Ernesto Linares; tú sabes que desde México me hace la corte, y por más que varias veces le he indicado que no me agradan sus obsequios, insiste en sus pretensiones, según me habían indicado las muchachas, y pude convencerme de ello la otra noche en un baile; aprovechó el momento en que estaba yo un poco retirada de los demás para sentarse á mi lado y hablarme del amor que, según dice, siente por mí, exigiendo que le correspondiera; de la mejor manera posible tuve que decirle que no sentía por él inclinación alguna; no fué esto bastante, y seguía insistiendo, de manera que ya no sabía yo qué decirle, cuando llegó Luz á sacarme de aquella embarazosa situación, llamándome de parte de Mercedes.

Si antes no sentía cariño por Ernesto, mucho menos ahora que puedo comparar su frívola conversación y sus vulgares palabras, con el sencillo pero elocuente lenguaje de los hombres verdaderamente ilustrados, como Julián. Ayer nada menos, hablábamos del amor y de los tier-

nos placeres del hogar, y me decía que aunque no tenía experiencia, por lo que había visto en la casa de sus padres y por lo que él mismo sentía al fingirse una esposa y una familia, iba á decirme lo que creía que era el amor en el matrimonio: Y comenzó á desbordarse un torrente de ternura que brotaba de sus palabras, dulces y melodiosas como el tema de que nacían, y tan distintas de la insulsa galantería que estamos habituadas á oír. Es imposible que te repita sus palabras, que sólo él sabe decirlas; era necesario que oyeras su voz y vieras sus ojos iluminados con los destellos de la inmensa ternura de su alma varonil. El amor de Julián debe ser candente como lava, irresistible como una avalancha, y al mismo tiempo puro y tierno como las caricias de un niño. Al oírlo hablar, sentía yo la misma impresión que cuando me arrullaba mi madre. Y eso que tú sabes muy bien que no peco de romántica, ni soy propensa á la sensiblería, de la que tantas veces me he burlado; pero Julián es un hombre superior que avasalla con sus palabras y hace sentir á los demás lo que él siente, es un hombre perfecto, todo nobleza y bondad.

Se va acercando el tiempo en que volvamos á México y allí, de viva voz, te

contaré muchas minuciosidades que no caben en los límites de una carta. No me taches de ingrata si te digo que aunque tengo muchos deseos de verte, siento algo así como tristeza al pensar en la partida; pero esto se borrará con el primer beso que le des á tu amiga.

TERESA.

—Conque es irrevocable tu resolución de marchar mañana para Atlixco?—decía Pedro á Julián el día siguiente al en que Teresa escribió la carta anterior.—¿Quieres abandonarnos cuando faltan ya muy pocos días para que todos regresemos á México?

—Sí, Pedro, es indispensable, por más que me cause sumo pesar que nos separemos antes de concluír la temporada que habíamos dispuesto estar juntos.

—Te conozco muy bien, sé que nada haces sin tener para ello razones serias y poderosas que antes has pesado detenidamente; así es que no insistiré en detenerte; se hará como tú deseas; mañana á las cinco estará á tu disposición el coche, para llevarte á la estación; pero, ¿po-

dré saber al menos lo que motiva tu repentina partida, que á todos va á causar un serio pesar?

—Es justo que te dé la explicación que deseas, y que debo darte, por más que esa explicación me mortifique: Desde hace algunos días notaba en mí algo que no podía darme cuenta de lo que era, que influía poderosamente en mi modo de ser habitual, y modificaba mi carácter; por más que buscaba la causa de esa evolución que sentía, y de la tensión de mi espíritu, no podía dar con ella, hasta que se me ha revelado instantáneamente.... Estoy profundamente enamorado de Teresita..... Esto te sorprende, lo mismo que á mí. De nada me han servido mis años, mi experiencia, ni el juicio que creía yo tener; de pronto me encuentro convertido en un niño, juguete de pasiones que amenazan sobreponerse á mi razón, ofuscando mi entendimiento. He comprendido que no puedo luchar, y apelo á la fuga antes de que alguna involuntaria imprudencia dé al traste con mis propósitos y revele á Teresita mi loca pasión; esto sería una ofensa á tu franca y cariñosa hospitalidad, y casi un insulto á Teresita, quien no se ofendería por mi pobre y respetuoso amor, sino por mi atrevimiento en demostrárselo.

—Pero, ¿estás verdaderamente enamorado al extremo que dices?

—Sí, Pedro, sí; toda la ternura que ha ido atesorando mi corazón durante la vida de aislamiento que he llevado, toda esa ternura que no ha tenido expansión en tantos años, ha revelado de pronto su existencia, llena todo mi sér y absorbe todos los sentimientos de mi alma. No puedo luchar con ella; pero acaso aún sea tiempo de que la ausencia reprima y dome esta pasión, y lo que ahora es incendio que ilumina y quema, se llegue á convertir en dulce fanal de apacible y melancólica luz que pueda yo ver de frente sin riesgo de abrasarme en sus llamas.

La sombra de una bondadosa sonrisa pasó, más que por los labios, por los ojos de Pedro, quien dijo:

—Mucho agradezco tu confianza en mí, y respeto los motivos que te obligan á dejarnos; como antes te dije, tendrás dispuesto el coche, mañana á las cinco, hora en que hay que salir de aquí para tomar el tren en la estación.

—Te ruego que á nadie digas que me voy mañana, pues no quiero mentir inventando pretextos para mi viaje; así es que deseo que solamente el mozo me acompañe á la estación.... Cuando pasen por Atlixco me despediré de ustedes.

"La Retama," Diciembre de 19....

Matilde de mi corazón:

Lo que tú preveías ha sucedido. Amo con toda mi alma á Julián, y esto lo he descubierto ahora que ya no está aquí. Se fué ayer, sin decirnos nada, sin despedirse de mí.... Ya se vé, ¡qué interés le ha de inspirar esta pobre mujer que ni siquiera supo conocer cuánto lo amaba hasta que lo perdió!

Cuando á la hora del almuerzo nos dió Don Pedro la noticia de que se había ido Julián, sentí un vacío tan grande á mi alrededor y una amargura tan inmensa, que tuve que retirarme del comedor para ocultar mi emoción y las lágrimas que se agolpaban á mis ojos; entonces comprendí cuánto lo amaba, no sé cómo podré vivir sin él, esta casa perdió para mí toda su alegría y el campo todas sus bellezas.

¡Con qué amarga tristeza veo el piano y las piezas que tocábamos juntos! Aun está abierta la última que tocamos, "La invitación al baile," de Weber.

Hoy entré á las piezas que habitó; allí están los libros que leía, los muebles que usaba, todo lo mismo que antes; pero falta él. Tomé de una mesa unas flores de heliotropo, seguramente las últimas que

cortó, porque le agradaban mucho, y las guardo cerca de mi corazón.

¿Te figuras, Matilde, lo que estará sufriendo tu pobre amiga, enamorada de un hombre que no se fija en ella, y condenada á sofocar este amor sin esperanza, porque no la tiene de elevarse á las regiones en que ese hombre vive, ni se le puede acercar para decirle: "¡Te amo con ese amor inmenso de que me has hablado, quiero vivir contigo y fundir mi alma en la tuya!?"

Aunque hago esfuerzos inauditos para ocultar mi tristeza y las huellas de mis lágrimas, temo que lleguen á conocerlas y que me hagan preguntas á las que no sé qué contestaría; afortunadamente, la ida de Julián ha entristecido á todos, se han suprimido las diversiones, todos lo echan de menos y es increíble la falta que hace hasta para las cosas más insignificantes.

Ya se habla de nuestra próxima vuelta á México, que yo deseo ahora más que nunca, porque pasaremos por Atlixco, allí veré por última vez á Julián, allí nos separaremos para no volvernos á ver jamás. Esa despedida será dolorosísima para mí, pero sufriré con gusto ese dolor, en cambio de una palabra, de una sola mirada de Julián.

Tú me conoces muy bien, sabes que mis afectos son firmes, que mi cariño no sufre cambios, que á nadie he dado mi amor, ni pensaba darlo, precisamente porque estaba segura de que si llegaba á amar, sería por toda la vida; de suerte que mi amor á Julián no se acabará jamás.

Compadéceme, mi querida Matilde, y espérame, que muy pronto irá á llorar en tus brazos tu pobre amiga.

TERESA.

Rumbo al Suroeste, y á unos veintiocho kilómetros de distancia de la ciudad de Puebla, en un fertilísimo y ameno valle á la falda del Popocatepetl, está situada la ciudad de Atlixco, Cabecera del Distrito que lleva el mismo nombre.

Nada hay más hermoso que aquel valle siempre verde, en el que aparecen las casas de la ciudad y las torres de sus iglesias rompiendo el apretado follaje de los árboles que las circundan.

A lo lejos, entre plantíos de caña, siembras de trigo y campos de maíz, se descubren las casas de numerosas haciendas, fábricas y molinos. Todo el risueño valle

está cruzado por innumerables canales de agua que fertilizan aquellas tierras y modifican el ardiente calor de los veranos; porque, á pesar de estar tan cerca de Puebla, Atlixco tiene un clima caliente, aunque no molesto para los habitantes, gracias á los vientos fríos que soplan de los volcanes, tomando de las nevadas cumbres la frescura que derraman por todo el valle; por eso en aquel suelo privilegiado se cosechan los frutos de las tierras frías al lado de los que son propios de los climas calientes: por eso es tan rico aquel Distrito que está llamado á ser el primero del Estado de Puebla.

La ciudad se asienta al pie de una eminencia aislada que se llama "El Cerro de San Miguel," de muy difícil acceso, por lo pendiente de la subida, que no puede vencerse sino rodeando en espiral el cerro. Los edificios de la ciudad son, en general, de construcción moderna; amplias y aseadas las iglesias, limpias las calles, con ricos establecimientos mercantiles y cruzadas por líneas de tranvías. Pero sobre todo, lo que da á la población su más típica belleza, son sus huertas y los numerosos "solares" que la rodean, en los que se producen con abundancia los mangos, las chirimoyas, las guayabas, el café y toda clase de frutas y hortalizas que

salen diariamente por el Ferrocarril Interoceánico para México y Puebla en grandes cargamentos. Son muy notables, especialmente, las fábricas de hilados y tejidos de algodón "La Carolina," "El León" y la grandiosa de "Metepec," una de las mejores de la República; sus molinos producen la harina más apreciada en todo el Estado de Puebla, y á diario se establecen nuevas negociaciones industriales, aprovechando el gran caudal de agua que se precipita del volcán al valle.

La fundación de la ciudad data de la segunda mitad del siglo XVI. Durante nuestras pasadas guerras civiles, sufrió mucho Atlixco, porque no es ciudad defendible, por lo que las gavillas de todos los bandos entraban en ella libremente, atraídas por la riqueza de sus moradores; pero no obstante las continuas alarmas, los tiroteos y la inseguridad de los caminos, siguió progresando Atlixco paulatinamente, hasta que la paz vino á desarrollar por completo sus elementos de riqueza.

De muchos varones ilustres ha sido cuna la ciudad de Atlixco; no hablaré de los muertos, que tienen ya su puesto en la historia, y de los vivos, mencionaré únicamente á los señores Lics. Emilio

Morales é Ignacio Pérez Salazar; el primero, ilustre pedagogo y dulcísimo poeta; el segundo, integérrimo Magistrado y poeta que reune á la pureza del clasicismo en la forma, los elevados pensamientos del fondo.

Oculta entre la arboleda, á orillas de la población, imitando la forma de un "chalet" suizo, llena de luz, de aspecto sonriente, por sus exquisitas flores y sus fuentes de mármol, estaba la casa en que habitaba Julián.

Eran las cinco de la tarde, acababa Julián de entrar en el laboratorio para arreglar unas colecciones nuevas de plantas que había recogido en aquellos últimos días, cuando se presentó el mozo con una carta en la mano, diciéndole:

—Niño Julián, acaban de traer esto del hotel de Doña Josefa, y esperan contestación.

Tomó la carta, reconoció desde luego la letra de Pedro, la abrió violentamente, y vió que decía lo que sigue:

"Mi querido Julián:—Acabamos de llegar, te necesito y espero que vengas á vernos esta misma tarde.—Tu amigo.—Pedro Robles."

Una ola de sangre le subió del corazón

al cerebro; se quedó unos momentos sin poder articular palabra; pero reponiéndose á costa de un supremo esfuerzo, dijo al mozo:

—Dí al que trajo la carta, que avise á la persona que se la dió, que voy allá inmediatamente.

Se cambió traje, dió algunas vueltas por el jardín, y cuando hubo recobrado el dominio sobre sí mismo, se dirigió al hotel.

En el espacioso corredor esperaban á Julián Don Pedro y su esposa, lo saludaron cariñosamente y entraron á una sala, en la que nadie estaba; allí se separó de ellos Don Pedro, y después de un corto rato de conversación, relativo al viaje de la familia, iba Julián á preguntar por las demás personas que había dejado en la hacienda, cuando aparecció Don Pedro acompañado de Teresita; se levantó Julián para saludarla, y entonces Don Pedro, tomando la mano de la encantadora joven, dijo solemnemente:

—En nombre y por encargo especial de mi buen amigo Don Luis de Avendaño, entrego la mano de su hija la señorita Teresa, al señor Don Julián Moncada.

La fuerza de voluntad que poseía Julián en alto grado, no fué bastante para impedir que en aquel momento revelara la sorpresa que le causaron estas pala-

bras y el inmenso júbilo que inundó su alma. Tomó la enguantada mano de Teresa y la llevó á sus labios, inclinándose respetuosamente. Cuando levantó la vista, sus ojos estaban velados por las lágrimas.

Con el pretexto de anunciar á los demás compañeros de viaje la visita de Julián, dejaron solos á los enamorados, quienes en breves y entrecortadas frases se dieron por primera vez cuenta de que era mutuo el purísimo y elevado amor que unía sus corazones.

Cuando estuvieron reunidos todos los que habían vivido en familia en la hacienda de "La Retama," dijo Don Pedro:

—Te debo, mi querido Julián, una explicación, que ansiaba darte, porque te ha de haber parecido demasiado fría nuestra separación en la hacienda. Desde mucho tiempo antes de la confidencia que me hiciste, habíamos comprendido todos la impresión que habían hecho en tí la hermosura y la bondad de Teresita, al mismo tiempo que veíamos que tú no le eras indiferente. Todos deseábamos que esa mutua inclinación creciera hasta llegar á unir á ustedes con los estrechos lazos del matrimonio, y ya pensaba yo interrogarte sobre esto, cuando me hiciste tus confidencias. No me opuse á que nos

abandonaras entonces, porque tu ausencia me serviría para lograr mis propósitos; en efecto, Mercedes se aprovechó de la profunda tristeza de Teresita para arrancarle la confesión de su amor, y ya entonces, seguro de ustedes, escribí á mi amigo Luis proponiéndote para esposo de su hija, diciéndole cómo se amaban ustedes, sin haberse dicho una palabra que revelara sus sentimientos, y dándole todas las noticias y datos necesarios. La contestación no se hizo esperar, y ha sido tal, que á todos nos ha causado sumo placer, en el que entra por algo el egoísmo, pues que tu matrimonio nos asegura tu permanencia entre nosotros.

—Darte las gracias por lo que has hecho por mí, sería vulgarizar mi agradecimiento. En mis brazos, latiendo juntos nuestros corazones, podrás apreciar la inmensa felicidad que te debo.

Julián y Pedro se abrazaron, y después, todos sus buenos amigos de "La Retama" fueron á estrechar cariñosamente la mano del primero y á colmar de felicitaciones á los novios.

Ocho días permanecieron todos en Atlixco, tiempo necesario para que Julián arreglara sus negocios y pudiera ir á celebrar en México su matrimonio, pues ya

no quiso volver á separarse de su prometida.

El regreso á México se verificó en medio de la más franca alegría, como que la felicidad es contagiosa.

—Sabe usted, Julián,—decía el Coronel después de servido el café en el carro Pullman,—sabe usted que si no tuviera tantos años, sería capaz de echarme por esos mundos de Dios en busca de una media naranja, aunque no se ajustara muy bien á la otra media que me cupo en suerte? Tanto así estoy envidiando esa felicidad que veo en ustedes.

—Aun es tiempo, Coronel,—dijo Mercedes,—los años no han quitado á usted su aspecto marcial, ni han hecho mella en su salud, ni han cambiado sus honrados y buenos sentimientos.

—Ni el corazón envejece,—agregó uno de los hijos de Pedro.

—Y ya se habrá usted convencido,—dijo por último Luz,—de que las mujeres no somos tan insubstanciales que despreciemos la virtud y el talento.

—Todo será cierto; pero ¡ay! mi pobre esposa, si la encontrara, ya no disfrutaría de mi "amena conversación," pues que no lé sabría hablar de otra cosa que de los sucesos que presenciaron sus abuelos y que encontraría mejor narra-

dos en cualquier libro de historia; ni la serviría "mi virtud" más que para ejercitar ella la de la paciencia; ni se daría por satisfecho su buen gusto cuando paseara llevando al lado mi viejo uniforme de Coronel en depósito. No, señores, cada cosa á su tiempo, y los nabos por adviento; yo me conformo con el reflejo de la felicidad que gozan mis buenos amigos.

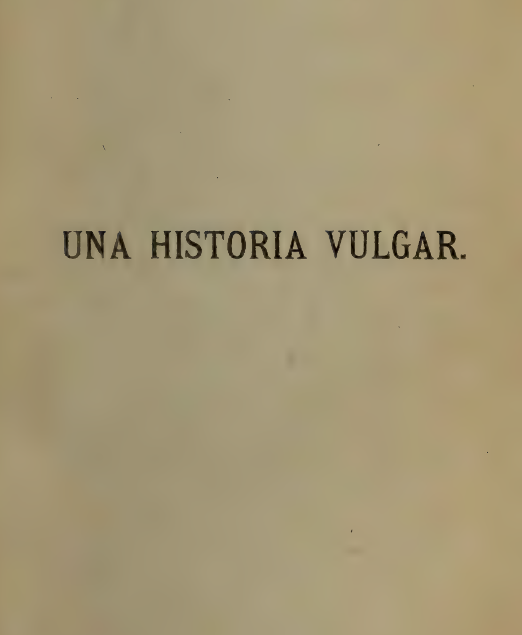
En México, seguro ya Julián de sí mismo, dejó á un lado sus temores, desplegó todas las galas de su ingenio, se hizo apreciar de cuantos lo trataban, y muy pronto ocupó en las aristocráticas reuniones que se verificaban en las casas de Pedro y de Don Luis Avendaño, el distinguido puesto que merecía.

A los dos meses de estar en México Julián, se celebró su matrimonio con Teresa. Desde entonces viven los dos en la capital, disfrutando perpétua luna de miel. Van á pasar los inviernos á la elegante casa de Atlixco, donde son siempre recibidos con cariñoso entusiasmo por la multitud de gentes pobres, que les deben su bienestar; por los niños, que se educan á sus expensas, y por los ancianos, á quienes han asegurado paz y tranquilidad para sus últimos años.

Teresa dice que el invierno es la épo-

ca del año más hermosa para ella; que nada es comparable á la inmensa satisfacción que siente al oír las palabras cariñosas de aquellas pobres gentes, que todo se lo deben á Julián; que la figura de éste se engrandece con las bendiciones de sus protegidos, y que, si fuera posible, amaría más á su marido á medida que va descubriendo en él nuevos tesoros de bondad.

Lo que no dice Teresa es que ella tiene una gran parte en todo lo bueno que hace Julián; que por iguales partes se divide entre los dos el respeto y el cariño de los necesitados; que en cada invierno lleva un cargamento de juguetes para los niños y de ropa para los pobres, y que es la Presidenta honoraria de todas las Asociaciones de caridad que hay en Atlixco.



UNA HISTORIA VULGAR.



I

RECUERDOS DE ANTAÑO

Al terminar el sitio que los franceses pusieron á Puebla en el año de 1863, salí de la ciudad y estuve, por muchos años, lejos de ella. Los acontecimientos políticos de esa época y una serie de circunstancias, imprevistas las unas, provocadas por mí las otras, independientes de mi voluntad las más, y desgraciadas casi todas, me alejaron de mi tierra natal, no obstante los muchos deseos que tenía de volver á verla.

Huérfano desde mi niñez, no tenía más parientes conocidos que una anciana tía y un primo de mi misma edad, á quien veía como hermano, porque nos habíamos educado juntos y nos profesábamos sincero y entrañable ca-

riño. Estando en la frontera del Norte, supe que había muerto mi tía; pero de Miguel (que así se llamaba mi primo), no había vuelto á tener noticias.

Por fin, allá por el año de 1880 pude realizar mis deseos y volver á Puebla. ¡Con qué grata emoción ví de nuevo el hermosísimo valle que limitan los volcanes de México, la sierra del Norte, la del Sur y las últimas ondulaciones de la gigantesca Malintzi, que van á desaparecer por el Oriente en los cerros del Pinal! De pronto, al asomar la cabeza por una de las ventanillas, á la derecha del vagón que me conducía, ví á lo lejos la histórica pirámide de Cholula; presa de indecible emoción pasé al otro lado y pude contemplar las torres y el caserío de la ciudad de Puebla, los cerros de Guadalupe y Loreto, las arboledas de los jardines y la multitud de pequeñas iglesias que se extienden por los suburbios. No pude ver más; mis ojos se nublaron y no me fué dado impedir que rodaran dos lágrimas por mis mejillas. Volvía á la tierra que guarda las cenizas de mis padres, á la ciudad en que nací, en la que se deslizaron los tranquilos años de mi niñez; á la ciudad querida que siempre había tenido

presente en la imaginación, con la que soñé á diario durante diez y siete largos años. Si algo quedaba de lo que había amado, estaba allí; y si ya habían desaparecido mis amigos de otra época, si mi primo había muerto, por lo menos encontraría materializados, por decirlo así, mis recuerdos, y viviría con ellos impregnado de la dulce melancolía que producen en el alma.....

Poco después llegó el tren á la estación; había en ella mucha gente, pero no ví ningún rostro conocido, todos eran extraños para mí. Mis compañeros de viaje, con quienes no había yo atravesado palabra durante el camino, bajaron alegremente al andén de la estación; á todos los esperaban sus familias ó sus amigos, para todos había palabras de bienvenida, abrazos y cariñosas manifestaciones. Esperé que saliera la mayor parte de la gente, y, haciendo tristes reflexiones sobre mi aislamiento, tomé un coche de plaza y me dirigí al Hotel de Diligencias, único del que recordaba el nombre. Allí tuve la fortuna de que el administrador del Hotel conociera á mi primo y me diera la noticia de que estaba casado y vivía en una hacienda del valle de San Martín, á la que podía ir tomando asiento en una diligencia que

hacía viajes á esa población. No quise ir desde luego, sino que escribí á mi primo, avisándole mi llegada á Puebla; porque después de tantos años de no vernos y estando él casado, temí que se hubiera resfriado mucho el cariño que me tenía, lo que seguramente descubriría yo por el tenor de su contestación á mi carta.

Entretanto recibía esa contestación, quise recorrer la ciudad y los lugares en que se verificaron los principales episodios del histórico sitio de los franceses.

Mi primera visita fué al cerro de Guadalupe. Antiguamente existía allí un templo que, después del 5 de Mayo de 62, fué destruído por los ingenieros encargados de las fortificaciones, y, en vez del parapeto de tierra que rodeaba la iglesia, fueron construídos dos baluartes de mampostería y algunas otras obras de defensa. Todo lo encontré abandonado y casi destruído por el tiempo, lo mismo que los viejos fortines de Loreto, mudos testigos de la gloriosa batalla del 5 de Mayo y de las continuas salidas que durante el sitio hizo la división del General Negrete, con un objeto que hasta ahora no he podido averiguar, pues se reducían á formarse en batalla las tropas y recibir

unos cuantos cañonazos de las baterías francesas.

Desde la altura de Guadalupe recorrí con la vista los que fueron fuertes de La Misericordia, de Los Remedios y de Totimehuacán, por el Oriente y Sureste, y el de Santa Anita, al Poniente; nada quedaba de ellos más que las iglesias medio destruidas del segundo y del último, y como ningún recuerdo especial traían á mi memoria, bajé del cerro dejando para la tarde de ese día la continuación de mis solitarios paseos.

Como era natural, tenía interés en visitar de preferencia los lugares que me habían sido más familiares en los últimos días de mi permanencia en la ciudad, de los que conservaba un recuerdo más vivo y en los que podía apreciar mejor los cambios que se habían verificado en aquellos diez y siete años.

Comencé por el antiguo convento del Carmen, punto extremo de la línea de defensa, por el lado Sur. Allí se mezclaban y confundían los recuerdos de mi niñez con los de mi juventud. Al llegar á la plazuela que está antes de la iglesia, se me representaron al vivo las procesiones á que tantas veces asistí de niño.

La procesión de la Virgen del Carmen era una de las más famosas de Puebla; todo el barrio se engalanaba, y las calles que recorría la procesión. se cubrían literalmente de flores, cortinas, enramadas y gallardetes; al rumor del santo rezo se unían el atronador estampido de innumerables cohetes, los acordes de las músicas, el alegre repique de las campanas y el sordo murmullo de la multitud; las principales damas de la ciudad y los caballeros de la aristocracia, asistían á la procesión con vela en mano y sendos escapularios, formando numerosa comitiva que, con edificante compostura, caminaba por el centro de las muy limpias calles; y era de ver la gran cantidad de "faroleros" que acompañaba á la Virgen Santísima, y el lujo de los prismas y garzotas de cristal con que estaban adornados los faroles. En las calles, y especialmente en la plazuela, eran incontables los "puestos" de frutas, dulces y aguas frescas, sobresaliendo entre todos, en número y calidad, los de aquellas riquísimas peras que producía la huerta del convento, peras de todas clases, y tan abundantes que constituían una no despreciable renta para los Carmelitas.

Esa procesión desapareció en virtud de las leyes de Reforma; la huerta fué

arrasada, y con ella los famosos perales, al levantarse las fortificaciones de la ciudad. Siempre he creído (perdóneseme la ignorancia), que si aquella huerta hubiera quedado dentro del recinto fortificado, como fácilmente pudo haberse hecho, en vez de estorbar, hubiera sido muy útil en el caso de un asalto al Carmen. asalto que no llegó á verificarse.

Del convento no quedaban más que ruinas, y gracias que se conservaba todavía intacta la iglesia. Una parte de los que fueron claustros, estaba convertido en cuartel para infantería, bastante malo; el resto lo ocupaba un establo de vacas; el panteón, que las balas francesas destruyeron en parte, había sido reedificado, si bien pronto dejaría de estar en uso, substituyéndolo el flamante de "La Agua Azul."

Entre el Carmen y Santa Inés, habían destruido los ingenieros mexicanos una larga serie de casas, para formar una línea fortificada que unía esos dos puntos; las ruinas de aquellas casas las encontré, poco más ó menos, en el mismo estado en que las había dejado.

La gran tapia de la huerta del convento de Santa Inés, donde los franceses sufrieron un terrible escarmiento

la mañana del 25 de Abril de 1863, estaba de nuevo levantada; pero el convento se había convertido en casas particulares con fachadas de forma irregular y sin ningún gusto artístico; lo mismo había pasado en las calles de Múgica y El Pitiminí, casas de mal aspecto y, en general, de un solo piso en vez de las gloriosas ruinas que sepultaron á tantos héroes desconocidos de la posteridad.

Llegué á San Agustín; contra lo que yo esperaba, la hermosa iglesia estaba abierta al culto; penetré en ella, y honda tristeza embargó mi ánimo al recordar lo que había sido aquel templo. Cuando yo era niño, una gran cortina roja cerraba el paso al crucero de la iglesia, porque desde años atrás estaba decorándose espléndidamente; poco antes de comenzar el sitio se concluyó el decorado, hecho á todo costo y con exquisito gusto; entonces la iglesia fué acaso la mejor de Puebla, excepción hecha de la Catedral. Durante el sitio, llovieron sobre San Agustín las balas y las granadas francesas; la maciza torre quedó hecha pedazos; en la bóveda central y el muro en que se apoyaba el altar mayor, abrieron grandes brechas los proyectiles del enemigo, y un terrible incendio destruyó

completamente cuanto había en la iglesia. Al concluir el sitio, hasta el pavimento de mármol había desaparecido, y no se veían más que paredes medio destruidas ennegrecidas por las llamas del incendio; la cantería de que estaban formadas las pilastras laterales y los arcos de las bóvedas, había reventado por todas partes por efecto del fuego.

La reposición que se había hecho á la iglesia de San Agustín no era tal que le hubiera devuelto su perdido esplendor. No existía ya el magnífico órgano rival del de la Catedral, ni los lujosos altares de las capillas, ni menos el suntuosísimo decorado del crucero; pero lo hecho bastaba para conservar la parte material del edificio, que por sí sola es notablemente hermosa.

Salí del templo, ví de paso la calle nueva (del 5 de Mayo), abierta en el centro de lo que fué el convento, y en la que ninguna casa se había construido todavía, probablemente por lo costoso que debía ser despejar el terreno acabando de destruir aquellos fuertes muros y aquellos gruesos pilares que formaban los antiguos claustros, y di la vuelta por la calle de La Obligación, para volver á ver lo que los franceses

llamaban "La Maison Rouge," una casa de dos pisos con la fachada de ladrillo, que fué teatro de sangrientos combates; esa casa, y algunas otras de la dicha calle, estaban en vía de reparación.

Seguí por todo lo que fué "Rediente de Morelos," hasta salir al Paseo Nuevo; todo conservaba mucho del aspecto ruinoso en que lo dejó el sitio, pero ya no existía la plazuela de San Agustín; en aquel espacio se levantaba el edificio elegante y moderno de la "Casa de Maternidad," peremne testimonio de la filantropía del señor Don Luis de Haro.

En el Paseo Nuevo, árboles recién plantados comenzaban á substituir á los que derribó el hacha de los ingenieros mexicanos; si me había parecido que fué inútil la destrucción de la huerta del Carmen, la cual fácilmente pudo quedar dentro de la fortificación, el haber derribado los árboles del Paseo, á espalda de la Penitenciaría, siempre he creído que perjudicó á la defensa, ya que nunca se pensó seriamente en defender la línea de casas que daban frente al Paseo, como lo probó el hecho de haberlas evacuado inmediatamente después de perdida la Penitenciaría. En cambio, quedaron en pie

las casas del cercano barrio de Santiago, que debieron ser destruidas, ó más bien, que debieron fortificarse sólidamente, como se debió fortificar el cerro de San Juan, que domina á la ciudad por el Poniente. Si se hubiera ocupado esa altura (que sirvió de cuartel general á los franceses), la línea de circunvalación de los sitiadores habría tenido que extenderse hasta más allá del Atoyac, para lo que no bastaban los treinta mil hombres del ejército francés. Oí decir en aquellos días, que no se hizo tal cosa por carecer de fuerzas suficientes para cubrir una tan extensa línea fortificada; pero, salvo mejor opinión, en la mía, que no era más que la de un oficial subalterno, nuestros diez y ocho mil hombres eran bastantes para defender esa línea.

La pobre Penitenciaría y el viejo colegio jesuíta de San Javier, comenzaban apenas á reconstruirse; allí fué lo más recio del ataque y lo más heroico de la defensa, por lo terrible del cañoneo que precedió en varios días al asalto, y el gran número de fuerzas con que atacaron los franceses al reducido número de mexicanos que habían quedado en el fuerte, pues ya se había dado la orden de abandonarlo por insos-

tenible y retirarse á la segunda línea de defensa.

Toda la fortificación de la Penitenciaría, por el Poniente y el Sur, estaba tan inmediata á los altos muros del edificio, que las piedras que de éste desprendían las balas francesas se convertían en mortíferos proyectiles que diezmaban á los defensores; no sé por qué la fortificación no se extendió hacia afuera; lo que hubiera constituido una segunda línea de defensa apoyada en el edificio á la hora del asalto; ya se ve, tampoco se unió San Javier con la iglesia de Guadalupe, lo que fué un error que los hechos se encargaron de demostrar.

Cansado de mi larga excursión, volví al centro de la ciudad, llena mi alma de melancólicos recuerdos. Si en los suburbios poco ó nada había cambiado, en el centro era distinto. Las altas tapias de los conventos de monjas, que ocupaban manzanas enteras, estaban ya convertidas en casas modernas y elegantes; la calle del Hospicio había recobrado su antiguo aspecto, algo mejorado por nuevas construcciones; las iglesias de San Marcos y San Ildefonso, que habían sido desmanteladas y en parte destruidas, estaban también reconstruidas, y á la Pla-

za de Armas daba risueño aspecto un jardín, que prometía llegar á ser un agradable sitio de recreo. Pero, ¡ay! si la ciudad se rejuveneció con el tiempo, yo, que la había dejado siendo casi un niño, volvía á ella en la plenitud de la vida, con la tristeza en el alma, sin ilusiones ni esperanza de alcanzar la dicha que había soñado. Volvía á ver lugares y edificios que me eran familiares, que en mis largos años de destierro había contemplado imaginariamente, á la luz de los recuerdos; pero no encontraba en aquellos lugares ni el calor del hogar, ni los dulces afectos de la amistad, ni siquiera me eran conocidas las personas que conmigo se cruzaban en las calles; todo había cambiado en diez y siete años, y yo era un extranjero en mi ciudad natal.

No podía terminar mi paseo sin hacer una visita á la hermosa Catedral; ésta sufrió muy poco durante el sitio, alguna que otra bala de cañón que había estrellado la cantería de la fachada, y una que, rompiendo el tablero de una de las puertas del frente, se incrustó en el altar de la Purísima. Todo estaba compuesto sin dejar huellas de los pequeños desperfectos, y, lo que es más, se habían dorado las bóvedas,

parte de la cantería y las grandes rejas de fierro de las capillas; por cierto que, en una de éstas, la del Sagrado Corazón de Jesús, al lado de la epístola, se había sepultado al cadáver del general francés Laumiére, que murió frente á la Penitenciaría; lo que no pude averiguar fué si aún estaban allí los restos del General ó se los habían llevado los franceses al retirarse, en 67.

Al salir de la Catedral, no pude menos de recordar el famoso "Donjon" del General Mendoza: una gran trinchera, con su correspondiente foso que rodeaba el atrio, y que sería, al decir del General, el último punto de la defensa de Puebla.

— Cómo me recibirá Miguel?— pensaba yo al regresar al hotel.—Seguirá siendo mi hermano querido de otros tiempos, ó también él habrá cambiado?—Y mi conciencia me decía que, en gran parte, tendría yo la culpa de ese cambio por no haberle escrito en tanto tiempo; pero ya procuraría disculparme, explicándole la causa involuntaria de mi prolongado silencio.

———



II

MI PRIMO MIGUEL.

Cuatro días hacía que había escrito á Miguel y aun no recibía la anhelada contestación; ya pensaba dejar la ciudad para radicarme en México, cuando al llegar al hotel, á la caída de una tarde, me dijo el camarista que mi cuarto estaba abierto porque en él me esperaba un señor que había preguntado por mí y se había resuelto á esperarme al saber que llegaría al poco tiempo.

—¿Quién podrá ser?—pensé; y, adoptando el medio más fácil y sencillo de encontrar la contestación á esta pregunta, me dirigí violentamente á mi cuarto. Abrí la puerta y de pronto no conocí á la persona que me esperaba y que, al sentirme llegar, se había le-

vantado del sillón en que estaba sentada. Casi inmediatamente, aunque los años en algo lo habían cambiado, reconocí á mi primo.

—¡Miguel!—exclamé.

—¡Mi querido Carlos!—contestó, arrojándose en mis brazos.—Ven á la luz, te veré bien.... ¡Qué cambiado estás....! Mira, aquí tengo tu último retrato. ¿Te acuerdas que nos fuimos á retratar poco antes de que terminara el sitio, por si no nos volvíamos á ver?

—Yo también conservo el tuyo, lo que no me ha costado, por cierto, poco trabajo, en medio de las muchas aventuras que he tenido.

—Gracias á este retrato, eres una persona muy conocida de Julia y de mis hijos, quienes muchas veces me han puesto en aprietos preguntándome dónde estaba su tío Carlos; son incontables las mentiras que me has hecho inventar para satisfacer la curiosidad de los muchachos... Y la verdad es que el tío que voy á llevarles, apenas si tiene ligero parecido con el del retrato.... Tu naciente bozo se ha convertido en espeso y fino bigote, estás más robusto y mucho más alto, y, sobre todo, te hace falta el uniforme; pero la expresión de tus

ojos negros no la ha podido cambiar el tiempo.

La charla alegre y cariñosa de Miguel me había impresionado tanto, que mis ojos se llenaron de lágrimas, y por única contestación volví á estrechar entre mis brazos á mi primo. Luego noté que estaba tan impresionado como yo y procuraba disimularlo, hablando apresuradamente.

Cuando nos hubimos serenado, reanudó la conversación, diciendo:

—Soy un aturdido, debí comenzar por decirte que llevo diez años de casado y tengo cuatro hijos, á los que muy pronto conocerás, lo mismo que á mi esposa Julia; por ahora no tenemos tiempo que perder, es necesario que dispongas tu viaje para venir conmigo á la hacienda; la diligencia sale á las cinco de la mañana. Y, á propósito, ¿cómo supiste que no vivía yo en la ciudad, y por qué me escribiste en vez de ir directamente á la hacienda?

Por nada hubiera confesado á Miguel mis dudas sobre el recibimiento que me haría; así es que le contesté:

—El administrador de este hotel me dijo dónde vivías, y te escribí para tener entretanto unos días de descanso y volver á ver detenidamente la ciu-

dad, de la que falto hace tanto tiempo.

—Muy cambiada la habrás encontrado, si no en su parte material, sí en sus habitantes. ¡Qué pocos poblanos hay en ella! Todas las familias antiguas han ido desapareciendo, y puedo asegurarte que no queda uno de nuestros viejos amigos; aun los poblanos que hay ya no son de aquellos de nuestro tiempo, y por más que esto sea natural, pues no en balde pasan los años, causa tristeza encontrarse sin amigos.

—Es cierto, yo no he visto en todos estos días á ningún conocido.

—Lo mismo me pasa á mí, y eso que falto de la ciudad desde hace mucho menos tiempo que tú. Ya me contarás qué ha sido de tu vida en tantos años; yo, en cambio, te referiré la única aventura notable que he tenido desde que nos separamos, la que fué causa de mi matrimonio. Con que arregla tu equipaje para mañana y manda que pongan otra cama en este cuarto para quedarme contigo en la noche.

—Mi equipaje tiene muy poco que arreglar; se reduce á esa petaca que ves y otra petaquilla de mano; de

suerte que estoy listo para acompañarte á cualquiera hora.

—Pues vamos á dar una vuelta por la plaza, cenamos después en la casa de Magloire y temprano nos venimos á dormir.

Así lo hicimos, y al día siguiente salimos para San Martín, habiendo tenido la suerte de que no hubiera más pasajeros que nosotros, lo que nos permitió hablar libremente durante las cinco horas que hicimos de camino.

—¿Te acuerdas—me dijo Miguel cuando al salir de la cuenca del Atoyac descubrimos el cerro de la Uranga,—te acuerdas cuántas veces vimos en la cumbre de este cerro flotar las banderas de señales con que correspondía el General Comonfort las que se le hacían desde las torres de la Catedral?

—¡Cómo no he de acordarme, si en los últimos días del sitio eran para nosotros una esperanza de salvación esas señales. Todos creíamos que Comonfort mandaba un verdadero ejército capaz de hacer levantar el sitio; de haber sabido lo que era en realidad el famoso ejército del centro, no hubiéramos estado tan confiados.

—Yo no sé á quién le ocurrió la pe-

regrina idea de situar esas fuerzas en San Martín; mucho más nos hubieran servido cortando la línea de comunicaciones de los franceses.

—Realmente; ahora que tenemos más experiencia podemos apreciar los graves errores que se cometieron en aquella época.

—¿Qué objeto tenían las tropas que mandaba Comonfort?

—Nunca lo he sabido.

—Por cierto que no puedo menos que reírme al recordar cómo se comunicaban los vigilantes de la torre de Catedral con el cuartel general que estaba en el Obispado.

—Sí; con un largo cordel que estaba tendido desde arriba y tenía un tubo al que se ataban las comunicaciones; y gracias que se adoptó ese medio, un tanto primitivo, porque antes se perdía mucho tiempo en subir y bajar la interminable escalera, y atravesar el atrio.

—Aún no me has referido nada de tu vida durante los diez y siete años que has estado lejos de nosotros.

—Tiempo tendremos para eso al llegar á San Martín, ó esta noche en tu hacienda si continuamos desde luego el viaje.

—Aunque nos esperan los mozos

con caballos y un coche en la estación, pienso que comamos en ella y salgamos para la hacienda á eso de las cuatro de la tarde; la finca dista del pueblo unas cuatro leguas de muy buen camino, que se andan cómodamente en dos horas; así descansamos y llegamos á muy buen tiempo á la hacienda.

—Me parece muy bien; por ahora, déjame admirar el bellísimo panorama de este valle, al que tú no parece que concedes gran atención.

—Es uno de los valles más ricos del rico Estado de Puebla, regado por el Atoyac y otra multitud de riachuelos que bajan de los volcanes; no tienes idea de la fertilidad de estas tierras; así se explica que las haciendas situadas aquí tengan muy poca extensión, y, sin embargo, alcancen muy elevados precios; no daría yo la mía por doscientos mil pesos, y no tiene más que diez caballerías de tierra.

—Por lo que se ve desde el camino. los terrenos están muy bien cultivados.

—Sí; tenemos, en general, toda la maquinaria moderna de agricultura; están ya abolidos los arados de palo, y en la mayor parte de las fincas verás

elevarse el humo de las chimeneas y oirás el silbido del vapor.

—Cuando yo conocí este valle estaba en muy distinto estado.

—Ya lo creo, como que supongo que lo viste por primera y única vez, cuando saliste de Puebla, después del sitio.

—Sí, ni tú ni yo quisimos presentarnos prisioneros al rendirse la plaza, y procuré salir cuanto antes para reunirme á las tropas que quedaban en México; al día siguiente de la rendición me escapé, en la noche, mal montado en un flaco caballejo, detestablemente vestido y con doce reales de capital en la bolsa; pasé por estos rumbos, pero más al Norte, porque preferí tomar el camino de Tlaxcala y los Llanos de Apam, que, aunque más largo, me pareció más seguro. Como al salir yo de Puebla no estabas en la casa en que me dijiste que te ibas á esconder, no pude avisarte mi salida, que, por otra parte, no me era dado demorar.

—Con mucho cuidado me tuviste algún tiempo, hasta que ví por casualidad citado tu nombre en un periódico; volví á verlo después unas dos ó tres veces, pero no te pude escribir porque no tenías residencia fija.

—Por idéntica razón no te escribí yo tampoco, pues ni siquiera estaba seguro de que permanecieras en Puebla.

—En ella me quedé por no haber podido salir desde luego como tú; á poco tomaron México los franceses, vino la proclamación del Imperio y ya no salí de la ciudad.

En esto, habíamos llegado á San Martín; paramos en un mesón de regular aspecto, dió Miguel sus órdenes á los mozos que nos esperaban y nos instalamos en un cuarto para descansar mientras llegaba la hora de comer.

—Vamos á ver—me dijo Miguel cuando nos hubimos quitado en parte el polvo del camino,—cuéntame tu vida. ¿Te has casado? ¿tienes familia? ¿cómo te ha tratado la voluble fortuna? ¿eres feliz?

—Mucho preguntar es eso, pero voy á satisfacer tu natural curiosidad. Desde luego te diré que no me he casado; no tengo, en consecuencia, más familia que la tuya; la fortuna no me ha negado sus bienes materiales, pero disto mucho de ser feliz.

—Raro me parece que tú, tan alegre y enamoradizo de muchacho, no te hayas encontrado en tanto tiempo y

en tan distintos lugares como has estado, una compañera de tu gusto.

—Sí que la encontré, y ella es la causa de que no sea feliz.

—¿Cómo es eso? ¿no te correspondió?

—Sí, pero nuestras relaciones terminaron en breve.

—A ver, á ver, cuéntame cómo estuvo eso.

—Cuando salí de Puebla, el año de 63, me fuí á México, me incorporé á las tropas que estaban en la capital y seguí con varia fortuna haciendo en el interior toda la guerra de Intervención; á la caída del Imperio, en 67, y ya con el grado de capitán, estuve de guarnición en varias partes, siempre alejado del centro, hasta que en 1870 fuí destinado á Guadalajara, y allí conocí á la que fué mi novia; era en aquella época una joven de quince años, á la que amé, y amo todavía á pesar de todo, con toda mi alma; por demás está decirte que era hermosísima y estaba esmeradamente educada; vivía con sus padres y tuve la suerte de ser muy bien recibido por aquella familia, que figuraba entre las principales de la ciudad. Nuestro matrimonio estaba arreglado y debía verificarse dos años después, que no me-

nos exigieron los padres de mi novia, para que ésta no se casara siendo tan niña y yo cumpliera los veinticinco años, arreglara mis asuntos personales y pudiera establecerme, separándome del servicio militar. Comenzaba á correr el primer año del plazo, cuando tuve que salir violentamente de Guadalajara, destinado, con mi batallón, á Zacatecas; allí me dí de baja y comencé á emprender negocios de minas con un brillante resultado; ya tenía lo bastante para vivir con desahogo, y esperaba con impaciencia que llegara el momento de volver á Guadalajara, tanto más cuanto que hacía dos meses que no recibía carta de mi novia, cuando un amigo me escribió diciéndome que ésta se casaba dentro de pocos días, con un primo suyo que había llegado de Colima; no dí crédito de pronto á la noticia, pero unos cuantos días después recibí por correo la esquela del matrimonio. La pérdida de mi amor, y con él la de mis más caras ilusiones, lo rudo y amargo de aquel inesperado desengaño, todo esto hizo tan honda impresión en mi ánimo, que caí enfermo y por mucho tiempo desesperaron los médicos de salvarme; pero al fin, me fuí poco á poco recobrando, me entregué por completo á los

negocios, buscando en ellos el olvido, que no he podido encontrar, y, deseando volver á verte y acabar mi vida en la tierra en que nací, he realizado toda mi fortuna, que por cierto para nada me sirve, y aquí me tienes, como te dije al principio, sin más familia que la tuya, con mucho dinero y sin ninguna felicidad.

—¿Y no volviste á saber nada de aquella mujer?

—Un conocido mío, que casualmente fué á Zacatecas, me informó que seis ú ocho meses después que yo salí de Guadalajara, habían muerto los padres de la que fué mi novia, y no la había vuelto á ver, ni sabía nada de su casamiento.

—¡Hombre! tal vez no haya sido cierto ésto; no se explica un cambio tan brusco ni un engaño de esa naturaleza en una jovencita como la que tú me has pintado; debiste haber tomado mayores informes.

Desgraciadamente no era admisible la duda: primero la carta de mi amigo, y luego la esquela del matrimonio, testificaban éste suficientemente.

—¿Pero tú conociste al primo, había algunos antecedentes que hicieran presumir ese enlace?

—Lo único que yo supe era que mi

novia tenía parientes en Colima y en Morelia, pero no conocí á ninguno.

—¡Pobre Carlos, cuánto siento que no seas feliz como yo! Pero aquí procuraremos consolarte, y ¡qué diantre! tal vez llegues á olvidar tu primer desengaño y encuentres una mujer digna de ser tu compañera.

—No lo creas; irrevocablemente dí mi corazón y es impotente el tiempo para desarraigar este amor que, te lo repito, á pesar de todo, está vivo en mi alma.

Largo silencio siguió á esta conversación, hasta que nos llamaron á comer; salimos después á dar un paseo por la población, y á las cinco de la tarde nos dirigimos á la hacienda de mi primo Miguel.



III

LA FAMILIA DE MI PRIMO

Se había disipado en parte la nube de tristeza en que me envolvieron los recuerdos de mi desgraciado amor; lo apacible de la tarde, la hermosura del valle y la alegría comunicativa de mi primo, me hicieron recobrar la calma y dieron á mis pensamientos distinto giro del que les impuso la conversación de la mañana.

Como no teníamos prisa en llegar á la hacienda y ya se habían adelantado los mozos para anunciar que estaríamos allí esa tarde, dió Miguel orden al cochero de que dejara andar á los caballos á su gusto, y yo quise aprovechar el tiempo tomando informes de la familia de mi primo, con la que iba á pasar una temporada que podía alargar á mi voluntad.

—Dame ahora—le dije—noticias tuyas; dime con quién y cómo te casaste y quiénes forman tu familia, para que, al presentarme á ella, la conozca siquiera por relación.

—Tomaré la cosa como tú, desde que nos separamos al terminar el sitio de Puebla. Me escondí de pronto en la primera casa conocida que encontré, pues en la que te había indicado no estaba ya la vieja lavandera con quien contaba para el caso. Como creía yo que los franceses tratarían muy mal á los oficiales subalternos que no se habían constituído prisioneros, no me atreví á salir durante unos quince ó veinte días; pero poco á poco fuí adquiriendo confianza y ví que nadie se ocupaba en delatar á tantos oficiales como nos quedamos en la plaza, por lo que muy pronto volví á la vida que teníamos antes de la invasión francesa, pero ya sin ocuparme en los estudios, tanto porque al principio estuvieron cerrados los colegios, cuanto porque había perdido el hábito de estudiar, y preferí dedicarme á otras cosas. Vivía todavía nuestra tía, que, como recordarás, estaba muy bien relacionada, y gracias á ella conseguí un buen empleo en una casa de comercio. Así viví hasta fines de 66, en que se cerró la

casa en que trabajaba, y estaba yo sin destino cuando se formó en Puebla un batallón con el nombre de "Guardia Civil," mandado por el comandante Lara, y en el que desde luego se alistaron, como oficiales, muchos amigos nuestros. Como ya se habían ido los franceses, y á mí no me disgustaba volver á la vida militar, aunque todos creíamos que aquello era una especie de juego, por ser opinión general que el Imperio estaba definitivamente establecido, senté plaza en la "Guardia Civil," con el grado de teniente. Todo fué bien al principio; nos paseábamos luciendo un vistoso uniforme, y teníamos mucho partido con el bello sexo; pero no tardaron en comenzar á llegar noticias alarmantes; se habló de la posibilidad primero, y de la inminencia después, de que pusieran sitio á la ciudad las tropas de Don Porfirio Díaz, y se comenzaron á levantar "trincheras" en las calles de la población; pero desde luego nos pareció, á los que estábamos acostumbrados á ver levantar esas fortificaciones, que se seguía un mal sistema. No se adoptó el plan usado cuando el sitio de los franceses, para lo que no había fuerza bastante ni tiempo disponible, ni se limitó la defensa á lo que se acostumbraba

hacer en épocas anteriores, sino que se amplió el perímetro atrincherado de las calles y se ocuparon posisiones avanzadas, como el Carmen, San Francisco y San Marcos, que no sirvieron más que para inutilizar en ellos á los soldados que tanta falta hicieron á la hora del asalto. Había un inmenso material de guerra, y el batallón de Guardia Civil, que fué de los que mejor se batieron, estaba armado con fusiles viejos, y una gran parte de ellos sin bayoneta; en cambio, el 160. de infantería, que mandaba el coronel Prieto, y que desertó casi todo, pasándose al enemigo, tenía flamantes rifles austriacos, y otra buena parte de éstos estaba almacenada en Santa Clara; verdaderamente no se contaba más que con los buenos soldados de la brigada del General Don Hermenegildo Carrillo, que estaba en el Carmen; con el batallón de Guardia Civil, y con algunos contingentes de los distritos que, como el de Matamoros, que mandaba el coronel Don Vital Escamilla y estaba en la trinchera de la calle de Miradores, se batieron bien; pero todos, entre buenos y malos, llegaríamos cuando más á tres mil hombres, que, reconcentrados en el centro de la plaza y bien mandados, hubieran bastado para

la defensa. Nuestro General en Jefe, Don Manuel Noriega, antiguo soldado, pero sin prestigio y al que casi no conocíamos, no supe yo que hiciera nada de provecho. Más hubiera valido que mandara en la plaza el inpertérrito General Tamariz, que estaba en el cerro de Guadalupe, ó el valiente General Quijano, encargado de la línea de San Agustín; el primero fué hecho prisionero en el cerro y tratado con muchas consideraciones por el General Porfirio Díaz; al segundo, lo fusilaron en San Agustín, estando gravemente herido. Para que te hagas cargo de lo que era ese viejo soldado, te diré esto: todas las tardes hacía que le sirvieran chocolate en un corredor de San Agustín, que estaba expuesto directamente á los tiros de los sitiadores; tomaba tranquilamente el chocolate y permanecía allí una media hora más hablando con alguno de los oficiales que estábamos de servicio en aquel punto; las balas llovían, y el viejecito (antiguo soldado de la Independencia), tan tranquilo como si estuviera en un salón de tertulia; allí junto á él hirieron al comandante Lara (que murió á consecuencia de la herida), á los subtenientes Darget y Mendizábal y á otros varios. De los puntos avanza-

dos, habían tomado los sitiadores La Merced, San Marcos y el Hospicio; pero con todo esto estábamos muy tranquilos los que, como yo, no sabíamos que no había reservas y que casi todas las trincheras no tenían más defensa que los treinta ó cuarenta hombres que las cubrían. La noche del primero al dos de Abril me tocó de servicio en la calle de la Siempreviva; mandaba el punto el capitán Marcial Izurieta, muy valiente, como recordarás, y más entendido que la mayor parte de los otros oficiales.

—Me acuerdo muy bien de Marcial: ¿vive todavía?

—Sí, hace poco tiempo que lo ví por estos rumbos, pues aunque no vive aquí, tiene un hermano en Tlaxcala. Pues bien, Izurieta me mandó cubrir con veinte hombres las casas de la acera que ve al Norte, y tenía situados otros quince en la del Sur; como á la mitad de la calle estaba la trinchera, y nosotros ocupábamos las casas que quedaban fuera de ella; aquel punto estaba, relativamente, bien defendido. En la madrugada del día dos comenzamos á oír por todas partes un fuerte tiroteo, que poco á poco se fué convirtiendo en fuego nutridísimo y en incesante cañoneo; vamos, en un fuego co-

mo no lo había vuelto á oír desde la tarde y noche en que tomaron los franceses la Penitenciaría.

—Terrible fué, en efecto, aquel fuego.

Como que todavía me admiro de que escapáramos con vida cuando, ya posesionados del fuerte los franceses, nos mandaron atacar el lado Norte de la Penitenciaría, sacrificando inútilmente al batallón de rifleros y á los pobres batallones de Puebla.

—Sigue, sigue contándome tus aventuras del 2 de Abril.

—No tardamos nosotros en entrar en acción; se avalanzó sobre nuestra trinchera una gruesa columna, que fué recibida dignamente por Izurieta y los soldados que mandaba, al mismo tiempo que nosotros hacíamos certeros disparos de flanco sobre los asaltantes; como éstos, por falta de artillería, no habían podido destruir las trincheras antes de asaltarlas; sufrieron graves pérdidas, y después de un rudo combate rechazamos al enemigo y quedamos muy quitados de la pena, creyendo que por todas partes el asalto habría sido tan infructuoso como lo fué en la calle de la Siempreviva.

—Pero, hombre, si yo he oído decir que, al tomar esa trinchera, fué herido

el General Pacheco, que, montado á caballo, mandaba á los asaltantes.

—Pues mira, que allí hubieran herido á Pacheco, no lo sé á punto fijo; pero que hubiera sido tomada la trinchera por asalto, estoy seguro de que no es cierto; por lo demás, ningún jefe asalta una trinchera montado á caballo.

—Y, ¿qué hicieron ustedes, después que rechazaron la columna?

—El fuego había disminuido notablemente y sólo se oían descargas y tiros aislados, á los que se mezcló á poco rato un repique en las torres de la catedral; creímos que con aquello se celebraba el triunfo de la plaza sobre los asaltantes, cuando, sin que te pueda yo decir cómo, se supo que la ciudad había sido tomada por los sitiadores; en un momento nos dispersamos y cada cual procuró ocultarse donde mejor pudo. Yo no tenía más refugio que la casa de mi tía, en la calle de Mesones, es decir, al otro lado de la ciudad; me era imposible llegar allí, y me escondí en la primera casa que encontré habitada al huir por los "taladros." No había más gente en aquella casa que dos ancianas señoras que estaban rezando muy acobarbadas, y que se sorprendieron mucho al verme; las tranquilicé como mejor pude y me quedé

allí. Pero ahí tienes tú que á eso de las diez de la mañana salió á la calle una de aquellas benditas viejas y regresó muy alarmada diciendo que, á todos los oficiales de la plaza que caían prisioneros, los estaban fusilando, y que iban á catear todas las casas para descubrir á los que estuvieran en ellas y fusilarlos, juntos con los que les hubieran dado asilo. Lo primero era, desgraciadamente, cierto; en San Agustín y el Carmen habían ya fusilado al General Quijano, á Antonio Uriarte, á Limón, á Blanco, á Trujeque y á otros varios.

—Sálgase usted de aquí inmediatamente—me dijeron las dueñas de la casa.

—Pero, señoras, por Dios, ¿dónde quieren ustedes que vaya yo á estas horas? luego que salga de aquí, me cogen, y sin remio me fusilan.

—Esa no es cuenta nuestra, no podemos tener á usted con nosotras ni un momento más; váyase antes de que vengan á catear la casa y á todos nos maten.

Por más que rogué y supliqué por el amor de Dios y por todos los santos, no pude ablandar á aquel par de viejas, que ya creían verse frente al pelotón que les haría fuego. Miran-

do que no tenía más remedio que salir de allí, las dije:

—Proporciónenme ustedes, siquiera, una navaja de barba para rasurarme y una ropa con que me disfrace.

—Nosotros no tenemos más ropa que la nuestra.

—Por lo menos un sombrero de petate y un zarape, para dejar aquí mi uniforme.

—¡Jesús nos ampare! Ni una hilacha consentimos que se quede aquí; váyase, váyase pronto ó lo vamos á denunciar! Primero somos nosostras que todo lo demás.

Imposible me fué obtener la menor concesión de aquellas mujeres enloquecidas por el terror, y tuve que salir á esas horas á la calle, de uniforme y armado. Para que mejor te hagas cargo del riesgo que corría, te diré que el uniforme que teníamos los de la Guardia Civil era muy conocido y muy notable: pantalón, levita y kepí azules con franjas blancas, anchas de cuatro dedos. Salí (te confieso que muerto de miedo), sin saber á dónde ir; instintivamente, tomé á la derecha por la calle de la Concepción, y de pronto me ví á unos cuantos pasos de lo que había sido portería del convento, y estaba á la sazón ocupado por una fuerza de in-

fantería; no podía retroceder, ni huir, ni siquiera pasar á la otra acera, lo que hubiera llamado la atención á los centinelas y á un grupo de oficiales que estaban en la puerta; seguí adelante, casi sin darme cuenta de lo que sucedía; algo dijeron los oficiales sobre los que durante el sitio se habían pasado á los sitiadores, y los centinelas, al ver mis galones de teniente, echaron armas al hombro. Nadie podía suponer que á aquellas horas anduviera paseando por las calles, frente á los cuarteles, un oficial de los vencidos, de uniforme y armado, y creyeron sin duda que yo era uno de tantos que se habían pasado al enemigo durante el sitio, aunque, en obsequio de la verdad, te diré que ningún oficial de la Guardia Civil hizo traición á su bandera. (1) Esto me salvó, pero á costa de la mayor angustia que he sufrido en mi vida, te aseguro que miedo igual no lo vuelvo á tener. Seguí de frente, y como á la mitad de la calle de Morados ví pasar tropa por la esquina del Hospitalito con rumbo al Carmen; ésto acabó de trastornarme, no tenía fuer-

---

(1) Este episodio es histórico, aún vive el amigo mío á quien aconteció.

zas para seguir adelante, sentía que se me iba la cabeza y que de un momento á otro caería al suelo sin sentido; entonces resolví entrar en la primera casa que encontrara abierta y así lo hice; nadie me vió entrar en el zaguán, que estaba desierto; subí apresuradamente la escalera que conducía al piso alto; nadie estaba tampoco en el ancho corredor, y llamé en la primera puerta-vidriera que encontré. Abrió una jovencita, á la que dije apresuradamente:

—Permítame usted entrar, porque está mi vida en peligro.

—Voy á avisar á mi padre—dijo, y se metió para adentro dejando abierta la puerta.

Entré yo también y me encontré en una sala en la que no estaba nadie; cerré la puerta del corredor y me dejé caer en un sillón; momentos después entró un señor como de cuarenta y cinco años, de aspecto bondadoso, y me preguntó qué se me ofrecía.

—Soy—le contesté—un oficial de la guarnición imperialista; milagrosamente he escapado hasta ahora de la muerte, pero si usted no me da asilo y me esconde en su casa, me fusilan sin remedio.

—Serviré á usted en lo que pueda;

por ahora, quédese aquí y después veremos lo que se hace. ¡Julia!—dijo acercándose á la vidriera que daba paso á las habitaciones interiores,—dile á Josefa que disponga una recámara para el señor. Venga usted—continuó diciendo, y me llevó al comedor de la casa.

Allí me sirvieron un desayuno y luego me condujo el buen señor á una recámara y me acosté, pues estaba rendido de cansancio. No supe ya lo que fué de mí desde aquel momento, pues, según me informaron después, me atacó una fiebre intensa que me tuvo á las puertas de la muerte durante mucho tiempo. Cuando pude darme cuenta de mi situación, supe que estaba en la casa de Don Ricardo Gómez, acaudalado caballero moreliano que había ido á Puebla á tomar los baños de Rancho Colorado, y á quien había sorprendido el sitio de la ciudad sin darle tiempo para regresar á Morelia. La familia de Don Ricardo se reducía á su hija Julia, y los acompañaba una antigua criada llamada Josefa. Todavía estuve en la casa de Don Ricardo durante dos meses, que no fué menos el tiempo que dilató mi convalecencia; pero había sido avisada mi tía, que iba frecuentemente á verme, lo que esta-

bleció estrechas relaciones entre ella y la familia de Don Ricardo, relaciones que continuaron aun después de que pude volver á la casa de mi tía Los sucesos de la guerra, primero, y después el buen clima de Puebla, que había agradado mucho á Don Ricardo; la posición desahogada de éste, que le permitía establecerse en donde más le agradara; y, en buena parte, el afecto que nos había cobrado á mi tía y á mí, hicieron que se decidiera á permanecer entre nosotros por tiempo indefinido. Yo no podía olvidar que debía la vida á aquella familia, y esto, unido al trato frecuente, y más que todo á la hermosura de Julia, que aumentaba á proporción que avanzaba en edad, determinaron que me enamorara perdidamente de ella. Muy pronto conoció mi tía el estado de mi corazón: habló de ello con Don Ricardo, sin que yo lo supiera, y convinieron en que me casaría con Julia luego que ésta tuviera edad conveniente y yo me estableciera, para lo que me ayudó mi tía haciendo que tomara en arrendamiento la hacienda de Macuiltepetl (Cinco Cerros), que llegó á ser mía con el tiempo, cuando al morir mi tía me dejó de heredero de sus bienes. ¿Qué más puedo decirte de mí? Me

casé con Julia y somos completamente felices, viviendo en la hacienda con Don Ricardo, que es un hombre muy instruido; tenemos cuatro hijos, y vive también con nosotros una prima hermana de Julia, huérfana, que hace cinco años vino á nuestra casa. Verás: "la prima," como le decimos todos, es una muchacha de veinticinco años, muy bonita, muy buena, muy bien educada, aunque de carácter serio, que, según dice Don Ricardo, no le era propio antes de la muerte de sus padres, pues, por el contrario, era alegre y comunicativa; nosotros hacemos cuanto es posible para que le vuelva su alegría de otros tiempos, pero no lo hemos conseguido.

—Cuánto me alegro de haberte encontrado tan feliz como lo deseaba, y cuánto siento ahora no haber venido á refugiarme contigo al herirme la desgracia; aun cuando no hubiera adquirido la riqueza, que ya para nada me sirve.

—No tengas cuidado; nada hay perdido desde el momento en que estás con nosotros; haremos cuanto sea posible para devolverte la felicidad.

—Tu inalterable cariño es el mayor consuelo que pudiera tener.

En esto habíamos llegado á la ha-

cienda y ya nos esperaba toda la familia de Miguel en la plazoleta rodeada de árboles que estaba frente al amplio zaguán de la casa.

Todos me recibieron con grandes muestras de aprecio, y, por mi parte, quedé encantado de la amabilidad y finura, así como de la belleza de Julia; del aristocrático y bondadoso aspecto de Don Ricardo, y de la infantil y cariñosa algazara de los cuatro hijos de Miguel, que todos me hablaban á un tiempo y no querían dejar de rodear á su tío Carlos.

—¿Por dónde anda Elisa?—preguntó Miguel.

Este nombre despertó en mí dolorosos recuerdos; así se llamaba aquella novia que me engañó tan cruelmente.

—No creyó que llegaras tan temprano y ha de estar por el jardín—contestó Julia.

—Ya está aquí—gritaron los muchachos.

Y apareció por el zaguán la esbelta figura de una hermosísima mujer, en quien reconocí á mi Elisa, no obstante la ya escasa luz del crepúsculo. Ella también me conoció desde luego, porque se puso muy pálida al verme.

Nos presentó Miguel y dijimos las

frases comunes sin que nadie se apercibiera de la impresión que ambos habíamos sufrido; pero no pasó inadvertida para mí la extraña expresión de los ojos de Elisa cuando se cruzaron nuestras miradas; me pareció ver en ellos relámpagos de ira, y un soberano desdén en la sonrisa, que contrajo sus labios al contestar mis palabras.

Yo no sé lo que expresaría mi semblante, porque eran tantos y tan contrarios mis sentimientos, que difícilmente podían caber juntos en instantánea expresión. Revivía mi amor, más potente que nunca, y con él venía el placer, el arrobamiento de volver á ver á la mujer que llenaba mi vida. Sentía el intenso dolor de haber perdido aquel tesoro; y, al mismo tiempo, sentía odio; más que eso: desprecio por aquella hermosísima criatura sin corazón, sin alma, sin fe, que se había burlado de mí tan cruelmente.

Pasó aquel angustioso momento y entramos todos en la casa.



IV.

ELISA.

La familia de Miguel me demostraba cada día mayor estimación; don Ricardo tenía una muy buena biblioteca, un gabinete de química y un observatorio astronómico. Julia era una señora joven, hermosa y de brillante educación, que hablaba perfectamente el francés y el inglés, tocaba el piano, pintaba, cantaba, bordaba y gobernaba la casa con exquisito tacto. Los hijos de Miguel eran cuatro niños, el mayor de siete años, y de dos la más pequeña, todos me querían y me lo demostraban de mil maneras. En cuanto á Miguel, excusado es decir que era para mí el más cariñoso hermano.

Pasaba yo el tiempo muy agradable-

mente, ya acompañando á Miguel al campo para inspeccionar los trabajos de la finca; ya sirviendo de ayudante á Don Ricardo en el laboratorio, ó bien leyendo en la biblioteca, ó cazando por los alrededores.

Generalmente, al caer la tarde, nos reuníamos todos para dar un paseo á pie, si el tiempo estaba bueno, ó para instalarnos en la sala á oír tocar y cantar á Julia y á disfrutar de la amena conversación de Don Ricardo; algunas veces la reunión era en el laboratorio, donde don Ricardo hacía pequeños experimentos de química y de física recreativa, ó en el observatorio astronómico para admirar el mundo de estrellas y nebulosas que escapan á la simple vista.

Mi vida se hubiera deslizado tranquila, y, relativamente feliz, si no hubiera habido para mí en todo esto un punto negro: la presencia de Elisa, á quien veía yo á todas horas, siempre seria, sin atravesar conmigo más palabras que las absolutamente indispensables. Tanto ella como yo teníamos cuidado de no encontrarnos solos, y la rara vez que esto acontecía, nos separábamos en el acto saludándonos mutuamente con una ligera inclinación de cabeza.

Había yo vuelto á Puebla con el objeto de establecerme en la ciudad, ya que mi buena suerte me daba medios bastantes para vivir cómodamente en cualquier parte; así se lo dije á Miguel luego que nos vimos, y él aprobó, como era de esperarse, mis ideas sobre este particular.

Una tarde que estábamos solos jugando billar, tres días después de haber llegado á la hacienda, me dijo:

—Sabes, estoy pensando que si te vas á vivir á Puebla como me indicaste, no podremos vernos con la frecuencia que todos deseamos; yo voy raras veces por allá, y más raramente mi familia; tú no has de poder tampoco venir á diario. ¿Por qué no te quedas á vivir con nosotros? Aquí no tendrás las distracciones de la ciudad, pero tienes en cambio hogar y familia, entretanto te formas una, porque supongo que el tiempo te hará olvidar el engaño que sufriste.

—No creo que llegue ese caso—le contesté.

—Eres todavía joven, te quedan muchos años de vida para ser feliz y hacer la dicha de una buena esposa; y hasta para curar tu tristeza, si persiste, no hay remedio más eficaz que

crearte nuevas afecciones y contraer deberes que cumplir.

—Nunca me casaré sin amar á la que sea mi esposa con todo el amor de mi alma; mientras en ella quede el más ligero recuerdo de otra mujer, me guardaré muy bien de ofrecer á nadie mi mano.

—Haces muy bien; pero comienza por resolver, en principio, que debes casarte, y verás cómo desde ese momento se va esfumando hasta perderse en las sombras del olvido la figura de tu primera novia.

—Si eso fuera posible, era ya tiempo de que hubiera acontecido.

—Pero, en fin, dejemos eso por ahora, y dime si aceptas mi propuesta de quedarte con nosotros.

—De buena voluntad aceptaría, porque, realmente, esto llena las aspiraciones de mi alma; pero la verdad es que, habituado como estoy, á la vida activa, necesito ocuparme en algo, si no para lucrar, sí por ejercitar mis facultades.

—Eso no es un inconveniente; mira, nuestro vecino don Justo Vázquez, vende la hacienda de San José, que linda con la mía; desde aquí se ve la casa; es una finca muy buena, perfectamente aperada; cómprala, y de ese

modo haces un buen negocio y nos quedamos juntos. Si te falta dinero, yo te proporcionaré el que necesites.

—¿Cuánto vale la finca?

—A puerta cerrada, pide Don Justo ciento ochenta mil pesos al contado.

—Puedo dárselos; arregla tú el negocio y me quedo con ustedes.

—Dentro de dos ó tres días veré á Don Justo y quedaremos apalabrados; porque no es cosa de darle desde luego la cantidad que pide; trataré de conseguir algunas ventajas.

A proporción que pasaban los días, iba yo conociendo que no podía permanecer más tiempo tan cerca de Elisa. Había momentos en que se sobreponía mi amor á mi dignidad ofendida; olvidaba yo la traición incalificable de que había sido víctima, se levantaba en mi alma irresistible mi primer amor y me encontraba dispuesto á perdonarlo todo; luego, llegaba la reacción, me avergonzaba de mi debilidad, me reprochaba mi propia energía y hacía nuevos propósitos de ver á Elisa con la indiferencia ó el desprecio que su conducta merecía. Pero esta lucha incesante agotaba mis fuerzas, y ya comenzaba yo á arrepentirme de haber accedido á comprar la hacienda de San José; sin embargo, no en-

contraba manera de hacer sobre esto la menor insinuación á Miguel, que se había interesado mucho en el negocio y lo tenía muy adelantado. Me hacía entonces la ilusión de pensar que, una vez establecido en la hacienda de mi propiedad, procuraría ir lo menos posible á la de mi primo, y, de todos modos, no tendría constantemente ante mis ojos á Elisa.

Alguna vez, vencido, á mi parecer de entonces, por la curiosidad, pero realmente por el amor que revivía de sus cenizas, se me ocurrió informarme indirectamente de los antecedentes de Elisa, á la que suponía yo viuda desde antes de que fuera á vivir con mis primos; pero no me atreví á hacerlo por temor de que se descubriera el interés que me inspiraba.

La casualidad hizo que una tarde que estábamos solos mis primos y yo, dijera Julia á Miguel:

—Ya contestó Elisa la carta que le escribió Juan Alconedo.

—¿Y qué resolvió?

—Lo de siempre; que le agradece mucho el honor que le hace dirigiéndose á ella, pero que no piensa casarse.

—¿Has visto? Ya es de llamar mucho la atención esa persistencia de

Elisa en no corresponder á ningún pretendiente. Juan Alconedo es el mejor partido que se le podía presentar: joven, rico, muy bien educado y de intachable honradez. ¿Tendrá Elisa algún amor oculto?

—Imposible; respecto de eso estoy enteramente segura.

—Es verdad, ya se lo hubiéramos descubierto en tanto tiempo como hace que vive con nosotros.

—Será que conserva intacto el amor á su difunto esposo—dije yo sin reflexionar en la imprudencia que cometía.

—Pero si Elisa no es viuda—replicó Miguel;—¿de dónde has sacado tú semejante idea?

—No sé verdaderamente por qué me había parecido que era viuda.

—Será tal vez—dijo Julia,—porque ves siempre triste á Elisa, pero eso depende de que, según me ha contado, sufrió un cruel desengaño hace ya mucho tiempo.

—Desengaño que, á su edad—agregó Miguel,—no debe influir ya gran cosa en su corazón.

—¡Quién sabe!—replicó Julia,—hay almas tan sensibles que no aman más que una sola vez, y ese amor, feliz ó desgraciado, llena toda su vida.

La llegada de unos rancheros que

iban á arreglar cuentas con Miguel. interrumpió aquella conversación.

Desde que supe que Elisa no se había casado, me propuse averiguar el misterio que para mí encerraba aquella esquela de matrimonio que recibí en Zacatecas, y, como era natural, revivió en mí, más potente que nunca, mi amortiguado amor. Me pareció ser muy fácil tener con Elisa una explicación, pero me equivoqué completamente; cuantas veces pretendí tener con ella una conversación á solas, tropecé con su firme y decidida voluntad, que ponía invencibles obstáculos para que se realizaran mis deseos. Por fin, un día pude decirla que deseaba hablar con ella y que estaría en el jardín esperándola antes del ordinario paseo de por la tarde; se separó de mí inmediatamente sin darme contestación alguna; eso no obstante, fuí, como lo había dicho, al jardín, pero no salió Elisa ni nos acompañó esa tarde. En otra ocasión, pude darla una carta, que no era posible dejara de recibir, y por única contestación me la devolvió al día siguiente sin haberla abierto.

El estado en que mi ánimo se encontraba era cada día más violento, y estaba ya resuelto á decir á Miguel lo que me pasaba y á solicitar que Julia y él

me ayudaran en mi empresa, cuando tuve necesidad de ir á México á recoger una parte de mis fondos para pagar el precio de la hacienda de San José, pues se había arreglado ya aquel negocio.

En vez de los ocho días que pensaba estar en la capital, tuve que permanecer allí un mes; al regresar, me encontré la novedad de que Elisa no estaba ya en la hacienda; según me dijo Miguel, había ido á Orizaba á pasar una temporada en la casa de su tío, el licenciado Domínguez.

—¿Estará mucho tiempo por allá?—pregunté.

—Tal vez, si no es que se queda definitivamente con su tío; varias veces le había escrito éste invitándola para que fuera á Orizaba, y Elisa no había aceptado; pero ahora, de pronto, se le ocurrió ir, y por la manera de despedirse de nosotros, hemos comprendido que, ó no piensa volver, ó por lo menos va á permanecer mucho tiempo en la casa de su tío. Esto nos ha disgustado mucho á Julia y á mí, porque no creemos haber dado motivo á Elisa para que se aleje de nosotros; no sabemos á qué atribuir su repentina resolución.

Julia, que entraba en esos momen-

tos, terció en la conversación, diciendo:

—Algo le pasó á Elisa, porque parecía que se iba contra su voluntad; desde la víspera de su viaje no cesó de llorar y su despedida fué muy tierna y cariñosa.

—El caso es que á todos nos ha dejado aquí muy tristes—siguió diciendo Miguel;—no podemos acostumbrarnos á no verla; los muchachos están inconsolables y á todas horas preguntan cuándo volverá su tía; y como su viaje se efectuó estando tú ausente, más se ha hecho sentir su falta.

La ausencia de Elisa me contrarió en sumo grado, porque á todo trance deseaba tener con ella una explicación, y estaba resuelto á reanudar nuestras relaciones por poco satisfactoria que fuese la explicación que de su conducta me diera.

No me era posible esperar la vuelta de Elisa, mucho menos siendo, como era, tan eventual que regresara á la casa de mis primos; así es que determiné ir á Orizaba tan luego como quedara definitivamente arreglada la compra de la hacienda de San José.

Al día siguiente de haberse firmado la escritura, estando mis primos y yo en la sala, le dije á Miguel:

—Te voy á dar la molestia de que te encargues por un corto espacio de tiempo de vigilar los trabajos de la hacienda, porque pienso hacer un viaje próximamente.

—Ya sabes que con mucho gusto te serviré en todo cuanto sea posible, pero, ¿se puede saber á dónde vas, cuando al volver de México me dijiste que ya nada tenías que arreglar allí ni en otra parte?

—Para contestar satisfactoriamente á tu pregunta, y para que me ayudes en las gestiones que voy á hacer para conseguir el objeto de mi viaje, tengo que referir á ustedes una larga historia, que tú ya conoces en parte.

—Los dejo solos un momento—dijo Julia;—voy á ver si están mis hijos en su gabinete de estudio.

—No te vayas, Julia—la dije, porque comprendí que se ausentaba por discreción;—es necesario que sepas lo que voy á referir, porque también necesito tu auxilio en el caso.

Sentóse nuevamente Julia y yo referí la historia de mis amores con Elisa, aunque sin nombrarla, tal como se la había contado á Miguel en la fonda de San Martín.

—Ya entiendo—dijo Miguel,—has tenido noticias de tu ingrata, que segu-

ramente ha enviudado, y vas á hacer la soberana tontería de reanudar esas relaciones que tan desgraciado te han hecho.

—Algo hay de eso—respondí.

—Yo—dijo Julia,—en tu caso, olvidaría completamente á esa mujer; no puede ser una esposa digna la que una vez te engañó tan miserablemente.

—Es que ustedes no conocen la segunda parte de mi historia: no solamente he tenido noticias de la que fué mi novia, sino que la he visto, y, lo que es más raro, no es viuda, porque, según me han asegurado, no se casó.

—¿Cómo está eso? ¿pues no nos dijiste que habías recibido la esquela del matrimonio?

—Sí, pero eso no obstante, me dicen personas que la conocen muy bien, que no se ha casado.

—Y ella, ¿qué te ha dicho?

—Nada, porque ha rehusado tener una explicación conmigo.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Insistir hasta poder hablar con ella.

—Pero, vamos á ver: por más que no hubiera llegado á realizarse el matrimonio, por circunstancias que nos son desconocidas, el hecho es que te engañó y se burló de tí después de es-

tar formalmente comprometida á ser tu esposa. El que se haya ó no casado con otro nada significa para la esencia del hecho, y yo opino lo mismo que Julia, que debes en todo caso olvidar á esa mujer.

—¿En qué términos estaba redactada la esquela que recibiste?—preguntó Julia;—¿era una simple invitación para la ceremonia del matrimonio, ó se daba parte en ella de haberse verificado el enlace?

—Esto último, y se ofrecían á mis órdenes los esposos.

—Pues, mira tú; ahora pienso de distinto modo que antes. Si es cierto que esa joven no se casó, hay un misterio en todo eso, que es necesario aclarar, y, entretanto, suspender el juicio respecto de la persona de quien se trata.

—Más bien creo yo—siguió diciendo Miguel, que están mal informadas las personas que te dijeron que no se había casado; pero, en fin, sea de esto lo que fuere, aún no nos ha dicho cómo y en qué podemos servirte en este caso.

—Lo comprenderás desde luego al saber que la joven, que fué mi prometida, es Elisa, la prima de Julia.

—¡Elisa!—exclamaron á un tiempo Julia y Miguel.

—Pues te aseguro—siguió diciendo la primera—que mi prima no ha sido casada; lo sé á ciencia cierta, y lo mismo puede decir papá. A ver, enséñame la esquela que recibiste.

—Y la carta—agregó Miguel.

Volví á poco rato con aquellos documentos; la carta estaba redactada en estos términos: "Mi querido Carlos: —Siento tener que darte una mala noticia, pero es preferible que la sepas por conducto de un amigo, ya que, de todos modos, no tardará en llegar á tu conocimiento. Elisa, tu novia, se casa la semana que entra con un primo suyo que ha llegado de Colima; parece que eran relaciones antiguas que estaban en suspenso cuando tú pretendiste á Elisa. Siento que la distancia á que estás y tus muchos negocios te impidan venir antes del matrimonio, pues tal vez tu presencia lo impediría; pero juzgo inútil que emprendas el viaje, pues cuando recibas mi carta ya todo habrá terminado. Sabes que te quiere tu amigo.—Antonio Rosete."

—¡Mentira!—dijo Julia;—Elisa no tenía ni tiene primo alguno en Colima; sus únicos parientes allí eran un an-

ciano sacerdote y la hermana de éste. A ver la esquela.

Esta decía así: "Alfonso Santiestéban y Elisa Moncada participan á usted su enlace y se ofrecen á sus órdenes en Colima, calle.... número.... Guadalajara, etc."

—¡Mentira!—volvió á decir Julia,—no tenemos ningún pariente Santiestéban. Todo eso es una farsa indigna que debes deshacer cuanto antes.

—Ese es mi mayor deseo, pero Elisa se niega á tener una explicación conmigo, y por fin se ha ido, huyendo seguramente de mí.

—Es lo más probable—dijo Miguel,—y sólo de ese modo se explica su conducta.

—Elisa tiene mucha razón en rehusar explicarse contigo, porque, á su vez, ha de creerse ofendida y despreciada por tí; pero no te desanimes, todo se arreglará, pues yo creo que Elisa te ha conservado su amor y por eso no ha querido admitir ninguno de los muchos y muy buenos partidos que se le han presentado. Lo que debes hacer es ir cuanto antes á Orizaba y hablar con Elisa.

—Para eso necesito que ustedes me ayuden, dándome una carta de recomendación para su tío.

—Papá te dará una carta y otra Miguel; yo, por mi parte, le escribiré á Elisa rogándola que te conceda la entrevista que deseas, sin darla más explicaciones, porque éstas creo que tú eres quien debe darlas.

—Yo te acompañaría de buena gana á Orizaba—dijo Miguel,—pero en estos días no me es posible, y menos teniendo que atender á la hacienda de San José; sin embargo, si tropiezas con alguna dificultad que no puedas vencer, avísame por telégrafo é iré inmediatamente.

Don Ricardo, á quien Julia y Miguel pusieron al tanto de todo, fué de la misma opinión de Julia: creyó que fácilmente reanudaría yo mis relaciones con Elisa y me dió una carta para el licenciado Domínguez; con ésta, y las de Julia y Miguel, partí tres días después para Orizaba.



V

EN POS DE LA FELICIDAD.

Salí de San Martín para tomar en la estación de Puebla el ferrocarril Mexicano que me había de conducir á Orizaba.

¿Quién no conoce esa admirable vía férrea, la más antigua y, acaso, la más atrevida de las que existen en México? Para los que no la conocen, toda descripción es pálida, y los que una vez la han visto no pueden olvidar la indefinible sensación de sorpresa y asombro que causan las maravillas de aquella gigantesca obra de ingeniería.

De Puebla á La Esperanza, el camino nada tiene de notable; la vía se extiende por los valles de la Mesa Central, que presentan siempre el mismo horizonte, entre las dos serranías en

que se divide la gran cordillera; pero, un poco adelante de La Esperanza, comienza el descenso de las cumbres de Maltrata, y desde allí se suceden sin interrupción las bellezas naturales, hasta entrar en el valle en que está situada la ciudad de Orizaba.

Yo conocía el antiguo camino del Palmar, la Cañada de Iztapa y las cumbres de Acultzingo, muy hermoso también, pero que no puede sostener la comparación con el de Maltrata. Sin embargo, dada la época en que se construyó aquel camino, y los medios, tanto científicos como materiales con que entonces se contaba, es también una maravilla en su género.

Profundamente emocionado llegué al término de mi viaje. Por una parte, allí esperaba que se decidiera la dicha de toda mi vida; y por la otra, iba al fin á conocer la ciudad de Orizaba, que solamente había visto de lejos, cuando tuvimos que retirarnos ante sus muros, en el año de 62.

La población es de muy bonito aspecto y no desmiente el lema de su escudo, al menos en lo de "benigno el clima, fértil el suelo," únicas cualidades que estaba yo en situación de apreciar. Me alojé en el Hotel de San Pedro y tomé inmediatamente informes

respecto del domicilio del licenciado Domínguez; por desgracia, acababa de ausentarse con toda su familia para recibir el juzgado de primera instancia del Cantón de Zongolica.

Entretanto resolvía lo que debía hacer en el caso, salí á recorrer la población. Ví la alameda y el mercado, que me pareció muy bien abastecido; conocí el Teatro Llave, aún no concluido en su parte decorativa, pero amplio y de elegante y sólida construcción; anduve por muchas calles, todas iguales, con excepción de la calle principal, en la que están los mejores edificios y lo principal del comercio, y entré en la parroquia y en otras varias iglesias; pero por todas partes noté falta de gente, no encontré en las calles á ninguna señora, ni las ví en las ventanas, no obstante que muchas de éstas estaban abiertas, dejando ver el interior de las salas, todas ellas ajuareadas por el mismo estilo. Esta soledad, y la monotonía que resulta de los techos de teja acanalada que cubren las casas, hacen que una ciudad, tan risueña á primera vista, se vuelva triste al desvanecerse la primera impresión que se recibe al entrar en ella. Mucho contribuye también á ese mal efecto, el cerro del Borrego, inmensa mole de pie-

dra sin la lujosa vegetación de la tierra caliente, que se levanta junto á la alameda, á orillas de la población y que parece que va á desplomarse sobre la ciudad. No subí á la cumbre del cerro por parecerme (como en efecto lo es), muy fatigosa la ascensión, pero sin eso, pude hacerme cargo de la importancia capital de aquel punto para la defensa de la ciudad, de la imperdonable falta que cometieron los franceses dejándolo desguarnecido y de las dificultades sin cuento que tuvieron que vencer para llegar á la cumbre y derrotar allí á las tropas que mandaba González Ortega; un consejo de guerra que le aplicara el merecido castigo, y no el mando en jefe del heroico ejército de Oriente, era lo que merecía el inepto general.

La población de Zongolica está situada á unos treinta kilómetros al Sur de la ciudad de Orizaba, y como era para mí de vital importancia hablar con Elisa, resolví continuar mi viaje hasta conseguir el objeto que me había propuesto.

A caballo, pues que no había camino carretero, provisto de cartas de recomendación para el jefe político y para una señora—doña Refugio Cano, persona de mucha representa-

ción en el pueblo, y acompañado de un guía, salí de Orizaba á las cinco de una lluviosa mañana, y, á poco andar, adelante de Jalapilla, comencé á internarme en la sierra.

Al principio, el camino seguía las ondulaciones de las montañas por el fondo de angostas cañadas cubiertas de espléndida vegetación; pero se iba elevando sensiblemente, y á media mañana alcanzamos la cima de la enmarañada serranía, á tan elevada altura que, saliendo de la zona nebulosa, pudimos contemplar un hermoso cielo azul sobre nuestras cabezas, sin distinguir á nuestros pies los valles, en los que continuaba cayendo la lluvia, que, desde la salida de Orizaba, había sido nuestra inseparable compañera.

Como á la mitad del camino, por entre un claro abierto en las nubes, vimos, á nuestra derecha, el pueblecito de Tequila, asentado sobre verde alfombra que hacía resaltar la blancura de la iglesia del pueblo con su diminuta torre y los grupos de casas que la rodeaban, haciendo aquel jirón verde claro, y aquellos edificios, extraño contraste con el uniforme y plomizo color de las nubes.

No tardamos en descender nuevamente y entrar en la zona lluviosa; allí,

la niebla me impidió gozar de las bellezas del camino, porque la vista no abarcaba más que un radio de ocho á diez metros. En cambio, se hacía fatigosa la jornada y no estaba exenta de riesgos, por lo resbaladizo y angosto del terreno, y por los precipicios que frecuentemente había que sortear.

Sin más novedad que el consiguiente cansancio, llegamos á Zongolica muy mediado ya el día, y gracias á que, por consejo del guía, me había provisto de comestibles en Orizaba, no nos pasamos ayunos toda la mañana, porque es de advertir que no había fonda ni cosa parecida en toda la población.

Me dirigí á la casa de doña Refugio para tomar informes, y tanto por mi carta de recomendación, como por la natural bondad de la señora, se empeñó, y yo accedí (confieso que sin hacer mucha resistencia), en alojarme en su casa los ocho ó quince días que la dije permanecería en el pueblo.

Visité en la tarde al jefe político, y cabe aquí hacer un cumplido elogio de la persona que, en aquella época, desempeñaba ese empleo; afable, caballeroso y honrado á carta cabal, era el señor C. C. modelo de empleados; para mí fué un amigo de quien me acordaré siempre con cariño.

Esa misma noche, tanta era mi impaciencia y tan grandes mis deseos de poner en claro mi situación, que visité al licenciado Domínguez y le entregué las cartas de mis primos; mucho me instó para que me alojara en su casa, pero le manifesté que estaba en la casa de la señora Cano, con quien había contraído compromiso anterior, lo que me impedía aceptar su ofrecimiento, que le agradecía en extremo.

—¿Va usted á permanecer muchos días entre nosotros?—me preguntó.

—Ocho ó quince días, cuando más.

—Según me indican Julia y Miguel, lo trae á usted por acá un negocio particular; si en algo puedo servirle para su feliz terminación, tendré mucho gusto en serle útil.

—Repito á usted mis agradecimientos, y tal vez me vea obligado á molestarlo.

—Pues siempre me encontrará usted dispuesto á servirlo.

Me presentó Domínguez con la señora su esposa, y estuvo también con nosotros Elisa, pero tan seria y tan indiferente como siempre; no dió señales de que la interesara en lo más mínimo mi visita. Salí de la casa del Lic. con muchas menos esperanzas de las que había abrigado, de recobrar el amor de

Elisa; hubiera preferido mil veces encontrar en ella señales de disgusto al verme; una mirada expresiva, aunque fuera la expresión del odio, pero no aquella desconsoladora indiferencia.

Resuelto á terminar cuanto antes, al día siguiente referí al licenciado Domínguez toda mi historia. se interesó vivamente por mí, y convenimos en que escribiría yo á Elisa, incluyendo en mi carta la de Julia, que el mismo licenciado la entregaría las cartas é impondría su influencia para que Elisa me concediera una entrevista. Así lo hice, sin dar en mi carta explicación alguna, sino ofreciendo darlas ampliamente de palabra, ya porque no era fácil condensar en pocas frases lo que tenía que decir, como porque había de ser necesario hacer instancias, destruir argumentos en contra y vencer resistencias que mucho, y muy fundadamente, me temía encontrar.

Dos días después, el mismo licenciado me dijo que Elisa había al fin consentido en recibirme aquella tarde.

En vano trataría yo de dar siquiera una ligera idea del estado de ánimo en que pasé las horas que faltaban para ver á Elisa: muchas veces he querido reconstruir aquellas horas y no me ha sido posible; no sé qué hice desde las

nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde; sólo recuerdo que de pronto se me representaron los felices años de mi juventud, y comencé á soñar despierto con la dicha pasada, y me olvidé de todo para volver á vivir la vida de aquel entonces; la imagen de Elisa, tal como era en el día en que me despedí de ella en Guadalajara, volvió á llenar de encanto mi alma.... Luego, volvía á ver á la misma Elisa, como la encontré en Puebla, más hermosa que nunca, pero sin que animara sus ojos la llama del amor; no era la niña que me había entregado su corazón lleno de ternura, sino la mujer que pasaba indiferente á mi lado; era la misma de mis sueños juveniles, y, sin embargo, no podía llamarla mía como en otro tiempo; era como el retrato de una muerta, era un recuerdo animado, era la visión de un cinematógrafo.... Entonces el dolor, un dolor que no tiene igual, que no se siente materialmente, porque sólo afecta á nuestro ser espiritual; dolor inmensamente más grande y más intenso que todos los dolores físicos, se apoderó de mí, cubriendo con un velo todo lo que pasaba á mi alrededor....

De aquel estado de anonadamiento me sacó la campana de un antiguo re-

loj de péndulo que había en la pieza en donde yo estaba, y que dió pausadamente las cuatro de la tarde.

El sonido de aquella campana me hizo volver bruscamente á la realidad; salí á la calle, y, aun no repuesto de mi emoción, me dirigí á la casa del licenciado Domínguez; me recibió su esposa, mandó pasar recado á Elisa, y, cuando ésta llegó, nos dejó solos.

—Al fin, puedo tener con usted una explicación—la dije.

—Ha deseado usted hablar conmigo, y aunque no me explico la razón de ese deseo, he accedido por obsequiar las indicaciones de Julia y de mi tío.

—Hay en mi vida, me atrevo á decir que en la nuestra, una equivocación que, durante muchos años, ha hecho de mí el más desgraciado de los hombres.

—¿Se refiere usted á su matrimonio?—preguntó Elisa, interrumpiéndome con ligero acento de burla.

—¡Mi matrimonio!—exclamé. — no entiendo lo que usted me dice.

—Supongo—continuó diciendo sin fijarse en mis palabras,—que esos lazos que, según usted, lo hicieron tan desgraciado, están ya rotos, y para ahorrar á usted el trabajo inútil de expli-

carse, yo misma le diré el discurso que sin duda tiene preparado.

—¡No es eso, Elisa!

—No me interrumpa—siguió diciendo con creciente exaltación.—Oiga lo que me va á decir: que su inexperiencia (por que éramos muy jóvenes cuando nos conocimos), le hizo á usted tomar por amor á la que fué su esposa, lo que no pasó de ser una ilusión pasajera; que su verdadero amor, el que ha llenado su vida, fué aquél que me juró en otro tiempo; y que viene usted ahora á cumplirme sus promesas de entonces. Esto, sore poco más ó menos, pretendía usted decirme. Oiga, de una vez por todas, mi contestación:—Pudo usted fácilmente engañar á la niña inexperta que le había entregado inocentemente su corazón, dándole con él su primero y único amor; no me sonroja confesar que la traición de que fuí víctima me causó honda pena, y que por mucho tiempo anegué en llanto mi corazón; pero el tiempo ha secado mis lágrimas y ha muerto el amor que las motivó. Entre nosotros no puede haber ya más que las superficiales relaciones de sociedad.

—Pero, ¿qué está usted diciendo? No sé á qué matrimonio se refiere....

—No prosiga usted, quiero ahorrarle la vergüenza de una mentira.

—Aseguro á usted que no me he casado.

—Todo lo esperaba menos esto, porque no creí que descendiera al extremo de faltar á la verdad.

—¡Por Dios, Elisa, créame usted!

—Supone usted que, por tratarse de un acontecimiento verificado á larga distancia de donde yo estaba, no estoy bien informada; voy á probarle á usted lo contrario.

Y, al decir esto, me mostró una esquela impresa, al parecer, en Zacatecas, dando parte de mi matrimonio con una persona supuesta.

—¡Hemos sido víctimas de una infame intriga!—exclamé al verla;—yo también recibí esquela semejante con la noticia del matrimonio de usted, noticia que creí cierta, hasta hace muy poco tiempo en que mis primos me desengañaron; y tanta mayor razón tuve para creerla, cuanto que me la había anunciado un amigo mío de Guadalajara.

—¿Quién dió á usted semejante noticia?

—Antonio Rosete.

—¡Rosete!—exclamó Elisa.

—El mismo; vea usted su carta y la

esquela que pocos días después recibí, y que, en la redacción, el papel y el tipo de la impresión es igual á la que usted tiene.

Vió Elisa los dos documentos, cotejó ambas esquelas, que no tenían más diferencias que los nombres y ser de fecha anterior la relativa al matrimonio de Elisa, y no pudo menos de decir:

—Sí, esto es infame, porque Rosete comenzó á pretenderme desde poco tiempo después que usted salió de Guadalajara, y, despechado sin duda porque yo no aceptaba sus obsequios, ó creyendo que, roto nuestro compromiso, le sería más fácil conseguir su objeto, urdió esta serie de falsedades.

—Ahora, Elisa, ¿me creerás, cuando vuelvo á asegurarte que nunca pensé en romper los lazos que nos unían?

—Sí, te creo.

—Y una vez desvanecido el error en que estábamos, ¿puedo esperar que reviva el antiguo amor que ha sido la única ilusión de mi vida? ¿Es cierto que nada queda en tu corazón que te hable de mí? ¿Es verdad que ya no puede haber entre nosotros más relaciones que las de dos personas que apenas se conocen?

Largo rato esperé la contestación de Elisa, quien, con los ojos bajos y fija

la vista, al parecer, en las esquelas y la carta que tenía en su regazo, parecía meditar profundamente. Al fin, levantó sus hermosos ojos, húmedos por las lágrimas que estaban á punto de rodar por sus mejillas; su palidez habitual había desaparecido, y la coloraba el rubor.

—Carlos—me dijo con voz trémula, —yo misma creía que había muerto en mí el amor; que si á ningún pretendiente correspondía, no era tanto porque tu recuerdo estuviera grabado en mi corazón, sino por odio y desprecio á todos los hombres; pero te ví en la hacienda de mis primos, y desde el primer momento comprendí que te amaba con la misma, acaso con mayor ternura que antes, y tuve que llamar en mi auxilio á mi orgullo, á mi dignidad ofendida, al recuerdo de la traición sin nombre de que me creía víctima, para no demostrarte mi amor; mientras tú te alejabas de mí, pude sostener esa lucha; pero llegó un día en que conocí que pretendías hablarme, y conocí también que, por frívolas que fueran tus excusas, había de darlas crédito; y yo no quería ser vencida, ni quería olvidar la ofensa que me habías hecho, y por eso dejé la casa de mis primos. Ahora que conozco la verdad de lo que

ha pasado, puedo, sin que sufra mi amor propio, decirte:—Sí, Carlos, te amo como cuando nos separamos en Guadalajara; te he guardado puro y constante mi amor de entonces.

—Y yo, Elisa, que tanto he sufrido sin que me alentara la menor esperanza, yo también he conservado siempre tu recuerdo en mi corazón; he vivido solo para tí; ni un día, ni una hora durante estos largos años, he dejado de amarte, y este amor ha sido al mismo tiempo una gran amargura porque te había perdido, y un inefable consuelo porque seguía amando tu memoria.

—Ya no nos separaremos, ¿verdad?

—No, mi Elisa, ya no volveré á correr el riesgo de perderte; ahora, afortunadamente, nada se opone á que realicemos nuestros sueños de felicidad.

Dimos parte al licenciado Domínguez y á su familia de nuestra reconciliación é inmediatamente comencé á dar los pasos necesarios para la celebración de nuestro matrimonio, que convenimos que se verificara en Zongolica, para lo cual escribí á Miguel, encargándole que hiciera todas las gestiones necesarias.

Dos meses tuvimos que esperar para que estuviera todo arreglado; pero esos dos meses los pasé en no inte-

rrumpida dicha, porque todos los días veía y hablaba á Elisa, y cuando el tiempo se prestaba para ello, salíamos con la familia de Domínguez á pasear por los alrededores de la población.

Nada notable hay en Zongolica; hasta creo que para personas indiferentes sea allí la vida en extremo triste y monótona, porque á lo muy chico del pueblo y á la carencia absoluta de medios para distraerse en él, se une la circunstancia de que llueve constantemente, lo que dificulta los paseos por el campo, é imposibilita las excursiones por los vecinos bosques; pero á mí me parecía un paraíso, y aun hoy, después de tantos años, conservo de Zongolica los más dulces y gratos recuerdos.

El pueblo está situado en un vallecito rodeado de altas montañas; tan pequeño el uno, que sin mayor cansancio, lo atravesábamos de lado á lado por su parte más extensa; y tan elevadas las otras, que no llegaba á verse el sol hasta buen tiempo después de estar sobre el horizonte.

Todas las casas del pueblo eran de un solo piso, de malísima construcción, sin gusto y sin comodidades. Los únicos edificios públicos que había, eran el caserón en que estaban las oficinas de la Jefatura Política, y que ocu-

paba todo un lado de la única plazoleta con que contaba la población; y la parroquia, templo católico de regular tamaño, pero de aspecto triste como todo el pueblo.

De noche quedaba todo sumido en las más profundas tinieblas, por ser desconocido el alumbrado público; apenas si de vez en cuando se veía brillar una luz en un viejísimo billar que no solía tener parroquianos. Sin embargo, si lo material de la población dejaba mucho que desear, en cambio sus habitantes eran pacíficos, amables, hospitalarios y buenos.

El Cantón de Zongolica produce exquisito café, y es muy rico en maderas finas; allí el nogal y el cedro se encuentran por todas partes, y en tal abundancia que se hace leña con ellos; la caoba, el gateado, la madera de rosa y hasta el ébano, cubren los extensos bosques de aquella privilegiada región, que no espera más que fáciles vías de comunicación para derramar sus tesoros en el centro de la República.

El clima es templado y sano en su mayor parte, aumentado gradualmente en calor á proporción que se desciende para la costa.

La fauna está representada por una

inmensa variedad de animales, entre los que descuellan el tigre, el leopardo, el "antebur" (tapir), el jabalí y el venado. En otras circunstancias, hubiera organizado una expedición al interior de los bosques para entregarme al placer de la caza; pero al lado de Elisa, no tenía tiempo para pensar en otra cosa que en nuestra próxima felicidad, ni hubiera yo sacrificado un minuto de estar á su lado por todos los tesoros del mundo.

Llegó al fin el día de nuestro matrimonio, que se verificó en aquella solitaria iglesia de Zongolica, la que apareció ese día literalmente cubierta de gardenias y magnolias; allí, apadrinados por la esposa del licenciado Domínguez y por mi primo Miguel, que había ido por nosotros, tuvieron feliz término las desdichas que por tanto tiempo nos habían perseguido.

Volví á Puebla con mi esposa, y nos radicamos en la hacienda de San José, al lado de mis primos; desde entonces, mi vida ha sido una no interrumpida serie de felicidades, y ahora, ya viejo, me complazco en recordar los días de sufrimiento, porque los veo á través del prisma de la felicidad.

SI J'ETÉ ROI



No si yo fuera rey, que este es un deseo que no puede ocurrírsele á nadie en estos tiempos de anarquistas, nihilistas y demás sociedades públicas y secretas. Si yo fuera astrónomo, lo que es un deseo punto menos descabellado que el anterior; pero, en fin, si yo fuera astrónomo, repito, esta sería la mejor oportunidad para destruir todos mis anteojos, grandes y pequeños, y todos los instrumentos de mi observatorio, al tenerlo, para ir por esos mundos de Dios, con un púlpito en cada mano, predicando la nulidad de la ciencia, y sacando del error á todos los pocos que aun creen en la infalibilidad de los sabios.

Y tendría yo razón para emprender semejante cruzada, porque van ustedes á oír el caso:

Predijeron los sabios que en este feliz año del Centenario de la Independencia, habíamos de ver un hermosísimo cometa, mayor, al decir de estos señores, que todos cuantos hasta ahora se han visto de un siglo á la fecha; y en esto no ha surgido, cosa rara entre sabios, desavenencia alguna.

Hecha la predicción, los anteojos de todos los observatorios del mundo, y hasta los anteojos de teatro, que no son pocos, se apuntaron al cielo para descubrir el anunciado cometa; no quedó rincón alguno de la "comba estelaria," digo bóveda celeste, que dejara de ser escudriñada atentamente durante varios meses, con especialidad por los astrónomos, esos felices habitantes de los espacios imaginarios que logran ver estrellas, creo que de duodécima magnitud. Por fin, no sé quién de esos sabios dijo que ya se veía el cometa en cuestión, pero solamente con muy poderosos anteojos, y todos lo creímos con esa bendita buena fe con que creemos cuanto se nos dice, siempre que sea en nombre de la pobre ciencia. Y entonces fué mayor, si cabe, el número de los que tomaron á su cargo el minucioso examen de los cielos.

Se nos dijo cuántas millas por minuto caminaba el dichoso cometa, de qué

sustancias estaba formado, cuántas veces lo habían admirado en lejanas edades los ojos humanos, y, en fin, fueron tantas y tan minuciosas las noticias que se nos dieron, que todos quedamos admirados de los profundos conocimientos de los astrónomos, y yo en medio de mi supina ignorancia (que avergonzado confieso), llegué á tener una fe ciega en la astronomía, no obstante que siempre había dudado de ella, en particular, y de todas las ciencias en general. Tuve hasta el candor de buscar en el cielo el lugar en que se decía que estaba el cometa, y, aunque no lo veía más que con los ojos de la fe, seguía imaginariamente su marcha esperando pacientemente que llegara el día en que lo viera "con estos ojos que se ha de comer la tierra."

¡Cuánto no sería mi asombro un día en que mi amigo Ramón—que también se había dado á buscar el cometa,—me dijo que lo había visto á la caída de la tarde, poco después de ponerse el sol, como á la mitad de la distancia aparente entre el astro rey y la vecina Venus!

—¡Imposible!—le dije,—nuestro cometa anda en estos momentos por la constelación de Picis, según todas las noticias auténticas que de él se tienen.

y no puedes haberlo visto donde me cuentas.

—Te aseguro que lo ví ayer tarde, y tengo la seguridad de que hoy lo veremos tú y yo, y otros muchos á quienes he dado la noticia.

—Para que te convenzas de que estás en un error, fíjate en esto: que el cometa anunciado está muy lejos del lugar en que te pareció verlo, no tiene la menor duda; ahí están para probarlo todos los astrónomos de todos los observatorios del mundo; de suerte que lo que tú dices haber visto, no es ni puede ser el cometa que esperamos; y en cuanto á que sea otro, es suposición más increible aún, porque si en tiempos normales no se escapa á los astrónomos ni una pequeñita estrella errante, ¿cómo puede suponerse que se nos viniera encima un señor cometa tan notable, que lo pudiéramos descubrir á la simple vista, sin que los susodichos señores, que no tienen más ocupación (y muy bien pagada), que noticiarnos lo que pasa en el cielo, no lo hubieran visto mucho antes que nosotros, y lo hubieran desmenuzado dándonos cuenta exacta de su tamaño, velocidad, componente, etc.?

—Tienes razon, la cosa es inexplicable, pero "yo lo ví."

—Anda, anda, lo que tú viste fué alguna nubecilla de forma rara.

—No, hombre, que le ví perfectamente el núcleo y "la cola."

—Ya parece que voy á creer que tú has visto lo que no han podido descubrir los sabios con sus poderosísimos instrumentos.

—Mira, dejemos la cosa en paz, que al fin, "lo que se ha de ver, para qué se ha de porfiar." Esta tarde vengo por tí á buena hora, nos vamos á la playa y te convencerás de que "hay cometa á la vista."

No quise insistir y dejé para la tarde de aquel día (7 del próximo pasado Enero), el reírme de la credulidad de mi amigo y el darle mayores bromas sobre su imaginario cometa.

—¡Bendito sea Dios!—me quedé pensando cuando se fué Ramón,—á qué aberraciones está sujeto el entendimiento humano, y cómo engañan los sentidos cuando está uno obsesionado con una idea fija! Mi pobre amigo, tan prudente, tan formal en todo, está hecho un chiquillo tratándose de cometas, y es capaz de verlos en cualquiera parte, con tal de que esa parte no sea aquélla en que deben estar; esta tarde saldrá de su error, lo que no impedirá

que siga creyendo haber visto un cometa legítimo.

A la buena hora, mucho más temprano de lo que esperaba, estaba ya Ramón en casa y nos fuimos á la de un nuestro común amigo, que vivía á la orilla del mar.

—Aquí esperaremos que sea hora de ver el cometa—me dijo Ramón.

—No dirás que la tarde no se presta para la observación—le repliqué;—ni brumas, ni una nube hay en el horizonte.

—No tengas cuidado, no será el cometa quien falte á la cita; entra, que yo te llamaré para que salgas cuando sea hora de verlo.

Entramos en la casa, y la muy agradable conversación del dueño de ella me hubiera hecho olvidar completamente el objeto de nuestro paseo, si no hubiera sido por las frecuentes salidas de Ramón, que manifestaban su impaciencia porque llegara el momento de mostrarme "su cometa."

Mediaba ya el crepúsculo, cuando entró Ramón radiante de júbilo, y nos dijo:

—Vengan ustedes, ya se ve perfectamente.

Salimos, y quedé asombrado Frente á nosotros, siguiendo el camino del sol,

un poco más al Norte, teníamos un hermosísimo cometa. El núcleo, no obstante que lo envolvían los últimos resplandores del crepúsculo, aparecía tan grande y tan brillante como el planeta Venus, única estrella visible en aquellos momentos. La enorme cauda, ligeramente curva hacia el Sur, se destacaba sobre el azul pálido del cielo, que se desvanecía en tintes color de oro al llegar al límite del horizonte visible.

—¿Lo ves?—me dijo mi amigo.—¿Ves cómo era cierto?

—Lo veo, y solamente por eso puedo creerlo.... Parece que va caminando hacia el sol; si así es, lo veremos dentro de poco, al amenecer. tan hermoso y tan grande como el cometa de 82.

Seguí mirando el misterioso cometa, siempre en el mismo lugar, durante unos cuantos días más, y siempre con la esperanza de poderlo observar en mejores condiciones; pero de un día para otro desapareció sin saberse cómo ni por qué. Todavía creíamos mi amigo y yo que aparecería por el Oriente, en la madrugada, pero ha pasado de esto un mes largo y el cometa no ha vuelto.

Ahora cabe preguntar á los astróno-

mos:—¿De dónde salió ese astro? ¿cómo llegó tan cerca de nosotros, sin que nadie se hubiera apercibido de que venía? ¿Cómo y por dónde se fué tan misteriosamente como vino? ¿dónde está á estas horas?

Que los astrónomos lo vieron, no cabe duda, pues que lo han dicho los periódicos. Que tan en ayunas como nosotros los simples mortales están los simples astrónomos de cómo vino el cometa, no cabe tampoco duda, desde que nada hablaron de él hasta que ya lo habíamos visto, y que tampoco pueden explicar su desaparición, lo demuestra el prudente silencio que guardan sobre el suceso.

Eso sí, le han dado nombre al cometa; según dicen, el del que primero lo vió. ¡Valiente hazaña, cuando tantos lo vimos al mismo tiempo! Si yo fuera astrónomo, me avergonzaría de que le dieran mi nombre á un cometa que no pude ver hasta que fué visible á la simple vista; y si ese señor astrónomo que apechuga con la carga de dar su nombre al cometa, lo vió después del 6 de Enero, reclamo para mi amigo "el honor" de que lleve su nombre.

Por supuesto que si antes de esto tenía yo poca ó ninguna fe en las teorías de los astrónomos, como en algo

es necesario creer respecto de los cometas, y no puede uno razonablemente quedarse sin opinión alguna sobre este punto, ahora estoy en el caso de fluctuar entre lo que dicen los señores sabios y lo que antiguamente decían las no menos sabias gentes llamadas vulgares; esto es: no sé si optar por las leyes de la mecánica celeste y de la atracción y repulsión, por las hipérboles, parábolas, elipses, materia cósmica, etc., etc., ó por las señales milagrosas de próximas calamidades anunciadas por esas figuras irregulares que suelen aparecer en el cielo.

Si yo fuera positivista (de lo que Dios me libre), tendría que adherirme á la segunda opinión, porque está probada con los hechos; en efecto, aparece un cometa y se inunda París; es verdad que otras veces ha habido inundaciones sin cometa, pero esto no prueba más sino que París ha merecido esa distinción. Aparece el cometa y se muere el rey de los Belgas, aunque yo no podré asegurar que esto sea una calamidad; se me dirá que si la muerte de cada personaje hubiera de ser acompañada de señales en el cielo, tendríamos constantemente ocho ó diez cometas á la vista, dada la abundancia que felizmente reina de hombres célebres:

pero esto nada prueba, y como nadie me ha dicho hasta ahora que pruebe algo, tampoco tengo para qué rebatir esa opinión. Por último, no sabemos cuántas y cuán grandes calamidades nos aflijan en el presente año (que ya muchas de ellas se anuncian con motivo de las fiestas del Centenario), y parece que los cometas son como los efectos de luna, que obran siete días antes y siete después, por lo que racionalmente, cuantas desgracias sucedan hasta la aparición de otro cometa, tendrán que achacarse por mitad á éste y al que venga detrás.

Entretanto, quedamos esperando el otro anunciado cometa, que, según unos, debía ser visible á la simple vista desde el 10 de Enero, lo que no salió cierto; según otros, á fines del mes, y tampoco; otros dijeron que en este mes de Febrero, del que va corrido más de la mitad, y lo mismo; veremos si aciertan los que anuncian que se verá hasta Mayo; á bien que si no es entonces, será después, y nada habrá perdido más que el crédito de los astrónomos, si alguno les queda.

La Paz, Báj., Cal., Febrero 18 de 1910.

INDICE

Págs.

UN VIAJE A LA BAJA CALIFORNIA

Capítulo I.—Tres amigos. 5
Capítulo II.—Antecedentes. 13
Capítulo III.—Un crimen misterioso. . 27
Capítulo IV.—De México á Guaymas. . 45
Capítulo V.—La Baja California. . . . 69
Capítulo VI.—La ciudad de La Paz, Mulegé y Santa Rosalía. 91
Capítulo VII.—El buceo de perlas. . . 119
Capítulo VIII.—De La Paz á la Ensenada. 133
Capítulo IX.—La Ensenada. 155
Capítulo X.—La Isla de Guadalupe. . . 177
Capítulo XI.—Nuevos datos. 189
Capítulo XII.—En el que se descubre la verdad del caso. 209
Capítulo XIII.—El testamento de Don Juan Liñeiro. 231
VALENTINA. 249
JULIAN. 283

Págs.

UNA HISTORIA VULGAR.

I.—Recuerdos de antaño. 349
II.—Mi primo Miguel. 363
III.—La familia de mi primo. 377
IV.—Elisa. 395
V.—En pos de la felicidad. 417
SI J'ETE ROI... 429

